

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Asuntos Públicos

Convocatoria 2016-2018

Tesis para obtener el título de Maestría de Investigación en Estudios Urbanos

Segregación y mezcla social: relaciones entre grupos de distinta condición socioeconómica en
áreas socialmente diversas de Quito

Cristhian Giovanni Parrado Rodríguez

Asesor: Gustavo Durán

Lectores: Alejandra Rasse y Alfredo Santillán

Quito, febrero de 2019

Dedicatoria

A Helena y Miguel, con quienes transcurrí por los barrios más aislados socialmente de Bogotá. Esta tesis también es de ustedes

A las *wawas* de la familia, para que crezcan celebrando la diversidad

Epígrafe

A efectos sociológicos puede definirse una ciudad como un asentamiento relativamente grande, denso y permanente, de individuos socialmente heterogéneos

Louis Wirth, *El urbanismo como modo de vida*, 2001, 112

Lo único que debemos de agradecerle al [alcalde] Rodas, es que creó unión de barrios y de clases sociales. Aquí ya no hay pelucones de la Urbanización el Condado ni hay pobres de San José del Condado. Todos somos lo mismo. Todos vivimos aquí. Eso es lo único que ha llegado a beneficio del barrio a partir de oponernos conjuntamente al proyecto *Quito Cables* Patricio, *vocero del barrio San José del Condado*, en conversación con el autor

Tabla de contenidos

Resumen	VIII
Agradecimientos	IX
Introducción	1
Problema de investigación	1
Objetivos de la investigación	6
Enunciado teórico metodológico	6
Presentación de la tesis	8
Capítulo 1	10
Marco analítico	10
1.1. Entradas analíticas a los procesos de integración social en la ciudad	10
1.1.1. Primera entrada: estudios desde arriba	10
1.1.2. Segunda entrada: estudios desde abajo	14
1.2. Tres perspectivas de análisis para el estudio de los procesos urbanos	18
1.3. Configuración espacial y vínculos sociales en la ciudad contemporánea	23
1.3.1. Distribución de los grupos y áreas residenciales socialmente diversas	24
1.3.2. Relaciones entre grupos e integración socioespacial	28
1.4. Planteamiento teórico metodológico	36
1.5. Síntesis de la discusión teórica y metodológica	45
Capítulo 2	47
Contextualización	47
2.1. Mezcla social en la ciudad latinoamericana: aproximación al estado del arte	47
2.2. Quito, ¿ciudad con heterogeneidad residencial?	52
Capítulo 3	58
Segregación en Quito durante el periodo intercensal 2001-2010	58
3.1. Distribución espacial de los grupos	58
3.2. Composición social de las áreas residenciales	62
3.3. Proximidad y probabilidad de encuentro entre grupos sociales	67
Capítulo 4	71
Fronteras materiales de dos áreas socialmente diversas de Quito	71

4.1. Área residencial Cochapamba y El Bosque.....	72
4.1.1. Barreras artificiales para mediar la circulación de los grupos	76
4.1.2. Separación física de los grupos a partir de fronteras geográficas	81
4.2. Área residencial San José del Condado y Urbanización el Condado	83
4.2.1. Distanciamiento de los grupos a través de fronteras urbanísticas.....	87
4.2.2. Quito Cables y reinterpretación de las barreras artificiales	91
4.3. Lecturas cruzadas de las fronteras: límites y posibilidades de interacción	95
Capítulo 5	100
Procesos de integración socioespacial en dos áreas socialmente diversas de Quito	100
5.1. Integración funcional: acceso a servicios y oportunidades	100
5.1.1. Servicios educativos segmentados entre grupos	100
5.1.2. Escasas oportunidades laborales y vínculos de empleo jerárquicos	105
5.2. Integración relacional: interacciones entre grupos sociales distintos	110
5.2.1. Precarios espacios de encuentro e interacciones en público	111
5.2.2. Relaciones de amistad y vecindad entre los grupos.....	116
5.3. Integración simbólica: percepción del otro e identidad territorial.....	121
5.3.1. Calificativos positivos sobre el otro cercano	122
5.3.2. Apego e identificación con un territorio común	127
5.4. Mirada transversal a la integración: claves para entender sus posibilidades.....	132
Conclusiones	136
Anexo metodológico	142
Lista de referencias	172

Ilustraciones

Figuras

Figura 1. Localización de la ciudad de Quito, Ecuador	53
Figura 2. Localización del área residencial San José-Urbanización el Condado.....	57
Figura 3. Localización del área residencial Cochapamba-El Bosque	57
Figura 4. Distribución espacial de los estratos, Quito + 4 parroquias, 2001-2010	61
Figura 5. Variación en el grado de aislamiento para estrato alto, 2001-2010.....	64
Figura 6. Variación en el grado de exposición para estrato bajo, 2001-2010	66
Figura 7. Áreas residenciales socialmente heterogéneas, Quito + 4 parroquias, 2010	67
Figura 8. Áreas socialmente diversas de estudio.....	71
Figura 9. Fronteras en el área Cochapamba-El Bosque	84
Figura 10. Fronteras en el área San José-Urbanización el Condado	95
Figura 11. Espacios potenciales de encuentro, Cochapamba-El Bosque	114
Figura 12. Espacios potenciales de encuentro, San José-Urbanización el Condado	115
Figura 13. Rechazo a Quito Cables en San José del Condado.....	130
Figura 14. Rechazo a Quito Cables en la Urbanización el Condado	130
Figura 15. Aplicación de técnicas visuales durante las entrevistas.....	170

.....

Tablas

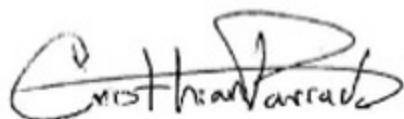
Tabla 1. Modelo de análisis de la investigación.....	37
Tabla 2. Nivel de instrucción para hogares de tres estratos, Quito + 4 parroquias	59
Tabla 3. Índice de Duncan para tres estratos, Quito + 4 parroquias	62
Tabla 4. Índice de aislamiento para tres estratos, Quito + 4 parroquias	63
Tabla 5. Índice de exposición para tres estratos, Quito + 4 parroquias.....	65
Tabla 6. Ejercicios de observación realizados	165
Tabla 7. Entrevistas realizadas	168
Tabla 8. Esquema para el análisis de la información recolectada	171

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Cristhian Giovanni Parrado Rodríguez, autor de la tesis titulada “Segregación y mezcla social: relaciones entre grupos de distinta condición socioeconómica en áreas socialmente diversas de Quito” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, febrero de 2019



Cristhian Giovanni Parrado Rodríguez

Resumen

Esta tesis aborda la segregación y la mezcla social en la ciudad de Quito (Ecuador). Realiza una discusión teórica en torno a la heterogeneidad residencial y la integración socioespacial, resumiendo las distintas posturas analíticas que examinan los efectos que tiene la proximidad espacial entre hogares de distinta condición socioeconómica. Desde la aplicación de métodos mixtos, inicialmente se discute cómo la evolución de la segregación en Quito durante el último periodo intercensal (2001-2010) ha conformado áreas residenciales en las que existe proximidad y probabilidades de encuentro entre grupos de distinta extracción económica. Luego, teniendo como caso de estudio dos áreas socialmente diversas de la ciudad, se indaga específicamente por las fronteras urbanísticas y naturales que separan a los grupos. Finalmente, a partir de una lectura multidimensional de la integración socioespacial se analiza los efectos que tiene la mixtura social de estas áreas en: la conformación de oportunidades educativas y laborales (dimensión funcional), la interacción y construcción de relaciones (dimensión relacional), y la identificación con un territorio común (dimensión simbólica). Los hallazgos revelan que la proximidad de los hogares incide positivamente en la formación de vínculos sociales, la percepción sobre el otro y en la filiación con el territorio, esto particularmente a partir de respuestas políticas intergrupales donde se privilegia el espacio compartido en lugar de la diferencia socioeconómica. De esta manera, la tesis invita a reflexionar la integración social en la ciudad latinoamericana desde el vínculo político.

Palabras claves: integración social, lucha vecinal, proximidad espacial, segregación

Agradecimientos

A Helena, Miguel, John y Henry: sin su comprensión, apoyo y esfuerzo no estaría contando esta historia, ¡infinitas gracias! A Quito, ciudad que me brindó –pese a sus constantes temperaturas heladas– la más cálida de las acogidas durante mi estadía. A Andrea, a quien le debo también esta calidez: gracias por tanta razón acompañada de líneas, cartografías y deseos en los caminos recorridos. A Magaly, José, Wendy y Santiago, por haberme hecho sentir siempre como en casa. A los y las residentes de San José del Condado, la Urbanización el Condado, El Bosque y Cochapamba: sin su tiempo y disposición no hubiese comprendido muchas cosas. A Flacso Ecuador, por permitirme ampliar mi conocimiento sobre lo urbano. A Yency y Adriana, por haber creído en mí para cursar la maestría. A Gustavo, Alejandra, Alfredo y Henry, por la lectura y las recomendaciones a este trabajo. A las nuevas amistades que esta experiencia me dejó. A todas y todos, gracias... totales.

Introducción

No existe, tal vez, un tema tan controversial en el campo de los estudios urbanos que la segregación residencial. Distintas disciplinas como la economía, la sociología, la geografía y la antropología han construido arduas discusiones alrededor de este tema. Desde inicios del siglo XX, por ejemplo, la composición social de las áreas urbanas y la distribución espacial de los grupos tienden a ser objetos privilegiados de interés académico de quien se adentra en la investigación urbana. Basta con recordar la inmensa cantidad de bibliografía que hay al respecto. Paralelamente, también existe literatura especializada que ha tratado de dar cuenta de cómo los grupos sociales, más allá de distribuirse por la ciudad, tienden a generar redes y vínculos sociales entre sí. Aspectos de sociabilidad, convivencia, mezcla social e integración socioespacial son los discutidos por este último tipo de estudios.

La presente tesis se sitúa en la confluencia de estos dos temas de interés investigativo que no pierden vigencia, sino que se reactualizan constantemente. Pretende dar cuenta de la problemática que gira alrededor de la configuración espacial de las áreas residenciales de una ciudad y la configuración de vínculos sociales entre los distintos grupos sociales que residen en ellas. Parte de la segregación residencial como concepto analítico para entender cómo distintas configuraciones en el territorio generan efectos negativos, restricciones u oportunidades para sus residentes. Pero intenta ir más allá: aspira a realizar un acercamiento a la integración socioespacial que puede generar estas configuraciones, entendiendo por esto a las múltiples formas de relacionamiento entre grupos sociales que residen en una misma área geográfica. Así, se interesa por las áreas residenciales socialmente diversas de la ciudad de Quito, capital de Ecuador, para inquirir sobre la influencia que tienen estas en la construcción de lazos y vínculos sociales entre grupos de distinta condición socioeconómica.

Problema de investigación

La segregación residencial en el espacio urbano es vista como un fenómeno que contiene tanto efectos positivos como negativos. Mientras que en los primeros se resalta cómo los grupos buscan expresar y preservar su identidad social a través de la ocupación del espacio, en los últimos se discute cómo determinados procesos históricos y exteriores a los individuos configuran áreas urbanas con fuerte homogeneidad interna donde se concentran la pobreza (Rodríguez 2001). Son las poblaciones de menores ingresos económicos las que terminan residiendo en estos lugares, padeciendo formas de segregación compulsiva (Aymerich 2004)

o forzada (Sabatini 2006), es decir, formas extremas y no deseadas de la segregación.

El pensamiento geográfico ha contribuido a caracterizar a este tipo de segregación residencial como una expresión de injusticia espacial. Se observa la existencia de injusticia cuando la segregación se deriva del confinamiento involuntario de grupos en la ciudad (Marcuse 2009), y de diversos procesos de discriminación, control y coerción sobre poblaciones específicas en áreas concretas originados tanto de estructuras de poder y de mercado como de decisiones espaciales (Soja 2014). O cuando son resultado de dinámicas de planificación que impulsan la concentración excesiva de bienes y servicios en áreas específicas que suelen beneficiar sólo a ciertas poblaciones, a la par que perjudica a otros grupos y áreas de la ciudad (Fainstein 2009; Harvey 2007). Desde el enfoque de la justicia espacial, entonces, la conformación de homogeneidad social en el espacio urbano implica una forma cardinal de injusticia.

La injusticia espacial se vuelve más aguda cuando las áreas residenciales socialmente homogéneas se traducen en una pobreza altamente concentrada, ya que a través de ella se devela cómo esta injusticia se deriva de una injusticia social más amplia (Marcuse 2009; Harvey 2007), que en el contexto de la nueva pobreza urbana está representada por las transformaciones en el mercado laboral y el cambiante rol del Estado (Wacquant 2007; Wilson 1996). La marcada homogeneidad de las áreas residenciales y los cambios laborales y estatales acrecientan los efectos negativos de la segregación en tanto que aumenta sus índices a gran escala y contribuye al surgimiento del llamado “efecto de barrio”, el cual ejerce sobre estas áreas y sus habitantes profundos procesos de aislamiento y marginalidad.

La visión del efecto de barrio asume que estos vecindarios reproducen las debilidades de sus habitantes en dos sentidos. Por un lado, en su proceso de socialización puesto que los aparta de la acumulación de activos (Katzman 2001) y de la posibilidad de interactuar con las corrientes y modelos de rol predominantes de la sociedad (Wilson 1996). Y por el otro, en la disposición de bienes colectivos debido a la poca o nula inversión pública y privada en dichos vecindarios (Rodríguez 2001). Especialmente, la relación entre el efecto barrio, segregación y grupos de escasos recursos ha sido revelada para la realidad urbana de América Latina.

Históricamente, las áreas metropolitanas latinoamericanas han estado determinadas por dinámicas de segregación y desigualdad que concentran a las poblaciones de menores ingresos en las localizaciones periféricas, terrenos en los que los bienes urbanos son escasos,

de baja calidad y donde prima la cultura de la desesperanza (Vergara y Garín 2016). En la actualidad, la producción de estos lugares se da en el marco de reformas neoliberales que propician que el mercado inmobiliario y las acciones públicas segreguen los usos para vivienda social en áreas apartadas de las localizaciones más ventajosas (Velásquez 2012; Sabatini y Wormald 2013). Precisamente, la localización periférica y la alta homogeneidad social es vista como un limitante que tienen las poblaciones de más bajos ingresos para experimentar procesos de movilidad social ascendente, ya que albergan dinámicas de exclusión social (estigmas) y funcional (falta en la provisión de servicios urbanos).

Sin embargo, la homogeneidad social de estas y otras áreas es cuestionada tanto desde el campo académico como el político. En el primero de ellos, la literatura regional describe cambios en el patrón de segregación residencial (Sabatini 2015a; 2015b), donde se detalla cómo a partir del dinamismo del mercado inmobiliario y la producción de conjuntos cerrados para segmentos medios y altos en las periferias populares ocurre una mayor proximidad espacial entre diferentes grupos. Se entiende que este acercamiento posibilita la aparición de áreas socialmente diversas, donde ocurre la coexistencia de grupos de distinta condición económica en un área geográfica relativamente reducida. Se supone que esta proximidad incidiría en la disminución de las problemáticas sociales y económicas asociadas a los barrios homogéneos (Ruiz-Tagle 2016a), a la par que propiciaría la interacción social entre grupos que la escala de segregación anterior no permitía (Rasse 2015; Saraví 2008).

De forma paralela a este cambio de patrón, también existen numerosos intentos para revertir intencionalmente los efectos negativos de la pobreza altamente concentrada y la localización de los pobres en la ciudad. Diversas políticas públicas desarrolladas en su mayoría en ciudades europeas y estadounidenses, guiadas por la noción del efecto de barrio, proponen la mezcla social de los grupos en el espacio a partir de la conformación de comunidades mixtas (Colomb 2011) y el desarrollo de viviendas de ingresos mixtos (Joseph 2006; Chaskin y Joseph 2010). Se asume que las intervenciones espaciales pueden producir cambios sociales y económicos positivos en los hogares pobres, en tanto que la proximidad con otros grupos de mayores ingresos genera al menos tres beneficios: 1) el restablecimiento de redes sociales eficaces para la consecución de empleo; 2) un mayor control social haciendo que los hogares pobres adopten comportamientos socialmente aceptables; y 3) la atracción de recursos públicos y privados para obtener bienes y servicios urbanos de mayor calidad.

Por consiguiente, la proximidad física de los grupos –ya sea a partir de comunidades más

mezcladas en los barrios o en desarrollos inmobiliarios particulares— potenciaría procesos de integración social en el espacio, o de integración socioespacial (Ruiz-Tagle 2013), basados principalmente en la convivencia e interacciones intergrupales y el acceso efectivo a beneficios mutuos. No obstante, algunas corrientes teóricas suelen otorgar una suerte de determinismo espacial a la proximidad, ya que se percibe que ésta sirve para revertir los problemas de aislamiento y pobreza que padecen ciertas poblaciones en la ciudad (Ruiz-Tagle 2016a). Estas corrientes creen que las áreas con alta heterogeneidad social atacarían directamente los comportamientos desviados que produce el efecto barrio a la vez que aumentarían las oportunidades locales de sus residentes, principalmente los de bajos ingresos.

En síntesis a lo anterior, el mercado inmobiliario y la movilidad residencial —principalmente de los grupos de altos ingresos— y las estrategias de política han promovido una nueva forma de mixtura social en la ciudad. El primer proceso más típico de la realidad urbana latinoamericana (Sabatini et al. 2010a; Sabatini y Brain 2008; Janoschka 2002) y el segundo más desarrollado en ciudades estadounidenses y europeas (Colomb 2011; DeFilippis y Fraser 2010; Bolt, Phillips y Van Kempen 2010; Gutiérrez y García 2014). Con estos procesos ha cambiado la escala de segregación y, de igual manera, ha incitado el surgimiento de nuevos estudios que pretenden dar cuenta de la misma y las relaciones que propicia las áreas socialmente diversas. Algunas investigaciones se sitúan bajo el concepto de integración socioespacial, el cual opera analíticamente para revisar cómo la proximidad espacial permite generar o no procesos de interacción social, beneficios y oportunidades locales, y sentidos de identidad común que favorezcan a grupos de distinta condición social y económica.

Ahora bien, es en este escenario donde hemos posicionado teóricamente a Quito. Esta ciudad experimentó desde el siglo pasado la conformación de un orden urbano segregado basado en una diferenciación entre el norte y el sur (Carrión et al. 1978; Achig 1983; Carrión 1987): en las zonas del norte se ubicaron las poblaciones de altos ingresos de la ciudad, mientras que en las del sur se localizaron las de menores recursos económicos. Lo anterior sin desconocer la existencia de hogares pobres alrededor de los asentamientos del norte y de hogares con poder adquisitivo en el sur (Santillán 2015a). En la actualidad, diversos estudios muestran cómo la expansión urbana y la movilidad de los grupos de altos ingresos generan la proliferación de condominios cerrados en los valles periféricos de la ciudad (Bustamante y Herrero 2017; López 2017; Durán, Martí y Mérida 2016; López 2012), que en algunos casos acercaron espacialmente a los grupos y produjeron nuevas formas de sociabilidad y convivencia. En este

sentido, se observa indicios de áreas residenciales heterogéneas, donde la proximidad física entre grupos de diversa condición económica puede provocar procesos de integración.

De esta manera, asumiendo como caso de estudio la ciudad de Quito, la investigación que condujo al desarrollo de esta tesis se planteó la siguiente pregunta principal: ¿de qué manera influyen las áreas residenciales socialmente heterogéneas de Quito en los procesos de integración socioespacial entre hogares de distinta condición socioeconómica? Alrededor de esta pregunta surgieron cuestionamientos secundarios que inquirieron sobre la evolución espacial de la segregación residencial en la ciudad, las fronteras urbanísticas y geográficas que tienen sus áreas residenciales socialmente diversas, y las tipologías (funcional, relacional, simbólica (Ruiz-Tagle 2013)) con las cuales caracterizar a los procesos de integración.

Se esbozó al inicio de la investigación una serie de hipótesis, las cuales permitieron acercarse científicamente al problema, es decir, establecer un vínculo entre los hechos que se investigan para que estos fueran siendo confirmados o desmentidos. Se plantearon tres hipótesis (H):

H1: las áreas residenciales socialmente diversas de Quito expresan que en la actualidad el proceso segregativo en la ciudad no se desarrolla en el marco de divisiones espaciales a gran escala de los grupos, como ocurrió durante el anterior siglo. La proximidad espacial entre grupos, si bien existió durante largo tiempo en la ciudad, pero en pequeñas proporciones, ahora parece darse con mayores probabilidades en sus áreas urbanas y periurbanas.

H2: no obstante, la heterogeneidad residencial de Quito está acompañada de fronteras urbanísticas (por ejemplo, cerramientos y condominios cerrados) y geográficas (por ejemplo, quebradas) que fragmentan al espacio y generan distanciamientos entre los grupos. A través de estas fronteras materiales se estructuran las diferencias y la desigualdad social existente entre los grupos. Sin embargo, pese a ellas, los grupos logran tener contactos entre sí.

H3: en lo relativo a la integración socioespacial, la heterogeneidad de estas áreas incide positivamente en la percepción sobre el otro y en la identificación con el territorio, esto particularmente a partir de respuestas políticas y alianzas intergrupales donde se privilegia el espacio compartido en lugar de la diferencia socioeconómica. Sin embargo, esta heterogeneidad no implica que los grupos compartan espacios educativos o generen mayores oportunidades laborales entre sí, por lo cual se reitera que la proximidad espacial no es capaz

de incidir en la reducción de brechas estructurales.

En el marco de esta problemática que se evidencia en varias ciudades de la región y del mundo entero –y que se quiere conocer específicamente para la ciudad capital del Ecuador–, para responder a las preguntas de la investigación y confirmar o desmentir las hipótesis planteadas se definieron los siguientes objetivos.

Objetivos de la investigación

Objetivo general. Analizar de qué manera la existencia de áreas residenciales socialmente heterogéneas de la ciudad de Quito incide en los procesos de integración socioespacial entre hogares de distinta condición socioeconómica.

Objetivos específicos. Los siguientes fueron los objetivos específicos que guiaron la investigación. A cada uno de ellos se le relacionó con una estrategia metodológica que se describe al final de este apartado:

- Observar cómo ha evolucionado espacialmente la segregación residencial en la ciudad de Quito en el último periodo intercensal (2001-2010).
- Evidenciar las fronteras urbanísticas y geográficas que tienen las áreas socialmente heterogéneas estudiadas de Quito.
- Caracterizar los tipos de integración socioespacial que se presentan en las áreas socialmente heterogéneas estudiadas de Quito.

Para desarrollar el primer objetivo, se aplicaron los índices de disimilitud e interacción con los cuales se midieron, respectivamente, los cambios en la concentración de los grupos y en la composición social de las áreas en la ciudad de Quito durante el último periodo intercensal. En relación al segundo, se implementaron ejercicios de observación y entrevistas que ilustraron la dimensión urbanística y geográfica de las áreas estudiadas, lo cual condujo a una clasificación de acuerdo a la presencia o no de fronteras materiales. Finalmente, el tercer objetivo se abordó cualitativamente utilizando las dimensiones como marco analítico, las cuales permitieron esclarecer qué procesos de integración se producen en cada caso.

Enunciado teórico metodológico

Esta investigación se ubica en la discusión teórica entre segregación residencial e integración socioespacial. Entiende a la segregación en tanto configuración espacial de los grupos y a la

integración como configuración de vínculos sociales entre grupos. Para llegar a estas definiciones realiza cuatro recorridos. El primero tiene que ver con la revisión de las principales entradas analíticas a través de las cuales se han investigado los procesos de integración social en la ciudad contemporánea. Asume que la entrada analítica *desde abajo*, es decir, a partir de estudios cualitativos que combinan distintos métodos de análisis espacial y cuantitativo, es la opción recomendable para estudiar la vida social entre grupos de diferente condición socioeconómica que habitan en un contexto de proximidad espacial.

El segundo recorrido se hace a partir de la identificación de las principales perspectivas analíticas cuyos postulados encuentran una explicación de cómo funcionan las lógicas de proximidad espacial y vinculación social en la ciudad contemporánea. De esta manera incluye las perspectivas de la justicia espacial, la diferenciación social y la segregación residencial para estudiar la existencia de la heterogeneidad social en las áreas urbanas de la ciudad y los procesos de integración socioespacial que se derivan de ella.

El tercer recorrido se realiza partiendo desde los estudios clásicos de la segregación y la integración social hasta llegar a las investigaciones recientes sobre los procesos de distanciamiento, sociabilidad y convivencia urbana. Durante este tránsito se detalla cómo la distribución espacial y la vinculación social de los grupos sociales responden a configuraciones procesuales en las que han incidido las distintas transformaciones socioeconómicas del modo de producción y los cambios del desarrollo urbano.

Finalmente, el cuarto recorrido es de carácter operativo ya que a través de él se logra desagregar el problema de investigación en dimensiones y subdimensiones, medibles a partir de la construcción de indicadores e instrumentos de recolección y procesamiento de la información. El diseño metodológico de esta investigación fue de naturaleza mixta, que de acuerdo con Gaber y Gaber (1997) brindó una serie de fortalezas en tanto que cada uno de los métodos aplicados fueron mutuamente informativos y, además, proporcionaron la posibilidad de realizar un análisis en su conjunto de la problemática estudiada.

Los instrumentos de producción de la información utilizados fueron varios. Se recurrió a los datos de los Censos de Población y Vivienda de Ecuador de los años 2001 y 2010 desagregados para Quito y sus cuatro parroquias de mayor crecimiento poblacional (Calderón, Nayón, Cumbayá y Conocoto). Con estos datos se aplicaron métodos estadísticos y

socioespaciales que permitieron esclarecer la evolución de la segregación residencial en la ciudad. Se empleó la observación participante y flotante como técnicas cualitativas que posibilitaron reconocer la vida social de cada área residencial. Se usó la entrevista semiestructurada aplicada a partir del método bola de nieve con muestreo evaluado (Guber 2008), siendo una técnica de conversación con la que se llegó a un diálogo profundo con agentes de distinta condición socioeconómica, donde describieron la propia experiencia de habitar en el área. Se implementaron fotografías y técnicas visuales como herramientas de producción de discursos y representación colectiva para evidenciar las actitudes y percepciones sociales que tienen los miembros de un mismo grupo hacia el otro y hacia el área residencial. Finalmente, se acudió al Sistemas de Información Geográfica ArcGIS y al software Atlas.ti para realizar análisis permanente de información cartográfica y cualitativa.

Presentación de la tesis

La presente tesis consta de cinco capítulos más conclusiones, anexos y referencias. En el capítulo 1 se puntualiza en el modelo analítico y se definen los grandes conceptos y perspectivas que enmarcan la tesis, a saber: la justicia espacial, la diferenciación social, y la segregación residencial. En esta parte del documento también se aborda e identifican discusiones teóricas alusivas a la configuración social de las áreas urbanas y la configuración de vínculos sociales entre distintos grupos. Se habla, particularmente, de las nociones de heterogeneidad residencial e integración socioespacial.

El capítulo 2 es de contextualización, donde se muestran casos de estudios que plantean acercamientos al término de integración socioespacial. Aquí se presenta el estado del arte temático tanto a nivel internacional, regional como local. Las investigaciones que se reseñan en este capítulo procuran establecer una conexión entre los marcos teóricos y hallazgos encontrados en otras ciudades del mundo con el modelo analítico establecido para Quito.

Los capítulos 3, 4 y 5 son los capítulos empíricos de la tesis. Precisamente, en el capítulo 3 se describe el proceso segregativo que ha llevado la ciudad en el periodo intercensal de 2001-2010. Los resultados expuestos son de la aplicación de los índices con los cuales se midió la segregación residencial. Es en este apartado donde se ubican aquellas áreas socialmente heterogéneas de Quito. Específicamente, al final del capítulo se mencionan las áreas que fueron objeto de estudio de la presente tesis, a saber: el área de Cochapamba-El Bosque y el área de San José del Condado-Urbanización el Condado.

El capítulo 4, por su parte, caracteriza las fronteras materiales de las áreas residenciales estudiadas. Aquí concretamente se hace referencia a la presencia de barreras urbanísticas y naturales que se encuentran en cada una de las áreas. Los resultados que se narran se derivan de la aplicación de una metodología mixta encargada de desarrollar cualitativa y espacialmente esta dimensión del problema de investigación. El aporte de este capítulo identifica la conexión que existe entre el entorno natural y construido y las interacciones sociales que limita, condiciona o permite entre los grupos.

El capítulo 5 presenta los hallazgos de la investigación en términos de las dimensiones de la integración socioespacial. Este capítulo realiza una descripción principalmente cualitativa de la vida y los vínculos sociales de cada área estudiada. Con el material empírico recabado se efectúa una especial referencia a la particularidad que representa Quito como ciudad latinoamericana en los procesos funcionales, relacionales y simbólicos de la integración.

Finalmente, en el último apartado del cuerpo del texto de la tesis, es decir, en las conclusiones, se detallan cómo las respuestas a las preguntas de investigación y su referencia a las hipótesis planteadas se posicionan teóricamente en el campo de la investigación sobre segregación residencial e integración socioespacial. Posteriormente se encuentran las referencias utilizadas en la investigación y el anexo metodológico.

Capítulo 1

Marco analítico

En este capítulo se despliegan los enfoques y discusiones teóricas que están detrás de la problemática de investigación. En un primer momento se realiza un recorrido por el estado de arte teórico, identificando las principales entradas analíticas con las cuales se ha indagado los procesos de integración social en la ciudad. En un segundo momento se integran las perspectivas de análisis de escala macro con las cuales se engloba la base teórica de la investigación. En un tercer momento se elabora el marco conceptual con el cual se define a las áreas residenciales socialmente heterogéneas y la integración socioespacial. Finalmente, se presenta el planteamiento teórico metodológico aplicado en la investigación.

1.1. Entradas analíticas a los procesos de integración social en la ciudad

A partir de la literatura revisada se identifican dos entradas analíticas en los estudios sobre la mezcla social. La primera entrada corresponde a una mirada *desde arriba*, que se encarga de evidenciar cómo las políticas y la planificación confluyen o no en la producción de escenarios urbanos de integración social. Esta entrada analiza los resultados que dejan tanto la aplicación de políticas públicas como los procesos de planificación urbana, teniendo como objeto de estudio a distintos actores que participan en estos como: los hogares, los hacedores de política y los planificadores. En comparación a la primera, la segunda entrada analítica procura tener una mirada *desde abajo*, en la que se analiza la vivencia entre grupos sociales diferentes que habitan dentro de fronteras residenciales compartidas, las cuales no necesariamente son el resultado de políticas o planes que buscan promover la mezcla social en el espacio. En los párrafos siguientes se caracterizan a estas dos entradas. Se describen algunos estudios referentes para exponer las principales inferencias a las que llega cada una de ellos.

1.1.1. Primera entrada: estudios desde arriba

Es posible caracterizar a esta primera entrada analítica debido a que la heterogeneidad residencial o mezcla social¹ es un resultado que se busca conseguir a través de la aplicación de políticas urbanas. Esto ha permitido que se pueda estudiar tanto las aspiraciones incluidas en el diseño de las respectivas políticas como los efectos que estas ocasionan a nivel espacial

¹ A lo largo del texto se hace referencia a la heterogeneidad residencial, la mezcla social como términos que tienen una interpretación similar, ya que ambos dan cuenta de cómo los grupos, en condición de proximidad espacial, generan áreas residenciales heterogéneas o mezcladas socialmente.

y poblacional. La caracterización que se realiza a continuación pretende ubicar los puntos en común encontrados en la revisión de la literatura sobre el tema. Se detalla, por un lado, los mecanismos con los cuales se ha pensado producir la proximidad espacial en la ciudad, y por el otro, se describe lo que se dice acerca de las consecuencias de dichos mecanismos.

Cabe recordar que la mezcla social ha sido un tema de especial interés para políticos y académicos. Ambos actores confluyen en la posibilidad de incentivar la coexistencia espacial de diferentes grupos en un área geográfica determinada, la cual puede llegar a realizarse en barrios o en desarrollos inmobiliarios particulares. El mecanismo a través del cual se ha querido materializar esta iniciativa es a partir de la formulación e implementación de políticas. Específicamente, la mezcla social es pensada como objetivo de políticas públicas de vivienda, donde es posible diferenciar dos enfoques. Unas políticas han estado más enfocadas hacia la dispersión espacial de los hogares de bajos recursos en áreas socialmente heterogéneas o con mejores localizaciones en la ciudad (Fraser, Chaskin y Bazuin 2013; DeLuca 2012; Sabatini et al. 2010b). Otras políticas han estado más relacionadas con operaciones administrativas basadas en el suelo para producir barrios o emprendimientos habitacionales mixtos (Brescianni 2016; Vásquez 2016; López-Morales 2015; Gutiérrez y García 2014; Calavita y Mallach 2013; Sabatini et al. 2013).

Ambos enfoques de política coinciden en que para prevenir o revertir la segregación residencial en la ciudad es necesaria la producción de procesos de acercamiento espacial entre grupos de distinta condición social. La condición de los grupos es interpretada de varias maneras, dependiendo de las dinámicas de segregación que presenta la ciudad y de los procesos de discriminación y diferenciación de escala nacional y regional que las enmarcan. La condición racial y de pobreza es más abordada en la experiencia estadounidense. La condición étnica es más trabajada en ciudades europeas. Y la condición socioeconómica se tiene más en cuenta en urbes latinoamericanas. En todo caso, en las tres situaciones se cuenta con políticas que buscan generar la coexistencia espacial de los diferentes grupos.

Esta búsqueda de proximidad espacial entre grupos también es de interés académico. Existen estudios que buscan hallar los beneficios derivados de esta mezcla, tales como la mejoría en el entorno habitacional (Levy, McDade y Bertumen 2013), y las consecuencias tanto a nivel psicológico (DeLuca et al. 2012) como en el acceso a mejores ofertas de educación, empleo y superación de la situación de pobreza (Basolo 2013). Y otros que se basan en la incidencia

que tiene en las decisiones de movilidad residencial de los hogares pobres, y en los discursos y decisiones que toman los hacedores de política (Kearns et al. 2013).

Ahora bien, otra de las formas recurrentes con las cuales desde esta entrada se observan los procesos de proximidad se ha encargado de recopilar diferentes estudios a nivel mundial para evaluar comparativamente los resultados en la aplicación de políticas y proponer nuevos enfoques teóricos y recomendaciones prácticas en futuros casos de implementación (Hyra 2013; Joseph 2013; Bolt, Phillips y Van Kempen 2010). Los hallazgos a los que llegan estos estudios posibilitan el entendimiento sobre el tipo de orientaciones epistemológicas y teóricas que se encuentra en los distintos programas que promueven la mezcla social en la ciudad.

Así, en primer lugar, estos hallazgos develan las nociones que guían a estos programas. Hyra (2013), por ejemplo, sostiene que las políticas de mezcla social en Estados Unidos (con programas como *Moving to Opportunity* y *HOPE VI*) y en países de Europa Occidental surgieron con el deseo de mejorar la pobreza concentrada que experimentaban ciertos barrios. Para el autor, estas políticas se orientan bajo el supuesto de que el efecto barrio limita las oportunidades individuales de sus residentes. Considera que los resultados de estas políticas se han discutido a nivel de vecindario y poblacional, y que producen efectos positivos y negativos. Destaca que con la llegada de nuevos grupos a los barrios aumentó la percepción de seguridad, pero no hubo un incremento en los niveles de empleo ni en las interacciones sociales para las personas de bajos ingresos; antes bien, acontecieron procesos de gentrificación que en vez de propiciar mezcla social en el espacio ocasionaron expulsión.

Igualmente, Bolt, Phillips y Van Kempen (2010) señalan que la literatura a nivel internacional evidencia que las políticas que apelan por revertir la segregación e impulsan la mezcla social rara vez cumplen con las expectativas políticas. Esto debido a dos supuestos: la diversificación social en el espacio no necesariamente mejora el capital social de los grupos más pobres y no siempre conduce a mayores oportunidades para estos grupos. Los autores aseveran que las políticas de mezcla social pueden incluso perturbar los lazos sociales de las comunidades, ocasionar desplazamiento, conducir a procesos de exclusión dentro del mercado de vivienda y a reducir las viviendas asequibles. En ese sentido, manifiestan que hay una enorme brecha entre la retórica política y el efecto limitado de las políticas.

En segundo lugar, los estudios proponen nuevos enfoques de aplicación para mejorar las

políticas de mezcla social. Por citar un caso, Joseph (2013) hace una comparación alrededor de varios artículos sobre las políticas de mezcla social, afirmando que los críticos más agudos de estos programas han asegurado que la preocupación de la política urbana actual se centra más en integrar a los pobres en contextos residenciales convencionales (sin integración económica o racial) en vez de estar centrada en la revitalización de sus contextos actuales; además que arguyen que los cambios estructurales (empleo, educación, etc.) son necesarios para reducir el aislamiento de los pobres urbanos. No obstante, argumenta que si bien estos cambios estructurales son fundamentales a largo plazo, es importante abordar un camino más pragmático y a corto plazo a través del replanteamiento y la reformulación de los esfuerzos de desconcentración e integración de los grupos más pobres. De esta manera, el autor afirma que se debe continuar creando mezcla social en el espacio desde una perspectiva estructural e integral, ya que el aumento de la diversidad espacial resulta positivo para generar una mayor inclusión y equidad residencial entre los grupos sociales.

En el mismo campo de discusión, Bolt, Phillips y Van Kempen (2010) asumen una posición distinta y proponen reconocer a la mezcla social como un proceso que no reduce automáticamente la desigualdad social y las brechas estructurales que separan a los grupos. Para los autores, las políticas de mezcla social no han tomado medidas serias para reducir las barreras que los grupos segregados enfrentan en el mercado de vivienda y en otros ámbitos de la vida social. Señalan que estas políticas no logran una efectiva integración, pero si resultan muy eficaces para desviar la atención de las principales causas del problema. Por eso sugieren que las investigaciones sobre los procesos de integración social no deben limitarse a la evaluación de los resultados de las políticas, sino también deben abordar los efectos de la retórica política, los cuales pueden ser más importantes que la mezcla social en sí.

De la misma manera, Kearns et al (2013) sostienen que existe una ortodoxia en los profesionales que formulan las políticas de mezcla social. Los autores entienden con ortodoxia a las creencias aceptadas o autorizadas de la sociedad en un momento determinado, las cuales pueden alcanzar el estatus de una sabiduría convencional difícil de cambiar cuando se perpetúa en los profesionales que las sostienen, pese a ninguna evidencia de efectividad o resultados exitosos. Así, consideran que la ortodoxia se ve reflejada tanto en los fundamentos de las políticas de mezcla social, como en sus expectativas, funcionamiento y efectos.

En síntesis a lo anterior, esta literatura que revisa los procesos de mezcla social analíticamente

desde arriba señala que la atención de las políticas gira alrededor de la hipótesis que la integración, pensada casi que exclusivamente en el plano espacial y desde racionalidades de efecto de barrio y geografía de oportunidades, revierte los problemas tradicionales de la segregación y pobreza, permitiendo que principalmente los hogares de bajos recursos se beneficien de oportunidades locales, modelos de rol y redes sociales que suministran los hogares de mayor categoría socioeconómica. No obstante, las conclusiones a las que llegan estas investigaciones permiten considerar ampliamente estos supuestos, a la vez que develan las nociones y discursos implícitos que integran estas iniciativas.

1.1.2. Segunda entrada: estudios desde abajo

La segunda entrada analítica se caracteriza con el término *desde abajo* debido a que su énfasis está puesto en explorar la vivencia entre diferentes grupos sociales que coexisten dentro de fronteras residenciales compartidas. La convivencia, los intercambios económicos, las interacciones sociales y las formas de habitar que cada grupo tiene y comparten con los otros son las principales unidades de análisis que investiga esta entrada para evidenciar procesos de integración. Para estudiar estos procesos, algunas indagaciones parten del resultado de políticas que promueven la mezcla social, pero no necesariamente se enfocan en estas. Su marco de interpretación no se limita en exclusivo a analizar las consecuencias derivadas de la aplicación de programas que apelan por la diversidad residencial, sino encuentran que la proximidad espacial intergrupala es un fenómeno urbano que existe bajo ciertas condiciones y también es provocado por cambios en la movilidad residencial y en el mercado de la vivienda.

Para el caso específico de Latinoamérica, Sabatini (2006) señala que la literatura regional ha ignorado la significativa diversidad social en las áreas residenciales de alta renta en donde viven grupos altos, medios e incluso bajos. Indica que pese a que la concentración de barrios de alta renta en zonas exclusivas y la conformación de áreas residenciales de grupos pobres en zonas periféricas sean una realidad evidente para las urbes latinoamericanas, no se debe desconocer que existe también una cierta diversidad en algunas áreas. Para él, las áreas donde viven los grupos altos son más heterogéneas socialmente en comparación a las áreas donde habitan los grupos pobres, que han tenido una conformación social homogénea. Termina concluyendo que dicha situación de heterogeneidad en áreas de alta renta es una diferencia sustancial entre las ciudades de la región y las ciudades estadounidenses.

Sabatini (2006) discute igualmente que a partir de la década de 1980 en las ciudades latinoamericanas se empieza a desarrollar un nuevo patrón de segregación residencial. Según sus postulados, este cambio de patrón está teniendo lugar como efecto de varias dinámicas: 1) la emergencia de subcentros comerciales fuera del centro y de los barrios de alta renta, 2) la aparición de residencias discontinuas respecto al límite urbano, 3) la renovación urbana con oferta de vivienda para grupos medios, y 4) los desarrollos residenciales para grupos altos y medio altos fuera de sus áreas tradicionales, coincidiendo incluso con asentamientos de bajos ingresos. Esta última es identificada por el autor como una dinámica fundamental en el cambio de patrón debido a su incidencia en la forma urbana y la localización residencial, y la cual genera que grupos sociales que anteriormente se encontraban separados espacialmente ahora tengan una notoria proximidad física.

Por consiguiente, la proximidad física tiende a ser un proceso que no resulta necesariamente de la aplicación de políticas públicas, sino también ocurre como un proceso histórico de configuración espacial entre grupos sociales de distintas realidades urbanas.

A partir de esta caracterización inicial es posible ubicar una larga tradición académica que ha estudiado los procesos de integración social que se dan en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico o étnico en ciudades latinoamericanas (Rasse 2015; Saraví 2008; Morandé 2007; Márquez 2003), estadounidenses (Skobba y Goetz 2013; Chaskin y Joseph 2010; Rosenbaum, Reynolds y DeLuca 2002) y europeas (Colomb 2011). La orientación teórica y metodológica de estas investigaciones aborda las interacciones, el acceso a oportunidades, las relaciones y construcciones simbólicas que suceden en el marco de una proximidad residencial donde cohabitan grupos que poseen características diferentes.

Asimismo, los hallazgos producidos por esta entrada analítica suceden en el marco de estudios etnográficos que combinan distintas técnicas cualitativas. La estrategia metodológica que propone Morandé (2007) ejemplifica el uso de la etnografía como forma de acercamiento *desde abajo* a la integración. Más allá de la particularidad del caso estudiado por la autora, este representa la manera de aproximarse analíticamente para estudiar las posibilidades de integración y convivencia intergrupal desde la experiencia de los grupos. La atención gira en torno a cuatro aspectos: 1) la estructura de oportunidades y el sentido de pertenencia en el territorio compartido, 2) las relaciones, vínculos y lugares de encuentro entre los grupos, 3) las condiciones y estrategias adoptadas por los grupos para convivir mutuamente, y 4) la vida

interna en cada residencia y las aspiraciones sociales de los hogares. En todo caso, estos son aspectos que no limitan las investigaciones, sino ofrecen una línea base para generar hallazgos científicos a través de vincular la experiencia y las representaciones de los grupos.

De esta manera, se encuentran ciertos resultados de indagaciones que discuten cómo la proximidad espacial está mediada por distintas nociones de otredad. Márquez (2003), por ejemplo, halla que las identidades que resultan en áreas residenciales compartidas entre hogares de ingreso bajo y medio se producen en el marco de un modelo urbano que no se sustenta en la idea de heterogeneidad social, sino que lo hace sobre el debilitamiento de los vínculos sociales. Este debilitamiento da paso a un imaginario y una práctica de vida comunitaria y tribal que refuerza y protege al *nosotros* de la peligrosidad de los *otros*.

Otras investigaciones han dado a conocer algunos factores determinantes para que se produzcan o no procesos de integración social entre los grupos. Justamente, Rasse (2015) halla que en la proximidad espacial intergrupala pueden existir tanto procesos de integración como procesos de fragmentación, y que estos son específicos a cada frontera residencial dependiendo de su historia particular, las vivencias diarias, las preconcepciones, entre otros factores. Ruiz-Tagle (2016b), por su parte, reconoce que pese a que exista una convivencia espacial cotidiana persisten divisiones en otras esferas de socialización en las que se encuentran inmersos algunos miembros de los hogares, por ejemplo, en las escuelas. Ambos estudios revelan que no está del todo claro qué tipo de beneficios de la integración (funcionales, relacionales o simbólicos) se derivan de la proximidad física.

Existen igualmente estudios que encuentran qué tipo de efectos se producen a partir de la coexistencia espacial intergrupala. La particularidad de estos reside en la descripción de cómo se encarnan dichos efectos en los hogares, particularmente en los de bajos ingresos. Por ejemplo, Chaskin y Joseph (2010) afirman que el estatus ocupacional y las diferencias socioeconómicas entre residentes de ingresos altos y bajos pueden llegar a ser extremas. A su vez, el estudio de Skobba y Goetz (2013) explora la historia residencial de un grupo de hogares de bajos ingresos detallando que estos tienen una trayectoria constante de ingresos extremadamente bajos y desempleo frecuente; caracterizan cómo dicha historia se modifica a raíz de la experiencia de habitar con grupos de otra condición económica. En cambio, la evidencia de Rosenbaum, Reynolds y DeLuca (2002) demuestra que los hogares de menores ingresos desarrollan nuevas habilidades para poder generar formas de capital social en su

proceso de acercamiento a grupos de mayor ingreso económico.

Llegados a este punto, se deduce que los estudios *desde abajo* constituyen una entrada analítica que busca reconocer de manera general las principales características y vivencias del espacio compartido, a la vez que indaga por la construcción de identidades y valoraciones simbólicas que tienen los y las habitantes del sector con la presencia del *otro*. De la misma manera, procuran identificar cómo transcurre la forma de habitar, las dinámicas y los significados culturales que se producen en el área residencial. Así, la literatura que opta por ingresar analíticamente a la integración desde este supuesto tiende a descubrir cómo los grupos sociales adquieren distintas capacidades y estrategias con las que pueden resistir o beneficiarse en un contexto de heterogeneidad social.

Ahora, la principal diferencia que existe entre esta segunda entrada con la primera no reside exclusivamente en el tipo de hallazgos que evidencian. Tanto la opción *desde arriba* como la opción *desde abajo* pueden alcanzar descubrimientos similares; la primera más a partir de revisar la retórica y la aplicación de políticas, y la segunda a través del hecho ordinario. Por tanto, la divergencia no consiste en el *qué* se analiza, sino en el *cómo* se analiza. Sin embargo, se debe indicar que aunque ambas entradas analíticas pueden llegar a emplear estrategias metodológicas de naturaleza cualitativa, los estudios *desde abajo* se concentran fundamentalmente en indagar por la experiencia cotidiana, lo que aquí podríamos caracterizar como un acercamiento etnográfico a los procesos de integración socioespacial.

En esta tesis se asume que la entrada analítica *desde abajo*, es decir, a partir de un estudio cualitativo que combina técnicas de análisis espacial y cuantitativo, es el camino adecuado para estudiar la vida social entre grupos de diferente condición socioeconómica que habitan en un contexto de proximidad espacial. De acuerdo con lo dicho para la región de América Latina, se cree, igualmente, que representa la opción más adecuada para el caso de estudio debido a que no existe una experiencia concreta de aplicación de política de mezcla social.

De este modo, aplicar esta entrada analítica permite reconocer cuáles son los factores y condiciones que determinan la integración socioespacial entre diferentes grupos pertenecientes a una realidad residencial concreta. Reconociendo los avances identificados por la literatura especializada para cada entrada, los hallazgos que se produzcan *desde abajo* pueden indicar cuáles son las consideraciones y lineamientos a tener en cuenta para

implementar políticas de mezcla social más acordes con la dimensión funcional, social y simbólica que acontece en los acercamientos espaciales intergrupales en la ciudad. Una vez aclarada la entrada analítica implementada en la presente tesis, en los párrafos siguientes se describe las perspectivas de análisis con las cuales se explica en una escala macro cómo funcionan las lógicas de proximidad espacial y vinculación social en la ciudad.

1.2. Tres perspectivas de análisis para el estudio de los procesos urbanos

Esta investigación busca incluir las perspectivas de la justicia espacial, la diferenciación social y la segregación residencial para estudiar la existencia de la heterogeneidad residencial y los procesos de integración socioespacial que se derivan de ella. Entender estas dos últimas variables a partir de las tres perspectivas permite explicar la relación entre el acceso a geografías de oportunidades, los mecanismos causales de distanciamiento o integración social, y el lugar de residencia de los grupos. Así, de lo que se trata es de introducir perspectivas que encuentren explicaciones frente a cómo funcionan las lógicas de proximidad espacial e integración en la ciudad contemporánea (Almonacid 2014).

En primer lugar, la perspectiva de justicia espacial tiende a explicar los procesos urbanos en el marco del reconocimiento del espacio como una realidad existente. Siguiendo a Soja (2014), más allá de lograr una definición específica resulta más provechoso entender la justicia espacial como una categoría de análisis teórico para concebir al espacio como un tercer elemento ontológico (es decir, una parte constitutiva de la realidad) y para abordar la producción de geografías a partir del cuerpo y el espacio. De esta manera, su utilidad como concepto reside en que permite cuestionar cómo las estructuras espaciales subyacentes a los procesos de planificación, y su relación compleja con las dinámicas del mercado inmobiliario y las sistemáticas decisiones de movilidad residencial, pueden producir escenarios en la ciudad de (in)justicia espacial, en los que se evidencian o no geografías de oportunidad.

Sin intención de replantear lo anterior, que define lo que se entiende para esta tesis como justicia espacial, vale detenerse un momento en esta perspectiva para agregar algunas aclaraciones. Este término ha tenido distintas aplicaciones y ha evolucionado a lo largo de la historia de distintas disciplinas –principalmente la geografía– para hacer referencia a diversas problemáticas de índole espacial. Sin embargo, la teoría de la justicia representa su principal antecedente histórico. Desde el inicio de la década de 1970 se desarrolló un intenso debate teórico alrededor del concepto de justicia que los estudios urbanos y la planificación urbana

supieron aprovechar. Como resultado, ciertos investigadores de la ciudad trabajaron a partir de los enfoques y definiciones de justicia de John Rawls e Iris-Marion Young, lo que les permitió incorporar en la práctica de la planificación las cuestiones éticas y morales de la justicia (Fainstein 2009). De la misma manera, otros autores incluyeron la noción de justicia en sus postulados sobre la ciudad, indicando cómo la planificación, las políticas urbanas y las fuerzas del mercado son culpables en la difusión de la injusticia y el trato desigual en la urbe (Soja 2014; Marcuse 2009; Harvey 2007). A partir de lo anterior, es posible ubicar dos puntos de vista principales sobre el debate teórico de justicia espacial iniciado durante esta década.

El primer punto de vista es de carácter normativo. Éste aspira a identificar principios y criterios que puedan ayudar a los planificadores y funcionarios a implementar políticas justas y conscientes de las condiciones de los menos favorecidos (Fainstein 2009). Por su parte, el segundo punto de vista de la justicia espacial es de carácter radical. Se encuentra inspirado en el derecho a la ciudad de Lefebvre, el cual apuesta por un proyecto político de transformación de la ciudad y de sus habitantes (Marcuse 2009; Harvey 2007). Este punto entiende a la injusticia como una esencia estructural y relacionada con la distribución de poder y de los grupos en la ciudad capitalista. A raíz de esta identificación plantea cambios estructurales en el sistema para lograr la justicia espacial. Por este motivo, los autores suscritos al segundo punto de vista indican que para erradicar la injusticia en la ciudad se debe actuar sobre las causas estructurales que la provocan. Desde este supuesto, la justicia espacial, por ende, opera como concepto analítico, pero también como una herramienta política para el cambio.

En definitiva, ambos puntos de vista de la justicia espacial ofrecen diferentes definiciones y objetivos para conducir el camino de la planificación hacia la justicia. El primer punto requiere de juicios basados en un sistema de valores para realizar un análisis evaluativo de los procesos y los resultados de la planificación, para luego aplicar varias herramientas normativas fundadas en dicho sistema. El segundo, en cambio, considera como objetivo abordar las desigualdades estructurales y distribuir mejor los recursos reconociendo las injusticias a tratar y los mecanismos que las producen. Sin embargo, desde una posición posestructuralista, el tipo de razonamiento de ambas visiones ofrece algunos problemas para la comprensión de la realidad, por lo que afirma que se requiere de la construcción de una nueva ética en la justicia espacial (Ansaloni y Tedeschi 2016).

Para Ansaloni y Tedeschi (2016) la visión posestructuralista interpreta la justicia espacial más

como un intercambio de fuerzas de poder que como el objetivo último de la acción política. Desde este enfoque, la planificación es una práctica experimental que trabaja con la incertidumbre, y se encuentra más comprometida con la adaptación y la creación que con el descubrimiento científico. A su vez implica abandonar el dualismo entre cambio normativo y cambio estructural, y por tanto incita a ir más allá de evaluaciones normativas y apuestas políticas. Por tanto, apela por reconocer la diversidad de la realidad estudiada, no sometiéndola a calificaciones morales o radicales. Propone replantear la justicia espacial concibiéndola como una perspectiva que involucra una ética inherentemente amoral. De esta manera, pone entre dicho lo que se considera comúnmente como bueno o malo en los procesos de investigación y planificación que se plantean en los dos primeros puntos de vista.

El trato que se le haga al término de justicia espacial dependerá de la visión en la que se sustentó lo procesos investigativos y de planeamiento. Como se mencionó al inicio del apartado, en esta tesis se asume que la justicia espacial es una perspectiva de análisis viable para analizar los procesos urbanos en dos ejes: el primero, concibiendo al espacio como una parte constitutiva de la realidad, y el segundo, abordando la producción de geografías a partir del cuerpo y el espacio. Igualmente, asume una ética amoral en tanto que busca evidenciar dicha producción sin calificativos normativos o apologías de cambio estructural.

En segundo lugar, la perspectiva de diferenciación social busca constatar procesos sociales a través de los cuales se construye o defienden las identidades de los grupos sociales en la ciudad. Dicha construcción o defensa opera mediante barreras objetivas y también simbólicas. Efectivamente, lo anterior puede ser interpretado a la luz de los planteamientos teóricos de Bourdieu (1999), quien afirma que el espacio social está determinado por la exclusión mutua o la distinción de las posiciones sociales que lo constituye. Distinciones que siempre se retraducen en el espacio físico de manera más o menos turbia. Esto es posible debido a que en una sociedad jerárquica no existe espacio físico que no esté excepto de jerarquización y no exprese las jerarquías y distancias sociales (Bourdieu 1999, 120).

Siguiendo a Bourdieu (1999), los procesos de diferenciación de los grupos en la ciudad se encuentran no solamente alimentados por condiciones objetivas, sino también por ideas e imágenes –es decir, factores simbólicos e imaginarios– que atraviesan la experiencia de distinción. Las relaciones objetivas de poder tienden a reproducirse en las relaciones de poder simbólico que afectan a los sujetos y grupos sociales en la medida que los diferencia positiva

o negativamente. Por ejemplo, la posición que ocupan y agencian los grupos y sus territorios está ceñida por el resultado de la participación en la lucha del campo de producción simbólica. Como producto de esa lucha, ciertos barrios (guetos, por ejemplo) pueden ser portadores, incubadoras y matrices simbólicas de una identidad subalterna y dominada; incluso pueden llegar a ser considerados despreciables o carentes de prestigio (Wacquant, Slater y Borges 2014). Esto debido a que la agencia de la violencia simbólica por parte de las posiciones sociales dominantes es capaz de imponer unos significados a las posiciones dominadas, y el significado en este caso sería, en esencia, lo no deseado.

En pocas palabras, como perspectiva de análisis, los procesos de diferenciación social permiten observar la construcción y defensa de identidades sociales que asumen los grupos, reconociendo que estas alcanzan proyecciones espaciales y se materializan en escenarios geográficos concretos del espacio urbano. Una vez dicho lo anterior, en síntesis, se puede indicar que la diferenciación social constituye una perspectiva de análisis de los procesos urbanos donde se toma como eje transversal al espacio, en el que ocurre por un lado un acceso diferencial a oportunidades conforme a valoraciones simbólicas y, por el otro, la construcción diferenciada de identidades de acuerdo a las posiciones sociales de los grupos. En efecto, es esta aclaración la que se considera en la presente investigación.

En tercer lugar, la segregación residencial se erige como la última perspectiva por incluir en el estudio de los procesos urbanos. En términos generales, asumir esta perspectiva implica adoptar un marco de análisis para entender cómo se despliegan los procesos de distribución de los grupos por el espacio urbano y de qué manera se imbrican con factores de discriminación, diferenciación, entre otros. Para la caracterización de esta perspectiva conviene subrayar, inicialmente, algunas definiciones con las que se ha delimitado el término.

Rodríguez (2000, 223) entiende por segregación residencial a la escasez relativa o absoluta de mezcla residencial de grupos sociales dentro de los subespacios que componen un aglomerado urbano. Para el autor, esta definición involucra cuatro aspectos. 1) Supone que existen al menos dos grupos sociales claramente diferenciables de acuerdo a ciertos atributos. 2) Considera que la medición de la segregación depende, por un lado, de criterios de diferenciación (raciales, étnicos, socioeconómicos, etc.) usados para clasificar y distinguir a los grupos y, por el otro, de una escala geográfica (comunidades, sectores o manzanas) empleada para definir subespacios. 3) Implica una consecuencia sustantiva en la variable distancia, ya

que puede haber una aguda segregación incluso entre zonas vecinas en la medida que (a) la cercanía física debe complementarse con otras cercanías (sociales, culturales, psicológicas), (b) la interacción cotidiana puede desarrollarse en ámbitos diferentes al residencial (en la escuela o el trabajo), y (c) el intercambio puede ocurrir entre personas ubicadas a grandes distancias mediante el uso de las tecnologías. 4) E implica metodológicamente que la distancia física en la que opera la segregación influye decisivamente en su detención, de ahí la importancia de evaluar las escalas geográficas. Son estos cuatro aspectos los que, a juicio del autor, le otorgan un soporte teórico y metodológico de tipo espacial y social al término.

Por su parte, Rodríguez y Arriagada (2004) y Sabatini, Cáceres y Cerda (2001) proponen una definición de segregación residencial con la cual se reconozca el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de hogares pertenecientes a un mismo grupo social, sea que éste se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicos. Los autores afirman que en América Latina la segregación es mayormente cuestionada cuando su raíz es de tipo socioeconómico, es decir, cuando se trata de Segregación Residencial Socioeconómica. Para ellos este tipo de segregación, por un lado, expresa las desigualdades socioeconómicas existentes, y por el otro, actúa como un mecanismo que las reproduce. Basados en varios autores, infieren que esta segregación incide en: el aislamiento social de los grupos de menores ingresos, la reducción de los ámbitos de interacción de los diferentes grupos socioeconómicos (como la segmentación educativa), y en el deterioro de la vida comunitaria y la pérdida de capacidad de acción colectiva.

Así las cosas, a partir del término segregación residencial se pone el énfasis en la relación entre la distribución territorial de los grupos poblacionales en la ciudad y la existencia de barreras de desigualdad de tipo económico y estructural (Flores 2006, Rodríguez 2001). En esta relación, *lo espacial* y *lo social* se encuentran en una encrucijada, siendo la segregación entendida como un proceso espacial y la desigualdad como proceso social y económico. La literatura hace esta distinción principalmente porque una ciudad con escalas bajas de segregación no necesariamente implica bajos índices de desigualdad social (Sabatini y Brain 2008; Sabatini 2006). Es decir, un espacio urbano con una distribución territorial más heterogénea de los grupos no se traduce en un escenario más equitativo en cuestión de distribución de ingresos. Lo que aumentaría complejidad a esta diferenciación es que espacios altamente segregados —es decir, con alta homogeneidad en su composición social— sí representarían una de las formas cardinales de injusticia social (Marcuse 2009).

De esta manera, tratar a la segregación como una perspectiva conveniente para el estudio de lo urbano posibilita irrumpir analíticamente en la relación compleja entre procesos espaciales y procesos sociales, ya que “ambos elementos del problema se encuentran inextricablemente interrelacionados” (Harvey 2007, 41). En efecto, a través de su adopción se puede sostener que una segregación que opera a través de una distancia espacial grande cohibe la interacción y comunicación entre los grupos, a la vez que crea imaginarios. Mientras tanto, una segregación con distancias menores, aunque siga recreando estos imaginarios, resulta menos inhibidora de la interacción social. Son estos supuestos los que asume esta investigación para estudiar las áreas residenciales de la ciudad.

Vale recordar que los supuestos anteriormente discutidos por cada una de las perspectivas constituyen el cuerpo teórico de escala macro de esta investigación. Como se pudo observar, en este marco confluyen las miradas de la geografía, la sociología, la economía y la antropología que aportan a la caracterización de la realidad urbana. En este marco, igualmente, se categorizó al análisis espacial y social como ejes transversales de aproximación a dicha realidad. Por consiguiente, la relación entre justicia espacial, diferenciación social, y segregación residencial envuelve un cuidadoso estudio acerca de la heterogeneidad del área geográfica y los vínculos sociales que se propician a partir de ella.

En el siguiente apartado se detalla el marco conceptual con el cual se comprende a las áreas residenciales socialmente heterogéneas y a los procesos de integración socioespacial.

1.3. Configuración espacial y vínculos sociales en la ciudad contemporánea

Enmarcada la entrada analítica y situadas las perspectivas de análisis de la investigación, queda por describir su marco conceptual. La intención de este apartado es lograr la conceptualización tanto de las áreas residenciales socialmente heterogéneas como de la integración socioespacial, sirviéndose de una mirada histórica a la vez que contemporánea. Para llegar a su elaboración, la literatura consultada permite partir desde los estudios clásicos de la segregación y de la cohesión e inclusión social hasta llegar a las investigaciones recientes sobre los procesos de distanciamiento, sociabilidad y convivencia urbana. Durante este recorrido se detalla cómo la distribución espacial y la vinculación social de los grupos responden a configuraciones procesuales en las que han incidido distintas transformaciones socioeconómicas del modo de producción y los cambios del desarrollo urbano.

1.3.1. Distribución de los grupos y áreas residenciales socialmente diversas

Para lograr una caracterización de las áreas socialmente diversivas conviene primero definir a la segregación, ya que la precisión de éste conduce a la aclaración del primero. Por lo que se refiere a la apertura teórica del término, en los estudios sobre segregación racial Massey y Denton (1988) desarrollaron un marco conceptual y metodológico con el cual atribuyeron un componente espacial y objetivo al proceso por el cual los grupos se separan en el espacio. La definición de los autores –quizás la más citada en la literatura– entiende por segregación al grado en que uno o más grupos viven separados entre sí en diferentes partes del entorno urbano. A partir de esta conceptualización se ha puesto el énfasis en dos elementos: los grupos sociales y sus procesos de ocupación y distribución espacial.

Dichos elementos, igualmente, se han analizado dentro de los macro procesos de urbanización y producción económica. Desde la perspectiva marxista de Castells (1974), la segregación se entiende como una distribución de los lugares de residencia, la cual sigue el mismo comportamiento general de la distribución de las mercancías y, por tanto, causa reagrupaciones en función de las rentas, el estatus profesional o el nivel de instrucción de los sujetos. Para Castells, entonces, la segregación es un problema de clase dentro del sistema capitalista. Harvey (2007), desde una posición similar, advierte críticamente que cualquier intento por explicar la diferenciación residencial debe tomar en cuenta la relación con los elementos estructurales de la producción del espacio, de lo contrario, se caería sobre modelos simplistas que otorgan gran peso a las decisiones racionales de localización residencial.

Retomando las precisiones realizadas en el anterior apartado acerca de la segregación como perspectiva de análisis, y específicamente las claridades de Rodríguez (2000), Rodríguez y Arriagada (2004) y Sabatini (2006), las condiciones para hablar sobre segregación implican que existan por lo mínimo dos grupos sociales, criterios de clasificación, variabilidad y medición de la distancia. Por tanto, en esta investigación se considera que la segregación residencial se refiere a la distribución de los grupos sociales en el espacio y al grado de homogeneidad que alcanzan las distintas áreas de la ciudad. Los grupos pueden ser leídos según su condición étnica, origen migratorio, etaria o socioeconómica, entre otras.

Siguiendo a Rasse (2015), esta definición revela tres suposiciones. En primer lugar, la segregación implica procesos espaciales, sin con eso evadir su estrecha relación con los procesos sociales de los cuales ya hicimos referencia anteriormente. En segundo lugar, su

énfasis se basa en la configuración espacial de los grupos. Y, en tercer lugar, estas configuraciones son procesuales, es decir, el grado de segregación existente en una ciudad o cualquiera de sus subdivisiones espaciales es producto de diversos procesos –simultáneos y secuenciales– de agrupamiento, separación, aislamiento, etc. Estas tres suposiciones no procuran ser la última palabra sobre el debate conceptual sobre la segregación residencial ya que éste sin duda seguirá persistiendo. A través de ellas solamente se establece el marco de entendimiento del concepto para fines prácticos de la presente investigación. Esto a partir del entendido que toda indagación empírica es responsable de considerar la diversidad de lecturas y definiciones existentes para basar su planteamiento teórico metodológico más conveniente. Por ende, podemos ir indicando la postura que asume esta tesis afirmando que la contracara de la segregación no es la integración; la primera apunta a la configuración espacial de los grupos en la ciudad y la segunda a los vínculos sociales que dan forma a la sociedad.

Debido a que la configuración de la segregación es procesual, hay que tener en cuenta el impacto que tienen las transformaciones socioeconómicas y los cambios en el desarrollo urbano en su conformación. En el inicio de la sociedad moderna, por ejemplo, la segregación residencial se asoció a los cambios en el modo de producción impulsados por el capitalismo industrial, los cuales influían en la localización de la vivienda (Engels 1845), la modificación del suelo urbano, y el acrecentamiento de diferencias socioculturales. Por su parte, los recientes estudios de la urbanización planetaria (Brenner 2013) y la financiarización de la economía (De Mattos 2016; Halbert y Attuyer 2016) observan cómo en la actualidad el constante flujo de capital financiero e inmobiliario y las dinámicas de urbanización contemporánea definen la forma urbana de las ciudades y la manera en la que los grupos poblacionales se segregan residencialmente en su interior.

Otorgándole un peso espacial a los postulados de Brenner (2016) y De Mattos (2016) se sostiene que uno de los resultados de la urbanización planetaria y la financiarización de la economía se ve reflejado en la extensión de la segregación a nivel territorial: existe una ampliación de la frontera espacial sobre la que se sustentan los procesos de distribución de los diversos grupos sociales. De la misma manera, la inversión en zonas centrales potencialmente adaptables a los circuitos del mercado financiero, entre otras operaciones financieras e inmobiliarias al interior del límite urbano, bosquejan mutaciones en la distribución espacial de los grupos, que en todo caso evidencian la configuración procesual de la segregación.

En las ciudades latinoamericanas la configuración procesual de la segregación se visibiliza a partir de tendencias como los procesos de desestructuración de los regímenes laborales o las nuevas estructuras productivas de la ciudad pensadas en función del desarrollo capitalista (De Mattos 2006), y también mediante el debilitamiento de los vínculos de los trabajadores menos calificados y su subsiguiente concentración en barrios con altos índices de pobreza y de homogeneidad social (Katzman 2001). Esta homogeneidad en la composición social de determinadas áreas geográficas, junto con otros procesos de índole institucional y estructural, afectan el portafolio de activos y la estructura de oportunidades de sus poblaciones residentes. Conviene caracterizar estos dos últimos términos. Katzman (1999, 19) define al portafolio de activos como el subconjunto de recursos –es decir, todos los bienes tangibles e intangibles– de los hogares y de las personas “cuya movilización permite el aprovechamiento de las estructuras de oportunidades existentes en un momento, ya sea para elevar el nivel de bienestar o para mantenerlo ante situaciones que lo amenazan”. Dicho en otras palabras, el portafolio de activos se refiere a la disposición de diferentes especies de capital que se relacionan con el capital social colectivo e individual. Con estructura de oportunidades Katzman (1999, 9) entiende a las “probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades”. Estas estructuras –reflejadas en las instituciones del mercado, la familia, la comunidad y el Estado– inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque facilitan el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos.

Por su parte, Galster y Killen (1995) propusieron el término geografía de oportunidades para referirse a las diversas formas en que la geografía influye en la oportunidad de los hogares, pudiendo incluso modificar en la percepción que estos tienen, sus características innatas y adquiridas y su capacidad de planeación al futuro. Los autores aseveran que los lugares pueden afectar el sentido que los hogares tienen acerca de su propio control sobre los acontecimientos de su vida. Desde esta visión, los espacios segregados ostentan escasas oportunidades, esto reflejado en la red social local que ofrece limitada información sobre empleo y poca diversidad en los modelos de rol. En efecto, este tipo de geografía repercute en las decisiones y visiones que tienen los hogares que la habitan.

Bajo esta caracterización, Katzman (2001) con relación a la segregación residencial, indica que la concentración de los pobres en las ciudades latinoamericanas condiciona la activación de los mecanismos que pueden conducir a su aislamiento social y la formación de subculturas que se apartan de las corrientes predominantes de la sociedad. El autor presenta una tipología

de cuatro barrios populares según las oportunidades de movilidad predominantes durante el proceso de su formación, siendo los más favorables tanto en la escala individual como social los barrios populares heterogéneos y los más desfavorables en ambas escalas los guetos urbanos. Este último es caracterizado a partir de experiencias de desindustrialización, achicamiento del Estado y estrechamiento de las oportunidades laborales. Barrios donde priman sentimientos de privación, se refuerza la precariedad del grupo y se limita su integración social. Esto manifestado en redes vecinales ineficaces para conseguir empleo, inestabilidad laboral que desfavorece la organización social, la carencia de modelos de rol exitosos, y la tendencia a conseguir ingresos por fuentes ilegítimas.

Así pues, retomando la discusión, la configuración procesual de la segregación en la región ha estado conformado por tendencias de homogeneización social en ciertas áreas residenciales de la ciudad a causa de segmentaciones en diversos ámbitos de la vida social. Aquí, tanto la geografía de oportunidades como el portafolio de activos se han visto afectados. Sin embargo, desde otra postura y de forma paralela, se han identificado otras configuraciones espaciales. Para Sabatini (2015b, 2006) desde finales del siglo XX las dinámicas asociadas al capital inmobiliario se encargaron de distribuir proyectos habitacionales por distintas áreas de la ciudad. Esto produjo un cambio en la escala de la segregación, permitiendo que áreas tradicionalmente ocupadas por un solo sector poblacional pudiesen variar en su composición social, es decir, contarán con la cercanía espacial de distintos grupos sociales.

La forma en que se da esta proximidad espacial y que impacta la estructura social del área geográfica varía según la realidad de cada ciudad y país, y puede ser a causa de la implementación de políticas de mezcla social, la construcción de conjuntos cerrados en entornos populares, o el establecimiento de hogares pobres en cercanías de sectores de ingresos altos y medios. En la realidad latinoamericana, estas dos últimas causas describen los procesos de acercamiento físico de grupos de distinta condición socioeconómica (Sabatini 2015b; Sabatini y Brain 2008; Flores 2006; Rodríguez y Arriagada 2004): mientras que las áreas ocupadas por los grupos de ingresos medios y altos siempre han tendido a ser más heterogéneas y alrededor de ellas se localiza un gran cúmulo de grupos de ingresos bajos, también en algunas zonas periféricas de origen popular se ha ido conformando lugares de habitación para los segmentos altos y medios de la sociedad.

No obstante, pese al acercamiento causado por este último proceso, se evidencia la

persistencia de brechas sociales y económicas y dinámicas excluyentes que reafirman procesos de diferenciación social (Ruiz-Tagle 2016b). Es decir, la disminución de la escala de la segregación residencial en la región –a partir de la construcción de conjuntos cerrados de estratos medios y altos en barrios de origen popular– no ha sido proporcional a la disminución de distancias económicas y sociales, e incluso simbólicas (Santillán 2015b), que caracterizan a los procesos segregativos y de distanciamiento social en la ciudad. Esto implica que los cambios en la distribución territorial de los grupos no explican por sí mismos la distribución de oportunidades de interacción e intercambio intergrupales.

Para Sabatini (2006, 13) que la segregación disminuya mientras a la par las desigualdades económicas permanezcan estáticas o inclusive aumenten, implica analíticamente que “la segregación residencial refleja los procesos de diferenciación social antes que las diferencias sociales”. En este sentido, los grupos recurren a la segregación para construir o reafirmar su identidad como grupo en la ciudad. Lo espacial hace parte de lo social; no es su reflejo. De esta manera, tal y como lo afirmábamos al principio del apartado, es útil entender a la segregación en tanto configuración espacial de los grupos y a la integración como configuración de vínculos sociales entre grupos. Dentro de la primera se pueden hallar distintas configuraciones: desde configuraciones altamente homogéneas hasta configuraciones con distintos grados de heterogeneidad social.

Así, el concepto de áreas residenciales socialmente heterogéneas nos remite a configuraciones espaciales en donde ocurre la presencia de distintos grupos sociales, es decir, que se encuentran en proximidad espacial. En esta definición hay que hacer dos aclaraciones: por un lado, hay que tener en cuenta la escala geográfica en la que ocurre esta configuración: ciudad, parroquias, zonas, sectores, manzanas o predios; y, por el otro, los grupos sociales pueden ser clasificados según su condición étnica, etaria, socioeconómica, entre otras. En la presente investigación se considera como escala espacial de análisis a los sectores y manzanas censales, y se clasificó a los grupos por condición socioeconómica (observables a través de nivel educativo del jefe de hogar, como variable proxy al ingreso de los hogares).

1.3.2. Relaciones entre grupos e integración socioespacial

Una vez aclarado lo que se entiende en esta tesis por área residencial socialmente heterogénea, conviene seguir avanzando con la conceptualización del término integración socioespacial. Para lograr esto, también se parte de un breve recuento histórico del término, el

cual no pretende ser exhaustivo sino simplemente esclarecedor.

Siguiendo a Rasse (2015), los estudios clásicos de la sociología trataron el tema de la integración social desde una dimensión normativa y una dimensión funcional. La primera de estas dimensiones se aborda desde el concepto de cohesión social, el cual se encarga de describir la existencia de una base normativa y medidas de valoración compartida entre miembros de un mismo grupo que los dispone positivamente a vincularse entre sí e, incluso, a situarse y considerarse como parte de un mismo todo social. La segunda dimensión se relaciona con la noción de inclusión social que se entiende como la participación o acceso que tienen los sujetos y grupos sociales a las oportunidades existentes en una sociedad; sin embargo, esta participación no necesariamente implica un sentido de pertenencia. Por tanto, las nociones de cohesión social e inclusión social –con sus respectivos opuestos de anomía social y exclusión social– implementadas desde la sociología pretendieron dar cuenta de los procesos de integración social en un contexto de profundos cambios económicos y sociales.

La traducción de estas nociones en el estudio de la vida urbana ocurre en un ambiente de fuertes transformaciones de las grandes metrópolis, donde la suposición era observar la trama compleja de relaciones y experiencias que formaban parte de la modernidad (Giddens 2009; Simmel 2005). Se habla de la existencia de una estimulación de la conciencia del habitante urbano por nuevas, variadas y aceleradas impresiones que pueden llevarlo a procesos de despersonalización y desocialización y, además, a conformar en él un carácter calculador, reservado e individualista. A raíz de esto, se presenta a la desorganización social o la criminalidad como síntomas de anomía y exclusión social en el orden urbano. Prácticamente no habría indicios de integración, ni en su dimensión de cohesión ni tampoco de inclusión. Las interacciones en el espacio público tampoco estarían basadas en ellas (Delgado 1999).

Un abordaje espacial del concepto de integración empieza a ser formalizado en los estudios funcionalistas de la Escuela de Chicago, donde a partir de las ideas durkhemnianas de la división del trabajo y las darwinistas de la competencia se asume la existencia de un fenómeno natural en la ciudad: los grupos se segregan naturalmente en el espacio en un contexto de cooperación competitiva (Park 1999). En este contexto, distintos individuos deciden cooperar entre sí para competir frente a otros grupos para seleccionar a los más capaces. Igualmente, esta Escuela considera que la diferenciación social en el ecosistema de la ciudad no solo se expresa en términos de diferenciación de funciones, sino también en la

diferenciación funcional de espacios. La competencia distribuye de manera jerárquica a los diferentes grupos en diferentes hábitats en el seno del ecosistema urbano, donde el grupo dominante ocupa los mejores lugares a través del mecanismo del precio del suelo. De esta manera, las áreas residenciales suficientemente homogéneas ofrecen posibilidades de integración y cooperación a quienes viven en ella para sobrevivir y competir contra otros.

La Escuela Neomarxista Francesa, durante la década de 1960, igualmente tuvo un acercamiento al término desde abordajes teóricos que abogaban por un acceso equitativo a la ciudad y reconsideraban la relación entre urbanización, dominación económica y las interacciones entre el Estado y las clases sociales (Lefebvre 1969; Castells 1974). Para esta Escuela el espacio y la ciudad, así como el mismo capitalismo, no pueden ser interpretados – y, en parte, transformados– sin el énfasis en lo contradictorio, lo conflictivo y los desequilibrios inherentes a su propia existencia. Desde este enfoque, de la misma manera que la estructura social se da a partir de antagonismos entre las clases, la estructuración de la ciudad ocurre a partir de antagonismos. Debido a que se considera al espacio como la expresión de la estructura social, tanto la segregación residencial como las oportunidades de integración estarían determinadas por la estructura social y económica del capitalismo.

Estas dos escuelas constituyeron macroorientaciones teóricas para diversos estudios empíricos y aproximaciones teóricas que buscaron entender la segregación y la integración en la ciudad. Sustentados en los postulados de la Escuela de Chicago, los estudios se han centrado en la presencia de un fenómeno natural que emerge de las concentraciones espaciales. Y desde la visión de la Escuela Neomarxista otras investigaciones han afirmado que la distribución espacial y los vínculos sociales entre grupos tienen como eje transversal la estructura socioeconómica capitalista. Para Ruiz-Tagle (2016a) a partir de estas macroorientaciones se fue forjando una base conceptual de orden funcionalista y positivista para abordar los procesos –y las políticas– de mezcla social, enfocando la mirada en el espacio y la cercanía física de los grupos. Este autor también se encarga de señalar cuáles son las críticas que existen alrededor de estas orientaciones. Al respecto indica que mientras, por un lado, las críticas a la aproximación naturalista de la segregación arguyen su falacia ecológica, el énfasis positivista de sus estudios y la indiferencia a factores de economía política, por el otro, las críticas a la aproximación marxista visibilizan su excesivo estructuralismo, su énfasis en la economía y su foco en intereses de clase. En todo caso, ambas críticas evidencian la necesidad de replantear la manera a través de la cual se orienta teóricamente la integración.

De la misma manera, Ruiz-Tagle (2016a) afirma que actualmente hay cinco grupos persistentes de ideas que están influenciadas por las teorías funcionalistas y positivistas que proporcionan la base conceptual a las políticas de desegregación o de integración implementadas en varias ciudades y países del mundo. Apunta que las consecuencias de la segregación residencial en términos de integración social en contextos de pobreza homogénea se han abordado a partir de: 1) la representación de los guetos como formas sociales patológicas (paradigma de la desorganización social); 2) el vínculo entre concentración de la pobreza y problemas sociales (efectos de barrio); 3) la sugerencia que las geografías de oportunidad siguen a los grupos de más alto ingreso y éstos luego las comparte con el resto; 4) los supuestos que las áreas residenciales mixtas crearían un círculo virtuoso de redes sociales, control social y comportamientos ejemplares; y 5) la emergencia espontánea de diversidad socioeconómica barrial desde ciertos cambios sociodemográficos. En resumen, todas estas ideas asumen que la proximidad espacial de los grupos posibilita la reducción de varios problemas asociados a la precariedad de los vínculos sociales, especialmente los que existen al interior de los grupos de menores ingresos.

Precisamente, se reconoce que dichas ideas son las que sostienen varias de las políticas de mezcla social; ideas que a juicio de Kearns et al (2013) se transforman en ortodoxas. Los autores se encargan de develar cuál es la ortodoxia que rodea al planteamiento de estas políticas. Para ellos, los elementos que definen esta ortodoxia son que la mezcla social: 1) mejorará la calidad de los entornos residenciales y físicos; 2) producirá cambios sociales dentro de los grupos, tanto en términos de composición social como de comportamientos sociales; 3) causará impactos económicos a nivel local, ayudando a reducir el desempleo y a impulsar la inversión en el territorio; y 4) que la mezcla de la tenencia de la vivienda producirá resultados positivos a nivel de la interacción social entre los grupos. Lo ortodoxo del asunto reside en que estos elementos han alcanzado el estatus de racionalidad convencional para producir áreas residenciales más heterogéneas en la ciudad.

Justamente, son estas ideas las que intensifican el debate sobre la complejidad del término. Esto ha sido así porque las políticas e investigaciones que plantean revertir las configuraciones espaciales homogéneas de los grupos, lo hacen fundamentalmente a través de estas racionalidades. Corroborar esto requiere de un acercamiento al estado del arte del tema, lo cual permite pulir la conceptualización de lo que se entiende por integración socioespacial.

Así las cosas, la discusión sobre integración social para dar cuenta de las relaciones entre distintos grupos que residen en un espacio próximo se concentra en Estados Unidos y Europa. Concretamente, esta discusión ha optado por una perspectiva crítica en la que se señala la existencia de una suerte de determinismo espacial para revertir los problemas de segregación y pobreza que padecen ciertas poblaciones en la ciudad (Imbroscio 2012; DeFilippis 2013; Arbaci y Rae 2014; Squires 2012). Dicha perspectiva critica que la integración social de los pobres sea pensada y reducida simplemente a una cuestión de estar en proximidad con otros grupos de mejor condición socioeconómica.

Para Imbroscio (2012) las políticas que apelan por una mezcla social a través de la movilidad residencial de los hogares pobres actúan bajo el supuesto que estos hogares no viven en áreas de oportunidad, a la vez que creen ilusoriamente que la proximidad con otros grupos incidiría en mejores oportunidades y reduciría las formas de desigualdad que alimentan su separación en el espacio. El autor defiende la necesidad de lograr una mayor heterogeneidad en las áreas residenciales, pero sin apelar a la movilidad residencial de los grupos. En su lugar, cree necesario adoptar un nuevo paradigma que cree oportunidades en el mismo sitio de residencia de los hogares pobres, el cual permita elevar las oportunidades económicas de sus residentes actuales y futuros, a la vez que se mantiene la vivienda asequible en toda la ciudad y se trata la carencia de equipamientos en estas áreas con la provisión equitativa de bienes y servicios.

Para DeFilippis (2013) que se asuma al espacio como solución a los problemas sociales resulta un problema. Para él esto no solo se manifiesta en gran parte en las políticas de mezcla social, sino en el determinismo espacial que ha acompañado la historia de la planificación urbana y las políticas de vivienda en Estados Unidos. El componente espacial de estos programas asume que la mera proximidad geográfica lleva a mejorar y aumentar el capital social de los pobres, a la vez que conduce a mayor equidad, comprensión o incluso interacción entre grupos sociales; pero la experiencia y la evidencia empírica al menos no sugiere que pase esto. Para el autor, reducir la pobreza a través de la ciudad ha llevado a exagerar la importancia del espacio en la producción de relaciones, procesos y divisiones sociales. Afirma que las brechas sociales son muy grandes para que sean superadas solamente por nuevas formas espaciales; éstas deben ser creadas, sí, pero como parte de los procesos sociales de luchar por la justicia social, racial y económica.

Para develar su limitado alcance en lo social, Levy, McDade y Bertumen (2013) indican que

las estrategias de mezcla social se encuentran impedidas para mitigar o sacar a los hogares de la pobreza, por lo que sugieren tratar problemas estructurales (bajo nivel educativo, falta de capacitación laboral, etc.) a partir de servicios y apoyos centrados en el bienestar económico de los hogares, los cuales podrían tener una buena evolución a la par de la implementación de la estrategia. Lo anterior lo plantean a partir de un enfoque multifacético e integrador que se centre en las personas y en el lugar; es decir, que no abandone la intención de abordar lo espacial pero que también incluya los aspectos sociales. Igualmente, sugieren que para aumentar los beneficios de la mezcla es necesario promover activamente las interacciones entre los grupos a través del tiempo, siendo pertinente trabajarlas desde el campo del desarrollo comunitario y el interés de los residentes de desarrollar conexiones con los vecinos.

Otros autores que defienden la idea de movilizar a los hogares pobres también evidencian sus limitaciones, sin abandonar su adjudicación a la estrategia de mezcla social. Por ejemplo, DeLuca et al (2012) reconocen que los efectos de la mezcla social están condicionados por desigualdades estructurales existentes (como suelen ser las diferencias en el mercado de vivienda y calidad de la escuela) y, de la misma manera, que las condiciones de vida de los hogares pobres facilitan o dificultan su capacidad para participar en las oportunidades estructurales. En este sentido, proponen que las políticas de integración requieran abordar intensa y sostenidamente las brechas existentes entre los grupos y entre hogares miembros de un mismo grupo. Sobre la misma línea, Skobba y Goetz (2013) proponen que los programas de dispersión de hogares pobres en barrios de oportunidades, deben considerar que su aplicación puede llegar a interrumpir en las redes sociales y de apoyo construidas de estas poblaciones. Desde su visión, en los hogares de bajos ingresos la confianza en las estrategias informales es vital para satisfacer las necesidades básicas. Pasando incluso por la geografía de oportunidades, la familia, los amigos y socios son una fuente fundamental de apoyo para que estos hogares puedan proveerse de todos los bienes esenciales. Políticas que reconozcan dicha situación producirán, a juicio de los autores, mejores resultados.

Por lo tanto, las políticas de integración han tomado la proximidad espacial como fines en sí mismos, mostrando una suerte de determinismo físico en sus planteamientos para revertir los problemas de segregación y pobreza dentro de racionalidades de efectos de barrio y geografías de oportunidad. Estas racionalidades vienen de paradigmas funcionalistas y de sesgos del neoliberalismo, esto es, “por una falta de atención al funcionamiento de las instituciones en perspectiva comparada y por un excesivo foco en los resultados emergentes

de las agregaciones ecológicas” (Ruiz-Tagle 2016a, 42). En ese sentido, cambian el significado de la integración “desde un positivo derecho a las oportunidades a lo negativo de las imposiciones no-deseadas de mera diversidad sociodemográfica” (Ruiz-Tagle 2016a, 43).

Como se puede apreciar, a través de esta caracterización se logra develar, nuevamente, la compleja y estrecha relación entre los procesos sociales y los procesos espaciales. Quizás resulte pertinente incluir la perspectiva de la justicia espacial en este debate para esclarecer cómo desde las apuestas que abogan por una ciudad justa se concibe las acciones en ambos ámbitos. En todo caso, la presente tesis sostiene que en los procesos urbanos el espacio importa, tiene agencia y es una parte constitutiva de la realidad.

Desde la perspectiva de justicia espacial, Fainstein (2009) afirma que la proximidad espacial, por ejemplo, no implica que los grupos sociales que no quieran vivir cerca de otros tengan que hacerlo para elevar el grado de justicia o diversidad en la ciudad. Para la autora lo verdaderamente importante es que los grupos no se excluyan de acuerdo a características adscriptas al género, la etnia o la clase. De esta manera, un contexto urbano en el que se presionan y despliegan continuamente medidas para elevar la diversidad, la igualdad y la democracia, es importante reconocer el marco de actuación de los grupos. De igual forma, Low e Iveson (2016) emplean al espacio público como revelador de injusticias para sostener que la justicia espacial no solamente se trata de la distribución de bienes materiales, sino también de la calidad de interacciones y de los encuentros. Marcuse (2009), por su parte, reconoce que el propósito de desafiar la injusticia estructural y las relaciones de poder existentes va mucho más allá de lo que la planificación práctica puede lograr en un caso específico. Es decir, desde estos autores se piensa que intervenir en el espacio para producir cambios sociales también requiere intervenir en las desigualdades estructurales.

Por otro lado, Rodríguez y Arriagada (2004), refiriéndose a la segregación socioeconómica, indican que ésta debe ser enfrentada mediante una visión integral, con medidas directas e indirectas relativas tanto a determinantes como a efectos, y mediante estrategias que vinculen las dimensiones social y urbana. Desde su postura, las políticas de reducción de la segregación deben actuar en el marco de la integración social y combatir la exclusión social en sus distintos niveles y dimensiones. Es decir, han de ser políticas efectivas que modifiquen la distribución espacial de los grupos, pero también las barreras que favorecen la exclusión, ya que “inclusive las condiciones pueden deteriorarse si se aplican políticas que promueven la

mezcla social, sin intervenir en las restantes esferas de la integración” (Rodríguez y Arriagada 2004, 21-22). En ese sentido, recomiendan que la segregación deber ser un eje transversal en el diseño de políticas de bienestar. De la misma manera, la aplicación de instrumentos de planeación urbana pro integración social y políticas que aminoren la segmentación espacial del mercado de trabajo y de los servicios sociales, pueden ser importantes herramientas en la integración y el encuentro entre personas de distinta condición socioeconómica.

En este sentido, retomando la diversidad de posiciones y puntos de vista anteriores, se puede advertir que la integración socioespacial no sólo involucra la mera proximidad o acercamiento físico entre grupos de distinto origen social. Ésta involucra otras dimensiones que ocurren tanto en el plano analítico como en el plano de los procesos urbanos. Algunas posturas teóricas ven a la integración como lo opuesto a la segregación residencial (Morandé 2007), es decir, como oportunidades de interacción informal entre los diferentes segmentos sociales en las ciudades, pese a la escala espacial de segregación.

Sin embargo, para esta investigación no se asume esta posición y tampoco se sostiene que la mera contigüidad espacial entre grupos permite su integración. En cambio, se cree que lo opuesto a la integración social no es propiamente la segregación residencial, sino la fragmentación social. Este término se entiende como el proceso de fragmentación de los vínculos sociales a manera de segmentos sociales con baja interdependencia entre sí y, a su vez, se refiere a la ruptura del conjunto de significados compartidos de múltiples subculturas (Rasse 2015; Márquez 2003; Prévôt-Schapira 2001). Por lo tanto, la integración socioespacial da más cuenta de la serie de vínculos sociales que se forjan y configuran entre los grupos, siendo su coexistencia en un espacio determinado tan sola una de sus dimensiones.

El concepto de integración socioespacial, entonces, resulta ser multidimensional y flexible para referirse más allá de *lo espacial* y lo meramente *social*. Si bien hay varias definiciones y alusiones al término en la literatura anglosajona (DeFilippis y Fraser 2010; Colomb 2011), aquí nos apoyamos principalmente en dos autores que han abordado la problemática a partir de estudios de casos en el contexto latinoamericano.

Por un lado, Sabatini y Salcedo (2007) contemplan tres dimensiones de la integración: una funcional, que consiste en la integración al mercado de consumo o de trabajo; una comunitaria, relacionada con la construcción de redes sociales; y la otra simbólica, asociada al

sentido de pertenencia y arraigo. Por el otro, Ruiz-Tagle (2013) considera que hay varios aspectos que contribuyen y mantienen la integración socioespacial, entendiendo esta última como una relación multidimensional que funciona independientemente y en diferentes niveles a través de cuatro dimensiones: física, funcional, relacional y simbólica. La primera referida a la proximidad entre grupos diferentes. La segunda alusiva al acceso efectivo a oportunidades y servicios. La tercera basada en las interacciones entre grupos. Y la cuarta apoyada en la identificación con un territorio común. La tesis se ubica analíticamente sobre esta definición.

Ahora bien, la discusión teórica y conceptual generada en los párrafos anteriores se puede esquematizar en el modelo de análisis que se muestra en la Tabla 1 donde se detalla el carácter operativo de los procesos estudiados. Cada uno de ellos se desagrega en dimensiones y subdimensiones medibles a través de indicadores e instrumentos de recolección y procesamiento de la información. De la misma, se indica la escala de análisis de cada uno.

Las dos primeras escalas se reservan para la variable independiente. La escala macro comprende el análisis estadístico a nivel de sector censal para comprender los cambios en el patrón de segregación en la ciudad. La escala meso busca aproximarse a las realidades de las áreas heterogéneas estudiadas a partir de una descripción urbanística y geográfica. Por su parte, la escala micro explora desde el conocimiento antropológico la integración. Para comprender más ampliamente el método de análisis se invita a quien lee a revisar el anexo metodológico ubicado al final. En él se hace una síntesis del estado del arte metodológico sobre el problema de investigación, y de la misma manera se presenta el diseño de los indicadores propuestos y los instrumentos de recolección y análisis de información aplicados.

1.4. Planteamiento teórico metodológico

En los siguientes párrafos se expone el planteamiento teórico metodológico de la tesis. Se hace principal referencia a las variables de la investigación de las cuales hemos hablado anteriormente. A saber, la variable independiente es las áreas residenciales socialmente heterogéneas, y la variable dependiente es la integración socioespacial. Cada una de estas variables se trabajó alrededor de dimensiones y subdimensiones, a las que en el transcurso del apartado se les realiza su respectiva discusión teórica y metodológica. Cabe indicar que la presente investigación se diseñó contemplando la aplicación de distintos métodos, por lo que el contenido de este apartado abarca los aspectos cualitativos, cuantitativos y espaciales del problema investigado. De acuerdo con Gaber y Gaber (1997) los diseños de investigación en

Tabla 1. Modelo de análisis de la investigación

Conceptos generales	Variables	Dimensiones	Subdimensiones	Indicadores	Fuente	Escala análisis
Justicia espacial, diferenciación social, segregación residencial	Áreas residenciales socialmente heterogéneas	Proximidad física entre grupos sociales: cambios en el patrón de segregación	Distribución espacial de los grupos	Índice de disimilitud	Censos 2001-2010 INEC	Macro
			Composición social de las áreas residenciales	Índices de interacción		
		Fronteras materiales: aspectos del espacio que median la interacción	Fronteras urbanísticas	Presencia de barreras artificiales	Observación y entrevistas	Meso
			Fronteras geográficas	Presencia de barreras naturales		
	Integración socioespacial	Funcional: acceso a oportunidades y servicios	Servicios educativos compartidos	Escuelas a las que asisten los niños	Entrevistas y observación	Micro
			Vínculos de mercado	Vínculos de empleo		
		Relacional: interacciones entre grupos sociales distintos	Interacciones en público	Espacios potenciales de interacción	Entrevistas y observación	
			Lazos sociales	Relaciones de amistad o vecindad		
		Dimensión simbólica: identificación con un territorio común	Percepción del otro	Calificativos hacia el otro	Entrevistas y técnicas visuales	
			Identidades territoriales	Apego y compromiso con el área		

Fuente: Trabajo investigativo

métodos mixtos brindan una serie de fortalezas en tanto que cada uno de los métodos aplicados pueden ser mutuamente informativos y, además, proporcionan la posibilidad de realizar un análisis en su conjunto de la problemática estudiada.

Adoptar una metodología mixta implica considerar que los resultados generados a partir de los diferentes métodos se pueden buscar la convergencia, el desarrollo, la expansión, la complementariedad o la iniciación de problemas de estudio (Gaber y Gaber 1997). Esta investigación se sustenta en estos propósitos metodológicos, teniendo como objetivo proporcionar una mirada más enriquecida de lo que se está estudiando. Una experiencia interesante en este sentido la referencian DeLuca et al (2012) y Basolo (2013) quienes indican que la aplicación de métodos mixtos permite ampliar el debate acerca de qué tan ineficaz e insuficiente es la proximidad espacial entre los grupos. A partir de la propuesta metodológica de los autores se descubren resultados no previstos de la mezcla social.

Ahora bien, la investigación se basó en el diseño de estudio de caso (Gerring 2007). Se estudiaron específicamente dos áreas residenciales de la ciudad de Quito: el área Cochapamba-El Bosque y el área San José-Urbanización el Condado. Se escogieron estas dos áreas por tres motivos: 1) ambas se ubican en la zona de mayor probabilidad de contacto entre miembros de diferentes grupos de la ciudad; 2) la estratificación a nivel manzana censal del nivel educativo para el año 2010 corroboró la existencia de todos los estratos en las dos áreas; y 3) ambas son casos de tipo representativo (Bryman 2007) de los procesos de integración socioespacial en la ciudad, a lo cual se sumó el criterio de oportunidad que tenía el investigador de interactuar con sus residentes a partir de su red de contactos. Ahora sí, sobre estas aclaraciones, podemos iniciar la descripción de las variables.

Uno de los estudios pioneros en la medición de las configuraciones espaciales de los grupos en la ciudad es el trabajo de Massey y Denton (1988). Para el estudio de la segregación racial, los autores identificaron cinco dimensiones de análisis que pueden ser medidas objetivamente a través de índices. Estas dimensiones son: 1) la uniformidad, que da cuenta de la distribución de los grupos en las unidades espaciales (zonas o sectores censales) de la ciudad; 2) la concentración, que hace alusión al espacio que ocupa el grupo social; 3) la exposición, que se refiere a la probabilidad de contacto entre miembros de grupos sociales en las unidades espaciales; 4) la centralización, que presta atención al grado de localización espacial de un grupo social con respecto al centro de la ciudad; y 5) el agrupamiento, que observa al grado

en que áreas ocupadas por un mismo grupo se encuentran cercanas a otras y tienden a crear agrupamientos en el espacio urbano. A partir de estas dimensiones –ampliamente aplicadas en estudios empíricos en diferentes latitudes– se otorga un peso objetivo y espacial al problema de cómo medir la distribución de los grupos en la ciudad.

Por ejemplo, la segregación en el contexto latinoamericano ha sido abordada a partir de estas dimensiones e índices que acompañan sus operaciones metodológicas. Sin embargo, en comparación a lo que se produce en otras latitudes, la investigación en la región es relativamente escasa y poco comparable entre países e incluso entre ciudades de un mismo país, esto debido al tipo de fuente implementada. Estos estudios por lo general centran su atención en el análisis de los procesos objetivos de la segregación a partir de la creación de índices y distintas escalas espaciales. Posturas como la de Sabatini (2006), por ejemplo, apelan por investigaciones empíricas que ayuden a superar las visiones centradas en los procesos objetivos con los cuales se interpreta la realidad de las ciudades de la región. Específicamente, Sabatini (2006) contempla tres dimensiones para el estudio de la segregación, las dos primeras de carácter objetivo (registrada a partir de planos temáticos e índices estadísticos) y la última de carácter subjetivo: 1) el grado de concentración espacial de los grupos sociales; 2) el grado de homogeneidad y/o heterogeneidad social que presentan las distintas áreas internas de la ciudad; y 3) la percepción que posee la población respecto a las formas de segregación objetiva y que se asocia a sentimientos de marginalidad y la existencia de estigmas territoriales en ciertas áreas urbanas. Debido a que esta investigación consiste en explorar las áreas residenciales sustentadas a partir del cambio de patrón de la segregación y el grado de heterogeneidad social, es recomendable usar las dos primeras dimensiones para inferir sobre la proximidad física entre grupos sociales diferentes en la ciudad de Quito.

En efecto, la variable independiente de la investigación recoge los principales aportes metodológicos de estas dos dimensiones, pero les otorga la categoría de subdimensiones, ya que se piensa que las áreas residenciales se definen también por la presencia de fronteras materiales. De esta manera, la variable independiente se compone de dos dimensiones que pretenden dar cuenta de la proximidad física de los grupos sociales y las fronteras materiales. La idea que guía estas dimensiones se basa en descubrir qué áreas de la ciudad tienen composiciones sociales heterogéneas y, a su vez, qué factores urbanísticos y geográficos las especifican. Se trata, entonces, de incluir una mirada alternativa en la caracterización de áreas residenciales que no sólo se interese por lo social, sino también por el entorno natural y

construido. Como experiencia cercana a este interés existen estudios que incluyen nuevas variables y proponen métodos alternativos para medir la segregación considerando medidas multiescalares (Scolano 2007), el control de fronteras (Caldeira 2007), factores urbanísticos (Rosenmann 2017; Higuera 2016) y variaciones a los modelos tradicionales para estudiar la heterogeneidad residencial (Urrutia-Mosquera et al. 2017).

En la primera dimensión se considera que la cercanía espacial de los hogares de distinta condición socioeconómica indica un grado de heterogeneidad residencial o mixtura social. Buscando aproximarse a la medición de esta diversidad en el espacio se optó por la aplicación de los índices más trabajados en la literatura académica sobre segregación: por un lado, se aplicó el índice de disimilitud propuesto por Duncan y Duncan (1955) para detectar la distribución espacial de los grupos, y por el otro, se aplicaron los índices de aislamiento e interacción propuestos por Bell (1954) para conocer el grado de contacto potencial intragrupal (al interior del mismo grupo) e intergrupala (entre grupos diferentes). Stearns y Logan (1986) otorgan más relevancia a estos últimos índices, ya que medir la interacción resulta clave para conocer los procesos de tolerancia, integración o asimilación en la ciudad. Sin embargo, Bertran y Chevalier (1998) aclaran que no es prudente acotar la interacción entre los grupos al lugar de residencia, ya que las relaciones sociales se construyen también por fuera del espacio residencial en ámbitos como el trabajo o la escuela.

Así entonces, los índices aplicados corresponden a las dos dimensiones objetivas que propone Sabatini (2006) para medir la segregación, que en esta tesis asumimos como dos subdimensiones de la primera dimensión de la variable independiente. Estos índices permitieron vislumbrar, por un lado, cómo ha ido evolucionando el grado de concentración de los grupos en la ciudad y, por el otro, cuáles son las áreas donde existe una mayor heterogeneidad o convivencia entre estratos altos, medios y bajos. Vale recordar que estos índices se cimientan sobre los avances en la aplicación de técnicas de estadística espacial para la exploración de datos espaciales (Acevedo y Velásquez 2008; Martori y Hoberg 2008) y la evidencia de los procesos de evolución espacial (Buzai 2010). En todo caso, para analizar los resultados de cada índice se tomó la categorización empleada por Briggs (2001), quien establece tres niveles de segregación: severa (0,6-0,9); moderada (0,3-0,6); Baja (0-0,3).

Para la aplicación de los índices se realizó, en un primer momento, una estratificación de la población de acuerdo al nivel de instrucción del jefe de hogar. Esta variable se extrajo de los

Censos de Población y Vivienda de los años 2001 y 2010 para los sectores censales de Quito y sus cuatro parroquias de mayor crecimiento poblacional: Calderón, Nayón, Cumbayá y Conocoto. El nivel educativo del jefe de hogar es utilizado como variable proxy en diversos trabajos para dar cuenta de la segmentación económica de los grupos (Molinatti 2013; Sánchez 2012; Sabatini et al. 2010a). Así, para analizar la segregación por niveles educativos se dividió la escolaridad del jefe de hogar en: baja (educación primaria o menos), media (entre educación secundaria y ciclo postbachillerato) y alta (educación superior y postgrado).

La decisión de establecer sólo tres categorías está basada en que al hacer una mayor subdivisión del nivel educativo no se encuentra mayores diferencias tanto en los resultados de los índices como en los patrones de distribución espacial de los grupos. Sin embargo, al momento de graficar la distribución, se decide mostrar los resultados en cinco niveles, que abarcan desde muy bajo hasta muy alto de acuerdo a los años de escolaridad del jefe de hogar. Asimismo, la representación cartográfica para el índice de aislamiento y de exposición se hizo en función de su variación porcentual entre 2001-2010 a nivel de sector censal.

Aunque ciertos estudios contemplan incluir la ocupación laboral de los hogares para medir la segregación residencial (Link, Valenzuela y Fuentes 2015; Katzman y Retamoso 2005), se sostiene que la estratificación por nivel educativo brinda más oportunidades para observar los cambios en el patrón de segregación. Algunas críticas resaltan las limitaciones de esta clasificación, ya que ésta excluye, desde una visión económica, el endeudamiento de los hogares, no mide el ingreso per cápita ni tampoco la riqueza. Y, desde una visión sociológica, no toma en cuenta el estatus ocupacional, excluye la dimensión cultural, y usa la capacidad de consumo para definir la clase social (Ruiz-Tagle y López-Morales 2014).

No obstante, se asume que el nivel educativo permite caracterizar la movilidad social que ha experimentado la población de Quito en los últimos años. Espinoza y Mena (2013) afirman que la variable educativa, entre otras, ha incidido en la movilidad social ascendente especialmente en el área urbana que comprende la sierra centro del país. De la misma manera, la Encuesta de Estratificación del Nivel Socioeconómico, realizada en el 2011 en las principales ciudades ecuatorianas, estableció que el factor más relevante en la conformación de los estratos es el nivel de educación del jefe del hogar (INEC 2011). Así, en la estratificación de los grupos se parte del supuesto según el cual el nivel de instrucción es una variable de segmentación que se aproxima al nivel de ingresos de los hogares en la medida

que intenta representar sus potenciales entradas económicas. Las ventajas de considerarla es que a través de ella se asumen datos adjuntos sobre otras dimensiones de diferenciación social, además que son mayores las posibilidades de obtener su información.

Ahora bien, la segunda dimensión de la variable independiente considera que “pensar en la existencia de fronteras implica reconocer que los diferentes grupos sociales no ‘viven’ separados. Antes bien, generan contactos constantes y producen conflictos” (Di Virgilio y Perelman 2014, 13). Así, para esta dimensión se usan argumentos provenientes del urbanismo y la geografía que identifican cómo varios factores, que conciernen a lo urbanístico y a la geografía del entorno, condicionan el tipo de interacciones que se generan en la ciudad (Rosenmann 2017; Amezquita 2017; Higuera 2016). Cabe mencionar que esta dimensión ha sido poco incluida en las investigaciones sobre heterogeneidad residencial. Si bien hay mención de cómo la presencia de barreras físicas (tipo conjunto cerrado) producen procesos de fragmentación espacial y social (Caldeira 2007; Prévôt-Schapira 2001) o espacios urbanos insulares (Janoschka 2002), no existe una mayor distinción sobre qué tipo de elementos urbanísticos y naturales producen escenarios de micro segregación o integración. De esta manera, para explorar estos elementos en las áreas se consideraron dos subdimensiones.

La primera hace referencia a las fronteras urbanísticas al interior del área residencial. Estas tienen que ver con la existencia de barreras y artificios de distanciamiento del espacio construido que establecen “fronteras entre los grupos sociales, creando nuevas jerarquías entre ellos y, por lo tanto, organizando explícitamente las diferencias como desigualdad” (Caldeira 2007, 314). Bajo el supuesto de que distintos discursos y sentimientos de inseguridad han propiciado el encerramiento de las viviendas de los grupos de altos ingresos desde hace algunas décadas (Janoschka 2002; Prévôt-Schapira 2001) y que la coexistencia espacial en una escala reducida con otros grupos puede agravar aún más estas prácticas mediante el repliegue a espacios confinados y aislados (Ruiz-Tagle 2016b), se considera para la medición de esta subdimensión la presencia de barreras artificiales creadas a partir de artificios de distanciamiento (por ejemplo, muros) y de seguridad (sistemas de vigilancia). Aunque su medición ha estado fundamentalmente relacionada con ejercicios de observación, en esta tesis también se contempló el uso de entrevistas.

La segunda subdimensión, las fronteras geográficas, tuvo como finalidad identificar la presencia de barreras naturales en el área residencial, abarcando con ello a las condiciones

topográficas del lugar y la existencia de elementos naturales del paisaje como quebradas, ríos, árboles, etc. Esta subdimensión no solo afrontó la particularidad geográfica de las zonas estudiadas, sino también la incidencia que ésta tiene en los procesos de interacción entre los grupos (Amézquita 2017). Siguiendo a Higuera (2016), la forma en la que se materializa estas barreras –tanto las urbanísticas como las geográficas– compromete la existencia y la calidad de las relaciones sociales que se generan en las áreas residenciales, ya que pueden propiciar o reducir su vitalidad. Igualmente, a la anterior subdimensión, en esta se recolectó la información a través de guías de observación y aplicación de entrevistas.

Las anotaciones anteriores representan el acercamiento teórico metodológico construido a la primera variable de la investigación. Ahora bien, respecto a la segunda variable, es decir, la integración socioespacial, basta recordar la definición establecida al final del apartado anterior para poder caracterizar sus procesos de medición. Esta variable está compuesta por tres dimensiones: la funcional, la relacional y la simbólica. Lo aquí planteado responde a lo consignado en varios estudios que develan la forma en que se desarrolla en las áreas residenciales socialmente heterogéneas estas tres dimensiones.

La literatura define a la dimensión funcional como la inserción que tienen los diferentes grupos sociales –especialmente los de ingresos bajos– en el mercado de consumo o de trabajo, o en el Estado como beneficiarios de programas estatales o de infraestructura (Sabatini y Salcedo 2007). Ruiz-Tagle (2013, 83) hace mención que esta dimensión puede entenderse mejor si se le relaciona con el acceso efectivo que tienen los y las residentes de estas áreas hacia las oportunidades y beneficios de índole local, independientemente del énfasis que se haga del grupo social objeto de estudio. Las oportunidades y los beneficios más investigados se relacionan con el mercado laboral y la educación, puesto que –se asume– la existencia de heterogeneidad social favorecería el intercambio de información y la formación de vínculos de mercado y el acceso a mejores planteles educativos.

De tal manera que la dimensión funcional se entiende de acuerdo a dos subdimensiones: 1) la existencia de servicios educativos donde niños de ambos grupos comparten escenarios de aprendizaje y formación; y 2) la formación de vínculos de mercado, reflejados estos en la existencia de ofertas de empleo y contratos laborales realizados entre miembros de diferentes estratos. La literatura aborda estos ámbitos tanto desde perspectivas cuantitativas (Basolo 2013) como cualitativas (Ruiz-Tagle 2016b; DeLuca et al. 2012; Wormald et al. 2012;

Morandé 2007). La estrategia metodológica adoptada en este estudio fue especialmente cualitativa, combinando la aplicación de entrevistas semiabiertas (Alonso 1999; Arfuch 2002) con ejercicios de observación en campo (Ferro 2010; Delgado y Gutiérrez 1999). De igual manera, se amplía e integra la dimensión espacial a los resultados cualitativos (Goodchild et al. 2000), detallando especialmente la ubicación de las escuelas a las que asisten los grupos.

Por su parte, la dimensión relacional fue abordada a partir de las relaciones sociales que se desarrollan en las áreas mixtas. En el intento de caracterizar a esta segunda dimensión, algunos estudios hacen mayor énfasis en las relaciones de amistad y redes sociales que se forman en el marco de la proximidad espacial (Ruiz-Tagle 2016b; Sabatini y Salcedo 2007). Otros incluyen los contactos diarios o interacciones casuales que establecen los individuos de ambos grupos en distintos espacios de la vida cotidiana (supermercados, festividades, parques, paradas de buses, etc.), para de esta manera observar los mecanismos de interacción y percepción que define el acercamiento (Fraser, Chaskin y Bazuin 2013; DeLuca et al. 2012; Morandé 2007). Lo cierto es que independientemente del tipo de relacionamiento que se logre entre los grupos, la literatura ve que las interacciones casuales o lazos de amistad que emergen de esta proximidad funcionan como antídoto para controlar el comportamiento desviado de los hogares de bajos ingresos, puesto que la clase media y alta aplicarían modelos de rol y procesos de control social para transformarlos (Joseph 2006).

Criticando estos supuestos unilaterales que se basan en la superioridad moral de las capas medias y altas de la sociedad sobre los hogares de bajos recursos, en la presente tesis se entiende más a esta dimensión como las interacciones que se generan entre distintos grupos sociales (Ruiz-Tagle 2013). Así, en cuanto a lo metodológico se consideraron: 1) las interacciones que se generan en los lugares de encuentro de la vida cotidiana (como espacios públicos y comunes), para lograr evidenciar aquellos contactos intergrupales que desarrollan estrategias de convivencia (Joseph y Chaskin 2010; Morandé 2007) o acercamientos fugaces más amplios de sociabilidad urbana centrados en el respeto y aislamiento hacia el otro (Aguilar y Soto 2013). De igual manera, se abordó 2) la existencia o no de relaciones de amistad o vecindad entre miembros de los grupos. Para acceder a estas subdimensiones se aplicaron los principios y las técnicas de la observación participante (Delgado y Gutiérrez 1999; Guber 2004) y de la observación flotante (Delgado 1999).

La última dimensión, es decir, la simbólica, guarda relación con el sentido de pertenencia,

arraigo e identificación con un territorio común, aun cuando se trate de una sociedad desigual (Ruiz-Tagle 2013; Sabatini y Salcedo 2007). Aunque la vida social en espacios socialmente diversos genera alternativas de pertenencia e identificación, siendo la integración la más buscada, también son posibles tanto el conflicto como la indiferencia. Rasse (2015) y Márquez (2003) distinguen que la proximidad espacial de grupos sociales diferentes desencadena procesos estructurales y simbólicos, el primero asociado a la construcción actual de ciudad y el segundo a la configuración de identidades territoriales.

Paradójicamente, el hecho de coexistir en un mismo espacio no necesariamente implica un sentido de comunidad, sino que también habilita el surgimiento de estigmas territoriales (Wacquant, Slater y Borges 2014) y de imaginarios que refuerzan la peligrosidad de los otros (Márquez 2003). Como consecuencia de esto, tendría lugar la conformación de fronteras identitarias basadas más en principios de diferenciación que de identificación común.

No obstante, pese a que las diferencias sociales de los grupos no desaparezcan, en las áreas residenciales mixtas pueden ocurrir procesos de integración basados en la identificación común. El objetivo es adentrarse a conocer los procesos simbólicos que desencadena la proximidad espacial. Estudios profundamente cualitativos ponen el acento en los procesos de desmitificación e identificación entre vecinos distintos (Rasse 2015), el sentido de pertenencia al barrio y el reconocimiento del valor del otro (Ruiz-Tagle 2016b; Sabatini et al. 2012, Sabatini y Salcedo 2007) y en las valoraciones culturales de los grupos (Wormald et al. 2012).

De esta manera, para estudiar la dimensión simbólica de la integración se asumieron dos aspectos: 1) la percepción del otro en el marco de su cercanía, y 2) los procesos de conformación de identidades territoriales al interior del área residencial. Para acceder a estas subdimensiones, metodológicamente se propuso la aplicación de entrevistas en profundidad. Igualmente, se recurrió a la potencialidad que brinda la aplicación de recursos cartográficos (Iconoclasistas 2013) y herramientas alternativas como el trabajo con imágenes para pensar las distancias sociales y la cercanía espacial (Santillán y Villegas 2016).

1.5. Síntesis de la discusión teórica y metodológica

En este capítulo se construyó el marco analítico de la investigación realizando una discusión teórica entre segregación residencial e integración socioespacial. Entiende a la segregación como una configuración espacial de los grupos en la ciudad, donde se pueden hallar distintas

configuraciones. A partir de esto, aclaró el término de áreas residenciales socialmente heterogéneas, el cual remite a configuraciones espaciales en donde ocurre la presencia y la proximidad espacial de distintos grupos sociales. Por su parte, asume a la integración socioespacial como a la serie de vínculos sociales que se forjan y configuran entre los grupos en estas áreas socialmente diversas, siendo su coexistencia en el espacio tan sola una de sus dimensiones, ya que también existen la funcional, la relacional y la simbólica. La primera referida al acceso efectivo a oportunidades y servicios. La segunda basada en las interacciones entre grupos. Y la tercera alusiva a la identificación con un territorio común

Para llegar a estas definiciones, el capítulo realizó cuatro recorridos. El primero revisó las entradas analíticas a través de las cuales se investigan los procesos de integración, y asumió que la entrada *desde abajo* es la opción más recomendable para estudiar la vida social en un contexto de proximidad espacial. El segundo identificó los postulados de las perspectivas de justicia espacial, diferenciación social y segregación para explicar cómo funcionan las lógicas de proximidad y vinculación social en la ciudad. El tercer realizó detalló cómo la distribución espacial y la vinculación social de los grupos sociales responden a configuraciones procesuales en las que han incidido las distintas transformaciones socioeconómicas del modo de producción y los cambios del desarrollo urbano. Finalmente, el cuarto describió el planteamiento metodológico mixto de la investigación, donde se desagregó el problema de investigación en dimensiones y subdimensiones medibles a partir de indicadores.

Luego de esto, en el capítulo siguiente se hace una revisión de la literatura temática de las distintas problemáticas identificadas como similares en función de la pregunta e hipótesis de la presente investigación. Sobre la base de una contextualización de casos de estudio que plantean acercamientos a los términos aquí considerados, se desarrolla el proceso de justificación de los estudios de caso en la ciudad de Quito.

Capítulo 2

Contextualización

Este capítulo brinda una contextualización de diferentes casos de estudios que plantean acercamientos similares al problema de investigación. En un primer momento, se presenta el estado del arte centrado alrededor de la mezcla social a nivel regional. Las investigaciones que se describen procuran establecer una conexión entre los marcos teóricos y hallazgos encontrados en ciudades latinoamericanas con el modelo analítico establecido para Quito. En un segundo momento se justifica a la ciudad de Quito como caso de estudio a la vez que se realiza un recorrido por la principal bibliografía local que ha hecho indagaciones afines.

2.1. Mezcla social en la ciudad latinoamericana: aproximación al estado del arte

Los estudios sobre integración socioespacial se concentran mayoritariamente en ciudades estadounidenses o europeas, en donde se pone en diálogo las consecuencias espaciales y sociales que produjeron las distintas políticas de mezcla social implementadas (Levy, McDade y Bertumen 2013; Basolo 2013; Fraser, Chaskin y Bazuin 2013; Kearns et al. 2013; Hyra 2013; Skobba y Goetz 2013; DeLuca et al. 2012; Squires 2012; Colomb 2011). De igual manera, existen estudios que abordan la necesidad de asumir una perspectiva crítica para adoptar nuevas políticas de mezcla social u observar analíticamente los procesos de integración (Ruiz-Tagle 2016a; DeFilippis 2013; Ruiz-Tagle 2013; Imbroscio 2012; DeFilippis y Fraser 2010). En todo caso, la abundante literatura en estas regiones ha analizado aspectos interesantes de la vida social en la ciudad contemporánea, principalmente aquella que sucede entre distintos grupos sociales que comparten fronteras residenciales.

Sobre esta base, este apartado presenta un breve recorrido selectivo por la literatura en América Latina sobre la mezcla social en el espacio urbano. No busca un análisis exhaustivo de todo lo producido en esta temática, sino más bien provoca una reflexión sobre hallazgos y publicaciones seleccionadas que han tenido impacto en el conocimiento de este proceso. Cabe resaltar que en las ciudades latinoamericanas, exceptuando las ciudades chilenas, hay poca acogida de los estudios sobre integración socioespacial. No obstante, los procesos ligados a la segregación residencial y los vínculos sociales han sido abordados de distintas maneras en Bogotá, Ciudad de México, Montevideo y algunas ciudades argentinas. Se describe en seguida las principales conclusiones de estudios realizados en estas ciudades.

Para el caso de Bogotá, Amézquita (2017), Higuera (2016) y Almonacid (2014) detallan cómo en la ciudad han surgido nuevas escalas de segregación, esto debido a que en los últimos años aumentó el nivel de cercanía entre estratos disimiles. Sus investigaciones se basan en distintos estudios de caso donde inquietan sobre cuáles son las lógicas materiales y simbólicas, los elementos de diseño urbano y las relaciones de poder que ocasionan la segregación. Sus resultados muestran cómo el espacio público se transformó en una frontera que no permite la integración social, sino que genera nuevas formas de diferenciación social (Amézquita 2017). Igualmente, evidencian que el desequilibrio en la proporción de los estratos, la dispersión de construcciones y cerramientos de las viviendas de estratos altos son los elementos que generan separaciones en las áreas residenciales socialmente heterogéneas (Higuera 2016). También demuestran que la intervención de actores privados en políticas de vivienda y de ordenamiento territorial es decisiva en la segregación de la ciudad (Almonacid 2014).

Con respecto al caso de Ciudad de México, Sánchez (2012) evidencia cómo entre 1990 y 2005 la ciudad cambió sus tendencias de segregación. La autora indica que durante este tiempo los estratos económicos aumentaron su distancia residencial, de tal forma que las áreas se volvieron menos diversas. También señala cómo la segregación por escolaridad decreció en ambos años, esto explicado por la expansión de la educación pública que benefició precisamente a los barrios de menor nivel socioeconómico. Sus resultados muestran que, en cuestión de ingresos, si bien el estrato alto contribuye de manera decisiva a los niveles de segregación en la ciudad, es la separación entre hogares medios y bajos lo que explica en mayor proporción la tendencia. Esto sugiere que las áreas pobres están quedando homogéneas debido a la pérdida de convivencia con estratos medios. En cuestión de educación, afirma que durante la última década aumentó la segregación entre el estrato medio y alto, lo que supone una diferencia social creciente entre quienes terminan la universidad y los que no. De esta manera, la autora concluye que los cambios en la composición social de las áreas de la ciudad han influido en el grado y el tipo de oportunidades de vida de sus residentes.

Por su parte, Saraví (2008) afirma que, en una escala amplia, la estructura social de la Ciudad de México visibiliza una clara polarización social y profunda desigualdad, la cual encuentra expresión en profundos contrastes tanto en el paisaje urbano como en las condiciones de vida de su población: hacia el oriente se ubican los grupos más rezagados con condiciones precarias; por su parte, la zona norponiente, centro y algunas áreas del sur son el lugar de residencia de los grupos más privilegiados que cuentan con mejores condiciones. A una escala

menor, esta primera imagen polarizada se traduce en una estructura espacial más fragmentada: aunque las clases reproducen este patrón de ubicación en sus decisiones de localización, hay también una distribución de toda la población (ricos y pobres) por toda la ciudad. De igual manera, afirma que pese al alto aislamiento que caracteriza a las poblaciones, hay también probabilidades de encuentro: al menos estadísticamente la población de ingresos altos tiene mayor probabilidad de interactuar con los que no tienen su misma condición.

Para la ciudad de Córdoba, Molinatti (2013) observa la evolución de la segregación entre 1991-2001 a partir de los índices de disimilitud y de aislamiento. El primero muestra cambios en la concentración de los grupos: para todos ésta disminuye a nivel radial para todos, pero aumenta a nivel de fracción. El segundo revela distintos cambios en composición social de las zonas en las que viven los grupos: los hogares con educación baja y media-baja disminuyen su grado de aislamiento, mientras que este aumenta para hogares con educación igual o superior a la educación media completa. La autora indica que estos cambios observados se relacionan con las tendencias identificadas por Sabatini (2006), es decir, el surgimiento de mercado inmobiliario que impulsa la localización de la elite en la periferia y la aproximación física de los pobres a las elites. Finalmente, señala que la geografía de oportunidades y la búsqueda de espacios de diversidad adquirieron importancia durante el periodo.

Por su parte, Prévot-Schapira (2001) afirma que en la ciudad de Buenos Aires existe una tendencia hacia la privatización de la ciudad y al repliegue en los espacios privados, dejando al espacio público en una profunda crisis. En función de este modelo fragmentado, operan múltiples fronteras que atraviesan los espacios periféricos de la ciudad, donde se separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, lo que da lugar a estrategias de esquivamiento y a formas de territorialidad e identidad restringida. Por tanto, indica que la ecuación vecindad y solidaridad que había caracterizado a los barrios pobres, ahora es menos pertinente.

Katzman y Retamoso (2005) sugieren que la nueva tendencia de segregación en Montevideo presenta tres características: una acentuación de la homogeneidad en los barrios, menos integración de sus habitantes a la sociedad en relación a sus vínculos con el mercado laboral, y la salida de hogares con más recursos de estos barrios. Estos aspectos han llevado a que los actuales procesos de concentración espacial en la ciudad sean más proclives que en el pasado a generar situaciones de aislamiento y exclusión social entre las clases. Los autores indican

que estos procesos repercuten en el aumento de desempleo, precariedad, inestabilidad y baja productividad en estas áreas, la cual que alcanza a manifestarse intergeneracionalmente, ya que los padres muy difícilmente pueden transferir a sus hijos los recursos en capital físico, humano y social que demanda su desarrollo integral en las sociedades posindustriales.

En comparación a los anteriores estudios, en la literatura chilena la integración social sí es abundante, la cual se remite a estudios de ciudades específicas o a nivel nacional. La particularidad de estas investigaciones reside en el hecho que se basan en marcos teóricos que posibilitan interpretar la mezcla social desde varios aspectos, tales como el funcionamiento del mercado del suelo, la cultura urbana, las actitudes y discursos hacia el otro y las construcciones simbólicas compartidas hacia un territorio común. En los párrafos siguientes se describen hallazgos puntuales que resultan ser ilustrativos para el objetivo de la tesis.

Inicialmente, López-Morales (2015) sugiere que las áreas metropolitanas chilenas históricamente han estado determinadas por dinámicas de segregación y desigualdad que concentra a las poblaciones de menores ingresos en las localizaciones periféricas. Pese al acercamiento geográfico de estratos medios y medios altos, señala que estos lugares siguen conservando sus mismas condiciones de carencia de integración social. Para el autor la mezcla social no se ha conseguido mediante proyectos de desarrollo urbano, ni tampoco se ha promovido en los procesos de regeneración de las áreas centrales metropolitanas. Antes bien, en los lugares centrales y pericentrales se vislumbra el impulso de un urbanismo empresarial por parte de la acción pública que maximiza la ganancia extraordinaria por encima del derecho a la permanencia en el territorio de los antiguos residentes y propietarios. El desplazamiento que provoca estas acciones refuerza la condición de segregación y exclusión que soportan los quintiles más bajos de la población del Chile metropolitano.

Para la ciudad de Santiago de Chile, Márquez (2003) identifica tempranamente una fractura urbana, representada ésta a partir de la villa o el condominio, que da cuenta de la consolidación de un modelo específico sentado en la homogeneidad social e identitaria, a la vez que se debilita el modelo de heterogeneidad y los intercambios entre diferentes. Para la autora, la sociabilidad entre iguales garantiza la segregación, lo que abre paso a un imaginario de vida comunitaria que protege un nosotros de los otros. Esta vida se gesta a través de una ciudad de murallas y fronteras que, no obstante, presenta diferencia: están aquellas murallas que garantizan una sociabilidad entre iguales (condominios) y también las que evidencian las

tensiones de proyectos y encuentros cotidianos (villas). Pese a sus diferencias, señala que en ambos la conciencia de un *otro* aparece en relación con la homogeneidad social: “todos son como uno”, por lo que se consolida una fuerte identidad local-tribal (Márquez 2003, 50).

Morandé (2007), por su parte, sugiere que en Santiago hay una inclinación positiva hacia la convivencia entre los grupos. Dicha convivencia genera beneficios para cada uno en términos funcionales, principalmente para los hogares de menores ingresos quienes encuentran mayores oportunidades de integración objetiva a través del mercado y esfuerzos personales. Igualmente, fomenta la integración subjetiva al generar conciencia de las oportunidades y eliminar el estigma territorial. La autora señala que los vínculos funcionales forjados en áreas residenciales mixtas promueven una mayor tolerancia y aceptación del otro, creando una integración simbólica entre los grupos, sin llegar a constituirse necesariamente una integración comunitaria. En este sentido, indica que la proximidad física y el acercamiento a nivel funcional entre los grupos “puede considerarse como el punto de partida para abrir paso hacia una mayor integración social, pues permite la formación de vínculos entre los grupos y fomenta la aceptación del otro” (Morandé 2007, 89). De ahí la importancia de crear mecanismos de planificación que promuevan la mezcla de grupos, considerando ciertas condiciones o estrategias para asegurar la convivencia (como la estética, seguridad, normas).

Por su lado, Rasse (2015) identifica la dimensión de inclusión y cohesión sociales de la integración en Santiago. A partir de su estudio concluye que mientras que la faceta de inclusión social es clara (los hogares de altos ingresos aportan ventajas funcionales al territorio), la faceta de cohesión social no lo es tanto. Esto debido a que, por un lado, aunque compartir rutinas y un mismo proyecto de movilidad social recae en que el otro “no es entendido como esencialmente distinto (en el plano del ser), sino simplemente como alguien que vive (en) otras circunstancias” (Rasse 2015, 141), por el otro, se cuestiona la construcción de proyectos comunes a partir de la inconmensurabilidad de la diferencia y la presencia y el peso de la delincuencia. Como consecuencia, se producen fenómenos de fragmentación entre los vecinos, poniendo en duda al barrio de estratos bajos (estigmatización) como llevando a la multiplicación de estigmas internos en el conjunto de los hogares de ingresos bajos. En ese sentido, sugiere que debe tenerse en cuenta que los procesos de integración que genera la proximidad resultan ser frágiles, en especial en su dimensión cohesiva.

De acuerdo a las cuatro dimensiones de la integración socioespacial y un estudio de caso en la

ciudad de Santiago, Ruiz-Tagle (2016b) afirma: 1) aunque se presenta una alta proximidad entre grupos diferentes (dimensión física), la cercanía física hace más crítica la segregación en otras esferas de socialización, como la educación y la recreación; 2) a pesar de intercambios de bienes y servicios (dimensión funcional), muchos habitantes de bajos ingresos no sienten los beneficios, además que las posibilidades de empleo que brinda la clase media a la clase baja solo mantienen el *statu quo* y las altas desigualdades entre los grupos; 3) se observa la existencia de solo una comunidad (dimensión relacional): la clase baja cohesionada, la que no se relaciona con la clase media debido a divisiones del clasismo; 4) existe una identidad poco definida del barrio (dimensión simbólica): la clase baja siente que los cambios no son para ellos, y la clase media no siente que el barrio es totalmente propio, además no se reconoce el valor del otro. De esta manera, para el autor “es difícil pensar que exista integración cuando una sola dimensión presenta resultados medianamente positivos (dimensión funcional), en un contexto general de fragmentación urbana” (Ruiz-Tagle 2016b, 100). Además, afirma que “los intercambios funcionales no reducen la pobreza”; por lo que “la coexistencia local de grupos sociales diferentes no es garantía automática de mejor integración social, ya que a menudo genera competencia y conflictos” (Ruiz-Tagle 2016b, 100).

En síntesis, la bibliografía regional es concluyente en lo que concierne a la existencia de mezcla social en el espacio entre diferentes estratos. Esto debido a la evolución de los procesos de segregación durante los últimos años en las ciudades latinoamericanas. No obstante, los estudios citados indican que, pese al acercamiento espacial de los grupos, siguen operando lógicas materiales y simbólicas que no permiten procesar los encuentros entre diferentes: muros, cámaras de vigilancia, estigmas, relaciones jerárquicas, entre otros, son los aspectos más nombrados. En este sentido, la literatura invita a que la integración sea interpretada a partir de lecturas multidimensionales. Sobre esto, en el apartado siguiente se contextualiza a Quito (figura 1), ciudad en donde se realizó la investigación, y se involucran estudios que resaltan las dimensiones objetivas y simbólicas de sus procesos de segregación.

2.2. Quito, ¿ciudad con heterogeneidad residencial?

Ahora bien, concretamente para el caso de Quito, desde la década de 1980 la literatura académica se centró casi que exclusivamente en develar el proceso por el cual se conformó el espacio urbano segregado de la ciudad. Estos estudios hacían referencia a la conformación de una segregación clasista –durante principios del siglo XX– basada en una oposición entre dos

Figura 1. Localización de la ciudad de Quito, Ecuador



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

espacios de la ciudad: el territorio del norte era dispuesto para los hogares de altos ingresos y la zona del sur era relegada para las capas bajas. Las variables que explicaron este proceso fueron la política municipal y la zonificación de los usos del suelo (Achig 1983; Carrión 1987; Carrión 1991), y el mercado inmobiliario altamente especulativo (Carrión et al. 1978). Otros aspectos que fueron señalados demuestran cómo los elementos geográficos de la ciudad y el interés de los grupos socioeconómicos por diferenciarse en barrios residenciales exclusivos condujeron a afirmar este patrón de segregación entre norte y sur (Veliz 1976). Surgen igualmente estudios que clasifican los nuevos y viejos barrios segregados y definen sus características (Godard 1987). Lo interesante de todos estos primeros estudios es que, por un lado, documentaron en largos periodos de tiempo y a una escala de ciudad el proceso segregativo y, por el otro, lograron evidenciar los principales actores que intervenían en él.

Los actuales estudios sobre la segregación en Quito, en cambio, se basan en periodos de tiempo más cortos y en estudios de casos puntuales. Bermúdez et al. (2016) indican que la investigación urbana en la ciudad ha desdibujado el análisis tradicional de la segregación, ya que no se hace referencia al típico modelo de barrios del sur como zonas populares, el centro histórico tugirizado y los barrios del norte como zonas acomodadas. Aunque en estos estudios la segregación deja de ser el gran tema de interés para dar paso a ejes temáticos como la vivienda y el hábitat, etc., ésta se topa de distintas maneras. Ya que, en todo caso, la segregación “actualmente se proyecta con mayor intensidad hacia los valles generando nuevas formas de segregación/separación” (Bermúdez et al. 2016, 142). Así, por ejemplo, hay referencia a la expansión urbana y con ella al surgimiento de condominios cerrados principalmente en los valles periféricos de la ciudad (López 2017; Ron 2017; Erazo 2009) siendo explicados entre otras cosas por el aumento del sentimiento de inseguridad (Balarezo 2015), el comportamiento especulativo sobre la renta del suelo, el efecto de la dolarización, la migración y el boom inmobiliario (Hernández, Maldonada y Calderón 2010; Ospina 2010).

Durante este tiempo también surge el interés por hacer una sistematización del origen estructural de la segregación en la ciudad (Regalado 2015; Carrión y Erazo 2012), donde se incluye, por un lado, la estructura étnica y racial de la herencia colonial para explicar sus procesos históricos de diferenciación social (Kingman 2006) y, por el otro, el componente simbólico para comprender los imaginarios culturales sobre los que se asienta la segregación y su representación (Santillán 2015b; 2017; Naranjo 1999). Es así que estos más recientes estudios se concentran en los cambios en el patrón de segregación, asumiendo nuevamente una perspectiva histórica, la dimensión simbólica y la particularidad de las diferencias étnicas y culturales en la ciudad. Además, también intentan hacer énfasis en cuál es el nuevo modelo de segregación en la ciudad. Por ejemplo, Bermúdez et al. (2016, 142) explican este modelo: “Quito es ahora una ciudad región, con forma de dedos de guante (la meseta central corresponde a la palma de la mano y los valles a los dedos)”, donde surgen nuevas dinámicas de crecimiento con los procesos de consolidación de barrios populares, aparecen constantes lotizaciones irregulares en todos los extremos de la ciudad y germinan formas de autosegregación a través de la construcción de urbanizaciones cerradas.

Así, la tradición de los estudios sobre segregación en Quito ha ido recapitulando de distintas maneras cómo en la ciudad se ha conformado y expresado una separación espacial de los grupos de acuerdo a condiciones socioeconómicas, étnico-raciales y, en general, a procesos y

estrategias de diferenciación social. Sin embargo, la distinción norte-sur como lugares de oposición y ocupación diferenciada de las clases se subvierte cuando se entiende que en ambos escenarios ha habido una suerte de mezcla social (Santillán 2015a, 2015b), incluso desde mediados del siglo XIX pese al interés de ocultar e higienizar al otro (Kingman 2006). Esto implica que si bien en la historia de la ciudad se ha presentado un acercamiento entre grupos de distinta condición social (por ejemplo, en el Centro Histórico), ésta ha estado basada a partir de miradas vertidas sobre el otro y el sentimiento de contaminación social provocado por la presencia de desconocidos e indeseados que se interpretan a través de matrices culturales (Kingman 2006). Pero esta cohabitación no ha sido abordada de manera profunda por la literatura académica. A duras penas, existen trabajos que desde una perspectiva etnohistórica (Kingman 2006) o contemporánea (Ron 2017; López 2012; Verdesoto 2009) han mencionado las dinámicas de convivencia, sociabilidad y conflicto.

De esta manera, el término integración social no es explícitamente mencionado en la investigación local. No obstante, en los últimos años ha surgido un especial interés por estudiar las dinámicas de crecimiento de la ciudad que impactan profundamente la forma urbana y las relaciones sociales. Estos estudios pretenden dar cuenta de los conflictos y contradicciones que suceden con la cercanía espacial de grupos diferentes. Unos revelan la existencia de conflictos no propiamente de clase sino resultantes de la expresión del sistema de valores culturales (López 2012), y otros sacan a luz los procesos de acorralamiento de las formas de habitar y de reemplazamiento que sufren los pobladores tradicionales del periurbano (Ron 2017; Durán, Martí y Mérida 2016). Se evidencia, entonces, una creciente preocupación por registrar las consecuencias socioespaciales que genera la movilidad residencial y los cambios en el patrón de segregación residencial en la ciudad, no propiamente desde la óptica de la integración, pero sí desde la convivencia y el conflicto social.

Así, se asume a la ciudad de Quito como caso de estudio debido a dos factores fundamentales. Por un lado, la literatura local para medir la segregación residencial ha implementado de forma general metodologías investigativas, aunque ha mejorado en cuanto a su nivel cuantitativo (Bermúdez et al. 2016). Esto posibilitaría que la investigación se inserte en una discusión teórico-metodológica todavía en proceso de consolidación, en la que se resalte la aplicación de métodos mixtos. Por otro lado, la integración socioespacial (o solamente social) no ha sido objeto determinado de política pública, ni tampoco es tratada como tema social y académico. De ahí que el presente estudio pueda ser un aporte que contribuya tanto a una

nueva línea de investigación como a prácticas de acción política en la ciudad.

Pese a lo anterior, hay que reconocer que en ambos aspectos hay recientemente acercamientos y avances. En el primero de ellos, se ha aplicado un enfoque cuantitativo para medir la segregación a través de la combinación de variables de escolaridad, tenencia y calidad de la vivienda (Regalado 2015), la construcción de un índice de gentrificación (Martí-Costa, Durán y Marulanda 2016) y la aplicación de geoprocesamientos o entrevistas para observar la movilidad de la élite (López 2017; Bustamente y Herrero 2017). En el segundo, se ha aplicado diseños cualitativos para analizar la convivencia y el conflicto que genera la proximidad espacial (Ron 2017; Durán, Martí y Mérida 2016; López 2012).

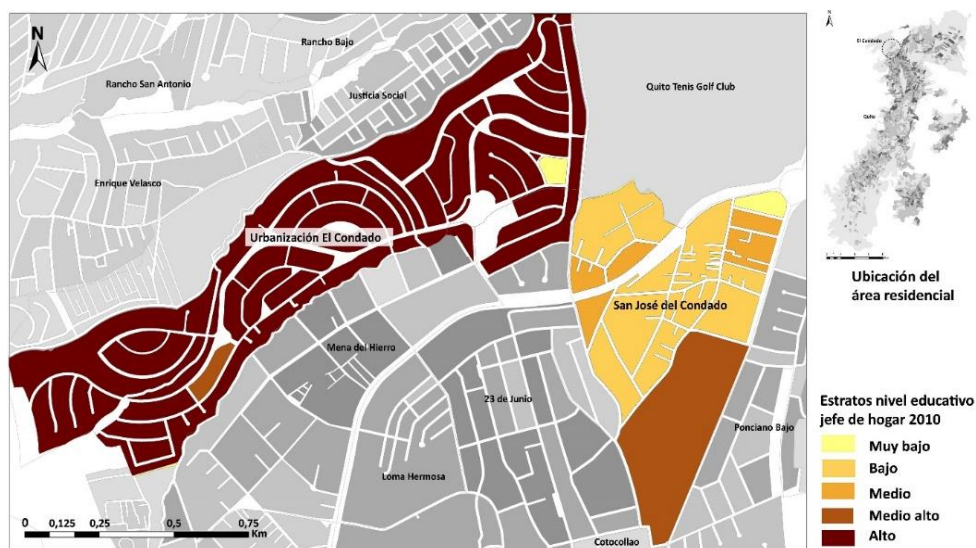
Teniendo presente este laboratorio de investigación que es Quito para estudiar tanto la segregación como la integración, se optó por escoger dos casos de estudio dentro de la ciudad que permitan ver cómo las características de distintas áreas socialmente heterogéneas influyen en las relaciones entre grupos de diferente condición social. En un comienzo, tentativamente se contempló dividir los casos entre áreas urbanas y áreas periurbanas. Para los primeros casos, se partió del supuesto según el cual las áreas internas de la ciudad presentan una lógica única, donde grupos diferentes viven en un área reducida compartiendo las mismas condiciones físicas del entorno. Bajo la desmitificación de que siempre ha existido una separación espacial de los grupos basada en la oposición norte-sur, la existencia de estos barrios manifiesta el grado de mezcla social que existe en la ciudad (Santillán 2015b).

La escogencia de los segundos casos, es decir, las áreas periurbanas, se sustentó bajo la idea de que la movilidad residencial de la élite hacia esta parte de la ciudad ha producido una forma específica de ocupación del suelo en la cual se intenta producir simbólicamente la diferencia y materialmente la ganancia. La expansión urbana y el acelerado crecimiento inmobiliario en estas áreas del Distrito Metropolitano de Quito han acercado físicamente a los grupos en el marco de nuevas formas urbanas y sociales (Durán, Martí y Mérida 2016; López 2012). Esta heterogeneidad social que se empieza a generar en el espacio periurbano abre un montón de líneas de investigación, dentro de las que se puede encontrar los procesos de integración socioespacial. Así, estas áreas residenciales resultan ser escenarios por descubrir.

Sin embargo, a medida que fue avanzando el componente cualitativo de la tesis, las áreas periurbanas se descartaron como casos de estudio. Esto debido a que, por cuestiones de

oportunidad, no fue posible acceder a ninguna área residencial. De esta manera, solamente se abordaron las áreas residenciales urbanas de Quito, estudiando a dos de ellas. La primera corresponde al área que abarca el barrio San José del Condado y la Urbanización el Condado (en adelante “área San José-Urbanización el Condado”) (figura 2). La segunda pertenece al área que comprende los barrios de Cochapamba y El Bosque (en adelante “área Cochapamba-El Bosque”) (figura 3). Estas áreas se considerando a partir de los resultados de la aplicación de los índices estimados, los cuales permitieron develar las configuraciones espaciales mixtas para el Distrito Metropolitano de Quito, resultados que se muestran en el siguiente capítulo.

Figura 2. Localización del área residencial San José-Urbanización el Condado



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

Figura 3. Localización del área residencial Cochapamba-El Bosque



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

Capítulo 3

Segregación en Quito durante el periodo intercensal 2001-2010

Este primer capítulo empírico presenta los resultados que produjo la aplicación de los diferentes índices considerados en la tesis. Muestra cómo ha variado la distribución espacial de los grupos en la ciudad y el grado de heterogeneidad de las áreas internas durante 2001-2010. A partir de estos resultados, el capítulo reflexiona sobre la proximidad física entre grupos y la heterogeneidad residencial que enseña Quito en el último periodo intercensal y que la ubica, de la misma manera, como una de las principales ciudades ecuatorianas para desarrollar contactos potenciales entre grupos diferentes.

3.1. Distribución espacial de los grupos

Para evidenciar los procesos de segregación residencial en la ciudad de Quito en el último periodo intercensal (2001-2010) se construyó, en primer lugar, una estratificación de los grupos de acuerdo al nivel de educación del jefe de hogar y, en segundo lugar, se aplicaron los índices de disimilitud, aislamiento y exposición. Como se indicó en el apartado metodológico de la tesis, la escogencia de la variable educativa para Quito se sustenta en la importancia que ésta tiene en la definición del nivel socioeconómico de la población y su posibilidad de movilidad social ascendente. De la misma manera, la aplicación de estos índices, y no otros, está basada en el relativo consenso que existe alrededor de su pertinencia para develar la concentración de los grupos y la heterogeneidad de las áreas residenciales de la ciudad.

En primer lugar, conviene mostrar los resultados de la Encuesta de Estratificación del Nivel Socioeconómico del año 2011, ya que revelan la estratificación de los grupos del país. Esta encuesta fue aplicada a 8.729 viviendas urbanas distribuidas en sectores censales del Distrito Metropolitano de Quito (incluye Calderón, Conocoto y Cumbayá), El Distrito Metropolitano de Guayaquil (incluye Samborondón y Durán) y a las ciudades de Cuenca, Ambato y Machala. El objetivo de la misma fue identificar los grupos socioeconómicos y sus características, cuyos resultados sirvieron para realizar análisis de regresión y construir el Índice del Nivel Socioeconómico (con un umbral entre 0 y 1000 puntos), el cual logró clasificar a la población ecuatoriana en cinco grupos: el 1,9% de los hogares se encuentra en nivel alto (A), el 11,2% en nivel medio alto (B), el 22,8% en nivel medio típico (C+), el 49,3% en nivel medio bajo (C-) y el 14,9% en nivel bajo (D) (INEC 2011).

Aunque los resultados de la encuesta muestran información solamente para el año de su realización, sus resultados dan a conocer la importancia de tres factores en la conformación de los estratos en las principales ciudades del país: el factor más relevante es el nivel de educación del jefe del hogar, seguido de la ocupación y, por último, las características de las viviendas. Sobre esta base, esta tesis consideró analizar la segregación en Quito por niveles educativos los cuales –siguiendo el patrón de estratificación de la encuesta– se dividieron en tres grupos dependiendo de la escolaridad del jefe de hogar: estrato bajo (con educación primaria o menos), estrato medio (entre educación secundaria y ciclo postbachillerato) y estrato alto (educación superior y postgrado).

Antes de dar a conocer los hallazgos, conviene caracterizar a la población que existía en la ciudad en cada uno de los años en la aplicación de los censos. Para el año 2001 había un total de 376.669 jefes de hogar y, para el año 2010, esta cifra aumenta a 469.349. En ambos años, secundaria es el nivel de instrucción promedio de jefes de hogares, lo que demuestra una relativa estabilidad educativa en la población de la ciudad. Estos datos, valga recordarlo, incluye a las áreas urbanas de Quito y de las parroquias de Calderón, Nayón, Cumbayá y Conocoto (Quito + 4 parroquias). Ahora bien, de acuerdo a la estratificación elaborada, la distribución del nivel de instrucción muestra, por un lado, una variación importante para estratos altos y bajos durante el periodo intercensal y, por el otro, presenta una variación nula para estratos medios durante el mismo periodo (tabla 2).

Tabla 2. Nivel de instrucción para hogares de tres estratos, Quito + 4 parroquias

Categoría original	% 2001	% 2010	Estratificación	2001	2010
Postgrado	0,03	0,05	Alto (A)	115.281	153.377
Superior	0,28	0,28		0,30	0,33
Ciclo postbachillerato	0,02	0,01	Medio (B)	142.452	180.159
Educación media	0,03	0,10			
Educación básica	0,03	0,03			
Secundaria	0,30	0,24			
Primaria	0,29	0,25	Bajo (C)	118.966	135.813
Centro de alfabetización	0,003	0,005			
Preescolar (solo 2010)	-	0,002			
Ninguno	0,03	0,03		0,32	0,29
Total	1,00	1,00	-	376.699	469.349
				1,00	1,00

Fuente: INEC (2001, 2010)

De acuerdo a la tabla 2, mientras que la composición de los estratos en 2001 muestra al 30% de jefes de hogar dentro del estrato alto (A), al 38% en el estrato medio (B) y al 32% en el estrato bajo (C), la misma composición devela para el año 2010 al 33% de jefes en el estrato A, el 38% en el estrato B y al 29% en el estrato C. Igualmente, el estrato alto durante el periodo 2001 y 2010 tiene una variación del 10%, mientras que el estrato bajo tiene una variación del -9,4%. El estrato medio, por su parte, no tiene variación alguna. Lo que devela estos datos es, por un lado, la reducción de niveles educativos bajos y, por el otro, la ganancia educativa de niveles altos de formación durante el último periodo intercensal. A su vez, la proporción de niveles medios no se ve afectada en estos años, lo que permite inferir que muchos jefes de hogar del estrato bajo accedieron a niveles de educación medio, mientras que los que se encontraban en este nivel lograron su acceso a los niveles altos. Por tanto, se puede deducir un aumento del nivel educativo de los hogares quiteños durante este periodo.

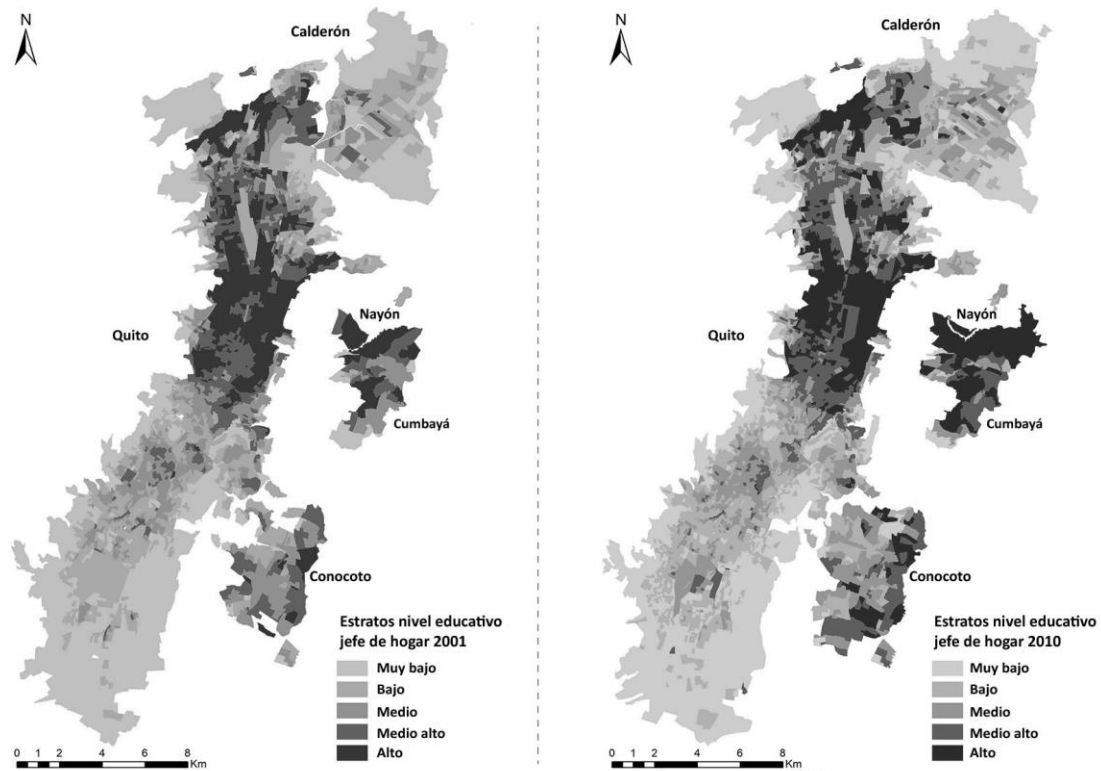
Estos resultados parecen responder a las dinámicas de democratización en el acceso a la educación que, a su vez, logran incidir en los procesos de movilidad de los grupos sociales. Espinosa y Mena (2013) argumentan que la educación es una condicional para la movilidad social en Ecuador. Sin embargo, identifican que en el país existe un nivel moderado de movilidad en el largo plazo, teniendo presente el ingreso laboral de los hogares y variables relativas a la educación y la ocupación. Además, señalan que el sistema educativo más democrático que se ha instalado en el país no logra resolver los problemas estructurales de exclusión social y de educación diferenciada entre las clases sociales. Dichos problemas también resultan condicionantes claves para que los grupos experimenten movilidad social.

Teniendo estos datos presentes, la ganancia en años de escolaridad durante el último periodo intercensal para las áreas urbanas de Quito y sus 4 parroquias de mayor crecimiento poblacional no remiten a afirmar una relación causal de movilidad social en los estratos. Si bien es posible corroborar un aumento en la formación y el desarrollo de destrezas en la sociedad quiteña a través de la educación, no hay datos que permitan medir su impacto en la movilidad de los hogares. No obstante, la información recabada sí admite deducir que durante el periodo 2001-2010 los tres estratos estudiados experimentaron variaciones en su composición debido a ganancias educativas.

Estas variaciones se pueden observar mediante la espacialización de los estratos en los años 2001 y 2010. La figura 4 muestra la distribución espacial de los estratos para ambos años

develando la ganancia en años de escolaridad que experimentaron diversas zonas durante el periodo. Particularmente, estos cambios son posibles de ver en la zona sur de la ciudad, donde la variación ocurre de niveles educativos muy bajos a niveles bajos y medios.

Figura 4. Distribución espacial de los estratos, Quito + 4 parroquias, 2001-2010



Fuente: INEC (2001, 2010), base cartográfica

Sin embargo, esta diversificación no llega a tener efecto en los límites, ya que sus extremos siguen manteniendo mayor proporción de niveles educativos bajos. Un cambio similar ocurre en Calderón, en donde se fue ampliando la frontera de los estratos medios hacia los límites sin estos últimos recibir variación alguna. Por su parte, Nayón y Cumbayá evidencian la ampliación de niveles educativos altos y, por tanto, la disminución de estratos bajos.

Aunque en cada una de las zonas de la ciudad es posible hallar la presencia y la variación de varios estratos, en la figura 5 también se observan algunas tendencias, como la concentración de estratos altos en la zona del hipercentro, en algunas áreas del norte y en las parroquias de Nayón y Cumbayá. Alrededor de este estrato se ubica el estrato medio, pero éste también tiende ubicarse en algunas áreas de la zona sur de la ciudad. El estrato bajo, por su parte, se ubica especialmente en amplias áreas del sur, aunque igualmente se sitúa en zonas periféricas

del hipercentro y del norte de la ciudad. Esta distribución de los grupos, entonces, parece reflejar ubicaciones predilectas para los estratos bajos al sur y para los estratos medios y altos al centro-norte y norte de la ciudad, además de estar también en los valles.

Ahora bien, a partir de esta distribución educativa es que se observa la evolución de la segregación residencial en la ciudad. Por un lado, el índice de Duncan devela una tendencia hacia la disminución de la concentración espacial del estrato bajo y alto, pero un aumento de la concentración del estrato medio. Aunque este aumento pueda resultar alarmador, la concentración de este grupo no representa necesariamente un hecho negativo en la ciudad, sino, más bien, resulta reflejar un aspecto positivo del proceso de segregación: la representación de la identidad social en el espacio (Sabatini et al., 2010a). Así, en lo que respecta a la variación del índice de Duncan en el periodo intercensal, vale aclarar que el estrato medio es quien aumenta su concentración de acuerdo a su variación positiva del 7,8%, mientras que el estrato alto y bajo tienden a dispersarse reflejándose en variaciones negativas del -0,7% y -1,4%, respectivamente (tabla 3).

Tabla 3. Índice de Duncan para tres estratos, Quito + 4 parroquias

Censo	Alto (A)	Medio (B)	Bajo (C)
2001	0,444	0,168	0,358
2010	0,441	0,180	0,353
Δ	-0,7	7,1	-1,4

Fuente: INEC (2001, 2010)

Sin embargo, el alto valor del índice para el estrato alto (0,441 para el 2010), en comparación con los otros dos estratos, sugiere que es el grupo que se encuentra más concentrado en la ciudad. De acuerdo a la clasificación propuesta por Briggs (2001), tanto el estrato alto como el estrato bajo se encuentran con un nivel moderado de segregación, el cual acepta valores que van desde el 0,3 hasta el 0,6. En cambio, el estrato medio, con un valor de 0,180 para el año 2010 revela un nivel bajo de segregación (0-0,3). Esto demuestra que pese a la variación positiva que ha tenido este último estrato a lo largo del periodo intercensal aún conserva una concentración espacial baja en la ciudad.

3.2. Composición social de las áreas residenciales

Por su parte, el índice de aislamiento revela que el estrato bajo es el único estrato en la ciudad que ha disminuido su probabilidad de encontrarse con hogares de su misma condición social

(tabla 4). Este resultado supone que son los grupos de más bajo nivel educativo quienes más se han beneficiado de los cambios en el patrón de concentración de la ciudad. También permite reiterar la relativa ganancia educativa del estrato bajo.

Tabla 4. Índice de aislamiento para tres estratos, Quito + 4 parroquias

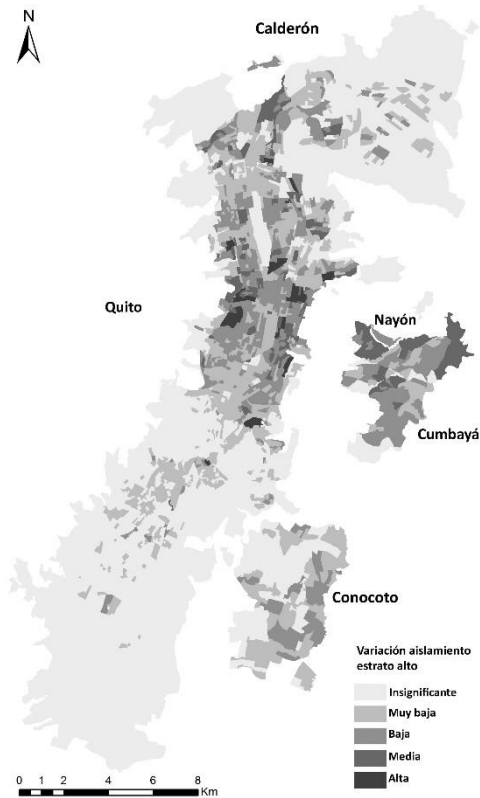
Censo	Alto (A)	Medio (B)	Bajo (C)
2001	0,467	0,400	0,429
2010	0,492	0,410	0,394
Δ	5,4	2,5	-8,2

Fuente: INEC (2001, 2010)

A partir de la tabla 4 se puede inferir que, en cuestión del aumento de aislamiento durante el periodo intercensal, el estrato alto es quien tiene mayor variación positiva (5,4%), seguido por el estrato medio (2,5%). Mientras tanto, el estrato bajo es quien dispone de una variación negativa, con la reducción de su valor del -8,2%. Si aplicamos nuevamente la clasificación de Briggs (2001) para medir el nivel de aislamiento, todos los estratos se encuentran en niveles moderados de segregación en la ciudad de Quito. Cabe aclarar, no obstante, que es el estrato alto quien posee un mayor nivel de aislamiento debido al valor que arrojó el índice para él en el año 2010 (0,492), y es el estrato bajo quien ostenta el menor valor (0,394). Estos valores también pueden ser interpretados como el porcentaje promedio de hogares de la misma condición social que cada estrato puede hallar en el área residencial. En la figura 5 se observa la variación de áreas residenciales de la ciudad en cuestión de aislamiento para el estrato alto.

A partir de este mapa se observa que las áreas residenciales de la zona del hipercentro de la ciudad son las que más experimentaron variaciones altas en el grado de aislamiento de los grupos altos. Sin embargo, no son muchas las áreas que tuvieron este tipo de variaciones. Antes bien, la mayoría de áreas tradicionalmente colonizadas por los estratos altos sufrieron variaciones medias o bajas. Este resultado parece indicar que si bien este grupo es el que más presenta aislamiento en la ciudad, la variación de las áreas donde se ubica no tuvo mayores transformaciones en cuanto a su composición social.

Figura 5. Variación en el grado de aislamiento para estrato alto, 2001-2010



Fuente: INEC (2001, 2010), base cartográfica. Elaboración propia a partir de ArcGIS

Finalmente, en cuanto a la dimensión de interacción de los grupos, los resultados del índice de exposición sugieren que son los estratos bajos quienes tienen mayor probabilidad de interactuar con otros hogares en su área residencial. Los valores que adquiere este índice tienen una escala de 0 a 1, y su lectura se puede hacer de la siguiente manera: si el valor del índice es de 0,20 esto quiere decir que 2 de cada 10 hogares que habitan en el área residencial son miembros de otros estratos. Por ende, entre más bajo sea el valor menos probabilidades tiene el grupo social de interactuar con miembros de otros grupos. Así, los valores que se encuentran en la tabla 5 indican la probabilidad que tiene cada estrato de interactuar con hogares de todos los demás estratos y, de la misma manera, cuál es el aporte de estos en el valor que adquiere este índice.

En términos desagregados, los valores de la tabla 5 se interpretan de la siguiente manera para el año 2010. En primer lugar, 5 de cada 10 hogares que habitan en las áreas residenciales de estratos altos son de otros grupos, siendo aproximadamente 3 de niveles medios. En segundo lugar, alrededor de 6 de cada 10 hogares que viven en las áreas residenciales de estratos medios son de grupos con nivel de instrucción alto (3) y bajo (3). Finalmente, en las áreas

Tabla 5. Índice de exposición para tres estratos, Quito + 4 parroquias

Estratificación		Interacción con otros estratos			
		Todos los estratos	Alto	Medio	Bajo
Alto (A)	2001	0,53	-	0,33	0,20
	2010	0,51	-	0,33	0,18
	Δ	-3,8	-	0,0	-10,0
Medio (B)	2001	0,60	0,27	-	0,33
	2010	0,59	0,28	-	0,31
	Δ	-1,7	3,7	-	-6,1
Bajo (C)	2001	0,57	0,19	0,38	-
	2010	0,61	0,20	0,41	-
	Δ	7,0	5,3	7,9	-

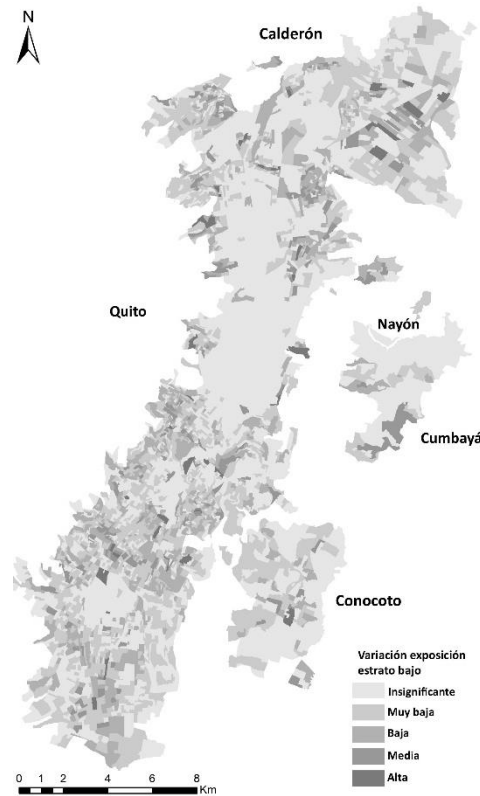
Fuente: INEC (2001, 2010)

donde residen los estratos bajos, aproximadamente 6 de cada 10 hogares son de estratos altos (2) o de estratos medios (4). En resumen, estos resultados quieren decir que las áreas residenciales de cada estrato no son totalmente homogéneas, sino que en ellas existen probabilidades estadísticas de encontrarse con miembros de otros grupos.

En efecto, el estrato bajo es quien en este sentido ha tenido una ganancia importante durante el periodo intercensal, ya que es el único que ha experimentado una variación positiva (7,0%) en su probabilidad de encontrarse con miembros de todos los demás estratos. En cambio, es el estrato alto quien tiende a reducir esta probabilidad debido a su variación negativa (-3,8). Teniendo esto en cuenta, en la figura 6 se presentan la variación que tuvo las áreas residenciales de los estratos bajos de la ciudad.

Si nos detenemos en esta figura podemos encontrar que, prácticamente, todas las áreas residenciales colonizadas por los estratos bajos se vieron afectadas con variaciones medias y altas durante el periodo intercensal. Es decir, que en aquellas áreas donde tradicionalmente se ubican los sectores bajos de la población quiteña se presenciaron fenómenos de heterogeneidad en los cuales aumentaron las probabilidades de encontrarse con miembros de otros estratos. Esta mayor exposición también la podemos interpretar como la ganancia educativa que alcanzaron a tener algunos jefes de hogar que residían en áreas residenciales de estratos bajos. En todo caso, cualquiera que sea la interpretación, lo que demuestra esta variación es una mayor heterogeneidad de estas áreas en cuanto a nivel educativo.

Figura 6. Variación en el grado de exposición para estrato bajo, 2001-2010

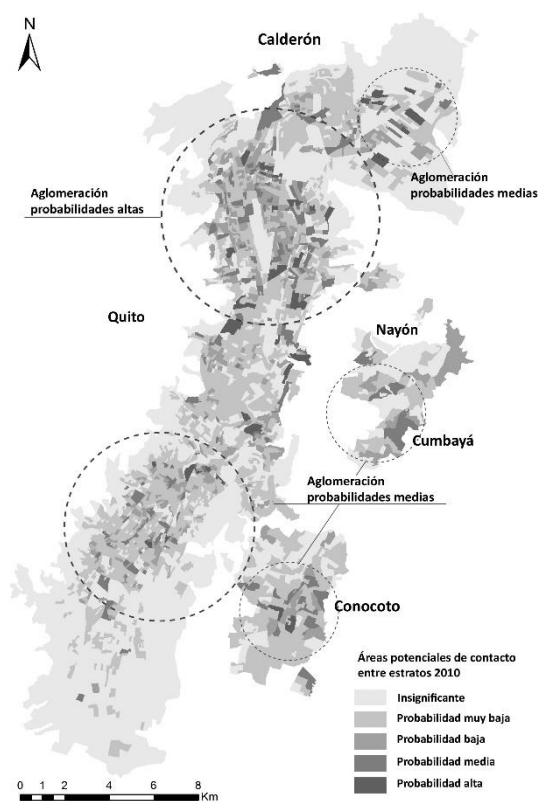


Fuente: INEC (2001, 2010), base cartográfica

Sobre esta base, se pueden identificar aquellas áreas en las que ocurre una mayor probabilidad de contacto entre hogares de diferentes grupos. Esta identificación, vale aclararlo, se encarga de ubicar las áreas residenciales socialmente heterogéneas de la ciudad Quito y sus cuatro parroquias de mayor crecimiento poblacional durante el último periodo intercensal (figura 7). A partir de este mapa se ubican las áreas residenciales donde las probabilidades de interacción entre diferentes grupos pueden ser altas, medias, bajas o insignificantes. Consideramos que las probabilidades altas de esta interacción representan una mayor heterogeneidad del área. En cambio, probabilidades muy bajas o insignificantes reflejan una mayor homogeneidad social.

De este mapa se puede deducir, en primer lugar, que para el área urbana de Quito se encuentra una aglomeración de probabilidades altas en la zona norte de la ciudad y una aglomeración de probabilidades medias en la zona del centro-sur. O dicho en otras palabras: por un lado, se hallan áreas residenciales de mayor heterogeneidad social en el norte, en donde ocurre una proximidad física entre todos los estratos, y por el otro, se descubren áreas de heterogeneidad reducida en el centro-sur, zona en la que la proximidad física se da entre dos estratos, principalmente entre bajos y medios.

Figura 7. Áreas residenciales socialmente heterogéneas, Quito + 4 parroquias, 2010



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

Ahora, en segundo lugar, el mapa también revela aglomeración de probabilidades medias en tres de las cuatro parroquias investigadas. Las zonas de Conocoto, Cumbayá y Calderón muestran la existencia de áreas residenciales con una heterogeneidad reducida, es decir, áreas en las que es posible hallar la proximidad espacial entre al menos dos estratos. Para algunas áreas de Conocoto y Cumbayá esta proximidad tiende a cumplirse entre estratos altos y medios. Ciertas áreas de Calderón, por su parte, expresan una heterogeneidad residencial entre estratos medios y bajos.

3.3. Proximidad y probabilidad de encuentro entre grupos sociales

A lo largo de este apartado se entendió por segregación residencial a las distintas configuraciones espaciales de los grupos en la ciudad, las cuales, dependiendo de su homogeneidad o heterogeneidad pueden generar efectos negativos, restricciones u oportunidades para sus residentes. Tal y como la literatura lo ha indicado para la realidad urbana latinoamericana, configuraciones altamente homogéneas pueden albergar dinámicas de exclusión social y funcional. Estos suelen ser lugares en los que los contactos entre diferentes se reducen o desaparecen por completo. En cambio, en configuraciones espaciales con

distintos grados de heterogeneidad, en los que es posible hallar la presencia de distintos grupos sociales, estos problemas tienden a reducirse. La literatura, tanto regional como internacional, le otorga un gran peso a la proximidad espacial ya que a partir de ella ocurre mayor probabilidad de encuentro entre diferentes, donde la convivencia, las interacciones intergrupales y el acceso efectivo a beneficios mutuos pueden ser una realidad.

Sobre esta base, con estos hallazgos se propuso analizar la evolución de la segregación residencial en Quito durante el último periodo intercensal (2001-2010). Para desarrollar este objetivo se abordó la mutación de la distribución de los grupos y la composición social de las áreas residenciales de la ciudad y de las cuatro parroquias de mayor crecimiento poblacional durante el periodo. A través de la aplicación de diferentes índices, que miden las dimensiones objetivas de la segregación, mostró que durante este periodo la ciudad experimentó variaciones importantes en los años de escolaridad de los jefes de hogares que, a su vez, impactaron la forma en que los grupos se concentran, aíslan y exponen.

Así, los valores que los tres índices registran para cada uno de los estratos de Quito visibilizan que la segregación en la ciudad alcanza niveles moderados. Aunque estos valores no puedan ser comparados con los resultados de otras ciudades, este hallazgo resulta esclarecedor para la capital ecuatoriana en la medida que le otorga una posición en la que los grupos, pese a los imaginarios que se tienen acerca de su segregación, no se concentran o se aíslan de forma severa. Antes bien, tienden a la interacción con otros grupos, siendo los más beneficiados los hogares del estrato bajo. Justamente, las áreas donde tradicionalmente se han ubicado los estratos bajos (sur de la ciudad) alcanzaron durante el último periodo intercensal un grado de heterogeneidad social, esto debido a la ganancia de hogares con niveles educativos medios.

No obstante lo anterior, hay que reconocer las limitaciones que tiene mirar los procesos de segregación en la ciudad a partir del nivel educativo del jefe de hogar. Si bien se observa un aumento de la escolaridad en las distintas áreas de Quito durante este periodo, la variable implementada en esta investigación presenta limitaciones para comprobar si en las zonas de mayor ganancia de heterogeneidad también existen variaciones en materia de indicadores económicos y sociales. En esta medida, se insta a futuras indagaciones a incluir otras variables para enriquecer el análisis aquí realizado.

Ahora bien, si observamos la segregación residencial en Quito a través de las dos dimensiones

objetivas propuestas por Sabatini (2006) se obtiene que, a pesar de la particularidad socioeconómica y cultural de los grupos en la ciudad, ha ocurrido una disminución en la concentración de los grupos y, a su vez, la heterogeneidad de las áreas residenciales ha variado durante 2001-2010. Esto parece confirmar la tendencia de cambio de patrón de segregación que se evidencia para las principales ciudades latinoamericanas. De la misma manera, que el estrato medio sea quien evidencia mayor concentración durante este periodo muestra cómo este estrato está recurriendo al espacio para diferenciarse de aquellos grupos de donde proviene; un fenómeno que ha sido caracterizado a partir del concepto adolescencia urbana (Sabatini 2015a).

De esta manera, la primera hipótesis planteada en la tesis es corroborada debido a que hay información empírica con la cual se demuestra, por un lado, la disminución de la concentración de los grupos y, por el otro, la existencia de áreas de la ciudad con un componente fuerte de heterogeneidad social. Dichas áreas socialmente heterogéneas, con probabilidades medias y altas de encontrarse entre estratos, se encuentran en áreas urbanas y periurbanas. Las primeras presentan una lógica única, donde grupos diferentes viven en un área reducida compartiendo las mismas condiciones físicas del entorno. Esta heterogeneidad se emplaza en la zona norte y en el centro-sur. Este hallazgo, contribuye a desmitificar la idea según la cual existe una separación espacial de los grupos de la ciudad basada en la oposición norte-sur y, así, da pautas teóricas y empíricas para entender la presencia de áreas que manifiestan el grado de heterogeneidad social que existe en la ciudad.

En las segundas áreas, es decir, las periurbanas, se resalta el hecho del impacto que ha tenido la presencia de estratos altos en la configuración de la heterogeneidad residencial. Sin duda, el nuevo modelo de segregación de la ciudad en forma de dedos de guante (Bermúdez et al. 2016), impulsado en mayor medida a partir de la apertura de grandes vías (Durán, Martí y Mérida 2016) tiene implicaciones en esta configuración, que antes de ser totalmente ocupada por los sectores altos de la sociedad evidencian el conflicto y la oportunidad de encuentro con el diferente. Así, la expansión urbana y el acelerado desarrollo urbanístico en estas áreas del Distrito Metropolitano de Quito han acercado físicamente a los grupos en el marco de nuevas formas urbanas y sociales. Este hallazgo, sin embargo, impone el reto de entender cómo la movilidad residencial de los estratos altos hacia esta parte de la ciudad, más allá de generar escenarios residenciales heterogéneas, produce el encuentro con los otros.

De esta manera, las áreas residenciales socialmente heterogéneas de Quito resultan ser escenarios por descubrir en la investigación urbana. Resulta pertinente centrar el interés tanto en aquellas áreas que develan mayores probabilidades de contacto entre los estratos como también en aquellas que muestran probabilidades medias. Esta heterogeneidad social de Quito y sus valles abre un montón de líneas de investigación, dentro de las que se puede encontrar la dimensión urbanística y geográfica del área y los procesos de integración socioespacial. Aspectos que permiten inquirir sobre cómo las características de distintas áreas heterogéneas influyen en las relaciones entre grupos de diferente condición social, más allá del hecho de reiterar que estadísticamente es probable su encuentro. Por tanto, en el próximo capítulo se pretende dar cuenta de las características geográficas y urbanísticas de dos áreas residenciales heterogéneas estudiadas; casos que pueden otorgar algunas respuestas acerca de qué tipo de fronteras existen en el marco de la proximidad espacial en la ciudad.

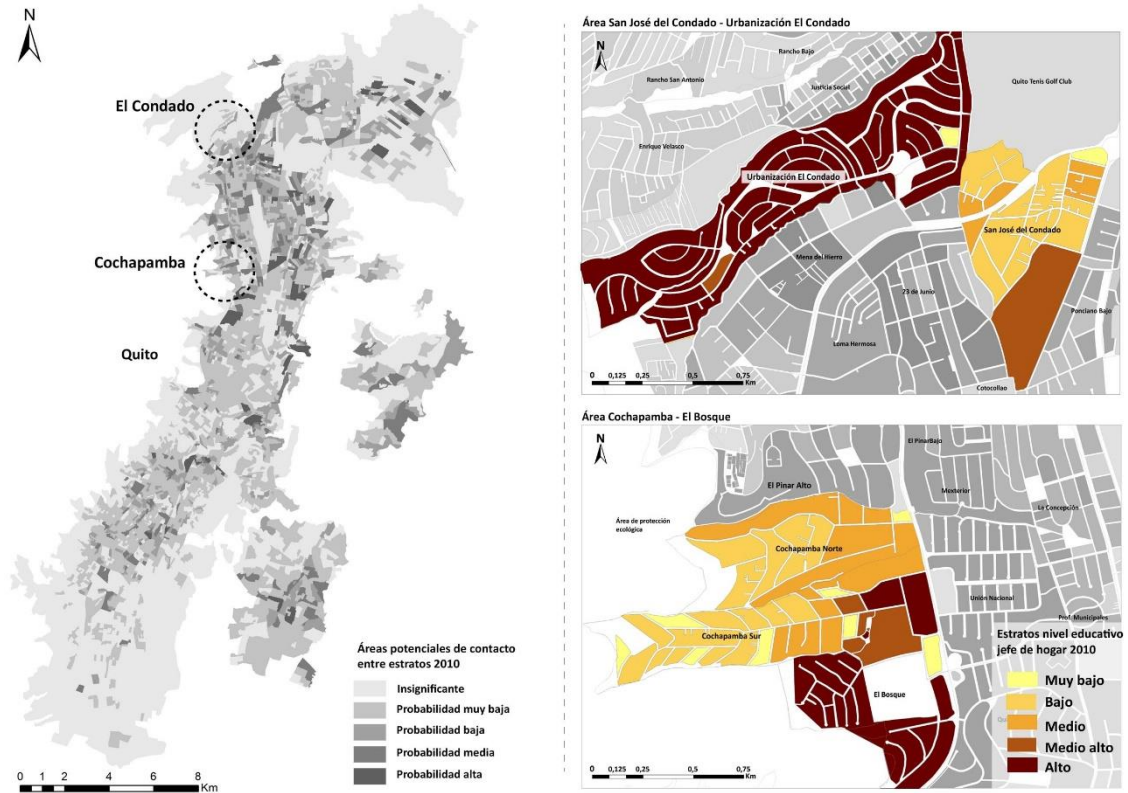
Capítulo 4

Fronteras materiales de dos áreas socialmente diversas de Quito

En este capítulo se caracterizan los aspectos físicos de las áreas residenciales estudiadas. Aquí concretamente se hace referencia a las fronteras geográficas y urbanísticas que median la interacción en cada una de las áreas. Los resultados que se narran se derivan de la aplicación de una metodología mixta encargada de desarrollar cualitativa y espacialmente esta dimensión del problema de investigación. El aporte de este capítulo identifica la conexión que existe entre el entorno construido y los vínculos sociales que se entretajan entre los grupos.

A partir de los hallazgos presentados en el capítulo anterior, se sentó la pertinencia de investigar aquellas áreas que revelan mayor heterogeneidad residencial en la ciudad. En esa vía, en esta investigación se consideraron dos áreas de estudio (figura 8). La primera corresponde al área que abarca el barrio San José del Condado y la Urbanización el Condado. La segunda pertenece al área que comprende los barrios de Cochapamba y El Bosque.

Figura 8. Áreas socialmente diversas de estudio



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

La elección de estas dos áreas se hizo a partir del diseño de estudio de caso (Gerring 2007), el cual consideró tres criterios. Por un lado, que ambas se ubicaran en la zona de mayor probabilidad de contacto de la ciudad, además de estar localizadas en las parroquias urbanas donde la variación del índice de exposición fue mayor. De la misma manera, se tuvo en cuenta que la estratificación del nivel educativo para el año 2010, desagregado a nivel de manzana censal, corrobora la existencia de todos los estratos en las dos áreas (figura 6, parte derecha). Por otro lado, siguiendo a Bryman (2007), ambas áreas de estudio se seleccionaron considerando que son casos de tipo representativo de los procesos de integración socioespacial, a lo cual se sumó el criterio de oportunidad que tenía el investigador de interactuar con sus residentes a partir de su red de contactos.

Así, este capítulo realiza una caracterización de las áreas de estudio. Ofrece, en un primer momento, una contextualización del área, dando a conocer aspectos de su historia y conformación. Luego presenta las fronteras materiales encontradas en la investigación. Vale aclarar que los resultados son mostrados por caso de estudio, generando con ello una descripción más detallada de cada área. Al final del capítulo se realizan reflexiones conjuntas.

4.1. Área residencial Cochapamba y El Bosque

La primera área estudiada corresponde a los barrios Cochapamba y El Bosque, los cuales están localizados en el norte de la ciudad, siendo su límite oriental la Avenida Occidental² y su límite occidental el área de protección ecológica de las laderas del Volcán Pichincha.³ El Centro Comercial El Bosque es el punto de mayor referencia de esta área, a través del cual se emplaza el barrio El Bosque. Colindante a éste se encuentra el barrio Cochapamba sur y Cochapamba norte (en adelante serán entendidos únicamente como “Cochapamba”), cuyos procesos de ocupación sobre las laderas del Pichincha alcanzan las alturas más altas del área.

De acuerdo con la estratificación realizada, los barrios localizados en esta área muestran una composición social heterogénea, abarcando desde hogares con niveles bajos de educación hasta hogares con niveles altos. El Bosque es el barrio en donde se ubica únicamente niveles medios-altos y altos. Por su parte, en Cochapamba se sitúan desde niveles muy bajos hasta

² Es también conocida como avenida Mariscal Sucre. Es una de las principales vías rápidas de Quito, de seis carriles, la cual se ubica en su límite occidental y conecta el sur y norte de la ciudad.

³ Son un conjunto de cerros y volcanes que se sitúan en la Cordillera Occidental de Ecuador y limitan con el occidente de Quito. Sus principales volcanes son el Guagua Pichincha y el Ruco Pichincha. Son varios de los barrios de la ciudad que se ubican sobre sus laderas.

niveles medios. La presencia de todos los estratos en el área devela la existencia de proximidad espacial entre estratos, la cual se caracteriza en torno a dos aspectos: el proceso de conformación del área y sus características urbanísticas y geográficas.

Así pues, comencemos aclarando el proceso de conformación y ocupación que tuvo el área, el cual se puede diferenciar en tres momentos específicos. El primero sucede desde principios de la década de 1970. El primer grupo social en llegar al área fue el estrato bajo, quien se asentó en Cochapamba. Estos barrios se produjeron a partir de un proceso de subdivisión y venta de terrenos que fueron vendidos a precios relativamente bajos a estas poblaciones. La composición social del área, para entonces, era de estratos bajos, quienes producían su vivienda y hábitat de manera progresiva y conforme iban experimentando una mejoría en sus ingresos. Este paisaje cambió hacia la década de 1980, cuando comenzó la construcción de edificios y residencias para poblaciones con condiciones socioeconómicas medias y altas. Este proceso de ocupación estuvo acompañado con la llegada en 1982 del Centro Comercial El Bosque, que resultó ser el foco de atracción de nuevos proyectos inmobiliarios. A partir de él se establecieron las primeras edificaciones y los primeros grupos sociales de estratos medios y altos en el barrio El Bosque quienes, a su vez, diversificaron la composición social establecida por los residentes de bajos ingresos de Cochapamba.

En los últimos años del presente siglo esta área se ha visto aún más diversificada tras los nuevos proyectos promovidos por inmobiliarias y la llegada de nueva población. Desde finales de la década de 2000 se inició un proceso de construcción de nuevos edificios y conjuntos residenciales en El Bosque, principalmente en los terrenos que no habían sido ocupados hasta entonces. En lo que respecta con el previo entorno construido, estas nuevas edificaciones se diferencian de las primeras debido a su tamaño reducido y a su producción en serie. Es decir, los nuevos proyectos en estos barrios plantean viviendas más pequeñas –tanto en departamentos como en casas– y con una tipología igual entre cada una de ellas. En cambio, las primeras edificaciones de la década de 1980 se construyeron en espacios más amplios donde las viviendas se diferenciaban la una de la otra.

A la par de este actual proceso de construcción en el barrio de estratos altos, en Cochapamba se presenta un proceso de producción de nuevas edificaciones y el levantamiento de nuevos pisos en las casas consolidadas. Por un lado, las nuevas edificaciones se producen en los lotes vacíos más cercanos a la Avenida Occidental. De acuerdo con la observación en campo y las

entrevistas, no hay un intento de expansión hacia las laderas del Pichincha; esto debido a, entre otras cosas, el control que ejerce el municipio sobre el área de protección ambiental. Por su parte, los nuevos pisos se construyen principalmente en las zonas altas de los barrios, lo que produce que las edificaciones construidas en el primer momento de ocupación adquieran una nueva altura. Así, estos dos procesos implican una constante transformación de estos barrios. Pero, en todo caso, no se equipara con el que acontece en El Bosque, debido a que la cantidad de nuevas edificaciones son pocas y, además, su altura no supera los cuatro pisos.

A partir de estos momentos es que el área adquiere su composición social heterogénea. Heterogeneidad que, además, es visible en la tipología de las viviendas y en la forma de ocupación del suelo. Los diversos momentos y actores que intervinieron en este proceso produjeron una configuración espacial mixta, en la que diferentes grupos se encuentran en estado de proximidad residencial. Esta configuración es percibida desde sus mismos residentes, quienes asumen los tiempos de llegada de cada grupo y cualifican la diferencia en los procesos de ocupación. Jaime, uno de los entrevistados, se refiere de la siguiente manera:

A ver, lo que pasa es que en mi barrio, que es Cochapamba sur, por ejemplo, nosotros llegamos primero. Primero llegamos los pobres, digamos así [risas] y después llegaron los *pelucones*.⁴ Esa es la razón por la que haya esa combinación de clases sociales. Nosotros llegamos primero a la parte alta. Me acuerdo cuando yo era niño que había un castillo por ahí donde es El Bosque. Pero ellos con una cierta visión hacia el futuro, ellos vendieron primero lo de arriba, y no lo de abajo, porque yo me imagino que ya tenían esa visión que por ahí podía hacerse algo mejor. El motivo era que los terrenos de arriba eran más baratos, entonces mi papá compró el terreno ahí, me acuerdo que él me contó que costó 15mil sucres; imposible pagar, decía él. Pero imagínese que hacia abajo valía 40mil sucres. O sea, la diferencia era abismal (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

El ingreso de los estratos bajos al área, entonces, ocurre antes que los grupos de estrato alto. Siguiendo a Jaime, cada grupo tuvo planeado su lugar de ocupación. Los terrenos altos fueron otorgados para las poblaciones de menores recursos, mientras que la parte baja del área, donde actualmente está ubicado El Bosque, fue apartada para otros grupos, pensando que “podía hacerse algo mejor” con ese terreno. Así, “pobres” y “*pelucones*” ya tenían

⁴ En el lenguaje coloquial, *pelucón* o *aññado* se le denomina y califica a las personas adineradas, que se enclasan en los estratos alto y medio-alto de la sociedad. El término además de ser empleado para identificar a hogares ricos o poseedores de dinero, también denota modos de vida que su posesión permite a estos hogares.

previamente destinada su distribución en el espacio. De la misma manera, a través del argumento de Jaime se visibiliza la limitación que imponía el precio del suelo para que los estratos bajos pudiesen procurarse los terrenos bajos. Debido a esto, a través de la compra de terrenos de menor precio, los hogares de este estrato se localizaron en la parte alta.⁵

La venta de estos terrenos altos, igualmente, se hizo sin los soportes urbanísticos necesarios dejando abierta su producción y gestión a los nuevos residentes: “acá en la parte de abajo siempre vendieron terrenos ya urbanizados con todo lo que se sabe, en cambio acá arriba nos vendieron terrenitos sin nada, para ver uno qué hacía. Terrenos sin servicios, sin agua, sin electricidad” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018). Esta manera de comercializar los terrenos muestra, de entrada, un proceso diferenciado en el acceso al suelo del área. En Cochapamba, los grupos de bajos ingresos tuvieron que producir su barrio a partir del sistema de autoconstrucción, mientras que en El Bosque los estratos altos ya disponían de todos servicios previamente a su ocupación. Jaime recuerda que la urbanización de Cochapamba, cuando su padre compró el terreno, consistió exclusivamente en “abrir calles, dividir y ya. No había [pausa], digamos así, pavimento de veredas, postes, instalaciones sanitarias, nada. Todo eso se desarrolló por la gente del barrio” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Entonces, la conformación de esta área residencial implicó que el barrio de Cochapamba primero se ocupara por los estratos bajos y luego ellos mismos lo urbanizaran por sus propios medios. Para El Bosque, la cuestión fue al contrario: primero se urbanizaron los barrios y luego los mismos fueron ocupados por los estratos altos. En todo caso, dicha relación entre los procesos de ocupación y urbanización configuraron un paisaje urbanístico heterogéneo, donde se ven viviendas y espacios socialmente producidos al lado de edificios y conjuntos residenciales producidos por el mercado.

Además de las diferencias en las tipologías de vivienda y en el proceso de ocupación, la proximidad espacial de los diversos grupos en el área también presenta discrepancias en cuanto a su entorno construido. En efecto, los barrios se produjeron en función de su grupo y de sus intereses de interacción. En el área residencial existen factores urbanísticos y

⁵ Esta información es corroborada en la investigación de Solano (2010), quien explica cómo la urbanización de los barrios implicó procesos de planificación diferentes.

geográficos que generan procesos de similitud interna y procesos de diferenciación externa. Es decir, cada barrio posee elementos que lo hace reconocible como unidad y, al mismo tiempo, lo hace diferenciable de los otros. Es a partir de estos elementos que se logra evidenciar la existencia de barreras artificiales y geográficas en el área de estudio, las cuales se describen a continuación no sin antes hacer una breve caracterización de los barrios.

4.1.1. Barreras artificiales para mediar la circulación de los grupos

Para empezar, El Bosque tiene características de barrio residencial, siendo en mayor medida estructurado a partir de edificios de departamentos y, en una baja proporción, conjuntos residenciales que poseen diversos cerramientos. La presencia de estos es visible desde largas distancias del centro-norte de la ciudad, siendo más notorio e imponente en el tránsito que se realiza por la Avenida Occidental. Paralelamente a esta vía se erigen los edificios de mayor altura del barrio, y la misma tiende a reducirse a medida que se adentra al barrio hacia el occidente. Así, los edificios de menor altura o conjuntos residenciales limitan con el área de protección ambiental del Pichincha. Pese a las diferentes alturas de las edificaciones El Bosque puede ser reconocido como un único barrio, diferente a Cochapamba. Si bien los distintos edificios y conjuntos le otorgan a El Bosque una característica diversa —es decir, su espacio construido no es homogéneo en ningún sentido—, estos no representan procesos de disimilitud interna, sino expresan más los diversos momentos de su ocupación.

Cochapamba, por su parte, se caracteriza por una vocación mixta, en donde se hallan residencias junto con negocios comerciales en la planta baja de las edificaciones. En menor proporción, existe la presencia de pequeñas y medianas industrias en la parte baja del barrio; las zonas altas están ocupadas casi que exclusivamente por viviendas. La altura máxima de las edificaciones es de cuatro pisos, encontrándose también pequeñas casas de una planta que no ocupan la totalidad del terreno en el que se asientan. Al contrario de El Bosque, las viviendas no se encuentran dentro de conjuntos residenciales, pero si hay algunas que poseen muros o cerramientos. Aquellas que no los presentan, tanto sus fachadas como sus accesos principales están contiguos a las calles. Este es un rasgo que definen y diferencia a este barrio.

Ahora, las diferencias urbanísticas en el área se expresan en el trazado vial, y en la presencia de artificios de distanciamiento y artificios de seguridad. Con respecto a la primera diferencia, las vías en El Bosque muestran un trazado lineal que crece alrededor del centro comercial y paralelamente a la Avenida Occidental. Estas vías son pavimentadas, a diferencia de las de

Cochapamba, que son adoquinadas. Al interior del área existe una única vía que conecta a los barrios El Bosque y Cochapamba sur. Justamente, es a partir de esta vía que el pavimento cambia a adoquín, lo cual le otorga una suerte de diferenciación a los barrios en tanto que se puede diferenciar a El Bosque por sus vías pavimentadas y a las de Cochapamba por sus vías adoquinadas, e incluso también por algunas lastradas. De la misma manera, los barrios Cochapamba sur y Cochapamba norte tienen únicamente una vía que los conecta, aunque ésta se mimetiza con las vías de ambos barrios puesto que también es adoquinada.

El área residencial cuenta con seis vías de acceso, todas de tipo vehicular, las cuales se conectan con la Avenida Occidental. Dichos accesos comunican a los distintos barrios del área con el resto de la ciudad. La particularidad de los accesos reside en el hecho que, para llegar a los barrios altos –es decir, a Cochapamba sur y norte– necesariamente se debe pasar por algunas partes de El Bosque. Además, el área se encuentra servida únicamente por solo una ruta de transporte público.⁶ Esta ruta accede por una calle principal de El Bosque, toma camino por la vía de conexión El Bosque-Cochapamba sur, y tiene su última parada en la mitad de este barrio, en donde se bajan y suben los habitantes de Cochapamba. Igualmente, los vehículos privados de estos barrios tienen que acceder por esta vía de conexión.

Lo anterior implica que los residentes de Cochapamba, en sus desplazamientos diarios –ya sea en transporte motorizado o caminando–, transitan constantemente por algunas fracciones de El Bosque. Dichos recorridos habituales pueden hacer visibles las diferencias que tienen ambos entornos; esto en el sentido que a partir de ellos es posible apreciar los contrastes que existen en la tipología de vivienda, en las formas de ocupación e, incluso, en el tipo de vías. Diferencias que, a la luz de sus residentes, no resultan tener mucha importancia, como si lo puede tener para alguien externo. Grayce, una entrevistada, relata cómo el contraste que observa en sus desplazamientos entre su barrio y El Bosque no es tomado con recelo ni con angustia: “creo que esta zona añorada es de gente que tiene mejor situación económica y puede ir a vivir ahí. Pero no más. Uno sale en el bus, pasa por ahí, y sólo les mira, y ya. Sigue” (Grayce, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Los grandes edificios, los conjuntos residenciales y la opulencia que se observa en la fracción de El Bosque por la que transitan los habitantes de Cochapamba generan contactos constantes,

⁶ Ofrecida por la empresa Catar con su línea Cochapamba-Don Bosco

pero no conflictos o sentimientos negativos. Los entrevistados de estratos bajos reconocen la diferencia urbanística y social que existe en el área –y más porque están obligados a transitar por el barrio de estratos altos–, pero no la cualifican como un elemento de importancia en su diario vivir. Es más, no la cualifican como una frontera en la que se interrumpa abruptamente. Y es que, valga decirlo, si bien el tipo de vías funcionan como un elemento de diferenciación entre ambos barrios, la vía de conexión El Bosque-Cochapamba no genera una barrera artificial en el área. Esta se puede recorrer sin impedimento u obstáculo alguno.

No obstante, no ocurre lo mismo con los artificios de distanciamiento y de seguridad. Los edificios y conjuntos residenciales de El Bosque muestran de manera evidente la construcción de cerramientos a su alrededor. Muros en concreto, rejas, cercas, puertas eléctricas y cables electrificados distinguen las viviendas de El Bosque de las del barrio contiguo. De la misma manera, la disposición de cámaras y personal de vigilancia es notoria en algunas viviendas. Así, a primera vista, el paisaje urbanístico del barrio muestra las restricciones que impone al acceso a las residencias de los hogares de estratos altos del área.

A partir de observaciones y recorridos prolongados por el barrio, fue posible detallar cómo estos artificios si bien generan distanciamientos físicos, no se caracterizan por sus extremas medidas de seguridad identificadas en otros casos (Amézquita 2017; Janoschka 2002). A excepción de los muros, los cerramientos con cercas y rejas de los edificios y conjuntos residenciales son bajos en altura y no abarcan grandes distancias. Estas características, que las posee varias viviendas de El Bosque, parecen no puntualizar en generar procesos de aislamiento, sino, más bien, parecen indicar un interés para limitar la circulación de personas y autos. Se trataría, entonces, no de la réplica de un modelo habitacional insular, sino de la construcción de determinadas barreras que modelan los cursos de acción posibles en el barrio.

Esto mismo parece acontecer con los artificios de seguridad. En El Bosque la presencia de personal de vigilancia funciona más para el registro y el control de visitantes (que refuerza la idea de exclusividad), que para las tareas relativas a la seguridad. Aunque una de sus funciones es velar por la protección de bienes y personas al interior de las residencias, según algunos entrevistados, los guardias no están capacitados para actuar ante un robo u asalto. Las cámaras de seguridad, por su parte, son pocas y están colocadas tanto en negocios como en residencias. Para Daniel, uno de los residentes de El Bosque, resulta más importante la presencia de un guardia, que la de una cámara en las viviendas del barrio:

Como la zona es mucho de paso, el guardia [entre risas], más que guardia creo que es portero. Mi guardia ni siquiera está armado, por ejemplo. Es como ahí que está rondando y se la pasa conversando. Aunque, de por sí es jodido entrar, fíjate: primero entras al pasaje, luego entras al conjunto, luego entras a la casa. Tienes que pasar por lo menos tres puertas. Muchos filtros. Y luego tienes que volver a salir. Es más útil alguien que se esté moviendo, que esté preguntando, en lugar de una cámara. La cámara es ya para encontrar al culpable, lo otro es disuasivo (Daniel, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Bajo este entendido, el objetivo de los artificios de seguridad existentes en El Bosque reside en la identificación y el control la circulación de personas y autos dentro de los edificios y conjuntos residenciales. Los guardias del barrio, entonces, funcionan como barreras que identifican y controlan el acceso a las residencias de los estratos altos del área. Sumado a la limitación de la circulación que provocan las rejas y cercas de las edificaciones, estos elementos producen fronteras materiales en el entorno urbano que, más allá de lograr una separación del otro, tienen la capacidad de condicionar su ingreso. Pero no de un otro particular, sino de un otro general: “yo me siento más segura con la presencia del guardia en el conjunto. Puede prevenir cualquier cosa. Y no necesariamente con la gente del otro barrio, porque la verdad no ha pasado nada con ellos. Sino a nivel general” (Verónica, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Las barreras que se forman en esta parte del área indican garantías para que sus habitantes se sientan protegidos de los cambios que implica la vida urbana, donde todos son desconocidos y potenciales delincuentes.

Por su parte, Cochapamba no presentan estos mecanismos físicos de protección. La seguridad es garantizada mayoritariamente a través de alarmas y vigilancia comunitaria. Las únicas edificaciones que cuentan con artificios de distanciamiento y de seguridad son las que se ubican en la parte baja del barrio. Solamente las pequeñas y medianas fábricas que se encuentran en esta zona son las que poseen cerramientos, principalmente con muro y cableado electrificado. Algunas cuentan con seguridad privada y servicio de guardianía, encargada de inventariar la entrada y salida de mercancías y personas de la fábrica.

Como se indicó anteriormente, por regla general las viviendas y los pequeños negocios de estos barrios no tienen cerramientos, su acceso ocurre de manera directa, sin artificios de distanciamientos como muros, rejas o cercas. Tampoco invierten en sistemas de seguridad como guardianes o cámaras de vigilancia. Es más, a excepción de las fábricas, la única

cámara que se encuentra en Cochapamba está localizada en la cancha de fútbol. Las personas entrevistadas describen a estas barreras como algo innecesario debido a que no hay problemas de delincuencia, de ahí que no existan en el barrio. Le otorgan un mayor sentido a las redes comunitarias como mecanismo de protección: “el barrio es tranquilo. No se escucha que roben o algo. Por ejemplo, nosotros dejamos el carro al frente de la casa y no pasa nada. Porque ahí, como quien dice, ahí nos cuidamos entre vecinos” (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). Cuando el grupo familiar se ausenta de la casa por largos periodos de tiempo, estas redes suelen activarse: “si salimos de viaje o algo así, le decimos al vecino que si puede hacernos el favor de cuidarnos la casa, y él de vez en cuando va y la observa [...]. O sea, podemos confiar entre nosotros mismos” (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018).

De esta manera, en lugar de factores urbanísticos que identifiquen, limiten y controlen la circulación, en los barrios de estratos bajos existe una fuerte presencia comunitaria que cumple con las tareas de protección: “el barrio no es peligroso todavía. Está sano, no tiene problemas en ese sentido. Uno puede bajar de noche y no te roban. No pasa nada. Tipo 10pm, si uno sale, todavía hay gente, no mucha, pero igual hay” (Antonia, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). Los entrevistados no desconocen el peligro que representa el aumento de la delincuencia en toda la ciudad. Pero asumen que esta puede ser contestada con vigilancia comunitaria. Por tanto, para Cochapamba la función de la vigilancia no reside en modular ni regular el ingreso de personas al barrio, sino de establecer un entorno en el que el residente o visitante puedan sentirse seguros. No implica una barrera de distanciamiento, sino equivale a un tejido social que cataliza la interacción.

Ahora, cuando los residentes de Cochapamba sur comparan su sistema de seguridad con el que existe en El Bosque lo hacen en clave de las diferencias en la posesión de bienes. La presencia de guardianes, rejas y cámaras en este último barrio se interpreta no como algo que esté diseñado para impedir el paso del grupo social, sino para garantizar la protección de los bienes de sus residentes: “creo que ellos piensan, o sea, yo creo, ¿no?, que porque tienen más dinero, más cosas, deben tener esta seguridad. En cambio, arriba [Cochapamba sur] no tenemos tanto” (Antonia, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). Desde esta visión, las fronteras urbanísticas que se encuentran en el área expresan y ratifican las condiciones de clase. Es decir, determinadas barreras son interpretadas en función de la proporción de los ingresos y bienes que poseen los hogares. Pero, pese a sus diferencias,

comparten el mismo objetivo: garantizar la protección de sus residentes.

Tanto los hogares de estratos bajos como de estratos altos se sienten seguros con los artificios de distanciamiento y de seguridad que existen en sus respectivos barrios. Ambos hogares no los asumen como obstáculos que prohíben o reprimen al otro. No obstante, en la práctica, las fronteras urbanísticas que se encuentran en El Bosque son las que más condicionan la circulación. No es posible circular por este barrio sin ser identificado y, para acceder a las residencias, se debe exponer por varios filtros de control. De esta manera, el área residencial Cochapamba-El Bosque presenta fronteras urbanísticas diferentes: el primer barrio acude más a redes comunitarias de protección y el segundo más a muros, cercas y sistemas de vigilancia.

4.1.2. Separación física de los grupos a partir de fronteras geográficas

Ahora bien, esta área residencial también se caracteriza por la existencia de fronteras geográficas. Vale recordar que el área se encuentra en las laderas del Volcán Pichincha, de ahí que el terreno presente diversas pendientes. Ambos barrios se construyeron en relación con esta condición topográfica. El Bosque, por un lado, se encuentra en la parte más baja del área, y por esta ubicación presenta terrenos con pendientes menos elevadas. Cochapamba sur, por su parte, se expande hacia la parte más alta, por lo que su topografía es la más inclinada del área. Seguidamente está Cochapamba norte, que alcanza inclinaciones medias.

Precisamente, son estas condiciones topográficas las que diferencian a cada barrio. A partir de ellas se generan procesos de diferenciación entre sus residentes. Los habitantes de El Bosque asumen que Cochapamba está “muy arriba”: “es que los barrios de arriba están, aunque suene redundante, muy arriba. Imposible subirlos caminando” (Gladys, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Quienes viven en Cochapamba reconocen esta circunstancia, y que a causa de ella el acceso al barrio resulta difícil, y además limita la posibilidad de visitas: “algunas amigas me dicen que no vienen a verme porque vivo muy arriba [risas], y que cuando suben siempre terminan cansadas [risas]” (Greyce, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018). Igualmente, cuando se refieren a El Bosque resaltan su “fácil acceso”, aspectos que derivan de su cercanía a la Av. Occidental.

Las condiciones topográficas de los barrios, por ende, son interpretadas en relación con la altura. Las personas entrevistadas no hicieron referencias a la inclinación de los terrenos. Aunque los barrios presenten diferentes grados en sus pendientes, estas no son asumidas

como marcas de diferencia. Así, es posible indicar que los procesos de diferenciación en el área asumen más la altura como indicador que distingue a cada barrio: en la parte alta están los barrios de estratos medios y bajos, y en la parte baja están los barrios de estratos altos. O, dicho de otro modo: Cochapamba sur y Cochapamba norte están arriba, El Bosque está abajo.

Además de la inclinación que presenta el área residencial, ésta también se caracteriza por la presencia de quebradas y desniveles geográficos. Incluso cada barrio, además de haber crecido conforme al límite que imponían las quebradas, se encuentra cercado por al menos dos de ellas. Por ejemplo, entre El Bosque y Cochapamba sur existe una quebrada (q.) (q. Concepción) que separa a ambos barrios. Lo mismo acontece entre los límites Cochapamba sur-Cochapamba norte (q. San Vicente) y Cochapamba norte-El Pinar Alto (q. San Isidro). Según sus habitantes, anteriormente estas quebradas eran inmensas, pero que con el pasar del tiempo fueron progresivamente rellenadas. En la actualidad solamente hay una vía de conexión que atraviesa la quebrada y comunica a los barrios entre sí.

La existencia de estas quebradas involucra la presencia de barreras naturales en el área residencial. Esto debido a que las quebradas, más allá de ser cuerpos de aguas, constituyen paisajes naturales que presentan pendientes elevadas, diversas clases de vegetación (herbácea, arbustiva y arbórea) e implican terrenos discontinuos. En efecto, en el área residencial las quebradas generan profundas divisiones en los barrios. Esta división, a su vez, es alimentada por elementos del paisaje natural como hierbas, matorrales y árboles que impiden la comunicación entre un lado y el otro.

De esta manera, al interior del área se forjan fronteras de tipo geográfico, en tanto que es la propia geografía quien las implanta. Por ejemplo, en un lado de la quebrada San Isidro se localizan las viviendas de los hogares de Cochapamba norte, y al otro lado se ubican conjuntos residenciales de El Pinar Alto. Un paisaje similar se presenta en la quebrada Concepción, que separa los barrios El Bosque y Cochapamba sur. Así, las fronteras geográficas de esta zona de Quito condicionan la proximidad que tienen los diferentes estratos. A pesar de encontrar una composición social heterogénea en el área, en ésta los grupos recurren a elementos del paisaje natural para distanciarse.

Incluso, las barreras naturales resultan ser más efectivas que las mismas barreras urbanísticas, ya que a partir de las primeras se marcan grandes distancias entre los grupos. Además, poseen

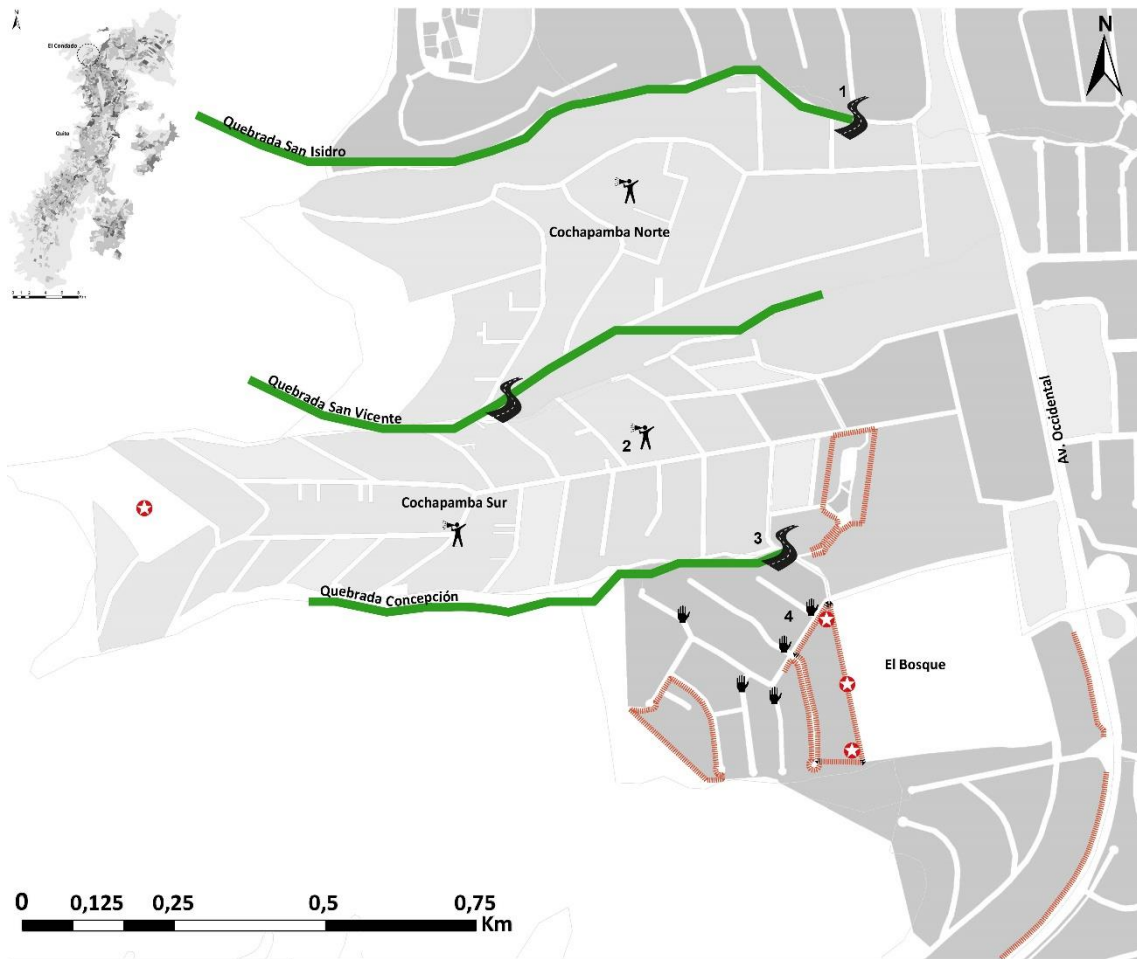
una enorme capacidad para suprimir la circulación: ningún grupo puede acceder al lugar del otro atravesando esta barrera. Sin embargo, esto no implica que la frontera no pueda ser recorrida. Residentes de Cochapamba señalan que en su infancia visitaban las quebradas por recreación, pero también porque allí se podían encontrar diferentes objetos que arrojaban hogares de El Bosque: “una de las cosas que nos atraía a la quebrada era que allí encontrábamos libritos, revistas, juguetes, de todo, de todo lo que [entre risas] los pelucones botaban. Encontrábamos pinturas, esferos, cosas novedosas, que se necesitaban para el colegio” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018). Esta descripción puede ilustrar cómo las quebradas, además de ser fronteras geográficas, constituyen espacios liminales donde la presencia de ambos grupos deja huella: uno a partir de los desperdicios que genera y el otro a partir de la reutilización de estos.

A manera de síntesis, a partir de esta caracterización realizada del área residencial Cochapamba-El Bosque es posible cartografiar sus fronteras. La figura 9 muestra la distribución de las barreras artificiales y naturales por los barrios. Se visualiza cómo en El Bosque se espacializan más las fronteras urbanísticas. La presencia de muros, rejas y sistemas de vigilancia es más preponderante en este lugar. Igualmente, es notoria la profunda división que generan las quebradas entre los diferentes barrios. Este hallazgo invita a considerar que los procesos de distanciamiento Cochapamba-El Bosque recurren más a los elementos del paisaje natural que a los urbanísticos. Estos últimos generan, más que nada, procesos de diferenciación social, los cuales dialogan con la ubicación y la altura que tienen los barrios.

4.2. Área residencial San José del Condado y Urbanización el Condado

La segunda área está conformada por el barrio San José del Condado (en adelante San José) y la Urbanización el Condado (en adelante la Urbanización), localizados en el noroccidente de la ciudad. El club deportivo Quito Tenis y Golf Club y el centro comercial Condado Shopping son los puntos de mayor referencia de esta área, construidos a finales de las décadas de 1970 y 2000, respectivamente. Estos barrios, aunque comparten la misma área, no colindan entre sí. Se separan por vías: la avenida San Francisco de Rumiurco (sentido sur-norte) y la Avenida Occidental (sentido occidente-oriente). Igual, entre la Urbanización y San José existen tres barrios: Mena de Hierro, Loma Hermosa y 23 de Junio, todos de estratos medios hacia abajo.

Figura 9. Fronteras en el área Cochapamba-El Bosque



LEYENDA

- Quebradas
- Cerramientos
- Vías de conexión
- Acceso controlado
- Cámaras de vigilancia
- Vigilancia comunitaria

REGISTRO FOTOGRÁFICO



1. Cochapamba norte - El Pinar Alto



2. Viviendas Cochapamba



3. El Bosque - Cochapamba sur



4. Artificios de distanciamiento EL Bosque

Fuente: INEC (2010), base cartográfica

Teniendo en cuenta a todos estos barrios, esta área de estudio presenta una composición social heterogénea: se encuentran desde hogares con niveles educativos bajos hasta hogares con niveles altos. Particularmente, en la Urbanización se localizan niveles medio-alto y alto. San

José, por su parte, alberga entre niveles muy bajo y medio, teniendo también una manzana en la que se asientan hogares del nivel medio-alto. La presencia de estos estratos genera una mixtura social que, incluso, es posible rastrear desde la conformación del área residencial.

A comienzos del siglo XX, todos los terrenos que se encuentran en esta área hacían parte de la Hacienda el Condado, que pertenecía a la curia de Jesuitas de la ciudad. A mitad del siglo entró en vigor la Reforma Agraria para todo el país, la cual desde 1964 obligó a grandes terratenientes entregar tierras a indígenas que habían vivido bajo el esquema del *huasipungo*.⁷ Esta reforma impactó las haciendas en Quito, haciendo que muchas de ellas repartieran tierras a los indígenas conforme su tiempo de trabajo y al número de hijos. Natalia, una entrevistada de San José, cuenta cómo los Jesuitas repartieron los terrenos del Condado: “ellos repartieron de cuadra a cuadra, para todos los *huasipungueros*. De esta esquina hasta esta esquina, a uno. De esta otra esquina hacia abajo, a otro. Y así entregaron a toditos” (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018). De este proceso surgió el actual barrio San José del Condado, cuyos terrenos fueron los que se encontraban en la parte baja de la hacienda. Mientras tanto, los Jesuitas se reservaron los terrenos de la parte alta: “verá, las mejores tierras se las quedaron ellos. Las tierras más áridas y las más malas fueron las que repartieron a los *huasipungueros*. Porque esto era pura piedra, puro bosque, casi no se podía hacer nada” (Sonya, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

De esta repartición se derivaron los primeros procesos de ocupación del área residencial. Por un lado, los propietarios originarios de la parte baja fueron los indígenas de la hacienda, quienes a su vez fueron vendiendo progresivamente sus tierras a particulares, en especial a hogares de bajos ingresos: “yo le compré a un *huasipunguero*, porque ellos cogieron sus terrenos y se volvieron locos [...]. Compré a diez sucres el metro cuadrado, un predio con un total de 500 metritos” (Natalia, residente de San José, en conversación el autor, mayo de 2018). Estos compradores fueron quienes se convirtieron en los primeros pobladores de San José del Condado, proceso que aconteció a principios de la década de 1970. Pobladores que, gradualmente, se encargaron de proveer colectivamente los servicios al barrio: “no teníamos luz, agua, calles, nada. Sólo terrenos, nada más, y malos. [...] Pero con la gestión de la comunidad se fue adquiriendo todo, a partir de mingas. Con pico y pala abrimos las calles, a nuestra manera de ver” (Natalia, residente de San José, en conversación el autor, mayo de

⁷ Este esquema consistía en que el hacendado prestaba tierras a indígenas (*huasipungueros*) a cambio de trabajo.

2018). Durante la década, y tras el fortalecimiento de la organización barrial, los habitantes alcanzaron el reconocimiento jurídico del barrio, aspecto que permitió solicitar al municipio y a otras entidades la dotación de servicios, infraestructura y la realización de planos.

Ahora bien, durante la repartición de los terrenos, la curia Jesuita destinó la parte alta de la hacienda –es decir, donde actualmente se ubica la Urbanización el Condado– para caballerizas y explanadas de golf. A mediados de la década de 1980, la Sociedad Financiera Proinco compró estos terrenos y los dotó de infraestructura y servicios básicos. A raíz de esto, se genera un proceso de lotización que marcó la tendencia de compra de predios por parte de hogares de altos ingresos. Rafael, uno de los primeros compradores, lo describe así: “la empresa Proinco hizo esta urbanización. O sea, hizo el trazo de las calles y urbanizó. Nosotros compramos un terreno que no era barato, ya no recuerdo cuánto valía, pero muchos no compraban aquí porque consideraban que era caro. Compraban gente con dinero” (Rafael, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018). Estos hogares, una vez compraban su predio urbanizado, tenían que construir su vivienda. Esta lógica cambia a principios de 1990, cuando se cierra la urbanización y las empresas inmobiliarias empiezan a ofrecer proyectos de vivienda a los hogares de altos ingresos (Torres 2015).

De esta manera, el proceso de conformación y de ocupación del área residencial San José– Urbanización el Condado es posible caracterizar en torno a tres momentos. El primero, cuando a mitad de la década de 1960 le otorgan las tierras bajas a los huasipungueros, y donde algunos de ellos optan por venderlas a hogares de menores ingresos. Aquí se produce socialmente el barrio San José mientras que los terrenos de la parte alta se reservan. El segundo ocurre con el surgimiento de la Urbanización en la década de 1980, la cual se da a partir de la construcción de infraestructura y lotización de los terrenos reservados. Durante este tiempo, hogares de altos ingresos compran algunos predios de la urbanización para edificar sus viviendas. Estos dos momentos estuvieron marcados por la presencia del Quito Tennis y Golf Club, el cual se instaló a finales de 1970 con la intención de proveer un club deportivo a los sectores adinerados de la ciudad.

Finalmente, el tercer momento sucede desde 1990, donde se formaliza el cerramiento de la Urbanización y se empiezan a construir nuevos proyectos inmobiliarios, los cuales se emplazan principalmente en terrenos ubicados en la parte occidental (2da Etapa). Estos últimos proyectos distan mucho de parecerse a las primeras viviendas edificadas (1ra Etapa),

y no solo por su ubicación al interior de la urbanización, sino también porque son más pequeños en cuanto a su área construida y, además, se producen en serie. Paralelamente a esto, en el barrio San José se presenta un intenso mercado de arrendamiento de habitaciones o departamentos. A tiempo de hoy, y a raíz de la construcción del centro comercial Condado Shopping en 2007 se fortalecen estos dos procesos (Ron 2012).

Así, es mediante estos momentos que se produce la configuración socialmente heterogénea del área residencial. Si bien los grupos no estuvieron en estado de proximidad espacial desde un comienzo, la historia de su conformación revela la planificación de su ocupación: unos terrenos se transfirieron a estratos bajos, mientras que otros se retuvieron para estratos altos. En efecto, este proceso de ocupación y urbanización del área de estudio contribuyó a generar un paisaje urbanístico heterogéneo, donde se ven viviendas y espacios socialmente producidos en cercanía a una urbanización privada producida con planificación previa.

4.2.1. Distanciamiento de los grupos a través de fronteras urbanísticas

Sobre esta base, es factible caracterizar sus fronteras, tanto aquellas que se construyen como aquellas dadas por la naturaleza. Empecemos describiendo las primeras. En esta área, las barreras artificiales se expresan mayoritariamente en la Urbanización. Se trata de una urbanización privada que presenta un cerramiento perimetral, es decir, sus límites se trazan a través de muros altos que la separa del exterior. Este muro es de concreto grueso y en varios trayectos se refuerza con alambre de púas, cables electrificados y cámaras de vigilancia.

Por su parte, el trazado vial en el interior de la Urbanización presenta pequeñas formas circulares y lineales que comunican todos sus extremos. Entre las diferentes calles internas no hay obstáculos o cerramientos que impidan la libre circulación. Sin embargo, estos si se presentan con el exterior, justamente con las vías que la bordean: el cerramiento perimetral separa la urbanización de la calle Yanacona y la avenida Rumiurco. Estas vías se encargan de comunicar los barrios altos del noroccidental con la Avenida Occidental, y es a través de ellas que ocurren los principales desplazamientos de sus habitantes. Así, la presencia del muro y las vías (la calle Yanacona fue construida para que no interfiera con la Urbanización) revelan la intención de reprimir la circulación de agentes exteriores dentro de la urbanización.

Así mismo, la Urbanización posee cuatro ingresos vehiculares. Estos ingresos se caracterizan por la presencia de sistemas de vigilancia que cuentan con cámaras, guardias (algunos de ellos

armados) y movilidad motorizada. En la entrada principal (calle Cárdenas), ocurre el acceso de residentes, visitantes y trabajadores, donde estos dos últimos deben mostrar documento de identidad y anunciarse. Las otras entradas, más pequeñas que la principal, disponen de una barra de ingreso y caseta de guardia. Los ingresos peatonales ocurren básicamente en la entrada principal; las demás se reservan casi que en exclusiva para ingresos vehiculares. En esta es común observar un tráfico intenso durante distintas horas del día.

Las viviendas que se ubican en el interior de la Urbanización presentan igualmente distintas barreras artificiales. En general, todas las edificaciones –desde las casas hasta los edificios– disponen de cerramientos con muro, reja o cerca. Algunas de ellas tienen cámaras y personal de seguridad, principalmente las empresas y edificios. Constantemente, la guardianía de la urbanización realiza rondas internas de vigilancia para cerciorarse que no se presente ningún malentendido. La disposición de vehículos motorizados le permite atender con prontitud cualquier urgencia de inseguridad que se presente en las viviendas y en las áreas comunes.

En la Urbanización hay, por lo tanto, varias barreras artificiales que generan distintos filtros de distanciamiento y seguridad. El cerramiento perimetral de la urbanización constituye el primero. La guardianía ubicada en los ingresos es el segundo. Luego, los cerramientos personales de las viviendas y edificios establecen el tercero. Un cuarto y último filtro lo genera el personal de vigilancia de cada edificio. En total, son cuatro filtros que se robustecen con las rondas motorizadas de vigilancia que realiza la guardianía de la urbanización. Empero, quizás el filtro que ostenta mayor importancia es el que se genera en los ingresos, como lo revela la siguiente conversación con residentes de San José:

Entrevistador: pero miren que la vez pasada, yo también pensaba que era conjunto cerrado y que nadie podía entrar, pero ya he hecho algunas entrevistas allá, y la última que hice...

Sonya: tiene que presentar la cédula para pasar.

Entrevistador: no, mira que entré así como si nada.

Sonya: ah, qué suerte.

Grace: porque ahí suelen estar los guardias y piden la cédula.

Sonya: los guardias están ahí y no dejan pasar.

Entrevistador: o sea, como yo no fui en carro, entonces entré a pie.

Sonya: no, no, así sea a pie, le piden la cédula. Sólo al perro le dejan pasar [risas].

Entrevistador: ah, entonces corrí con suerte.

Sonya: entonces usted corrió con suerte de perro [risas]. Así es la cosa. (Entrevista grupal a Natalia, Grace y Sonya, residentes de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

De acuerdo con esta entrevista, la presencia de cámaras y personal de vigilancia en la Urbanización provoca sentimientos de distanciamiento. Es decir, se asume que no es permitido el paso sin identificación previa. Aunque en efecto muchas veces no se solicita documento de identidad para ingresar, la mera presencia de estos elementos forja un filtro simbólico en donde quienes no son residentes de la Urbanización dan por sentado que no es posible su acceso. Así, las barreras artificiales que existen en esta área no solo condicionan o restringen la circulación física de sus vecinos, sino también la mental.

De la misma manera, en algunas entrevistas, los residentes de la Urbanización cuestionan la efectividad de este filtro. Sus críticas señalan casos de robos al interior de la urbanización, los cuales son efectuados incluso en presencia de la guardiana. Sin embargo, reconocen que este hecho sobredimensiona la capacidad de este sistema de vigilancia, y otorgan igualmente responsabilidad a quienes arriendan al interior de la urbanización. Es más, es esta modalidad de robo la que se presenta en mayor medida, y la cual implica una débil respuesta por parte de los artificios de seguridad implementados: “las personas arrendaban departamento aquí, robaban y salían tranquilamente. Solo se robaban [pausa] tecnología, dinero, joyas, eso. Y salían. Entonces, no, los guardias no encontraban ladrones, ¿cómo?, si eran de aquí mismo” (Jaqueline, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Debido a estos sucesos, los entrevistados proponen un mayor control en los procesos de arrendamiento. Asimismo, velan por más restricción en los ingresos de la urbanización y, a su vez, celebran el fortalecimiento del sistema de seguridad y de contratación de personal: “se intuye que algunos robos se hacen [pausa] por medio de albañiles, de gente que trabaja aquí. Yo supe hace tiempo que robaron un edificio cuando todos se fueron de vacaciones. Ese robo parecía de parte de alguna empleada” (Carlos, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018). Así, apelando por la protección de bienes, se fortalecen los filtros de control y regulación que imponen las barreras artificiales en la Urbanización.

Ahora bien, las fronteras geográficas no son visibles a simple vista en esta área residencial. Si bien existen quebradas, estas no distancian a la Urbanización de San José. Por su parte, las pendientes son diferentes en cada barrio. San José se encuentra en terrenos planos, que no

ostentan un relieve irregular. La Urbanización, en cambio, sí presenta pequeñas inclinaciones en su topografía, la cual aumenta hacia su límite occidental. Pero, pese a esto, entre ambos barrios no existen pendientes elevadas que propicien su distanciamiento. Sin embargo, entre la Urbanización y otros barrios de la zona sí hay presencia de barreras naturales.

Incluso, las barreras artificiales de la Urbanización refuerzan la profunda división que suscitan los elementos del paisaje natural. Precisamente, su cerramiento perimetral limita al norte y el sur con dos quebradas: la Grande y la Chiriyacu, respectivamente. Es evidente que el proceso de ocupación de la Urbanización acudió a estos elementos para diseñar sus artificios de separación. De hecho, teniendo en cuenta que la presencia de una quebrada en el territorio implica diversas separaciones naturales, la existencia del muro alto en la Urbanización resalta el proceso de distanciamiento geográfico que tiene con los barrios aledaños. Los barrios Justicia Social y Enrique Velasco –que colindan con el perímetro norte– y Mena del Hierro – en el perímetro sur– experimentan de manera sobredimensionada el distanciamiento a partir de barreras urbanísticas y naturales, pese que sobre las quebradas existan puentes conectores.

Como se indicó en un inicio, la Urbanización y San José no colindan entre sí, aunque se encuentran muy cercanos. Son separados por la avenida Rumiurco y la Avenida Occidental: ambas vías crean un alejamiento considerable entre estos dos barrios. Inclusive, cuando se construyó la Avenida Occidental esta atravesó a San José dividiéndolo en dos, generando un proceso similar al que tiene con la urbanización. Ahora, las vías que se encuentran al interior del barrio presentan un trazado lineal, aunque son pocas: tres en sentido norte-sur y tres en sentido occidente-oriente. No obstante, limita con vías principales del noroccidente: al occidente con la Rumiurco, al oriente con la avenida La Prensa y al norte con la Occidental.

A excepción de los equipamientos (colegios y cementerio) y las fábricas que se ubican en el barrio, las viviendas de San José no demuestran cerramiento ni sistemas de seguridad. Sus fachadas tienen conexión directa con las calles, relación que es avivada por la intensa actividad económica que genera las tiendas y negocios que existen en las plantas bajas de las edificaciones. Por su parte, la seguridad en el barrio es garantizada por vigilancia y alarmas comunitarias. Esta se reforzó en los últimos años a partir de la oposición que la comunidad emprendió al Proyecto *Quito Cables*, el cual fue impulsado por el gobierno de Mauricio Rodas, alcalde de la ciudad desde 2014.

4.2.2. Quito Cables y reinterpretación de las barreras artificiales

Quito Cables es un proyecto de transporte público tipo teleférico planteado en el año 2015 por la actual administración de la ciudad. Basándose en los problemas de movilidad que presenta el noroccidente, el proyecto planteó la construcción de una línea de teleférico que conectara los barrios altos del noroccidente con la terminal de transporte La Ofelia, para que formara parte del Sistema Integrado de Transporte Metropolitano. Así, la iniciativa municipal contempló una línea recta de 3,7km que nacía desde el barrio alto La Roldós, atravesaba el barrio Colinas del Norte (donde se construirá una estación de la línea), la Urbanización el Condado, el barrio San José del Condado y terminaba en La Ofelia. Desde su divulgación, la administración informó que iba beneficiar diariamente a 30.000 personas en promedio, reduciendo su tiempo de desplazamiento a 13 minutos a partir del trayecto en el teleférico.

Específicamente, en San José el proyecto esbozó la construcción de una parada multimodal (estación Mariscal Sucre), para lo que requería la expropiación de 5.000 metros cuadrados. Los terrenos para expropiar pertenecen a ocho lotes en donde existen 32 cartas prediales, lo que termina afectando alrededor de 200 personas del barrio. En el caso de la Urbanización, se diseñó la construcción de tres de las 28 pilonas o torres, con una altura entre 30 a 33 metros. Estas pilonas estarían ubicadas en la parte oriental de la urbanización, es decir, en la 1ra etapa, y se localizarían sobre veredas, parterres y en un terreno baldío.

Ahora, a partir de esta propuesta, ambos barrios se opusieron al proyecto. Uno de los argumentos encontrados en las entrevistas indica que el proyecto nunca se socializó con la comunidad. Los residentes de San José, por ejemplo, señalan la falta de especificaciones y transparencia del proyecto. Ellos se enteraron del proyecto *Quito Cables* a causa de Patricio, actual vocero del barrio, quien en su consultorio odontológico recibió a un cliente que le informó de la expropiación de su terreno. A raíz de esto, Patricio comunica la noticia a los residentes del barrio y, colectivamente, salen a movilizarse:

Salimos a la calle y dijimos “no *Quito Cables*, no *Quito Cables*”. Ese mismo día que fue nuestro primer acto de protesta empieza a llegar emisarios del municipio. Porque a pesar de que ese día se sabía que era un proyecto, un proyecto municipal, si tú entrabas al municipio no encontrabas nada de *Quito Cables*, más que una inauguración que hizo el [alcalde] Rodas en el sur de Quito. No encontrabas nada, ni del proyecto, ni del estudio. Absolutamente nada (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Entonces, en un primer momento, la falta de información y socialización del proyecto implicó una oposición por parte del barrio. En segundo lugar, la movilización del barrio aumenta en contra de la expropiación de los predios. A medida que avanzaba la organización barrial, ocurre el encuentro entre los residentes de San José y los de la Urbanización. Estos últimos se enfrentaban al proyecto, principalmente, a causa de la construcción de las pilonas en las calles, y el tránsito del teleférico sobre las viviendas. Entre muchos encuentros, las reivindicaciones puntuales de ambos barrios se transforman en una rotunda y común oposición al proyecto en tanto que, como estaba planteado por el gobierno, no lograba solucionar los problemas de movilidad del noroccidente de Quito. Además, no contaba con estudios técnicos ni tampoco planteaba alternativas de solución. Lothar, vocero de la Urbanización, se refiere a *Quito Cables* como un proyecto “primero, mal planificado, mal organizado, y luego fuimos encontrando que había actos de corrupción en el mismo” (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

En respuesta a *Quito Cables* se funda un rechazo conjunto entre San José y la Urbanización, el cual permitió interacciones sociales entre hogares de distinto nivel económico. Este será el tema que se tratará en el siguiente capítulo. Por ahora solo conviene señalar que a partir de este proyecto se generaron distintos lazos sociales y políticos entre los grupos del área residencial. Incluso, para retomar el tema de las fronteras: uno de los efectos que ocasionó fue el aumento de la vigilancia comunitaria en San José. Debido al reiterado intento de expropiación de los predios implicados, el barrio decidió organizar un sistema comunitario de vigilancia para impedir cualquier tentativa de desalojo: “nosotros tenemos colocadas diez sirenas en sitios estratégicos y el momento en el que algún personero municipal o del ejército, o alguien externo entre a nuestro barrio, la gente enseguida enciende las sirenas y todo mundo sale” (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

En la actualidad, los dueños de los predios ya no aparecen como legítimos propietarios en la cedula catastral, lo que los sitúa en una condición de mayor vulnerabilidad ante el desalojo. Este aspecto incide, aún más, en el fortalecimiento de la organización barrial y la vigilancia comunitaria. Los vecinos que no son directos afectados del proyecto también buscan la no expropiación de las 200 personas implicadas. Este apoyo se asume como un aspecto de primerísima importancia debido a que garantiza tanto la permanencia de estos pobladores en particular, como también la defensa y protección del barrio en general:

Claro, de hecho, no te han visto en el barrio, porque si te ven te preguntan: “¿qué hace usted?”. O sea, un vecino que sabe estar viendo, y ve por ahí a alguien no conocido, viene y le dice a la gente. Ya tiene ese sentido de vigilancia [...]. Y nos tocó así, porque el municipio comenzó a llegar con cualquier excusa. O sea, de repente veías un dron y decían: “ah, es que el municipio está viendo los parques de la ciudad”. Pero aquí no hay parques [risas]. O por allá abajo: “es que el municipio quiere arreglar la cancha del barrio”. Y por eso es que hay una vigilancia constante (Grayce, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

El anterior argumento ilustra cómo a partir de la oposición al proyecto *Quito Cables* aumentaron los artificios de seguridad en San José, específicamente en el ámbito de la vigilancia comunitaria. Pero esta no se encarga de proteger al barrio de agentes extraños abstractos, sino de uno en particular: el gobierno municipal. Por tanto, este sistema no condiciona ni reprime la circulación de personas –como si ocurre con la guardianía, los muros y cámaras de la Urbanización–, sino vigila, previene y actúa. La seguridad del barrio en la actualidad, entonces, puede ser interpretada con un fuerte componente comunitario que se basa en un sentido de oposición a la presencia institucional. Inclusive, la resistencia al proyecto se apoya en ella: “esa ha sido la única razón por la cual estamos soportando, el apoyo del barrio. O sea, el día en el que perdamos el apoyo del barrio no tenemos nada que hacer” (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Otro de los efectos que tuvo la oposición conjunta al proyecto *Quito Cables* fue la reinterpretación de las fronteras urbanísticas. La existencia de las barreras artificiales de la Urbanización, tal y como se describieron anteriormente, parece tener una condición impenetrable, que no permite interacciones entre sus residentes y los pobladores aledaños. Habitantes de San José reconocen el distanciamiento que genera estas barreras. Sin embargo, a raíz de los encuentros entre los residentes de San José y la Urbanización, la presencia de guardias, cámaras y muros provoca sentimientos cruzados de distanciamiento. Durante las entrevistas, por ejemplo, se manipularon ciertas fotografías que mostraban la presencia de urbanizaciones cerradas colindado con barrios populares. En una entrevista grupal, realizada a residentes de San José, surgió el siguiente comentario:

Entrevistador: bueno, y la pregunta crucial: ¿ustedes creen que estas imágenes representan lo que se vive aquí en la Urbanización el Condado y todos los barrios aledaños?

Grace: yo creo que sí...

Natalia: verá, todos nosotros, en primer lugar, no estamos de acuerdo en compararnos con las ciudades grandes, de otros países. Nosotros vemos la realidad de aquí con nuestros ojos.

Grace: pero es parecida, no? Porque la urbanizaci3n de aquí podría pasar por una así, no?

Natalia: tanto así, no. Porque la urbanizaci3n al final, aunque sea por necesidad de nosotros, ya podemos si quiera conocerles a ellos. Nosotros ya no estamos marginados por ellos, ya hemos podidos ingresar a la Urbanizaci3n. Esto sucedi3 por el proyecto *Quito Cables*.

Grace: es verdad. (Entrevista grupal a Natalia, Grace y Sonya, residentes de San José, en conversaci3n con el autor, mayo de 2018).

Esta entrevista revela la importancia de considerar la realidad específica del área residencial. Esto dicho no s3lo en el sentido de su especificidad urbanística y geográfica, sino también en la configuraci3n de vínculos sociales que establecen los grupos entre sí. En efecto, la oposici3n conjunta a *Quito Cables* hizo que los estratos bajos experimentaran de otra manera las fronteras de la Urbanizaci3n. Aunque en la práctica sus barreras sigan generando procesos de distanciamiento, en las evocaciones que realizan los residentes de San José estos ya no son asumidos con tanto rigor, al menos cuando se trata del filtro de los ingresos. Queremos decir con esto: si bien las fronteras urbanísticas no desaparecen físicamente en el área residencial, en el ámbito mental se ha dado una apertura a la permeabilidad. Aunque esta no puede generalizarse con las viviendas de la urbanizaci3n, ya que –pese al contacto– sus filtros no perdieron su capacidad de reprimir el acceso a quien no vive ni es invitado a pasar.

A manera de síntesis, mediante esta caracterizaci3n del área residencial San José-Urbanizaci3n del Condado es viable cartografiar sus fronteras. La figura 10 evidencia la distribuci3n de las barreras artificiales y naturales por los distintos barrios. Se detalla c3mo la Urbanizaci3n produce una fragmentaci3n espacial en el rea. El cerramiento perimetral y el uso de quebradas para separarse de barrios vecinos hace que la urbanizaci3n funcione con una l3gica fragmentada. Igualmente, se observa c3mo las vías principales distancian a los barrios.

Este hallazgo invita a considerar que los procesos de distanciamiento en la Urbanizaci3n y San José recurren más al espacio construido que a los elementos del paisaje natural. Estos últimos, si bien existen en el área, no son los más notorios. Las barreras artificiales se erigen como las importantes en el área, aspecto que implica que a través de ellas también ocurren fronteras simb3licas: la multiplicidad de filtros diferencia y clasifica quienes pueden circular, y quienes no podrían hacerlo. No obstante, esta l3gica pudo ser experimentada de otra manera

a raíz del contacto que establecieron los residentes en su rechazo al proyecto *Quito Cables*.

Figura 10. Fronteras en el área San José-Urbanización el Condado



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

4.3. Lecturas cruzadas de las fronteras: límites y posibilidades de interacción

En este capítulo se describió el proceso de conformación y la característica de heterogeneidad residencial que posee las áreas de Cochapamba-El Bosque y San José-Urbanización del

Condado. A partir de esto se logró evidenciar la existencia de fronteras urbanísticas y geográficas que tienen dos áreas residenciales socialmente diversas de Quito. Partiendo de los hallazgos del anterior capítulo, donde se develó la existencia de proximidad espacial entre diferentes grupos en la ciudad, aquí se intentó mostrar cómo esta proximidad para dos casos específicos se encuentra determinada por la presencia de barreras artificiales y naturales que influyen en las posibilidades de interacción. De esta manera, este hallazgo contribuye a sostener una de las hipótesis planteadas al inicio de la investigación: la heterogeneidad residencial está acompañada de aspectos urbanísticos (cerramientos, etc.) y geográficos (quebradas) que fragmentan al espacio y generan distanciamientos entre los grupos.

No obstante, hay algunos argumentos por incluir para enriquecer este planteamiento. En primer lugar, conviene reflexionar en relación al proceso de conformación de las áreas estudiadas debido a que este incide en la presencia de varios estratos en el espacio. Específicamente, la conformación de las dos áreas responde a configuraciones procesuales derivadas de la modernización capitalista que sufrió el país a partir de la Reforma Agraria de mitad del siglo XX. Esta reforma promovió el fraccionamiento espacial de distintas haciendas en la ciudad, donde algunos terrenos fueron obsequiados a trabajadores de estas haciendas y otros fueron reservados para un posterior desarrollo urbanístico. Cochapamba y San José surgieron como áreas de *huasipungueros* que, con el tiempo, vendieron a hogares de bajos ingresos. El Bosque y la Urbanización, por su parte, nacieron como áreas pensadas y urbanizadas para hogares de ingresos medios y altos de la ciudad.

Este proceso de conformación enseña cómo existió, desde un comienzo, un acceso diferencial al suelo en estas áreas heterogéneas. Los estratos bajos accedieron a terrenos baratos, de calidad y ubicación dudosa, y sin planificación previa, por lo que a partir de la organización comunitaria tuvieron que gestionar los servicios y la infraestructura. En cambio, los estratos altos accedieron a los terrenos mejor ubicados que contaban con una urbanización previa. Esta forma de ocupación del suelo implicó una conformación del área en la que la disponibilidad de servicios marcaba fuertes procesos de diferenciación y desigualdad social. Actualmente, aunque esta desigualdad desapareció en las áreas estudiadas debido a que los barrios de estratos bajos cuentan con todos los servicios, siguen operando procesos de diferenciación social relacionados con la ocupación del suelo: en comparación a los otros barrios del área, los barrios de estratos altos son “las mejores tierras” o de “fácil acceso”.

Este hallazgo invita a reflexionar sobre la conformación de las áreas heterogéneas, las cuales suelen tener una historia previa determinada por procesos de desigualdad social que, en la actualidad, logran traducirse en procesos de diferenciación social. Inclusive, estimula también a leer la heterogeneidad residencial cómo configuraciones espaciales en la que la proximidad de los grupos sociales se organiza a través de diferencias y desigualdad. La primera operando a partir de factores simbólicos, y la segunda a partir de la disposición de bienes y servicios. El reto, por consiguiente, es descifrar cómo esto limita o posibilita la interacción social.

Ahora bien, en segundo lugar, también conviene reflexionar sobre las limitaciones y posibilidades que generan las fronteras materiales en estas áreas. En efecto, en los casos estudiados la proximidad de los grupos sociales está envuelta por elementos del espacio que median su interacción: en ambos casos estos elementos se manifiestan a través de la presencia de cerramientos, personal de vigilancia y elementos del paisaje natural que limitan, condicionan o permiten la circulación del otro. Específicamente, se mencionó la propiedad que tiene el cerramiento perimetral en el área San José-Urbanización el Condado y la propiedad que tienen las quebradas en el área Cochapamba-El Bosque como generadores de procesos de distanciamiento espacial: en la primera de estas, el muro perimetral –reforzado con seguridad privada y varios filtros de acceso–, constituye la principal barrera que separa a los grupos; mientras que en la segunda, las quebradas se erigen como la primordial barrera ya que son éstas, y no los muros, las que crean profundas divisiones en los barrios.

Debido al proceso de conformación de ambas áreas, el cual no se desarrolló en el marco de la expansión periurbana ni del movimiento de la élite, es difícil interpretar estas barreras a partir de las estructuras insulares que se han planteado para la ciudad latinoamericana. En el mismo territorio no existen islas de riqueza ni tampoco zonas de precariedad aisladas. Además, los barrios de estratos bajos estudiados son heterogéneos, es decir, poseen diversos niveles educativos en su interior, no se componen de uno solo. Sin embargo, las barreras existentes sí fragmentan el espacio: el cerramiento y las quebradas provocan desconexión física y discontinuidad morfológica entre los barrios. Los diferentes grupos, en ambas áreas estudiadas, recurren a estas lógicas de fragmentación para distanciarse entre sí.

Algunos artificios de seguridad en los barrios altos constituyen barreras que –más que incitar la separación– modelan, identifican y controlan los cursos de acción posibles. Las cámaras y el personal de vigilancia en El Bosque y en la Urbanización el Condado existen para

garantizar la seguridad de sus residentes. De acuerdo con las entrevistas, su presencia se debe principalmente a la creciente inseguridad en la ciudad, la cual no se asocia explícitamente a los residentes de los barrios aledaños. Por su parte, en los barrios de estratos bajos se recurre a la multiplicación de factores de vigilancia comunitaria que propician la seguridad, ya sea a partir de mecanismos informales (Cochapamba) o mecanismos organizados (San José del Condado). Haciendo una lectura transversal a estos artificios se encuentra que la seguridad en los barrios de estratos altos implica una circulación restringida y predecible, mientras que en los barrios de estratos bajos la circulación es generalizada y más aleatoria.

Ahora, la existencia de estas fronteras no solo genera procesos de distanciamiento, sino también cualidades de diferenciación: éstas operan mediante barreras objetivas y simbólicas a través de las cuales se construye y defiende las identidades de los grupos. Así, por ejemplo, la topografía en Cochapamba-El Bosque se asumen como elementos que diferencian a los grupos: los estratos bajos viven “arriba” y los estratos bajos viven “abajo”. Por su parte, en la Urbanización el Condado las múltiples barreras diferencian y clasifican qué población puede circular en su interior. Lo mismo ocurre con la presencia del club deportivo Quito Tennis. Ambos hechos aclaran cómo el área San José-Urbanización el Condado expresa las jerarquías sociales basadas en mecanismos de distinción de quiénes acceden y quiénes no.

Vale mencionar que la experiencia de los grupos –principalmente para los estratos bajos– con las fronteras ocurre de manera desigual en ambas áreas. En Cochapamba-El Bosque interesa ver cómo se naturaliza las diferencias y los artificios de distanciamiento: en las trayectorias diarias y cualificaciones de los residentes de estratos bajos éstas no tienen mucha importancia. En cambio, en San José-Urbanización el Condado, a partir de la oposición común al proyecto *Quito Cables*, se establecieron vínculos entre los grupos que permitió cuestionar el peso simbólico que produce las barreras artificiales: los muros, el personal de vigilancia y los accesos controlados de la Urbanización se asumen ahora como fronteras más permeables. Justamente, en esta área donde el espacio construido provoca procesos de distanciamientos más profundos, el acercamiento social posibilita su disminución.

Este hallazgo convoca a considerar que los aspectos materiales de las áreas socialmente heterogéneas también son atravesados por los procesos sociales. Las fronteras no son estáticas, antes bien, mutan conforme ocurran los contactos y conflictos entre los grupos. La presencia de barreras naturales y artificiales en estas áreas no implica automáticamente la

separación: alrededor de ellas pueden entretenerse asuntos que cuestionen su funcionalidad material y su eficacia simbólica. Por tanto, en la investigación de fronteras urbanas resulta necesario indagar por las cualificaciones de sus residentes, quienes son los que ofrecen otro panorama de los elementos físicos que configuran su lugar de residencia.

En todo caso, las fronteras deben ser leídas en función de la historia particular de cada área residencial, las vivencias diarias, las preconcepciones y los procesos de acercamiento que ocurren entre los grupos. El muro o la quebrada, por ejemplo, tan solo son propiedades del espacio urbanístico y natural que necesitan de una lectura que cualifique su experiencia. De ahí que se requiera implementar miradas analíticas *desde abajo* que permitan apreciar las valoraciones subjetivas que existen en el marco de la proximidad espacial entre grupos.

En síntesis, los anteriores argumentos enriquecen la hipótesis planteada: no solo es necesario evidenciar la existencia de fronteras, también hay que develar cómo a través de ellas se organizan las diferencias y la desigualdad social y, a su vez, cómo pueden existir contactos pese a su fuerte presencia. Así, la cercanía física de los grupos en estas áreas residenciales heterogéneas debe contemplarse con otras cercanías: sociales, culturales, políticas, etc. Describir solamente las fronteras materiales que existen en estas áreas puede descuidar los procesos sociales que ocurren a una escala micro de la proximidad. Sobre este entendido, el siguiente capítulo describe cómo influye la existencia de la heterogeneidad de estas áreas en la configuración de vínculos sociales entre los grupos. Se acude al término integración socioespacial para dar cuenta de su dimensión funcional, relacional y simbólica.

Capítulo 5

Procesos de integración socioespacial en dos áreas socialmente diversas de Quito

En este capítulo se presentan los hallazgos de la investigación en términos de las dimensiones de la integración socioespacial. Se realiza una descripción de la configuración de vínculos sociales de las dos áreas estudiadas. Con el material empírico recabado se efectúa una especial referencia a la particularidad que representa Quito como ciudad latinoamericana en los procesos funcionales, relacionales y simbólicos de integración. Esta sección se encuentra subdividida en función de las dimensiones de la variable dependiente y no de los casos de estudio, lo cual permite una discusión entre dimensiones y no entre casos.

5.1. Integración funcional: acceso a servicios y oportunidades

La literatura sobre integración socioespacial le otorga un gran valor a las oportunidades y beneficios que se desprenden de la heterogeneidad residencial. Una de estas se relaciona con la existencia de servicios educativos al que pueden acceder niños de los diferentes grupos (Basolo 2013). La otra tiene que ver con la formación de vínculos de empleo, ya que miembros de los grupos sociales pueden intercambiar información de trabajo o realizar contratos laborales (Morandé 2007; Rosenbaum, Reynolds y DeLuca 2002). En este apartado se discuten estos supuestos a partir de los hallazgos de la investigación, puesto que las oportunidades educativas son segmentadas, y si bien existen oportunidades laborales estas son ocupadas mayoritariamente por residentes de otras zonas de la ciudad.

5.1.1. Servicios educativos segmentados entre grupos

En relación a las oportunidades educativas, si bien es verdad que en las dos áreas estudiadas se ubican varios colegios particulares y escuelas fiscales (que ofrecen desde grado de educación básica hasta bachillerato), el acceso a estas es segmentado, ya que los estratos altos y medios envían a sus hijos a los primeros, y los estratos bajos acuden a los segundos. Esta segmentación escolar se experimenta por parte de los entrevistados en torno a tres aspectos, los cuales evidencian cómo existen limitaciones económicas, simbólicas y de intereses personal para generar beneficios y escenarios educativos con mezcla social en los contextos de proximidad espacial: el costo de matrícula y pensión, la búsqueda de instituciones de prestigio y el sentimiento de oportunidad educativa.

El primero hace alusión al costo de las instituciones. En Quito los colegios o escuelas fiscales

no cobran costos de matrícula y pensión. En las entrevistas se señala el acceso gratuito que brindan estas instituciones ubicadas en las áreas residenciales, especialmente para los hogares de bajos recursos. No obstante, en algunas ocasiones esta gratuidad no se relaciona con la calidad de la educación: las escuelas fiscales son percibidas como instituciones de baja o media calidad. No pasa lo mismo con los colegios particulares, que son vistos de alta calidad, pero de costos elevados. Los residentes de estratos bajos de ambas áreas, aunque resalten la calidad de educación de estos colegios, cuestionan lo costoso que resulta estudiar en ellos. Indican que, aunque los precios de matrícula y pensión varíen entre los distintos colegios particulares del área, estos terminan constituyendo una barrera de acceso para sus hijos.

Por su parte, los residentes de estratos altos asumen dos posiciones diferentes. Por un lado, los que viven en El Bosque entienden que los colegios privados implican costos elevados para los habitantes de Cochapamba: “no creo que alguien de allí estudie en estos colegios. No, difícil. ¡Qué va! El Rudolf Steiner y el Intisana son costosos” (Daniel, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Lo particular de esto dos colegios es que, si bien se localizan en esta área, en él estudian niños que viven en distintas zonas de la ciudad. Es decir, el público objetivo de estas instituciones no es necesariamente la población que habita en el área residencial. Los habitantes de El Bosque reconocen esto: “lo que pasa es que allí [en el colegio Intisana] estudian niños de todas partes; estudien allí porque el colegio tiene prestigio” (Víctor, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Por el otro, quienes viven en la Urbanización admiten que si bien los colegios privados del área tienen precios altos, estos no resultan ser tan elevados como los que presentan otras instituciones privadas de mayor prestigio: “aquí hay dos colegios, muchos van allí porque son cercanos, además que la pensión es cómoda. No es barata, pero es accesible. No, no es cara, en comparación al [colegio] Americano y el [colegio] Internacional” (Rafael, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018). Algunos entrevistados asumen que la cercanía y el precio no tan elevado de los colegios privados en el área son aspectos importantes para preferir matricular a sus hijos en ellos. Sin embargo, otros resaltan que su decisión se basa más en el prestigio: “la verdad es que para matricular a nuestros hijos nos guiamos más por el colegio, y no por la cercanía. Por el nombre, por el prestigio que tiene” (Mauricio, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

De acuerdo con lo anterior, el público objetivo de los colegios particulares no es

exclusivamente el que reside alrededor. Esto se logra observar tanto El Bosque como en la Urbanización. En ambos barrios, estos colegios reciben estudiantes de distintos lados de la ciudad. De la misma manera, los hogares que viven en estos barrios optan por colegios particulares que son reconocidos socialmente. Aunque la cercanía resulte apreciada, la mayoría de las decisiones se basan en el prestigio que ostenta la institución educativa. Incluso, el prestigio del colegio resulta crucial para los hogares, pese a que estos no cuenten con los recursos económicos necesarios para matricular a sus hijos. Según un entrevistado de Cochapamba, quien construyó una relación de amistad con una familia de El Bosque que tenía problemas de dinero, califica esta conducta como de apariencia:

Es que ellos ya no tenían dinero y me decían que no tenían plata para la pensión. Yo me llevo bien con ellos y les dije: “vean, ya no gasten tanta plata, metan a los niños en el colegio público de aquí, más barato y más cerca”. Y me dijeron: “¡uy, qué va! ¡Cómo va a creer!”. Igualmente le dije a la hija: “Camilita, pues estudia en el colegio de aquí, lo tienes a dos pasos”. Y me dijo: “no, don Jaime, ¿cómo va a creer? ¿Cómo yo voy a estudiar ahí? ¡Qué vergüenza!”. Ellos vivían una vida que ya no tenían. Una vida falsa. Seguían enviando a sus hijos a los colegios privados más caros solo para aparentar, para mantener el estatus (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Exceptuando la particularidad del caso que revela el anterior comentario, este ilustra cómo los colegios particulares –independientemente si se encuentran en el área residencial o no– resultan ser más apreciados por los estratos medios y altos. Las escuelas fiscales que se encuentran en el área residencial suelen ser rechazadas por los hogares de estos estratos, aún en casos de inestabilidad económica. Conducta que, a todas luces, es vista por los estratos bajos como de apariencia. En efecto, los colegios particulares están connotados positivamente por los hogares de estratos medios y altos ya que, a través de ellos, se realiza la representación de su condición social. En últimas, el elevado costo de estos colegios además de impedir el acceso a hogares de bajos recursos, también es un indicador para la conservación del estatus.

En sintonía con lo anterior, el segundo aspecto se refiere a los procesos de diferenciación social que ocurren a partir del acceso al servicio educativo. No solo la diferencia opera en el plano material (costos de matrícula y pensión), sino también en el simbólico: el prestigio que tienen las instituciones es importante para los entrevistados. Todos los grupos de ambas áreas le otorgan más relevancia al hecho que la institución sea reconocida, a que en ella existan

niños de diferentes estratos sociales. Efectivamente, son los colegios particulares quienes están mejor posicionados en la circulación del prestigio educativo. Aunque existen en Quito algunas instituciones públicas de reputación (Colegio Montufar, por ejemplo), no ocurre lo mismo con aquellas que se localizan en las áreas estudiadas. Incluso, algunos entrevistados de los barrios de estratos bajos reconocen la baja popularidad que posee estas escuelas públicas.

Vale indicar que no todos los niños y jóvenes que habitan en estos barrios acuden a estas escuelas. Algunos, por conveniencia o decisión de los padres, estudian en escuelas ubicadas en otra parte de la ciudad: “yo estudié en un colegio de monjas de por aquí arriba. Mis papás me enviaron a ese, no sé por qué. Estudiaba con gente de Pisulí y de Cotocollao. Gente del barrio no había [pausa], o sea, muy poca” (Grayce, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018). Un padre de familia de Cochapamba califica el por qué optó por enviar a su hija a estudiar en una institución fuera del barrio: “la educación no es buena ahí. Bueno [pausa], también lo que pasa es que nosotros, hechos los buenazos, dijimos: ‘ay, cómo vamos a meter a la niña a esa escuela’ [imitando vos de adinerado]” (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). Con este testimonio se ilustra cómo no solo se cuestiona la calidad educativa de las escuelas públicas del área, sino también cómo se asume la condición de desventaja que estas tienen en el plano del prestigio.

Así, los hogares basan sus elecciones educativas a partir de interpretar la condición de prestigio de las instituciones. Y esto ocurre tanto en las elecciones de los hogares de estratos altos como en las decisiones de los estratos medios y bajos: los tres aspiran a que sus hijos estudien en los colegios o escuelas más distinguidas, siendo uno de sus limitantes el ingreso económico de los hogares o su interés personal: “ya depende cada uno lo que quiere para sus hijos, y sus posibilidades (Rafael, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018). Visto de esta manera, las oportunidades educativas no se cualifican alrededor a la existencia de entornos escolares heterogéneos –es decir, donde confluyen infantes de diferentes estratos sociales–, sino se valoran más por la institución que ofrece el servicio. Según los entrevistados, egresar de una institución de prestigio genera más oportunidades en lugar de titularse de una que no disponga de este capital simbólico.

Finalmente, como último aspecto, los entrevistados de todos los estratos se refieren a las oportunidades que genera acceder a la educación. Todos sienten que culminar estudios de bachillerato brinda más oportunidades a sus hijos. No obstante, reconocen que las

oportunidades no son las mismas para todos, según el estrato social y la institución en la cual se estudie. Pero, en algunas entrevistas se destacó que a través de la educación es posible limar estas diferencias existentes entre los grupos: “lo que nos separa a los estratos son las oportunidades que hemos tenido ¡Y eso es lo que hay que dar! Específicamente con educación porque es la base de todo, tú con ella puedes salir de un gueto hecho pedazos” (Lothar, vocero de Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018). Asimismo, aunque no abandonan la idea de generar acceso a población de bajos recursos en colegios privados, hacen mayor énfasis en mejorar la educación pública. Resaltan el papel protagónico que debe tomar el Estado para reformar la calidad y la infraestructura de las escuelas fiscales, lo cual redundaría en un aumento de las oportunidades de la población que estudia en ella.

Por otro lado, entrevistados de estratos altos sienten que la presencia de colegios privados en el área residencial genera oportunidades para grupos de escasos recursos a partir de sus actividades de responsabilidad social. Esto ocurre particularmente en el área Cochapamba-El Bosque, donde uno de los colegios privados implementa dos programas sociales que contemplan la entrega de obsequios en navidad y la reducción de matrícula a niños y jóvenes de bajos recursos. Un entrevistado de El Bosque lo narra así: “creo que con los programas que realiza el Intisana se beneficia a los habitantes de estos barrios populares, que a veces no tienen con qué pagarse sus cosas” (Mario, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Por su parte, los residentes de Cochapamba califican estos programas como medidas de caridad, y no como una generación de verdaderas oportunidades. Además, exceptuando el periodo de navidad, indican que en ningún otro momento los estudiantes o sus familiares se preocupan por los habitantes del barrio. Jaime se refiere así:

El Intisana da regalos en navidad, y también hay algunos chicos que estudian por las noches y que le cobran 50 dólares mensuales. Pero [pausa], no porque se preocupen por la gente del barrio, sino por hacer la caridad [levanta la voz]. O sea, como que quieren mostrar que tienen más dinero o para aumentar su ego de que están arriba en la pirámide social, porque no hacen nada más (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Incluso, los entrevistados de Cochapamba indican también que en algunas ocasiones han rechazado estos programas, ya que asumen que pueden acceder a la educación por sus propios méritos. Sin considerar específicamente los impactos del programa de reducción del costo de matrícula, que permitiría el acceso a población de escasos recursos a una educación con un

mayor estándar de calidad y prestigio (Rosenbaum, Reynolds y DeLuca 2002), estos comentarios realzan la existencia de sentimientos diferenciados en torno a las oportunidades educativas que generan los colegios particulares en el área residencial. Que este programa sea visto como caridad envuelve implícitamente la aceptación de una relación vertical que, a ojos de los hogares de estratos bajos, debe ser rechazada. Esta actitud podría representar cómo determinados hogares buscan diferenciarse en función de su acceso personal a determinados colegios: este no debe regalarse, sino debe conseguirse. En conversación con residentes del área San José-Urbanización el Condado no surgieron este tipo de comentarios.

5.1.2. Escasas oportunidades laborales y vínculos de empleo jerárquicos

Ahora bien, con respecto a los vínculos de empleo, en ambas áreas residenciales se evidenció la existencia de contratos laborales para los estratos bajos por parte de las personas que habitan en los barrios de estratos altos. Los residentes de El Bosque y de la Urbanización generalmente brindan oportunidades laborales relacionadas con el servicio doméstico y varios oficios como jardinería, carpintería y albañilería. Además, quienes cuentan con su propia empresa también aceptan a personal para que se desempeñen en diferentes tareas. Aunque señalen que hay empleados que provienen de los barrios aledaños, no obstante, reconocen que no es la regla general: “el guardia de mi pasaje y la persona que corta el césped no viven aquí. Las personas que hacen la limpieza en las casas del conjunto tampoco viven aquí” (Daniel, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Es más, aseveran que la mayoría de sus trabajadores provienen de otras partes de la ciudad:

Yo tengo 15 empleados. Tres viven el sur. Una vive en el Valle de los Chillos. Seis viven en Calderón. Cuatro viven en La Roldós y Pisulí. Y otro que vive en Cumbayá. Entonces son dispersos, unos viven en el sur, otros en el norte, otros en el valle, ninguno vive en el centro (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Claro, hay gente que trabaja aquí y son de estos barrios de arriba. Pero la gente que trabaja conmigo viene de barrios del norte o del sur de Quito. Quizás así sea en la mayoría de casos (Gladys, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Asimismo, los entrevistados de estratos bajos afirman que no todos los que viven en Cochapamba o San José trabajan con los hogares de altos ingresos cercanos: “sí, si hay gente que trabaja allá [en la Urbanización el Condado] como empleadas domésticas, costureras,

albañiles, carpinteros. Pero no todos. También hay gente que trabaja en otras partes, que viven del trabajo diario” (Sonya, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018). Así, si bien se observa vínculos de empleo entre miembros de los diferentes estratos que habitan las dos áreas estudiadas, los mismos entrevistados reconocen que estos vínculos se pueden dar independientemente si se comportan las fronteras residenciales. Por un lado, las ofertas y contratos laborales que ofrece los estratos altos abarcan a toda la mano de obra de la ciudad, no únicamente la que se ubica en el entorno inmediato: “aquí viene a trabajar gente de todo Quito. Claro, es que hay que venir a donde hay trabajo, ¿no?” (Gladys, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Y por el otro, la fuerza de trabajo de los barrios de estratos bajos también se emplea en otras actividades y lugares de la ciudad.

En todo caso, aun cuando no se contrate a la población vecina, los vínculos de empleo entre los diferentes estratos tienden a ser vistos como necesarios. Los entrevistados asumen al mercado de trabajo como el marco de interpretación de sus relaciones laborales, donde unos están en la capacidad de ofertar trabajo y otros buscan ser empleados en estas ofertas. Los comentarios de algunos residentes de las áreas estudiadas intentan ilustrar esto:

Los estratos bajos y los estratos altos se necesitan para trabajar. [...] Hay gente que toma la decisión de ser empresaria. Otra toma la decisión de ser empleada porque es menos estrés. ¡Pero siempre se van a necesitar! El estrato social más bajo va a necesitar trabajo. El estrato social más alto siempre va a necesitar empleados o mano de obra (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Verás, nosotros necesitamos de los empleados, y los empleados necesitan al empresario para que las cosas funcionen. Las empresas funcionan así y, bueno, también pasa en estos contratos domésticos (Víctor, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Lo importante es que esta gente le da trabajo a uno [pausa]. Si te pones a pensar, son ellos los que más tienen la capacidad de dar trabajo. Tal vez por eso es que acudimos a ellos [risas], y ellos también acuden a nosotros [risas]. Como que nos necesitamos, loco (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Ahora, esta mutua dependencia en el ámbito laboral no es percibida como armónica. Antes bien, las entrevistas a residentes de estratos bajos indican la existencia de contratos laborales inequitativos. Por ejemplo, residentes de Cochapamba y San José afirman que algunos

trabajos realizados a hogares de estratos altos no han sido reconocidos por el dinero adecuado, que el pago se retrasa e, incluso, nunca llega. Califican esta conducta como un trato injusto y deshonesto, no sin antes reconocer que existen personas que no realizan estas acciones: “es gente a la que le gusta llamarnos a trabajar, pero no pagan. Y no dudo que habrá mucha gente honesta y buena, pero yo me he topado con gente que me ha quedado debiendo dinero” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

De la misma manera, critican la falta de protección y seguridad social en los contratos que generan los estratos altos. Debido a que en el año 2011 el gobierno ecuatoriano normó la obligación de afiliación social y el reconocimiento de horas extras en el servicio doméstico, quienes trabajan en esta rama o conocen casos de parientes o vecinos que lo hagan, califican esta desprotección como un mal trato y una conducta tramposa por parte de los estratos altos:

Es que son más tramposos. ¡A los empleados domésticos no les afilian! Y no les pagan esto, ¡chuta!, como si a uno le hicieran un favor [levanta la voz]. Yo conozco un caso, en donde a una señora le contratan y le pagan sueldo, pero tiene que remedar ese sueldo para todo el mes y también con él pagar su afiliación, ¡porque no le afilian! Además, le ponen a trabajar en todas las casas de esta familia, le dicen: “verás, hoy trabajas aquí, y mañana te vas a la casa de mi hija, y pasado mañana te vas a la casa de mi suegra”. No, ¡chuta!, eso es injusto (José, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

En entrevistas con residentes de El Bosque y la Urbanización se corroboró esta información. Aunque no mencionen el mismo caso, reconocen que existen casos similares donde habitantes incumplen con este requisito legal, además que realizan un mal trato hacia sus empleados:

Esto sí es real. Tuvimos problemas con el guardia del conjunto, y era que claro, no le querían afiliar al seguro. Y ya es una obligación, por supuesto. [...]. El guardia me contaba que en otro conjunto había mucha rotación por eso mismo, como que estaban seis meses y no les querían afiliar al seguro (Daniel, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Sí, hay gente que es déspota, grosera. No afilian a sus empleadas, tratan de minimizarlas, miran por encima del hombro, como que: “no, no, no, hazme esto” [imita gestos de autoridad]. Conozco un par de casos donde son así. Pero muy poca gente. (Carlos, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

No obstante, este comportamiento no se asume como algo típico de todos los residentes de estos barrios. Antes bien, se observa como una conducta que caracteriza a los nuevos hogares que se han localizado en los últimos años. Estos hogares son calificados como clases sociales en ascenso quienes buscaron el barrio y la urbanización para representar un estatus social que, de cualquier modo, no corresponde con el de los antiguos residentes:

Me da la impresión que esta gente no es burocracia pública vieja, o gerentes o así, y por eso buscan ahorrarse los costos. Es como una clase media que quiere aspirar a tener, y por eso no da, no paga bien. [...] Cuando se recoge dinero, igual la gente siempre te pide cuentas y te negocia hasta lo último, como si les costara un montón. Me imagino que para tener dinero hay que ser tacaño (Víctor, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Creo que eso ocurre más con los nuevos residentes La gente que ya lleva toda su vida aquí no hace eso, tienen empleadas de 20 años y les pagan todo. No tratan mal a nadie. Son de lo más sencillo. En cambio, la nueva gente es lo contrario: quieren aparentar, se creen muy arriba, y sin ser, y sin tener. [...] Y no les afilian, tratan mal a la empleada o no pagan la alícuota (Jaqueline, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Todos los entrevistados de estos dos lugares –incluyendo nuevos y antiguos residentes– afirmaron no realizar estas conductas con quienes empleaban. Manifiestan que conocen de estas situaciones porque las han experimentado en su conjunto o alguna persona con la que interactúan les hizo saber de ellas. O, como se señaló en la mayoría de veces, dan por sentada su existencia: “debe haber gente así”, la cual ubican dentro de la nueva población que ha llegado a vivir. En todo caso, reconocen que tras la norma que obligó a afiliar y reconocer horas extras a las empleadas domésticas y trabajadores se permitió la construcción de contratos laborales más equitativos. Aunque señalen que debe de haber personas que “se creen muy arriba”, no conocen ninguna persona cercana que desconozca esta obligación:

Ya no puedes tener una empleada para que te haga un sánduche a las diez de la noche. [...] Antes una empleada doméstica te costaba 140 dólares, pero ahora tienes que reconocerle un sueldo básico de 386 dólares, más horas extras y afiliación. Entonces ahí se igualó un poco la cosa (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Aquí se les paga el seguro, que ahora es obligatorio. Entonces, por el seguro y todo eso, están

más protegidos en el trabajo, ¿no? También es una garantía para ellos cuando se enferman (Mario, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Dentro de la mutua dependencia laboral entre los estratos, a la que hicimos alusión anteriormente, algunas entrevistas situaron como elemento de importancia la posesión del dinero. Este se asume como el factor que permite los vínculos de empleo. Se da por sentado que la posesión de amplias sumas de dinero de los estratos altos permite la contratación de personal. Sin embargo, los estratos bajos admiten que no todos los empleadores que poseen dinero generan un mismo trato. Identifican que los empleadores que han ascendido socialmente son los que ofrecen un trato más jerárquico, en comparación a los que siempre han tenido dinero. Esto se evidencia en Cochapamba y San José:

La gente que no tuvo y llega a tener, esa es la peor gente. ¡La peor gente! ¿Por qué? Porque quieren mostrar que tienen más. En cambio, gente que toda la vida ha tenido plata, es la gente más linda para tratar. O sea, no le tratan a uno como a un igual, pero no le hacen sentir que ellos son más que uno. ¿Por qué? Porque es gente que toda la vida ha estado enseñada a tener plata (José, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

La gente que siempre ha tenido dinero no le trata a uno con superioridad. Yo me he topado bastante gente que tiene mucha plata y es la gente más sencilla para tratar. O sea, no demuestran que “ah, yo tengo harto”. No. A ellos ni les va ni les viene, ya que toda la vida han tenido. En cambio, los que llegan a tener, ¡chuta! Quieren demostrar a todo mundo que tienen plata, que lo logró. Tratan a la otra persona como minimizándola. Son gente de apariencia (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

En cambio, los entrevistados de la Urbanización y El Bosque consideran que el mal trato por parte de los empleadores no se relaciona con el dinero, sino con el tipo de persona:

Generalmente todos dicen: “se les trata pésimo, son una pendejada, les trata mal, les insultan”. ¡Puede haber! Puede haber, porque el hecho de que tú tengas algo más de dinero, y contrates a alguien, no te hace ni mejor ni peor persona. Todo el trato tiene que ver, para mí, con el tipo de persona que seas tú. No importa el estrato, siempre que exista el respeto (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Es que el trato depende de la idiosincrasia, y no del estrato. Mi familia y yo siempre tratamos bien a los trabajadores. Les pagamos lo que corresponde y todo eso, porque creo que debe ser

así. Les trato muy bien [pausa], incluso he tenido empleados que no se quieren ir nunca [risas]. (Gladys, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

De acuerdo con lo anterior, para ambas áreas se identifica una población en movilidad social ascendente que altera los procesos de integración funcional. Los entrevistados no cuestionan la existencia de ofertas y contratos laborales entre miembros de diferentes estratos, sino riñen con las conductas de superioridad y apariencia que realizan algunos empleadores, específicamente quienes están ascendiendo. Estos empleadores son vistos como quienes generan vínculos de empleo basados en relaciones jerárquicas (tratos más diferenciados) y contratos deshonestos (sin seguridad social). Para los estratos altos, esta conducta no depende del estrato social, sino de la idiosincrasia de los empleadores. Para los estratos bajos, este comportamiento lo determina el acceso al dinero y una nueva posición social.

En síntesis, las oportunidades educativas y laborales en las dos áreas residenciales heterogéneas estudiadas discuten los supuestos de la dimensión funcional de la integración socioespacial en la literatura. En primer lugar, las oportunidades educativas son segmentadas: cada estrato social asiste a diferentes colegios y escuelas. Además, todos los estratos valoran más el prestigio de las instituciones que la mezcla social en estos espacios, a la par que los hogares de bajos ingresos evalúan como caridad su inclusión en los colegios particulares. En segundo lugar, si bien existen oportunidades laborales para miembros de los barrios de estratos bajos, la mayoría de las plazas la ocupan residentes de otras zonas de la ciudad. Al mismo tiempo, se observa vínculos de empleo jerárquicos e inequitativos, en especial con la población en ascenso social que recién vive en los barrios de estratos altos. En ambas subdimensiones, surge el tema de la apariencia de la clase media como indicador que perturba y complejiza los procesos de integración funcional entre los grupos sociales.

5.2. Integración relacional: interacciones entre grupos sociales distintos

Otro de los supuestos de la literatura sobre integración socioespacial concede importancia a las interacciones sociales entre distintos grupos. Por un lado, se considera que la existencia de espacios públicos en las áreas con mezcla social posibilita encuentros más constantes entre los grupos (Fraser, Chaskin y Bazuin 2013; DeLuca et al 2012). Por el otro, se asume que con la proximidad espacial surge la proximidad social, la cual se refleja en relaciones de amistad o vecindad entre los residentes (Joseph 2006; Muster y Ostendorf 2006; Rosenbaum, Reynolds y DeLuca 2002). A continuación, se discuten estos supuestos, debido a que en el área

estudiada no existen encuentros intergrupales en los espacios públicos y hay dificultad de establecer relaciones de vecindad o amistad entre los diferentes estratos.

5.2.1. Precarios espacios de encuentro e interacciones en público

En relación con las interacciones en público, en ambas áreas residenciales existen varios espacios potenciales de encuentro: zonas de recreación, paradas de buses y centros comerciales. Si bien en estos dos últimos hay viabilidad de encuentro entre estratos, no obstante, no sucede lo mismo en el primero. Las interacciones en los espacios recreativos se desarrollan más entre miembros de un solo estrato, que entre estratos. Esto debido a que cada barrio y grupo social posee sus propios lugares para la recreación activa o pasiva: “como cada barrio tiene su parque, entonces cada uno va a estos sitios y no busca ir a los sitios de los demás” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Por ejemplo, en Cochapamba y en San José el único espacio recreativo disponible son canchas de fútbol. Estas canchas fueron producidas directamente por la gestión comunitaria, aspecto que la diferencia de los espacios de recreación planificados de los barrios de estratos altos. Por su parte, la Urbanización tiene un parque en su interior y también posee un acceso preferencial al club deportivo Quito Tenis y Golf Club. Y en El Bosque está el Complejo Deportivo Unión Nacional. En las entrevistas se señala lo improbable que resulta encontrarse con miembros de otros estratos en estos lugares. Primero, porque los espacios de los barrios de estratos bajos están descuidados o ubicados en sitios de difícil acceso. Segundo, porque los espacios de los barrios de estratos altos no aceptan a todo público:

No, ellos [los habitantes de El Bosque] no suben a la cancha, en lo absoluto. Les debe costar subir tan arriba [risas]. Si subes un sábado o domingo vas a ver que solamente está ahí la gente del barrio (Grayce, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Claro, ¿cómo van a venir a esta canchita a jugar? Les debe parecer descuidada o poca cosa, cuando ya tienen ese campo de tenis al lado. La cancha solo la usamos la gente del barrio, nadie más (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Aquí no hay un punto de encuentro más allá del Condado Shopping, donde sí se reúnen todos. E imposible que ellos [residentes San José del Condado) entren al Quito Tenis, no se permite la entrada a la gente que no es socia, les negarían el ingreso en la puerta (Jenny, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Llama la atención que en todos estos espacios se controla el acceso y la frecuencia de uso: mientras que el club de golf permite el ingreso solamente a quienes son socios, los demás espacios disponen de cerramiento con reja. Los entrevistados señalan que para usar las canchas de fútbol, el parque o el complejo deportivo tienen que hacer previas solicitudes o acogerse a su horario de apertura. Así, no hay en estricto sentido espacios públicos abiertos, donde puedan acontecer interacciones libres entre los grupos. Por el contrario, son espacios en el que el uso y el encuentro están regulados, incluso para miembros de un mismo estrato.

De esta manera, son improbables las interacciones intergrupales en los espacios de encuentro, ya que su ubicación y acceso controlado constituyen limitantes. Igualmente, la calidad de los parques de los barrios de estratos bajos es vista como un restrictivo. Los entrevistados de estos barrios mencionan que embellecer y mejorar estos lugares implicaría aumentar la oportunidad de generar espacios públicos para la interacción intergrupala:

Si en mi barrio hubiera un parquecito como el que tienen los *pelucones*, todos nos podríamos reunir a jugar fútbol. Quizás se podría tener buena relación con ellos haciendo campeonatos, invitarles y decirles: “vea señores, tráigase un equipito de fútbol porque vamos a organizar un campeonato” (Jaime, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Aunque en la actual oferta de parques los estratos no se topen, no hay que desconocer la posibilidad de interacción a nivel local. En efecto, hay otros espacios locales potenciales para el encuentro intergrupala como las paradas de buses y los centros comerciales. No obstante, en estos lugares la interacción también es reducida. Los mismos entrevistados advierten lo improbable que resulta entablar un diálogo o interactuar con el otro:

Uno puede decir que se relaciona con ellos en las paradas de buses. Pero [pausa], no, pasa. Porque, uno, no los conoces, y dos, pues no hablas con nadie, acaso con la persona con la que vas acompañada. Y, claro, ahí te cruzas con todos los que vivimos acá (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Todos entran al centro comercial a comprar o van en plan familiar. Entonces no interactúas con ellos. Además, todos los que entran ahí son de varios lugares, no únicamente de esta zona (Carlos, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Aunque aquí las interacciones entre los grupos también sean remotas, las entrevistas indican la existencia de tácticas de reconocimiento del otro. Resulta difícil pasar desapercibido en estos lugares, ya que a partir de la ropa o los gestos se identifican las procedencias del estrato. Inclusive, algunos entrevistados –principalmente de bajos recursos– señalan que no visitan los centros comerciales sin antes haber mejorado su apariencia corporal. Para ellos, trabajar el aspecto personal implica no ser ubicado en las categorías sociales inferiores. Aunque la información recabada no permita intuir si estas tácticas constituyen un limitante para la interacción, sí se visibiliza cómo se adoptan modos de enseñar el cuerpo en público:

Hay un lenguaje corporal, digamos. Entonces usted ve a las personas, cómo están vestidas y todo eso. Y según eso usted identifica. Igual con la forma de hablar, de comportarse y de caminar [pausa], hay gente que solo va al centro comercial a ver y camina lento, como si estuviera de paseo. [...] Esa es quizás gente de clase media para abajo (Carlos, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

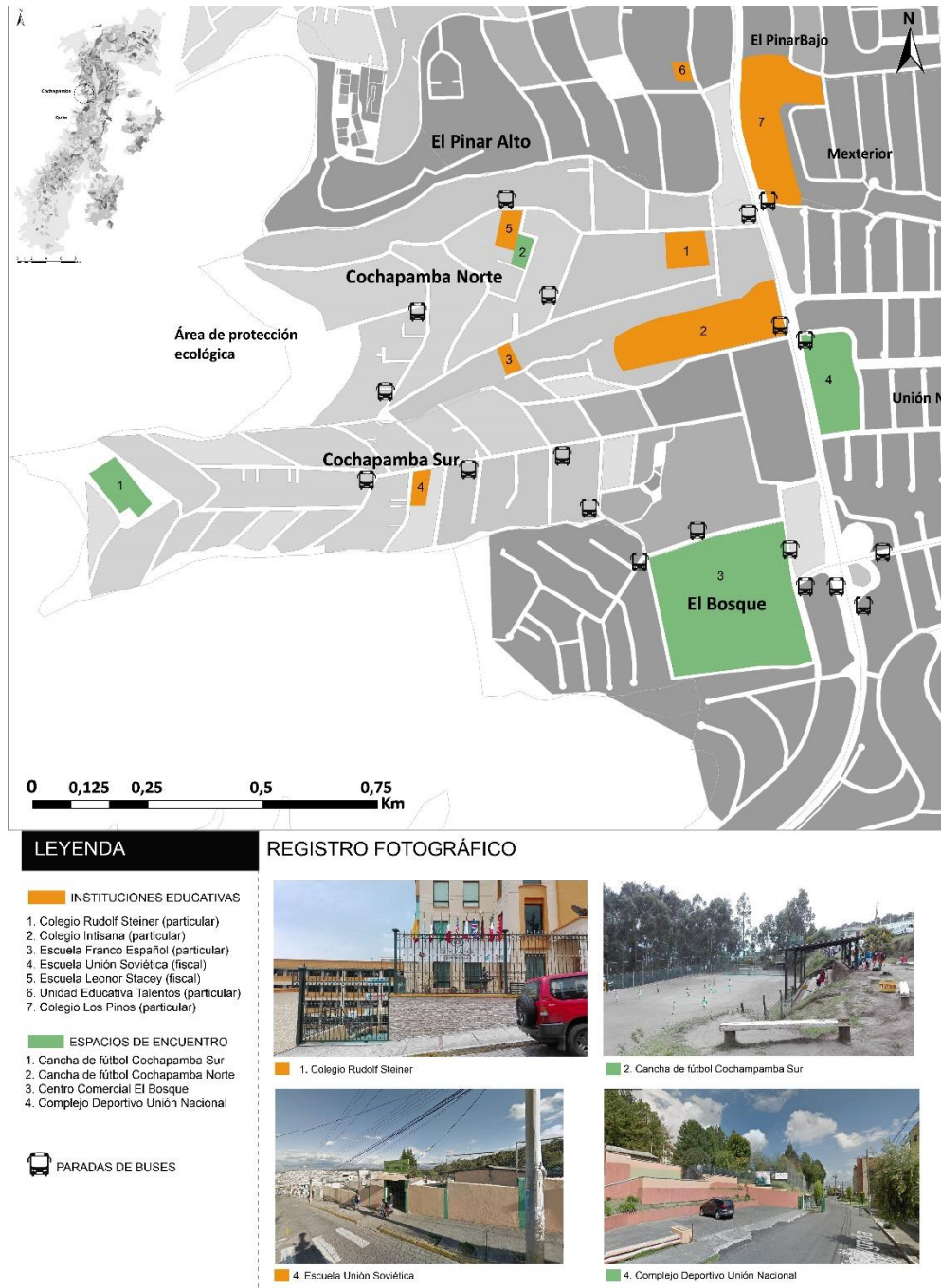
Siempre con mi esposo nos arreglamos antes de ir [al centro comercial]. ¡Cómo cree que uno va a ir en sandalias! ¡O despeinada y con lagañas! [Risas] Dirían que una es lo peor. Qué vergüenza (Antonia, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Entonces, haciendo un repaso por los principales espacios de encuentro, se halla que la asistencia a parques y zonas de recreación es segmentada, mientras que la interacción en centros comerciales y paradas de transporte público está mediada por lecturas corporales. En las figuras 11 y 12 se detalla la distribución de los espacios potenciales de interacción en las dos áreas residenciales, donde se incluye también a las escuelas y colegios analizados en el anterior apartado. Se visibiliza cómo a pesar de haber proximidad espacial entre los grupos, la ubicación de estos espacios resulta clave en las oportunidades de interacción en público.

Valga aclarar que el área residencial San José-Urbanización el Condado representa un caso particular en lo que respecta a los espacios potenciales de encuentro. Debido a la oposición conjunta al proyecto *Quito Cables*, miembros de los diferentes grupos tuvieron posibilidad de encontrarse en marchas, plantones, asambleas o ruedas de prensa. Si bien estas actividades tenían como objetivo principal visibilizar el rechazo hacía el proyecto, también permitieron la interacción con el otro estrato, aunque eventualmente: “nos topábamos con la gente de la Urbanización en varias manifestaciones, y les veíamos cómo hablaban con alguna gente de

aquí. Luego no se les veía más, hasta la siguiente manifestación [risas]” (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Figura 11. Espacios potenciales de encuentro, Cochapamba-El Bosque

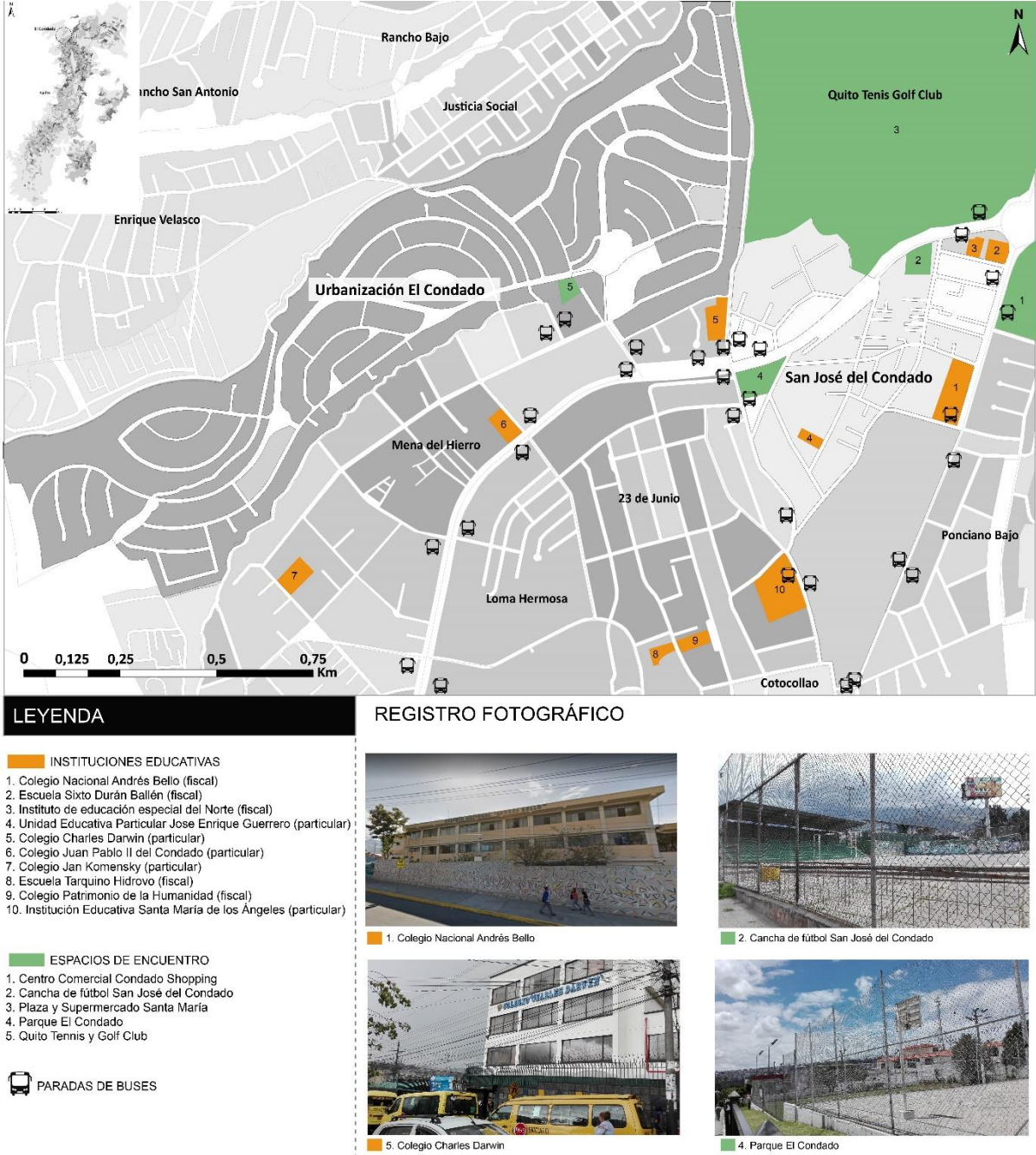


Fuente: INEC (2010), base cartográfica

En todo caso, estos espacios contribuyeron a conocer e identificar a las familias afectadas, y a intercambiar diálogos, preocupaciones y problemáticas compartidas de los residentes de los barrios. Facilitaron, igualmente, tener una percepción distinta del comportamiento del otro en

espacios intergrupales: “yo nunca me imaginé verle a un pelucón gritando con uno ‘No Quito Cables’ [risas]” (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Figura 12. Espacios potenciales de encuentro, San José-Urbanización el Condado



Fuente: INEC (2010), base cartográfica

Aunque en esta investigación no se pudo observar el comportamiento y las actitudes de los estratos en estos espacios, en las entrevistas sí se abarcó la cualificación que realizan sus asistentes. Para ellos hubo un aumento significativo de interacción. En palabras de Patricio:

Antes la gente de aquí del barrio y de la Urbanización no nos encontrábamos para nada. Hoy eso cambió. Hoy hay una interacción y armonía que, por ejemplo, nosotros hacemos una asamblea, o hacemos una feria, y la gente baja y nos ayuda y nos colabora. O ellos hacen alguna caminata, alguna cosa, y nos invitan y participamos mancomunadamente. Esta casa de aquí, de la vecina, que tú ves aquí, la vamos a reconstruir juntamente con donaciones que hizo la urbanización (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

5.2.2. Relaciones de amistad y vecindad entre los grupos

Ahora bien, en relación con los lazos sociales entre los diferentes grupos, se constata la presencia de algunas relaciones de amistad y de precarias relaciones de vecindad. Empezando con estas últimas, en las entrevistas se afirma no solo que los vínculos entre distintos barrios son escasos, sino que también lo son dentro de cada vecindario. En los barrios de estratos altos se indica que ninguno de los vecinos se conoce entre sí. Sus residentes se refieren a ambientes caracterizados por el individualismo y la apatía: cada uno se preocupa por lo que está de puertas adentro de su casa. Asumen que, si es complicado construir relaciones entre vecinos de su mismo barrio, lo es más aún hacerlo con hogares de otros barrios:

El barrio es aburrido y es porque la gente pasa encerrada y cómoda. No es gente que necesita relacionarse con el vecino, ni siquiera en fiestas típicas. Creo que aquí vive una clase serrana, que está feliz viendo la tele, que si no socializa con sus similares mucho menos lo hace con otros (Gladys, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Sabe que aquí mismo nadie conoce a los vecinos. Yo no sé quién vive aquí al lado, ni enfrente. ¡No sé ni los nombres! O sea, ya cada uno vive en su vida, llegan del trabajo y se encierran. Y se acabó. No hay ninguna relación. Peor con los barrios de afuera; nada. Cada uno hace su vida (Rafael, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Basados en esta autocaracterización, los hogares de estratos altos perciben a los barrios de bajos ingresos como lo opuesto a ellos. Señalan que en estos vecindarios existe un ambiente más de vecindad, donde todos se conocen entre sí. Aunque realzan diferenciarse de ellos en este aspecto, perciben que ambos grupos poseen fuertes lazos familiares que los hacen similares. Para ellos la familia es el principal vínculo que se construye en el vecindario:

Aquí las personas llegan en carro, abren la puerta de su casa, la cierran y no tienen ningún contacto con los vecinos, solo con su familia. En Cochapamba la gente va en el bus donde se encuentra con sus vecinos. Se baja del bus y se encuentra con otros vecinos. Pasa comprando en la tienda, y se encuentran con otros vecinos. Y entra caminando a su casa, para verse con su familia (Verónica, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Ellos se conocen más con el vecino que nosotros en la Urbanización. [...] Yo de hecho hice un esfuerzo para conocer a todos mis vecinos de la cuadra, por el problema que hemos tenido de *Quito Cables*, pero antes de eso nada, no, no les conocía. Y muchos ni siquiera tienen interés. En cambio, ellos allá son vecinos, tú le ves incluso reuniéndose en la calle. Y tienen una buena calidad de vida familiar, para ellos la familia también es muy importante (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Pese a los imaginarios que circulan desde los estratos altos sobre la vecindad y la convivencia de los barrios de bajos ingresos, las entrevistas a estos últimos indican lo contrario. Si bien las redes comunitarias se activan en caso de problemas de inseguridad, se señala también un ambiente local en el que cuesta conocer al vecino que vive al lado. Esto ocurre, fundamentalmente, con los habitantes más jóvenes, pues los antiguos residentes subrayan conocerse entre sí desde hace bastante tiempo, incluso desde el colegio. Por ejemplo, en San José, los vecinos destacan que antes de la oposición a *Quito Cables* no conocían a los nuevos vecinos: “esta pelea nos unió a todo el barrio. A partir de ella conocí a algunos vecinos que no había visto [pausa], y viviendo aquí mismo [risas]” (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Justamente, a raíz de *Quito Cables* ocurren dos dinámicas en el área residencial San José-Urbanización el Condado. La primera, los grupos ratificaron algunos supuestos que se tenía sobre la vecindad del otro. Para los pobladores de San José, quienes viven en la urbanización son “gente realmente individualista. Claro, es que entrabas y no veías gente como aquí, que ves gente pasando, saludando al vecino. Es como que entran a su casa, y nada más” (Sonya, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018). Para los habitantes de la Urbanización se confirmó la imagen sobre San José como una comunidad unida, activa económicamente y más dispuesta a conocer y saludar al vecino. Asimismo, ambos grupos corroboraron la vida familiar que caracterizan a los residentes de los dos estratos.

La segunda dinámica es la construcción de relaciones de vecindad entre los diferentes

estratos. Ciertamente, muchos comentarios le otorgan un valor importante a la oposición a *Quito Cables* como generadora de acercamientos vecinales, ya que “antes de la lucha era como que ellos allá y nosotros acá” (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018). Aunque esta situación no cambie, porque en esencia la Urbanización y San José no colindan entre sí, a partir de la lucha sus habitantes se reconocen como vecinos. Además, debido a su relativa distancia espacial, no hay una obligación implícita de cómo actuar como “buen vecino”, por lo que no se asumen conductas de comportamiento correctos.

Vale hacer una aclaración: no todos los habitantes de estos dos lugares se opusieron al proyecto. En la Urbanización quienes estuvieron más presentes en la lucha fueron los directamente afectados, quienes viven en la primera etapa de la urbanización. En San José el porcentaje de participación fue mayoritario, al punto que los entrevistados reconocen una oposición masiva por parte del barrio. Así, pues, tanto las relaciones de vecindad como de amistad se generan entre un círculo reducido de pobladores de la Urbanización y un círculo mayoritario de San José. Esto es claro cuando los entrevistados de la segunda etapa de la Urbanización indican no haber visto un cambio en sus relaciones vecinales: su no involucramiento en la lucha limitó la construcción de interacciones intra e intergrupales.

De esta manera, no se puede generalizar el aumento de relaciones de vecindad entre los grupos sociales que habitan en esta área. Pero, en cambio, sí se puede indicar que dentro un ambiente caracterizado por el individualismo y relaciones vecinales precarias surge una propuesta por parte de los afectados del proyecto para construir relaciones. Es decir, pese a un contexto local marcado por escasa vecindad, a raíz de una reivindicación puntual germina el interés por propiciar nuevos lazos sociales entre los estratos: “antes de *Quito Cables* no tenía ese vínculo con los vecinos de San José. Eso me abrió los ojos de que siempre en la vida te pasará algo. Por eso es muy importante conocer a tus vecinos, para los problemas que tengas a futuro” (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Dejando la particularidad de esta área, y para incluir otra faceta de los lazos sociales, conviene hablar de las relaciones de amistad. En las entrevistas se considera que este tipo de relaciones son escasas entre miembros de diferentes estratos. La amistad es vista como un lazo profundo que se construye entre similares y no con la otredad, además que se teje a lo largo de la vida. Los entrevistados resaltan como limitante la existencia de una dimensión jerarquía que impide la construcción de lazos entre diferentes, tanto en el ámbito laboral como residencial. No

obstante, reconocen que en algunas ocasiones es posible trascender esta dimensión.

Por una parte, en entrevistas a residentes del área Cochapamba-El Boque se señala la posibilidad de construir relaciones laborales más íntimas. Esto se logra a partir de tiempos prolongados de trabajo, donde ambas partes llegan a compartir experiencias cercanas. No obstante, la relación que se construye en este ámbito no implica propiamente lazos profundos, sino tratos más placenteros e íntimos: “Cuando te llegan a conocer bien, la relación con ellos se convierte en un trato muy agradable, la verdad. Claro, siguen siendo relaciones laborales, pero más sinceras y cálidas. Te preguntan si ya almorzaste, si estás bien. Se preocupan, se podría decir” (José, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, abril de 2018).

Los testimonios de los entrevistados no reflejan necesariamente relaciones amistosas. Antes bien, ilustran relaciones laborales basadas en tratos prolongados de respeto y sinceridad. Y este intercambio ocurre porque “en una relación de trabajo se necesita que sea así, para que ambos se lleven bien. Es por conveniencia” (Verónica, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Este trato conveniente, pero más íntimo, permite acceder a información privada de las personas. Jaime, residente de Cochapamba, relata cómo uno de sus anteriores empleadores de El Bosque le contó sobre su escasez de dinero. Esto, a juicio de Jaime, le facultó enterarse de la crisis por la que pasaba esta familia de estratos altos.

Ahora, el área San José-Urbanización el Condado revela que es posible trascender en el ámbito residencial las barreras que coartan la formación de relaciones de amistad entre diferentes estratos. A partir de la lucha contra el proyecto *Quito Cables*, los voceros de estos barrios y algunos residentes se refieren a una construcción de vínculos sociales más cercanos, al menos dentro de los más implicados en la oposición al proyecto:

Yo mantengo la relación con todos ellos. Somos panas con todos en realidad. Y amigo específicamente, que ya nos consideramos amigos, es con el Patricio, el doctor muelitas. Y con él, ¡puta!, con el Pato, con el man hemos llorado juntos, nos hemos abrazado, hemos salido, hemos hecho de todas las vainas. [...] La gente cuando está en problemas vuelve a lo básico. Que es que somos seres humanos, y no importa qué piensas, si eres de izquierda o de derecha, de arriba o de abajo. ¡No importa! Estamos en problemas y nos juntamos (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Incluso, este acercamiento más personal permitió continuar planteando actividades para solucionar los distintos percances que produjo el anuncio del proyecto *Quito Cables* en San José. Así, por ejemplo, los entrevistados relatan cómo el municipio manipuló a una familia del barrio, haciendo que las hijas presionaran a su mamá para que vendiera y abandonara prontamente la vivienda, antes de un desalojo forzado. Para presionar el abandono las hijas y sus esposos desvalijaron la casa. Alrededor de esta situación, se planteó la oportunidad de reparar los daños de la vivienda. Lothar, vocero de la Urbanización, relata así la experiencia:

Entonces a nosotros se nos ocurrió recaudar plata, loco. La recaudamos y lo que vamos a hacer ahorita es, le vamos a poner lo que ellos sacaron, por ejemplo, el techo y las ventanas, para mandar un mensaje un mensaje al municipio: “ustedes jugaron con lo más sagrado que es la familia, y aquí nosotros la vamos a reconstruir”. Entre todos (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Pero este acercamiento entre los residentes de ambos barrios no fue fortuito. Todo obedeció a una relación basada en la confianza. Inicialmente había una imagen –incentivada, entre otras cosas, por el propio municipio en medios de comunicación– en la que los habitantes de la Urbanización querían sacar provecho de los moradores de barrios populares para que no se construyera el proyecto *Quito Cables*. Particularmente se decía que los estratos altos se oponían a la línea de teleférico para que los pobres no les vieran sus piscinas. Cuando los voceros fueron a los barrios populares a convocar a la movilización, estos no confiaron en sus intenciones, creyendo que solo obedecían a intereses particulares. Pero con los constantes acercamientos, la explicación de las deficiencias del proyecto para suplir las demandas de movilidad, los opositores de la Urbanización lograron conseguir credibilidad y confianza:

Ellos fueron súper transparentes desde el inicio. Cuando vinieron a explicarnos nos dijeron: “el proyecto es malo por esto, esto y esto”. Y ya, pues, la gente le escucha a Lothar y le cree un montón. Porque al principio la gente decía: “ah, es que el pelucón no quiere que les veamos sus piscinas, no quiere el progreso para nosotros”. Pero ahora ya se piensa diferente, ya hay más relación (Grayce, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Este argumento ilustra cómo no es fácil romper con los prejuicios negativos de las relaciones entre diferentes estratos. Existe la sospecha que el otro, quien ostenta más recursos económicos, puede beneficiarse de la situación para sus intereses personales. No obstante, el prejuicio se diluye cuando se logra posicionar el interés general sobre el particular: y esto

ocurre a partir de repetidos intentos de confianza y claridad con el otro. Es decir, hacerle saber que sus intenciones son sinceras. Mediante este procedimiento es que los entrevistados reconocen que el rechazo a *Quito Cables* otorgó la posibilidad de construir lazos sociales entre los estratos; lazos no permitidos por los prejuicios determinados históricamente.

Finalmente, resta por indicar que ambas áreas residenciales el ascenso social es visto como elemento perturbador de los lazos sociales. Aunque los entrevistados no conozcan casos particulares, asumen que la nueva población que ha ingresado a los barrios de estratos altos puede mantener una conducta jerárquica en sus relaciones de vecindad o amistad, como lo muestra en los contratos laborales: “esa es gente que también puede tratar así a sus vecinos o amigos. Quieren aparentar que han subido de estrato y quizás les traten con superioridad” (Andrés, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). O también pueden usar el estatus del lugar: “con los nuevos que están llegando [pausa], no les importa conocer o saber quién es el vecino. Creo vienen a vivir aquí para mostrar que lo lograron” (Jaqueline, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

En suma, las interacciones en público y los lazos sociales en las dos áreas residenciales heterogéneas discuten los supuestos de la dimensión relacional de la integración. En primer lugar, para ambos casos se revela que no existen encuentros intergrupales en los espacios públicos, y que la presencia del otro en centros comerciales tiene lecturas corporales. Ahora, la particularidad del área San José-Urbanización el Condado incluye a la discusión nuevos espacios potenciales de encuentro como asambleas y movilizaciones. En segundo lugar, se descubre la dificultad de establecer relaciones de vecindad o amistad entre los diferentes estratos, principalmente por cuestiones de jerarquía. No obstante, los dos casos proponen ver cómo estas pueden ocurrir en el ámbito laboral y residencial a causa de acercamientos prolongados y sinceros. En ambas subdimensiones, vuelve a surgir las poblaciones en ascenso sociales como grupo que complica los procesos de integración relacional.

5.3. Integración simbólica: percepción del otro e identidad territorial

La literatura entiende que la proximidad espacial entre grupos diferentes puede incidir en una integración simbólica en dos sentidos. El primero, en la reducción de estigmas territoriales y calificativos negativos hacia el otro (Sabatini y Salcedo 2007). El segundo, en la conformación de identidades territoriales, las cuales implican un grado de apego y compromiso que sienten los residentes hacia el lugar en el que viven (Ruiz-Tagle 2013;

Sabatini y Salcedo 2007; Morandé 2007). En los siguientes párrafos se discuten estos dos supuestos, además que se introduce el vínculo político como elemento simbólico.

5.3.1. Calificativos positivos sobre el otro cercano

En cuanto a la percepción del otro, los entrevistados tienen apreciaciones positivas de los residentes del vecindario aledaño: generalmente la presencia del otro no incomoda ni molesta. Hay, entonces, una alegoría más a la aceptación del otro, aunque esta se cualifica. Esta se hace principalmente en función de las relaciones de vecindad y oportunidades que han adquirido a lo largo de la vida. Para los estratos altos, quienes viven en los barrios populares aledaños son poblaciones trabajadoras, y comunitarias. Desde su visión, estos barrios no son pobres, malos ni peligrosos. Para ellos no se observa pobreza porque “la gente de ahí pasa fresca. Todos trabajan. Ahí ves muchos autos, viejitos y lo que quieras, pero ves autos. Ves casas propias, negocios también” (Mario, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). Además, en caso de asaltos, no son estos los primeros en ser señalados. Primero, porque el ladrón puede provenir de cualquier parte de la ciudad. Segundo, porque se piensa que el peligro puede haber emanado de barrios populares de menor reputación:

Cualquiera viene a robar aquí, en donde se ve más dinero. Viene gente del sur, del norte, de todos lados (Víctor, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Yo en los años que he estado acá no he escuchado de un malentendido o una discusión fuerte con Cochapamba. Nada. Me da la impresión que ellos son personas trabajadoras. No es un barrio peligroso (Daniel, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

No, con San José del Condado no ha pasado nada. La gente de ahí es humilde y trabajadora. Por ahí se escucha que quienes roban son la gente de Pisulí o La Roldós. Y no sé, me imaginó que sí (Jenny, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Así, los barrios populares de las áreas estudiadas no cargan con el peso del estigma territorial. Este recae en otras zonas la ciudad o sobre barrios populares no tan apartados, como Pisulí y La Roldós, cuya historia ha estado asociada a la toma ilegal de terrenos y sus habitantes son llamados “ilegales”. En cambio, los residentes de estratos bajos cercanos de Cochapamba y San José del Condado no son sujetos para temer, ni a evitar. Antes bien, son entendidos como población propietaria que ha podido superarse a partir de años de esfuerzo y trabajo, aunque

con oportunidades limitadas en comparación con quienes crecieron en hogares ricos. Y se les califica así porque, fundamentalmente, fueron ellos mismos quienes produjeron su hábitat:

La gente que vive ahí ya lleva varias generaciones. Es gente que tiene su casa, chiquita, pero la tienen. Ellos mismos la construyeron. Han salido adelante, pese a no contar con nuestras mismas oportunidades (Gladys, residente El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018).

San José del Condado es considerado un barrio popular, ¿no? Pero tiene todos los servicios, agua, luz, alcantarillado, buen servicio de buses. No es marginal, tienen todo. Las casas son de dos o tres pisos. Una casa digna, digamos. No es lujosa, como las de acá, pero es cómoda (Rafael, residente Urbanización el Condado, en conversación con el autor, abril de 2018).

Por su parte, los entrevistados de estratos bajos también se autoperciben como gente tranquila, comunitaria y trabajadora. Si bien se definen a sí mismos como residentes de barrios populares, no obstante, señalan diferenciarse de otros barrios de este estilo debido a tres factores: el tiempo que lleva desde su fundación, la legalidad del barrio y los títulos de propiedad privada de sus residentes. A partir de esta diferenciación ubican a los agentes peligrosos fuera de su barrio y en lugares no cercanos. Así, resultan compartiendo la visión que los hogares de mejores ingresos tienen sobre los barrios populares de menor reputación:

No es por hablar mal, pero la gente La Roldós y Pisulí es la gente de más bajo nivel social que existe en el noroccidente de Quito. Son barrios ilegales, de negros, asaltantes, de borrachos, de marihuaneros (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Lo que pasa es que ya no hay lugar seguro. Aquí puede venir a robar gente de barrios periféricos [pausa], que es la peor gente que hay en la ciudad, ellos roban, matan (Antonia, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018).

Ahora, los hogares de bajos recursos señalan que quienes viven en los barrios de estratos altos aledaños son *pelucones* —es decir, poblaciones adineradas—, además que son individualistas y distantes en sus relaciones vecinales. Estos dos últimos calificativos se sustentan en los modos de vida de los hogares de estos barrios de los que hemos hablado anteriormente: son vistos como personas que no les gusta socializar con el vecino. El primer calificativo, en cambio, tiene algunas matrices que necesitan ser especificadas. El término *pelucón*, además de ser empleado para identificar a hogares ricos o poseedores de buena suma de dinero, también

denota modos de vida que la posesión de capital monetario permite a estos hogares: compra de autos de lujo, educación en universidades privadas nacionales o extranjeras, adquisición de alimentos y viviendas costosas, entre otras. De esta manera, cuando los entrevistados se refieren a los habitantes de los vecindarios aledaños como *pelucones*, están definiendo también formas de vida y costumbres culturales con las cuales se diferencian.

Sin embargo, para los hogares de bajos recursos no siempre quienes viven en los barrios contiguos son *pelucones*. En algunas ocasiones también son personas de apariencia. Es decir, habitantes que viven en un barrio adinerado, pero que no tienen dinero y no demuestran sus costumbres. Esto último está enfocado más que nada a retratar a los nuevos residentes en ascenso social que arribaron a estos barrios, percepción que incluso también es reconocida por los estratos altos: “me da la impresión que durante los últimos años la nueva población que empezó a llegar no es propietaria, no es burocracia de puestos altos, es gente que recibe menos ingresos. Gente que no se parece a nosotros” (Víctor, residente de El Bosque, en conversación con el autor, mayo de 2018). De acuerdo lo anterior, en condición de proximidad espacial, quienes se encuentran en los polos de la estratificación social identifican la existencia de una clase media que aspira a ser similar al polo más alto, pero sin lograrlo.

En todo caso, la imagen de *pelucón* se encuentra muy arraigada en el discurso y la percepción que los estratos bajos tienen sobre el otro, es decir, aquel que vive en el vecindario contiguo y posee más recursos económicos. Esta percepción se mantiene en el área Cochapamba-El Bosque, entre otras cosas, por los escasos acercamientos e interacciones que tienen los estratos entre sí. No obstante, es una percepción que se transforma en el caso del área San José-Urbanización el Condado a raíz de los acontecimientos de oposición al proyecto *Quito Cables*. Como se indicó en el anterior apartado, inicialmente había una imagen en la que los habitantes de la Urbanización querían sacar provecho de los moradores populares para que la línea de teleférico no pasara sobre sus casas y piscinas. Una conducta que era calificada – tanto por el municipio como por los residentes de barrios populares– como “típica de los *pelucones*”, pues con ella mostraban defender solamente sus intereses y modo de vida, sin preocuparse por la solución de los problemas de movilidad de los estratos bajos. En palabras de Lothar, vocero de la Urbanización, esta era una visión errónea que se ponía sobre ellos y que buscaba desviar la atención sobre el verdadero meollo del asunto:

Cuando yo empecé la oposición de *Quito Cables* a mí me tacharon de millonario, los del municipio de Quito. Entonces que yo era un millonario que no quería el bien común y que yo estaba en contra de los intereses de la gente pobre, porque no quería que vieran mis piscinas. Eso fue lo increíble que hizo un alcalde para desviar todos los actos de corrupción y justificar un proyecto donde se iban a meter mucho dinero. ¡Y era completamente inviable porque no nos iba a solucionar el problema de movilidad! ¿Qué me encontré? Que en todo esto existía un clasismo muy fuerte de parte de las áreas más humildes y del municipio en contra de la urbanización, porque éramos los ricos, los que les pusimos los muros, los pelucones. O sea, ya de por sí hay un concepto de que el que vive en la Urbanización es una mala persona porque vive mejor y tiene más dinero. [...] Entonces, yo empecé con la lucha y todos se fueron en contra de los pelucones, y que somos una pendejada y todo. Pero no me quedé ahí, seguí insistiendo (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Con el testimonio de Lothar se logra identificar dos aspectos. El primero, la existencia de una percepción negativa sobre los residentes de la Urbanización debido a que estos son *pelucones*. El segundo, la conformación de una estrategia de separación en que el municipio recurrió a factores de clase para denunciar que los culpables de que el proyecto *Quito Cables* no se fuera a hacer eran los pelucones. En efecto, en las entrevistas a residentes de los barrios implicados se identifica un discurso inicial en el que los estratos bajos consideraban, a partir de esta estrategia del municipio, que los residentes de la Urbanización no querían el progreso y el bienestar del noroccidente de Quito. Esta percepción comienza a cambiar cuando ocurren los acercamientos, diálogos e intercambio de información entre todos los implicados:

Vecino 1: El alcalde quiso utilizar eso de las clases sociales como para dividirnos. Diciendo que desde la Urbanización nos estaban manipulando. Venía gente del municipio a decirnos: “es que no le hagan caso a Lothar. ¿Por qué le hacen caso? Si es que él vive bien, tiene una casa grande, a él no le afecta”. Ese fue como el discurso del municipio, de que los ricos están en contra de *Quito Cables* porque no querían que les vieran sus piscinas.

Vecino 2: pues para generar odio, para sembrar esa división, nada más [todos asienten].

Vecino 3: claro, pretendían dividirnos y hacernos ver como que estábamos manipulados. Pero poco a poco nos dimos cuenta de que el proyecto estaba plagado de corrupción y que tampoco nos iba a resolver el problema de movilidad. Así supimos que no solo debíamos pelear para que no nos expropiaran la casa, sino porque el proyecto no sirve (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Los entrevistados manifiestan que a partir de las asambleas y la socialización del proyecto entre los mismos afectados se revela el verdadero interés de *Quito Cables*. Señalan que, aparte de la expropiación de predios en San José y la construcción de pilonas en la Urbanización, es un proyecto planteado sin estudios técnicos, sin alternativas, no socializado con la comunidad y direccionado para que solamente una empresa pudiera construirlo. Además, indican cómo no consideraba otros inconvenientes estructurales como el mejoramiento de los barrios altos del noroccidente, y la ampliación de vías y rutas de transporte. Más allá de describir las reivindicaciones por las cuales ambos barrios y estratos sociales luchaban, interesa resaltar aquí que es a partir de ellas que empieza a transformarse la percepción sobre el otro.

Por ejemplo, empieza a ser desmentida la imagen de los estratos altos como *pelucones* que no querían el progreso para los pobres. Especialmente esta nueva visión empieza a circular desde los afectados directos de San José, quienes comenzaron a ver a los habitantes de la Urbanización más como aliados estratégicos que como enemigos. De la misma manera, quienes acompañaron las marchas, asambleas y distintas movilizaciones indican haber adquirido otra percepción sobre la gente de la Urbanización. A pesar que no dejen de ser llamados *pelucones*, se refieren a ellos como personas amables, bondadosas y comprometidas con causas comunes. Aunque tampoco desaparezca la noción que tenían sobre su modo de vida diferenciado (como la compra de bienes y acceso a servicios costosos), asumen que son poblaciones que han contado con mejores oportunidades en la vida.

Sumado a esto, los entrevistados de estratos altos reconocen que el acercamiento entre residentes de la Urbanización y San José permitió ampliar más las referencias que se tenían sobre el otro. Quienes estuvieron más involucrados en el conflicto advierten cómo los habitantes de San José se pueden definir por su calidez humana, perseverancia y lazos comunitarios. Personas que no estuvieron tan involucradas, pero que lograron una cercanía con algunos de sus residentes, indican cómo se pudieron dar cuenta de la existencia de gente profesional en el barrio, aspecto que anteriormente no suponían. Asimismo, ambas posiciones reflexionan sobre las oportunidades de los estratos bajos, considerándolos como una población que está constantemente superándose, pese a sus limitaciones económicas.

Aunque estos cambios de percepción no puedan ser generalizados para el conjunto de los habitantes de estos barrios, estas valoraciones sugieren la existencia de discursos que confieren una mirada menos antagónica de los estratos sociales. No hay una reducción de

estigmas territoriales ni de calificativos negativos, porque estos no existían de antemano. En cambio, lo que se presenta en esta área residencial a raíz de *Quito Cables* es, por un lado, la posibilidad de rectificar y ampliar la percepción del otro y, por el otro, la opción de autodefinirse como una oposición conjunta, de varios estratos. En palabras de Patricio:

Lo único que debemos de agradecerle al [alcalde] Rodas es que creó unión de barrios y de clases sociales. Aquí ya no hay pelucones de la Urbanización el Condado ni hay pobres de San José del Condado. Todos somos lo mismo. Todos vivimos aquí. Eso es lo único que ha llegado a beneficio del barrio a partir de oponernos conjuntamente al proyecto Quito Cables (Patricio, vocero de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Una lectura posible a este testimonio puede sugerir que, a partir de *Quito Cables*, se presenta una búsqueda por reducir la distancia simbólica entre los estratos. Y esto puede ser visto en dos sentidos. El primero, en función de la proximidad espacial y las oportunidades: aunque se reconozca la diferencia del capital económico, ambos estratos se perciben como habitantes de un mismo lugar –“todos vivimos aquí”–, quienes se encuentran en un camino común en el que intentan superar sus limitaciones. El segundo, como una respuesta política: se resalta la “unión de barrios y de clases sociales” como una estrategia discursiva para visibilizar que, pese a la presencia de varios estratos, fue posible aunar esfuerzos para una lucha común. En todo caso, en ambas visiones se exalta la proximidad física que estructura la residencia.

5.3.2. Apego e identificación con un territorio común

Ahora bien, con respecto a la conformación de identidades territoriales, se descubre que esta varía en las áreas residenciales en función de los acercamientos de los habitantes. En Cochapamba-El Bosque, por ejemplo, se mantiene una identificación con el vecindario bastante fragmentada: cada uno de los estratos se identifica y se siente cómodo con el barrio en el que vive, y no con toda el área. En esta identidad fragmentada incide el proceso de conformación del área: mientras que el barrio popular es autoproducido, el barrio de altos ingresos es planificado. Por lo tanto, para los entrevistados el área no es igual para todos: hay partes altas y bajas, ricas y populares, sin planificación y planificadas.

Aunque en San José-Urbanización el Condado los entrevistados tiendan a identificarse más con su vecindario, también existe una identificación territorial común entre los estratos, esto debido al acercamiento social que ya se indicó a raíz de *Quito Cables*. En términos simples, la

oposición a este proyecto generó la conformación de dos formas de identidad territorial. Por un lado, se acrecentaron los sentimientos de apego y compromiso que sus habitantes tienen con su vecindario particular. Y por el otro, incentivó la identificación común a partir de la defensa intergrupala de la residencia en toda el área residencial.

En cuanto al primer punto, entrevistados de San José describen que en los vecinos volvió a surgir el sentimiento de resistencia y de lucha que se tenía antaño. Destacan la larga trayectoria que ha tenido el barrio en la oposición a proyectos públicos: “lo que pasa es que este barrio tiene historia de lucha. Se había calmado porque no había ninguna situación. Pero se activó nuevamente con *Quito Cables*. La gente volvió a salir, se encontró nuevamente” (Natalia, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018). Es esta experiencia de lucha que señalan como factor que resultó útil para obstaculizar el proyecto; la misma que incluso benefició a los residentes de la Urbanización ya que estos “tan solo eran un puñado que no tenían práctica movilizándose contra el municipio” (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes de San José, en conversación con el autor, abril de 2018).

Por demás, la activación de este sentimiento contribuyó a incentivar el grado de apego y compromiso que los residentes de San José tienen con su vecindario particular. Mientras que en Cochapamba los entrevistados señalaron que egresarían de su barrio si tuviesen la oportunidad y mejores ingresos económicos, en San José del Condado renuncian a irse de su vecindario, aun cuando el municipio les ofrece más dinero por sus predios: “a pesar de que el monto de la expropiación está depositado en nuestras cuentas bancarios, ninguno de este grupo vamos a aceptar ese dinero. De aquí nos sacan muertos [...], de aquí muertos nos sacarán” (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes de San José, en conversación con el autor, abril de 2018). Para ellos, las historias, sus viviendas autoproducidas y la vida social construida en el barrio resulta más importante que recibir más dinero. Independientemente del monto, advierten que vender e irse a otro barrio implica comenzar de cero, sin los vínculos sociales que tejieron a lo largo de su vida en San José.

Este aspecto de los vínculos no se encuentra en los entrevistados de la Urbanización. Antes bien, para ellos resulta más importante defender el ambiente de tranquilidad, privacidad y plusvalía que tiene su vecindario, con el cual se identifican. No hay una historia de lucha o relaciones de vecindad que les incite a quedarse en la urbanización. Su interés no implica un

apego al lugar de tipo emocional ni social, sino es más de orden simbólico y práctico: reafirma su estatus, a la vez que previenen que algunos rasgos de la vida allí se pierdan:

Esto económicamente afecta. Aquí estaban vendiendo unos edificios durante el *Quito Cables*. Pero nadie quería comprar ni arrendar por eso. ¡Es que nadie quiere que le pase esas cosas por la cabeza! (Rafael, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Eso quiere uno, vivir tranquilamente, que nadie le moleste y no molestar a nadie. Llegar a descansar, es lo que se quiere nada más. Y con este proyecto eso iba a ser difícil (Jaqueline, residente de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

Aunque en los testimonios de los entrevistados de la Urbanización se destaque más la minusvalía que iba a ocasionar el proyecto sobre sus inmuebles, también los habitantes de San José subrayan la incidencia económica negativa de *Quito Cables*. Ambos estratos consideran que vivir en el noroccidente de Quito implica estar ubicados en uno de los sectores de más alta valorización predial en la ciudad. La línea de teleférico a construir, entonces, causaría reveses a este proceso, el cual beneficia a todos con el simbolismo de la localización.

Así, en cuanto al segundo punto –es decir, la identificación con el territorio común– se resalta la posibilidad que brindó el proyecto de construir nuevas formas de entender la residencia en el noroccidente de Quito. Los entrevistados de ambos barrios no solo resaltan el aspecto de valorización del área, sino también su funcionalidad (cercanía a principales vías y centros comerciales de la ciudad) y diversidad social (existencia de varios estratos sociales en condición de proximidad espacial). Perciben que fueron estos valores los que intentó quebrantar el proyecto y que, de tal modo, buscaron defender con su oposición: “este es el ejemplo de que todos los estratos sociales podemos vivir en paz, aunque estuvimos a punto de no hacerlo por una irresponsabilidad de un alcalde con una promesa tan ridícula como *Quito Cables*” (Lothar, vocero de la Urbanización, en conversación con el autor, abril de 2018).

La defensa conjunta al territorio en común es visible a partir del uso de grafitis y afiches alusivos a “No *Quito Cables*”, que fue la frase con la que ambos estratos manifestaron su rechazo al proyecto. No obstante, aunque hayan compartido este lema, la forma con la cual cada barrio visibilizó su oposición se expresó de manera diferente. En San José se acudió a pintar paredes con grafitis y frases como “aquí solo nos sacarán muertos” o “únase vecino”

(foto 13). En la Urbanización, en cambio, se acudió a pequeños afiches en las ventadas de las viviendas con el lema y, además, a representar una de las pilonas del teleférico (foto 14).



Foto 13. Rechazo a Quito Cables en San José del Condado
Fuente: Fotografías del autor durante el trabajo investigativo



Foto 14. Rechazo a Quito Cables en la Urbanización el Condado
Fuente: Fotografías del trabajo investigativo

A partir de esta identificación común con el territorio, también surge la elaboración de una propuesta propia para solucionar los problemas de movilidad que presenta el noroccidente de Quito. Aunque no sea el objetivo de esta tesis hablar sobre esta temática, conviene hacer una mínima aclaración. San José y la Urbanización, junto con los demás barrios implicados en el proyecto, plantearon una alternativa a *Quito Cables*, la cual consistió en darle prioridad al mejoramiento de barrios y a la culminación y ampliación de las actuales vías. Para ellos esta era una propuesta más económica que no prevenía la expropiación de predios ni el paso de la línea del teleférico por viviendas. Sin embargo, esta propuesta fue rechazada por el municipio.

El proyecto *Quito Cables* pasó por distintas denuncias, juicios y seguimientos, en donde los afectados fueron descubriendo problemas de corrupción y clientelismo. Reclamaron, entonces, que no era un proyecto que propendía por el bienestar general, sino que buscaba el lucro particular. De tal forma, se fue observando al alcalde como una figura corrupta, clientelar e inepta para solucionar los problemas de la ciudad. Esto debido también a otros proyectos fracasados que tuvo en otros sectores. Sobre este entendido, quienes estuvieron más involucrados en la oposición a *Quito Cables* buscaron ir más allá: apoyaron el proceso de revocatoria del alcalde que diversos colectivos lideraban. Para ellos, luego de haber defendido el área del proyecto *Quito Cables*, el siguiente paso era “darle la muerte política al [alcalde] Rodas” (Vecinos afectados por proyecto *Quito Cables*, residentes de San José, en conversación con el autor, abril de 2018). Al momento que se escribe esta tesis, el proceso de revocatoria del alcalde se encuentra en curso. El formulario de recolección de firmas es repartido tanto por habitantes de San José como por residentes de la Urbanización.

Finalmente, resta por indicar dos aspectos en común que se encuentran en las dos áreas residenciales estudiadas en términos de las identidades territoriales. El primer aspecto versa sobre que al interior de los barrios de estratos altos se reconoce la existencia de identidades diferentes con los recién llegados, es decir, con la nueva clase media que ha arribado al vecindario: esta es vista como una población que solo asume el espacio para aparentar. Por consiguiente, es una población que busca beneficiarse del capital simbólico con el que disponen estos lugares, pero sin dar nada a cambio. Ya que la misma no participa en los procesos de organización en la Urbanización el Condado, ni tampoco contribuye con el pago de la alcúota en los conjuntos residenciales y edificios de El Bosque.

En el segundo aspecto, los entrevistados de ingresos bajos señalan que estar cerca a los

barrios de estratos altos les permite ser identificados en la ciudad, ya que estos son puntos de referencia espacial. Indican que no es normal conocer en la ciudad a los barrios populares, a no ser que estos tengan el peso del estigma (como los barrios de invasión, que la mayoría de quiteños conocen) o hayan estado en recientes procesos de resistencia. De esta manera, valoran que la cercanía a estos barrios les permita ser identificados por agentes externos al área. No obstante, esta valoración siempre viene acompañada del reconocimiento de la diferencia. Por un lado, son barrios que no existen, como lo devela Cochapamba: “siempre llegan a ubicar al barrio por el Centro Comercial El Bosque. Uno les dice que es arriba de eso, y ahí se ubican [...] es como si solamente existiera El Bosque, y no existiera nada más” (Antonia, residente de Cochapamba, en conversación con el autor, mayo de 2018). O, por el otro, son barrios que son inferiores, como se expresa en San José: “ahora nos conocen como el barrio que lucha, que está en resistencia. Pero antes nos llamaban El Condado de los pobres [risas]” (Grayce, residente de San José, en conversación con el autor, mayo de 2018).

En resumidas cuentas, la percepción del otro y la conformación de identidades territoriales en las dos áreas residenciales heterogéneas discuten los supuestos de la dimensión simbólica de la integración. En primer lugar, aunque en los dos casos no se presenten estigmas territoriales ni calificativos negativos hacia los residentes de bajos ingresos, estos sí circulan hacia otros sujetos y lugares de la ciudad, incluso desde estos mismos residentes. Este hallazgo invita a pensar cómo la proximidad espacial y una convivencia positiva sí inciden en la reducción de estos aspectos. En segundo lugar, la particularidad del área San José-Urbanización el Condado enseña cómo una vinculación política entre diferentes estratos posibilita la identificación común con el territorio. En este se puede expresar grados de apego y compromiso que, incluso, vincularían en estrategias políticas más amplias a sus residentes. En ambas subdimensiones florecen nuevamente los estratos medios como grupo que entorpece los procesos de integración simbólica, debido al uso del espacio meramente como apariencia.

5.4. Mirada transversal a la integración: claves para entender sus posibilidades

Este capítulo caracterizó los procesos de integración que acontecen entre hogares de distinta condición socioeconómica en dos áreas socialmente diversas de Quito. Se preocupó por describir la configuración de vínculos sociales que suceden en el plano funcional, relacional y simbólico. En el primero se referenció las oportunidades educativas y laborales. En el segundo, se detalló las interacciones en público y la construcción de relaciones de amistad o vecindad. En el tercero. Se mencionó los calificativos hacia el otro y el apego y compromiso

con el área. Lo hallado en estas tres dimensiones permite dialogar con la hipótesis planteada.

La hipótesis considerada que la heterogeneidad de estas áreas incidía positivamente en la construcción de lazos, la percepción sobre el otro y en la identificación con el territorio, esto particularmente a partir de respuestas políticas y alianzas intergrupales donde se privilegia el espacio compartido en lugar de la diferencia socioeconómica; sin embargo, la proximidad de los grupos no implica que estos compartan espacios educativos o generen oportunidades laborales entre sí. Luego de abordar ambas áreas, indicamos que esta suposición se cumple parcialmente para un caso, y requiere ser ampliada a partir de los hallazgos del otro.

En efecto, los procesos de integración en el área Cochapamba-El Bosque revelan que existen pocos vínculos de empleo y servicios educativos segmentados, a la par que no hay interacción en espacios públicos ni relaciones de vecindad. Y, aunque ocurren percepciones positivas sobre el otro, no se establecen vínculos intergrupales que contribuyan a la conformación de una identidad territorial común. Hay, por el contrario, una identidad fragmentada. Por tanto, en esta área la proximidad espacial entre grupos diferentes no se traduce en acceso a oportunidades y servicios, en probabilidades de encuentro o filiaciones compartidas al área.

Esto varía en el área San José-Urbanización el Condado. El acercamiento que hubo entre diversos estratos alrededor de una causa común permitió que existieran –porque antes no había– procesos de integración. Pero no en todas sus dimensiones. Si bien se generó nuevos espacios de interacción, nuevas relaciones de amistad y vecindad, y una identificación colectiva con el área, no se alteró el acceso efectivo a las oportunidades educativas y laborales. Es decir, a partir de la formación de un vínculo político entre quienes comparten la proximidad espacial se construyó una integración relacional y simbólica, pero no funcional.

Así, los dos casos aquí analizados advierten cómo los procesos de integración en áreas residenciales socialmente diversas pueden depender de determinados factores. Estos pueden ser discutidos a partir de las dimensiones de análisis. Comenzando por la dimensión funcional, ambos casos revelan cómo el acceso común a los servicios educativos está mediado tanto por los costos de matrícula y pensión, como también por la búsqueda de instituciones de prestigio. Los distintos grupos no buscan instituciones en donde asistan niños de todos los estratos, sino se interesan más por aquellas que les permita elevar su capital escolar y simbólico. Y este capital puede provenir de escuelas públicas y colegios privados, a las que

acceden los estratos bajos y los estratos medios y altos, respectivamente.

Asimismo, funcionalmente no hay mayor configuración de vínculos en el ámbito laboral, aunque se valoren como necesarios entre los estratos. Los dos casos ilustran que convivir en el mismo espacio residencial no necesariamente involucra que existan más oportunidades laborales entre los grupos. Por un lado, las posibilidades de empleo que ofrecen los barrios de estratos altos generalmente cubren una demanda laboral que se distribuye espacialmente por toda la ciudad. Y por el otro, los estratos bajos recurren a otros empleos o al autoempleo.

En cuanto a la dimensión relacional, ambos casos muestran cómo no hay probabilidades de encuentro en espacios públicos. Las interacciones en estos espacios se desarrollan más de una forma intragrupal que intergrupala, ya que cada grupo tiene su propio lugar para la recreación. En cambio, en otros espacios –como centros comerciales y paradas de bus–, aunque haya una concurrencia intergrupala más probable, el otro es constantemente identificado, al punto en que se adoptan comportamientos y vestimentas ejemplares para no ser ubicado en categorías inferiores. Otro espacio potencial de encuentro lo constituyen las asambleas y movilizaciones, espacios pocos considerados en la literatura. Sin embargo, para que estos tengan lugar debe haber una temática o reivindicación compartida que convoque a los grupos.

Del mismo modo, los dos casos aclaran que la proximidad espacial no logra por si misma incidir en la configuración de relaciones vecinales o amistosas entre los grupos. Por un lado, resulta más probable construir lazos entre similares, aun cuando no existan en los barrios de estratos altos. Se entiende que las jerarquías sociales son limitantes para construir relaciones entre diferentes. Por el otro, el espacio no es la primera referencia para que esto suceda. Los acercamientos prolongados y sinceros se valoran más que el hecho de compartir fronteras residenciales. Pero a raíz de una reivindicación puntual y común puede germinar el interés por propiciar nuevos lazos sociales entre residentes de diferentes estratos.

Finalmente, la integración simbólica en los dos casos revela que dentro del área residencial no se ejercen calificativos negativos ni estigmas territoriales hacia el otro. Un mérito que hay que reconocerle a la proximidad y a la convivencia positiva de los grupos. Sin embargo, desde las mismas áreas y de todos los residentes circulan percepciones que le confieren marcas negativas a lugares populares periféricos, a la par que le asignan grados de peligrosidad a sus residentes. Así, el *otro cercano* resulta menos peligroso y más dispuesto a ser aceptado que el

otro lejano. Igualmente, las áreas estudiadas muestran cómo la conformación de una identidad territorial común entre diferentes grupos requiere que ambos se involucren en actividades de defensa conjunta del territorio. De lo contrario, la identidad tiende a ser fragmentada.

Como eje transversal, es la presencia de la clase media en el área la que distorsiona todas las dimensiones de la integración. Los precarios, inexistentes o florecientes vínculos sociales entre los polos sociales no provocan mayores disgustos. Estos ocurren, más que nada, con los nuevos residentes que arribaron a los barrios de estratos altos. Este grupo empobrece la integración funcional a través de vínculos de empleo inequitativos, complica la integración relacional a partir de conductas jerárquicas en las relaciones de vecindad y amistad, y entorpece la integración simbólica debido al uso del espacio solamente como apariencia.

De esta manera, las áreas socialmente diversas estudiadas evidencian disparidades en sus procesos de integración socioespacial, siendo necesario por consiguiente cuestionar los supuestos que indican que la mera cercanía física de grupos diferentes implica realmente una configuración de vínculos sociales. Pero, los casos revelan que para que la posibilidad de integración ocurra debe haber intenciones declaradas por mezclarse en espacios educativos, contratos laborales justos, espacios públicos abiertos para el encuentro intergrupales, acercamientos prolongados y sinceros, y una historia positiva de convivencia.

Particularmente, los casos estudiados de la ciudad de Quito ponen al descubierto un factor que incide en la posibilidad de establecer vínculos sociales entre grupos diferentes que comparten la proximidad espacial. Este tiene que ver con la construcción de respuestas políticas y alianzas intergrupales para solucionar problemáticas puntuales que presenta el área residencial en la que viven ambos grupos. Estos lazos permiten procesos de acercamiento hacia el otro, donde pueden surgir relaciones sociales y conformación de identidades compartidas.

Conclusiones

Esta tesis buscó abordar la segregación y la mezcla social en el espacio urbano. Planteó una discusión teórica en torno a la heterogeneidad residencial y la integración socioespacial para ilustrar cómo la literatura especializada percibe las oportunidades y efectos de la proximidad física entre diferentes grupos. A partir de una aproximación metodológica mixta y de dos estudios de caso en la ciudad de Quito, se propuso como objetivo analizar de qué manera la existencia de áreas residenciales socialmente heterogéneas incide en los procesos de integración socioespacial entre hogares de distinta condición socioeconómica. Un objetivo que estuvo acompañado de una mirada multiescalar y de cuestionamientos secundarios que inquirieron sobre la evolución de la segregación (escala macro), las fronteras urbanísticas y geográficas (escala meso) y la configuración de vínculos sociales (escala micro).

Con la evidencia empírica recabada se validan y amplían las hipótesis planteadas. En primer lugar, se descubre una disminución en la concentración espacial de los grupos en la ciudad, siendo además posible encontrar áreas con una composición social heterogénea. Es decir, donde residen diferentes estratos sociales y la posibilidad de encuentro es estadísticamente más alta. Para la realidad urbana latinoamericana, las áreas socialmente diversas no es una consecuencia directa de la aplicación de políticas de mezcla social, ya que estas son escasas o inexistentes. Antes bien, resultan de procesos asociados a cambios en el patrón de segregación, el cual, a partir del capital inmobiliario, la movilidad residencial y modelos de desarrollo urbano produce mixtura social tanto en áreas urbanas como periurbanas.

La literatura reciente se concentra en estudiar estas últimas áreas en las metrópolis de la región, descuidando los cambios en la composición social que suceden en el interior de las urbes. Si bien la propagación de lo urbano ha ampliado la frontera espacial sobre la que se sustentan los procesos de distribución de los grupos (construyendo nuevos escenarios de heterogeneidad en las periferias), también varias áreas internas presentan mezcla social, incluso desde inicios de la modernización capitalista donde se promovió el fraccionamiento de distintas haciendas en la ciudad, a cuyos terrenos accedieron distintos grupos sociales.

Por tanto, la heterogeneidad residencial no solo ocurre con el actual patrón de segregación, sino que también existe desde hace varias décadas. Esto debido a que estas áreas son el resultado de una configuración espacial de los grupos de carácter procesual: responde a

dinámicas actuales de lo urbano, pero también a fenómenos anteriores en donde se produjeron geografías desiguales y cercanía entre los grupos. Es posible hallar áreas de la ciudad que, incluso desde su conformación, albergan grupos de distinta condición socioeconómica.

Aunque su magnitud no se equipare con los vigentes cambios que acontecen en las periferias urbanas, es una realidad que no debe ser negada ya que revelan procesos históricos que dieron como resultado configuraciones espaciales heterogéneas. De la misma manera, estas áreas de la ciudad requieren de atención debido al aumento de operaciones inmobiliarias que, a través de procesos de gentrificación y de destrucción creativa, producen reconfiguraciones sociodemográficas. A partir de estas operaciones muta la distribución espacial de los grupos en la ciudad impactando la composición social de las áreas residenciales y produciendo, en algunos casos, áreas socialmente diversas.

Sin embargo, esta heterogeneidad también sugiere entender cómo la proximidad entre grupos sociales tiende a estructurarse a través de fronteras de desigualdad social, las cuales muestran en una escala espacial reducida la disparidad en la posesión de bienes y servicios, en el acceso al suelo, entre otras. En cualquier caso, la amplia literatura sobre el tema no considera la convivencia espacial de la desigualdad. Antes bien, entiende que las áreas con mezcla social disminuyen los efectos perversos de injusticia espacial y efectos de barrio que se vinculan con la homogeneidad residencial. Sus supuestos es que espacios con presencia de varios grupos sociales se traducen automáticamente en geografías de oportunidades, principalmente para las poblaciones de escasos recursos. Desde estas consideraciones, entonces, las configuraciones espaciales heterogéneas se transmutan en configuraciones de vínculos sociales. Suposiciones que podemos ubicar dentro de la eterna discusión que los estudios urbanos han tenido sobre la relación entre *lo espacial* y *lo social*. El espacio incide, sí, más no determina.

Tras la discusión teórica y empírica, aquí consideramos que estos supuestos no solo le otorgan una suerte de determinismo al espacio para solucionar problemáticas de índole social, sino que también desconoce algunas características del mismo espacio. De tal manera, creemos que no basta con sugerir que ciertos procesos históricos o el actual cambio de patrón de segregación contribuyen a acerca espacialmente a los grupos. También se debe poner atención a los aspectos del espacio que median este acercamiento.

Así, en esta investigación buscamos incluir en el análisis a las fronteras materiales. Por lo que,

en segundo lugar, se logró corroborar que esta proximidad se encuentra determinada por la presencia de barreras artificiales y naturales que influyen en las posibilidades de interacción de los grupos. Estas barreras se expresan en cerramientos basados en muros y rejas, instalación de cámaras y personal de vigilancia, o el uso de quebradas. Su presencia en las áreas socialmente diversas, además de fragmentar el espacio de residencia también distancia a los grupos, limitando y condicionando su interacción. Asimismo, permiten procesos de diferenciación social, los cuales operan para construir y defender las identidades grupales.

En el marco de la proximidad espacial, algunas corrientes teóricas ven a estas barreras como agentes que impiden la integración social entre distintos grupos. Generalmente se ven los muros o quebradas como indicadores de fragmentación social. Sin embargo, como se muestra en los hallazgos, estos pueden interpretarse de otra forma. Si bien las fronteras separan, distancian y diferencian a los residentes de estos lugares, lo hacen en función del nivel de disparidad o acercamiento social existente. Puesto que, cuando hay acercamientos sociales entre los vecindarios y habitantes, estas barreras tienden a ser asumidas como permeables, incluso en aquellos lugares donde provoca profundos procesos de distanciamiento y diferenciación. Por ende, se puede sostener que los aspectos materiales de las áreas socialmente diversas son atravesados por los procesos sociales. Visto en una relación inversa, la configuración de vínculos sociales también tiene indecencia en el espacio. No resultan determinantes, porque ellos mismos no implican en seguida la disolución de las fronteras, pero si resultan útiles para cuestionar su funcionalidad material y eficacia simbólica.

En todo caso, las fronteras deben ser leídas en función de la historia particular de cada área residencial, las vivencias diarias, las preconcepciones y los procesos de acercamiento que ocurren entre los grupos. El muro o la quebrada, por ejemplo, tan solo son propiedades del espacio urbanístico y natural que necesitan de una lectura que cualifique su experiencia. De ahí que se requiera implementar miradas analíticas *desde abajo* –es decir, a partir de estudios cualitativos que combinan métodos de análisis espacial y cuantitativo– que permitan apreciar las valoraciones subjetivas que existen en el marco de la proximidad espacial entre grupos. De igual forma, se incita a realizar investigaciones sustentadas en la aplicación de métodos mixtos y de miradas multiescalares en función de esclarecer cómo convergen, se expanden o complementan los resultados de distintos métodos y escalas.

Ahora, desde una mirada multidimensional, la tesis buscó caracterizar las múltiples formas de

relacionamiento entre los grupos que residen en las áreas heterogéneas. De esta manera, en tercer lugar, se logró confirmar que la mera cercanía física no implica necesariamente que los grupos de distinta condición socioeconómica estén integrados funcional, relacional o simbólicamente. Los hallazgos de la tesis aportan a la corriente teórica crítica de la integración en la medida que se entiende que la proximidad espacial de los grupos no se traducen automáticamente en vínculos sociales ni en geografías de oportunidades.

Aunque a través de la proximidad existe una percepción positiva sobre el otro –no ubicándolo en categorías de peligrosidad o estigmas–, de entrada entre los grupos existen accesos segmentados a oportunidades y servicios, escasas probabilidades de encuentro y relacionamiento, y sentidos fragmentados de identidad con el espacio. Procesos que las clases en ascenso social tienden a complejizar. Se entiende que este grupo empobrece la integración funcional a través de vínculos de empleo inequitativos, complica la integración relacional a partir de conductas jerárquicas en las relaciones de vecindad y amistad, y entorpece la integración simbólica debido al uso del espacio solamente como apariencia. Por tanto, una agenda de investigación futura debe abordar a mayor detalle qué papel desempeña la clase media en los contextos de proximidad espacial y en los procesos de integración social.

Empero, los hallazgos de esta tesis constatan que los procesos de integración socioespacial no pueden ser vistos como una convivencia armónica, sino que deben ser leídos en medio de un contexto de conflicto, donde se gestionan las asimetrías de poder, las desigualdades y diferencias a partir de procesos de acercamiento social. La presencia o ausencia de una amenaza compartida es un factor que incide en este acercamiento, el cual activa procesos de integración a partir de respuestas políticas y alianzas intergrupales que privilegian más el espacio compartido que la diferencia socioeconómica.

Estas alianzas inciden positivamente en algunas dimensiones de la integración. En la dimensión relacional incita la generación de nuevos espacios de interacción y nuevas relaciones de amistad o vecindad. En la dimensión simbólica posibilita percepciones más cercanas sobre el otro y la identificación colectiva con el territorio. Sin embargo, estas alianzas se encuentran en la incapacidad de alterar el acceso efectivo de los grupos a oportunidades educativas y laborales. Es decir, con la formación de un vínculo político entre quienes comparten la proximidad espacial si bien no altera la dimensión funcional de la integración, sí incide positivamente en la relacional y simbólica.

De esta manera, se evidencia cómo la proximidad espacial entre grupos de distinta condición socioeconómica, aun cuando está mediada por procesos de acercamiento social, tiene limitaciones para incidir en aspectos estructurales como el empleo y la educación. La ardua documentación al respecto indica que las brechas sociales estructurales o los problemas de pobreza no son posibles de revertir a través de la proximidad. Antes bien, estos son factores que pueden inhibir el contacto y la relación entre los grupos. Los hallazgos de esta investigación aumentan argumentos a esta discusión, permitiendo sostener que las redes de empleo y el acceso a mejores oportunidades educativas no son una característica innata de las áreas residenciales mixtas. Además, también se rechaza las posiciones que mantienen una mirada vertical de arriba-abajo la cual considera que estas áreas benefician especialmente a los hogares de ingresos bajos a partir de las redes, conductas y normas de los grupos de más alto ingreso. Las geografías de oportunidad no son exclusivas de estos últimos grupos, ni tampoco los estratos acuden a las ofertas laborales o servicios que ellos generan.

Aunque la proximidad espacial no implique necesariamente la reducción de brechas sociales, la coexistencia de grupos de distinta condición socioeconómica en un área geográfica compartida incide positivamente en aspectos de simbólicos y relacionales de la integración. Esta cercanía, incluso, puede permitir el establecimiento de respuestas y alianzas intergrupales para rechazar soluciones estatales que se consideran nefastas para el desarrollo de la ciudad. A partir de estos lazos los grupos pueden exaltar valores de su proximidad residencial, como también construir estrategias políticas. Si bien estos lazos no aspiran a reducir las disparidades socioeconómicas, ni tampoco cuestionan el acceso desigual a oportunidades y servicios, terminan ejerciendo una presión social para la construcción de relaciones intergrupales y la conformación de identidades territoriales y sentidos de pertenencia compartidos.

Así, se da cuenta de cómo los procesos de integración socioespacial presentan disparidades en todas sus dimensiones, siendo necesario por consiguiente cuestionar los supuestos que indican que la mera cercanía física de hogares de distinta condición socioeconómica implica una sociedad más integrada. No obstante, este hecho no deja de quitarle importancia a la proximidad espacial. Sino que implica que se debe seguir insistiendo en líneas de investigación que identifiquen y describan cómo ocurren las relaciones sociales entre diferentes en el marco de la cercanía residencial; a la vez que se cuestionen los supuestos de la integración, esto es: asumir que la mezcla social es un proceso que no reduce espontáneamente la desigualdad social y las brechas estructurales que separan a los grupos.

Así mismo, se debe avivar la elaboración de prácticas de acción política que busquen generar espacios en la ciudad más heterogéneos, pero sin los supuestos que le otorgan un determinismo espacial a la solución de los problemas sociales. De acuerdo con lo hallado, las brechas sociales entre grupos no solo no pueden ser superadas con áreas residenciales heterogéneas, sino que tampoco se alteran con procesos de acercamiento social. Así, estas prácticas de acción política no deben exagerar la importancia del espacio para reducir las condiciones de desigualdad entre los grupos. Ha de abordarse los dos ejes: lo espacial y lo social. La incidencia el espacio también debe ser parte de procesos más amplios que incidan en la distribución económica y la justicia social. Por tanto, las áreas socialmente diversas deben ser creadas como mecanismos que generen una mayor inclusión y equidad residencial entre los grupos sociales, pero no con la intención de mitigar la pobreza o tratar problemas estructurales (bajo nivel educativo, falta de capacitación laboral, etc.).

De igual forma, las áreas socialmente diversas deben leerse sin los supuestos que ponen el énfasis en un solo grupo y no contemplan la agencia de los hogares de menores ingresos. La literatura sobre mezcla social resulta ver con optimismo los beneficios y oportunidades que se desprenden para los hogares pobres en cercanía a hogares ricos. Tras estos hallazgos, aquí se sostiene que esta mirada vertical de arriba-abajo puede ser cambiada, ya que los grupos altos pueden experimentar beneficios con la cercanía de estratos bajos. Más allá de la prestación de servicios laborales o de comercios de pequeña escala, los barrios populares en las urbes latinoamericanas tienen una historia de lucha que los han hecho acumular experiencia organizativa, la cual puede ser considerada como beneficio local en las áreas de mezcla social. Los grupos altos pueden beneficiarse de ella cuando los problemas del área no puedan ser solucionados por sus propios recursos y métodos convencionales. Así, se invita a reflexionar la integración socioespacial en la región desde el vínculo político, sin el sesgo jerárquico de arriba-abajo que la ha caracterizado hasta nuestros días, más aún en la actualidad cuando se multiplican en las ciudades los conflictos sociales y ambientales por la instalación de distintos proyectos urbanísticos de tipo *NIMBY (Not In My Back Yard)*.

Anexos

Anexo metodológico

En el presente anexo se profundiza el componente metodológico de la tesis. Se hace una discusión alrededor de las dimensiones, subdimensiones, indicadores e instrumentos de información para la variable independiente (las áreas residenciales socialmente heterogéneas) y la variable dependiente (la integración socioespacial). Para permitir una descripción densa de estos aspectos el anexo se estructura en tres partes. En un primer momento, se relata el estado del arte de la metodología que diversos estudios han aplicado para estudiar las distintas variables. Este primer paso contextualiza y justifica el procedimiento metodológico adoptado en esta investigación. En un segundo momento, se profundiza en el diseño de los indicadores planteados en la tesis, mostrando tanto sus limitaciones como posibilidades. Finalmente, se presentan los instrumentos de recolección y procesamiento de la información que se implementaron, donde también se da a conocer algunos ejemplos de su aplicación.

Estado del arte metodológico

De acuerdo con la literatura revisada, las dos variables de la investigación han sido estudiadas aplicando métodos cualitativos, cuantitativos y espaciales. En los párrafos siguientes describiremos los diferentes casos de estudios que integraron algunos de estos métodos para investigar problemas similares al planteado en esta tesis. Introductoriamente se realiza una nota síntesis de los aspectos compartidos entre cada estudio para ambas variables.

Estado del arte variable independiente

En primer lugar, la heterogeneidad residencial es abordada a partir de las investigaciones sobre segregación, en donde se indaga sobre la configuración espacial que tienen las distintas áreas de la ciudad. Su medición se ha realizado a través de un enfoque predominantemente cuantitativo que combina distintas variables, tales como el nivel educativo o el estatus ocupacional del jefe de hogar, las condiciones de la vivienda, el ingreso económico del hogar, entre otras. La fuente de datos son fundamentalmente los censos realizados en cada país, usando distintos indicadores sintéticos (como el Índice de Disimilitud de Duncan, el Índice de Asilamiento, el Índice de Moran, etc.), diferenciando a los grupos de diversas maneras (socioeconómico, étnico, etc.) y contemplando varias escalas geográficas de análisis (sector censal, radios censales, zonas censales, etc.). De la misma manera, estas áreas son abordadas desde variables de investigación como el entramado viario y la tipología edificatoria, esto con

el motivo de develar los aspectos morfológicos y tipológicos que producen integración o segregación a pequeña escala. La medición de estos aspectos ha estado fundamentalmente relacionada con ejercicios de observación guiados por enfoques teóricos basados en el diseño urbano y la sociología urbana. Así, entonces, describimos a continuación la principal literatura utilizada para construir el estado de arte metodológico de la variable independiente.

Sabatini et al (2010a) desarrollaron aspectos metodológicos para medir las nuevas tendencias de segregación y sus efectos sociales en la ciudad de Santiago de Chile durante el periodo 1990-2010. Su medición se realiza a través de dos dimensiones objetivas y una dimensión subjetiva. La primera dimensión objetiva es capturada con el índice de disimilitud de Duncan, el cual capta el grado de concentración espacial de un determinado grupo social. La segunda dimensión objetiva, que se refiere al grado de homogeneidad social de las áreas internas de la ciudad, se midió a través de un índice de aislamiento que mide la probabilidad de una familia de un determinado grupo de encontrarse en el área que habita con gente de su misma condición social. Los estratos sociales fueron definidos en cinco grupos de hogares: elites (ABC1), estrato medio-alto (B), estrato medio (C), estrato bajo (D) y estrato muy bajo (E); y los mismos se construyeron combinando la educación del jefe de hogar y la posesión de un conjunto de diez bienes. Estos índices están basados en una estratificación absoluta y otra relativa de los hogares según nivel de educación del jefe de hogar. La primera forma de estratificar separa los jefes de hogar según si han completado o no la educación media, mientras que la segunda consiste en distinguir entre los que están por debajo o por encima del nivel promedio de escolaridad de todos los jefes de hogar de la ciudad. Además, el estudio analizó los cambios en la segregación en distintas escalas espaciales: comunas, distritos censales, zonas censales y manzanas.

Igualmente, para la ciudad de Santiago de Chile, Link et al. (2015) cuestionan la generalización de índices sintéticos para medir la homogeneidad en la distribución de los grupos en la ciudad. De esa manera, proponen la construcción de tipologías socioespaciales utilizando solamente la variable ocupacional, entendiéndola a ésta como una variable clave para el análisis de la estructura urbana. Justifican la escogencia de esta variable indicando que es ampliamente utilizada en estudios de estratificación social, teniendo en cuenta que las diferencias en el trabajo constituyen el punto central de la diferenciación social, y tienden a implicar también diferencias en términos de nivel educativo, estatus e ingresos. Afirman que sus ventajas residen que se pueden asumir datos adjuntos sobre otras dimensiones de

diferenciación social, además que son mayores las posibilidades de obtener su información. Señalan que sus desventajas se deben a las dificultades para clasificar estudiantes, jubilados y trabajadores fuera del mercado laboral formal. Finalmente, la escala espacial de análisis adoptada en el estudio correspondió a zonas censales.

Ruiz-Tagle y López-Morales (2014), al contrario que los anteriores, indican que los estudios sobre segregación residencial en Santiago de Chile presentan varios problemas metodológicos y de sesgos en la interpretación. En los primeros se escoge una metodología de estratificación, unas unidades de análisis y un índice (de disimilitud) que no interpretan adecuadamente las divisiones sociales (y sus transformaciones), los cambios en la estructura espacial y funcional de la ciudad (asentamientos satélites), y las propias falencias internas, respectivamente. En los segundos problemas se hace un excesivo énfasis (reificaciones) en lo espacial, dejando de lado la relación que tiene la segregación con los sistemas de estratificación social, y con variados problemas de fragmentación o exclusión social; de tal forma que las políticas públicas de control de la segregación se dirigen hacia los componentes espaciales de estos problemas (la localización de la vivienda), y no necesariamente a sus causas. En ese sentido, los autores aseguran que construir una visión alternativa de la segregación residencial requiere, por un lado, actualizar las metodologías para adaptarlas a nuestros contextos socioculturales, y por el otro, elaborar construcciones teóricas con una racionalidad crítica, más allá de lo empíricamente evidente.

Vergara-Erices y Garín (2016) realizan una crítica al diseño metodológico de naturaleza cuantitativa que ha elaborado preferentemente los estudios sobre segregación. En ellos se observa que hay una mayor importancia por aplicar el índice de disimilitud de Duncan, que mide la segregación de un grupo en comparación con otro, y el índice de aislamiento, que mide la probabilidad que un individuo comparta la unidad espacial con un individuo de su mismo grupo. Según los autores, estos índices solo entregan una mirada parcial del fenómeno asociado a la dimensión objetiva de la segregación y, además, muchas veces establecen vínculos pocos claros y generan especulaciones en cuanto a que el aumento en la segregación es causado por una creciente desigualdad en materia de indicadores económicos y laborales, sin considerar una interpretación analítica fundamentada de estos datos y realizar inferencias sobre la percepción subjetiva de la segregación. En este sentido, proponen integrar metodológicamente las dimensiones objetivas con la subjetiva en la investigación de la segregación residencial. Esta integración debe tener en cuenta que, por un lado, ambas

dimensiones pueden no coincidir (los índices pueden expresar mayor segregación, pero las percepciones no son negativas), pero eso no implica que una sea independiente de la otra, y por el otro lado, hay que tener cuidado con forzar la relación entre estructura social y espacial.

Para explorar tanto la dimensión objetiva como social de la segregación en la ciudad de Angol (Chile), Vergara-Erices y Garín (2016) emplean una metodología mixta, utilizando el índice de similitud de Duncan, registros de permisos de edificación municipales y entrevistas semiestructuradas a habitantes de conjuntos de vivienda social y agentes con injerencia en el desarrollo urbano local. Para el índice de Duncan se utilizó la información proveniente de los censos (1992 y 2002) considerando especialmente el distrito censal con la variable del jefe de hogar con más de 12 años de escolaridad para aproximarse al nivel socioeconómico del hogar. Para analizar los resultados de este indicador, se tomó la categorización empleada por Briggs (2001), quien establece tres niveles de segregación: severa (0,6-0,9); moderada (0,3-0,6); Baja (0-0,3). Igualmente, se recolectó información referida a los conjuntos de vivienda social construidos dentro del suelo urbano entre 1992 y 2012. Se elaboró una base de datos donde posteriormente se localizaron y delimitaron los proyectos en trabajo de campo. Estos datos permitieron reconocer las tendencias espaciales que ha tenido la vivienda social en Angol, reconociendo si se encuentran o no concentradas en lugares específicos. La dimensión cualitativa implicó la aplicación de una entrevista semiestructurada a ocho personas: cuatro residentes de conjuntos de vivienda social y cuatro a personas encargadas de la toma de decisiones técnicas y políticas a la hora de construir los conjuntos de vivienda social.

Katzman y Retamoso (2005) para la ciudad de Montevideo aplicaron los índices de segregación residencial y de disimilitud de Duncan para hogares clasificados por distintas variables de estatus social y condiciones de vida. Indican que el índice de disimilitud de Duncan es un indicador sintético de la relación que existe entre la composición de las subunidades territoriales (social, laboral, racial, etc.) y la composición social de la unidad territorial superior (ciudad o aglomerado urbano). Si la composición de una y otra difieren, es porque se encuentra en presencia de segregación residencial, pues la distribución de los grupos sociales entre las subunidades territoriales estaría desalineada respecto a la representación del grupo en toda la ciudad o aglomeración superior. En cambio, el índice de segregación residencial que se utilizó para su investigación indica la proporción de la varianza total que se explica por la varianza entre subunidades territoriales. Es este último índice el que permite comprobar la existencia de composiciones mixtas u homogéneas en las áreas

geográficas de la ciudad. Así, afirman que el incremento de la concentración geográfica de población con condiciones de vida similares se observa en los indicadores de ingreso de los hogares, de nivel educativo, de empleo y de tipo de inserción laboral de los jefes de hogar.

Molinatti (2013) aplicó una metodología cuantitativa con fuentes de datos secundarios para estudiar la composición de los radios censales en la ciudad de Córdoba. Utilizó los datos provenientes de los Censos Nacionales de Población realizados en 1991 y 2001 y de la Encuesta Permanente de Hogares, ondas mayo y octubre del mismo período. La medición de la segregación la desagregó pensando en dos dimensiones objetivas. La primera dimensión (grado de concentración espacial), fue capturada por dos índices globales de segregación y disimilitud. La segunda dimensión (homogeneidad social), fue medida a través del Índice de Aislamiento. Por su parte, para identificar las zonas de segregación se utilizó medidas georreferenciadas, especialmente el Índice de Moran Local, el cual es un indicador de asociación espacial que evalúa la existencia de conglomerados (clúster) en la distribución espacial de una determinada variable, el cual puede ser calculado de forma localizada para cada unidad espacial (Local) o como medida general (Global). Se consideró la variable “años promedio de educación de los jefes de hogar de 30 a 59 años” y se clasificó los radios censales en cinco grupos: alto-alto (radios con jefes educación alta rodeados de otros con condición semejante), bajo-bajo (radios con jefes educación baja rodeados de otros con condición semejante), alto-bajo (radios con jefes educación alta rodeados de otros con condición baja); bajo-alto (radios con jefes educación alta rodeados de otros con condición alta); no significativo (radios con gran heterogeneidad).

Sánchez (2012) afirma que para dar cuenta del complejo patrón de estratificación residencial se requiere de un enfoque que considere la segregación entre los múltiples grupos socioeconómicos (no solo un binomio), a la par que analice distintos indicadores de estatus social. La autora específicamente para la Ciudad de México analiza la segregación en dos dimensiones: ingreso del hogar (1990-2000) y educación del jefe de hogar (1990-2005). Utiliza el índice de Theil para analizar la segregación entre los hogares de estratos socioeconómicos medio, bajo y alto simultáneamente. Éste índice mide cuán diversas son las áreas residenciales comparadas con la diversidad de la ciudad, teniendo varias ventajas: (1) puede estimarse fácilmente para dos o más grupos sin necesidad de modificarlo, (2) puede ser visto a través de la entropía que mide el grado de diversidad de cada área residencial y la medición de la segregación global de la metrópoli, y (3) es posible descomponerlo en

términos de sus elementos entre y dentro de los grupos, así como entre niveles o unidades geográficas y en combinación de ambos. Los datos provenientes de los censos fueron agregados a nivel de Áreas Geoestadísticas Básicas (AGEB). El nivel socioeconómico se analiza mediante dos indicadores: el ingreso por trabajo per cápita de los hogares y el nivel educativo del jefe del hogar. En relación a los ingresos, estos fueron ordenados y divididos en grupos percentiles: hogares de bajos ingresos (percentil 50 y menos), hogares ingreso medios (superior percentil 50 hasta 90) y hogares ingresos altos (más del percentil 90). Afirma que con el uso de percentiles es posible reconstruir la distribución del ingreso en cada década y comparar grupos similares en ambas, en lugar de imponer un corte arbitrario en los ingresos, además que ello permite ajustar por variaciones en la distribución del ingreso. En cuanto a los niveles educativos se dividió la escolaridad del jefe del hogar en: baja (educación básica o menos), media (educación preparatoria o universidad inconclusa) y alta (universidad o más).

Rodríguez y Arriagada (2004) usan la información que proporcionan los censos de población y vivienda de diferentes ciudades latinoamericanas para medir la segregación residencial socioeconómica. Los autores afirman que no hay estudios sistemáticos sobre la magnitud de la segregación en la región, si al caso existen debates sobre sus tendencias que se basan en estudios específicos no generalizables para todos los países. El primer problema hallado es la medida utilizada para medirla. Se indica que resulta mucho más conveniente aproximarse a la segregación con medidas más basadas en las nociones de homogeneidad o heterogeneidad territorial que con aquellas que aplican el principio de similitud media (índice de disimilitud de Duncan), ya que estas últimas ofrecen poca información sobre la modalidad de segregación (gran/pequeña escala) ni sobre las zonas segregadas sobre las cuales cabría intervenir mediante políticas públicas; es decir, no muestra las zonas donde se concentran las poblaciones segregadas. En cambio, las primeras medidas detectan directamente zonas de alta homogeneidad de grupos subalternos, pues por definición se tiene la media de la variable e indicadores de dispersión que sugieren el grado de homogeneidad o heterogeneidad. El indicador apropiado para identificar zonas homogéneas es el coeficiente de variación. Así, el trabajo de los autores buscó operar con la proporción de la varianza total de la variable de clasificación socioeconómica (carencias habitacionales, años de escolaridad, ingresos), que se explica por varianza entre subdivisiones; al aplicar de forma recursiva este procedimiento, pero bajando de manera sistemática el nivel geográfico de la subdivisión, es posible tener una aproximación de la escala de la segregación residencial socioeconómica.

Aunque no hay una estricta metodología implementada en el trabajo de Sabatini (2006), ya que se basa casi que exclusivamente en la documentación bibliográfica y análisis de casos, el autor arroja una serie de postulados que permiten abordar los estudios sobre segregación en las ciudades latinoamericanas desde aspectos metodológicos más concisos con respecto a su triple dimensión. Afirma que la segregación residencial tiene limitaciones para ser cubierta solamente con estudios estadísticos. Los enfoques cualitativos y la interpretación conceptual deben ser también importantes para su estudio. Por ejemplo, el índice de disimilitud mide solo la primera dimensión de la segregación, que resulta ser la más positiva del fenómeno: mayores índices de disimilitud no representan necesariamente un hecho negativo. Así, para el autor se requiere que los estudios de segregación en América Latina integren principalmente investigación empírica que lleve a superar las visiones demasiado simplistas con que se han interpretado la realidad de las ciudades de la región.

Para la ciudad de Quito, Regalado (2015) se basa en una amplia revisión bibliográfica, en especial la que proviene de la antropología y la sociología rural. De la misma manera usa datos del Censo del 2010 y una encuesta que hizo el Instituto de la Ciudad en 2012. Al respecto indica que con el objetivo de determinar las causas y percepciones de los ciudadanos de la ciudad sobre la tenencia de la vivienda y otros factores que permitan evaluar y dimensionar el grado de conocimiento que los ciudadanos tienen sobre la temática, se realizó una encuesta a 1.760 hogares divididos en 5 dominios geográficos: Norte, Hipercentro, Centro, Sur y Rurales conurbadas. Usa cuatro variables para medir la segregación, cruzando algunas entre ellas: (1) la escolaridad del jefe de hogar está categorizada con las mismas variables del Censo de 2010 (ninguno, primaria, educación básica, etc.); (2) la tenencia de la vivienda con propia (pagada y heredada) y arrendada; (3) estado de la vivienda (malo, regular, bueno); y la movilidad de domicilio de encuestados (medida por los 5 dominios geográficos).

Para la ciudad de Bogotá, Higuera (2016) propone una metodología para identificar los aspectos morfo tipológicos de las áreas residenciales socialmente heterogéneas. En primer lugar, realiza la identificación de los casos de estudio a partir del Plano de Estratificación socioeconómica de la ciudad y localiza los espacios urbanos que poseen sectores poblacionales de diferentes ingresos en un sector o área de escala no mayor a 30 hectáreas (escala de micro segregación). La escogencia de casos tuvo en cuenta las siguientes características: (1) mezcla social: proximidad espacial de más de tres estratos socioeconómicos diferentes, (2) consolidación: los asentamientos a estudiar deberían tener un

nivel de consolidación considerable, (3) contacto: los diferentes estratos de las zonas de estudio no deberían estar aislados unos de otros por vías principales, ríos, quebradas o accidentes naturales, que puedan significar un aislamiento físico por distancia, y (4) área: las zonas de estudio no deberían ser menores a 20 hectáreas ni sobrepasar las 30, para mantener la escala micro de la segregación. Una vez concluido este proceso, realiza análisis de variables morfológicas y tipológicas en el estudio de cada caso, para hallar los patrones de la mezcla social y concluir si se está presentando integración social o micro segregación.

Janoschka (2002) para investigar sobre los nuevos procesos y formas urbanas (invasión de la clase media y media alta en zonas habitualmente populares; multiplicación de complejos habitacionales privados; entre otros), aborda un estudio de caso específico, la urbanización privada de Nordelta, en el área suburbana de Buenos Aires. Mayoritariamente aplicó entrevistas biográficas a los habitantes que fueron los pioneros de la urbanización. A partir de análisis socioespaciales identifica tanto los nuevos asentamientos insulares en la región metropolitana de la ciudad como también el posterior aislamiento de espacios urbanos preexistentes mediante la construcción de rejas o muros. Afirma que la estructura insular que se presenta en la actualidad abarca cuatro dimensiones: islas de riqueza (condominios urbanos de varios pisos para las clases medias y altas), islas de producción (nuevas y viejas áreas de producción que producen ínsulas industriales), islas de consumo (centros urbanos de compras) e islas de precariedad (barrios informales y de vivienda social ubicados en distintos puntos de la ciudad). Esta clasificación sienta bases teórico metodológicas para el estudio de los aspectos morfológicos de la distribución territorial de los grupos en la ciudad en el contexto de un nuevo modelo insular para la ciudad latinoamericana.

Sin especificar ampliamente las operaciones metodológicas implementadas, el estudio de Prévôt-Schapira (2001) propone que la noción de ciudad fragmentada daría cuenta de los nuevos procesos urbanos que –paralelamente a los procesos de metropolización y globalización– acontecen al interior de las urbes latinoamericanas, donde se desarrollan lógicas de separación y nuevas fronteras. La autora afirma que actualmente sobre las metrópolis latinoamericanas se erige un modelo de ciudad fragmentada. Integra ciertas dimensiones de análisis para develar cómo los aspectos de diseño urbano inciden o afectan en la estructuración de los lazos sociales y espaciales de los grupos en la ciudad.

Estado del arte variable dependiente

La integración socioespacial ha tenido un acercamiento metodológico principalmente cualitativo, aunque algunos estudios en ciudades estadounidenses aplican un enfoque cuantitativo. Cada dimensión de esta variable ha tenido su diseño metodológico particular. En primer lugar, la dimensión funcional es medida a través de servicios educativos compartidos y la formación de vínculos de mercados aplicando tanto entrevistas, observaciones de campo como también encuestas. En segundo lugar, se ha accedido a conocer la dimensión relacional a través de las interacciones sociales en lugares de encuentro común y el intercambio entre miembros de diferente grupo; esto medido a partir de técnicas orales y guías de observación sobre el terreno. Finalmente, la dimensión simbólica es abordada mediante técnicas orales, visuales y grupales que pretenden develar los discursos, actitudes y conductas que cada grupo tiene en relación al otro y la zona en la que habitan. Describimos a continuación la principal literatura utilizada para construir el estado de arte metodológico de esta variable.

El estudio de Sabatini y Brain (2008) metodológicamente se basa en la revisión de bibliografía producida en las ciudades estadounidenses y latinoamericanas, principalmente chilenas. Afirman que para las segundas ciudades la segregación opera a través de factores sociológicos, culturales y económicos, los que parecen ser también posibilidades para la reducción de su escala y la integración social, ya que respectivamente: la alta desigualdad social no incita al uso de la segregación para reafirmar identidades sociales, la matriz cultural católica favorece nociones más igualitarias sobre el otro, y la segregación excede las preferencias de quienes deciden autosegregarse o no tienen capacidad de pago para acceder a los mercados de suelo y vivienda. Para los autores, en el funcionamiento de los mercados del suelo está la clave de la segregación residencial en las ciudades latinoamericanas, lo cual hace necesario la formulación de políticas de control de segregación que busquen mayores niveles de integración socioespacial, especialmente en favor de los grupos populares.

Para la ciudad de Santiago de Chile, Márquez (2003) utiliza registros de trabajos etnográficos y entrevistas de la vida cotidiana en dos espacios social y económicamente diferenciados: un condominio (Los Paltos) de Huechuraba, donde residen familias de estratos altos; y la Villa Nueva Resbalón de Cerro Navia donde habitan familias pobres. Su metodología le permite encontrar que las identidades que se construyen en los barrios pobres y barrios medios de la ciudad de Santiago son expresión de los procesos de segregación urbana y ellas dan cuenta del debilitamiento de un modelo urbano asentado en la heterogeneidad social, la noción de

espacio público y valores como la ciudadanía política y la integración social.

Igualmente para la ciudad de Santiago, Morandé (2007) realiza un estudio de caso en el conjunto habitacional Bosque de la Villa I y su entorno inmediato en el cual aplicó una metodología cualitativa para indagar sobre las percepciones de los actores que habitan el territorio. Se definieron cuatro grupos de observación: dos de bajos ingresos y dos de altos ingresos, aplicándose en total 30 entrevistas en profundidad. Para estudiar las posibilidades de convivencia y su importancia en la integración social se diseñaron cuatro dimensiones: (1) la estructura de oportunidades de los grupos de bajos ingresos por el hecho de residir en un sector de mayor diversidad social, indagándose también en el sentido que atribuyen los grupos a compartir el territorio y las ventajas/desventajas que esto significa; (2) las relaciones que se establecen entre los grupos de altos y bajos ingresos, los tipos de vínculos que se generan entre ellos, los lugares de encuentro en la vida cotidiana y los sentimientos de cada uno de los grupos hacia el otro; (3) la exploración de las condiciones necesarias para la convivencia armónica entre los grupos en el territorio, así como las distintas estrategias adoptadas por los grupos para compartir su espacio de residencia; y (4) el análisis de la vida interna de la villa en cuestión y las dinámicas sociales que se establecen tanto al interior del conjunto como con sus poblaciones vecinas, de modo de recoger también las aspiraciones sociales en relación a su residencia en un sector socialmente heterogéneo.

Rasse (2015), por su parte, realiza un estudio de cuatro casos en Santiago de Chile de fronteras entre hogares de distinto nivel socioeconómico, identificados en un primer momento mediante análisis censal y en segundo momento a través de un acercamiento cualitativo (90 entrevistas semiestructuradas a jefes de hogar, dueñas de casa y jóvenes de ambos estratos). Los casos escogidos se determinaron luego de descartar distancias físicas (autopistas y quebradas) y la existencia de al menos cinco años de historia conjunta. A partir de esta metodología halla en su investigación que en términos generales existen, por un lado, procesos de integración que son transversales a todos los casos y, por el otro, procesos de fragmentación que son específicos a cada frontera, dependiendo la historia particular de cada barrio, es decir, son causísticos, ya que dependen de determinados factores.

Ruiz-Tagle (2016b) para la misma ciudad utiliza tres tipos de fuentes de información: i) cincuenta entrevistas con habitantes de clase baja [N=20], clase media-alta [N=20] y actores institucionales del barrio [N=10]; ii) notas de observación en varios espacios de encuentro

intergrupales [espacios comerciales, distintas plazas, paraderos de buses, y una manifestación ciudadana a nivel comunal], e iii) inventarios espaciales [caminatas de dos horas] donde se localizaron y mapearon los rastros de la presencia simbólica de cada grupo [cómo el espacio es usado y transformado; usos de suelo no residenciales, usos temporales, signos de actividad, marcadores de estatus, tipos de vivienda, tipos de rejas, etcétera]. Mediante un estudio de caso (La Florida, en Santiago de Chile), se indaga cómo la proximidad física afecta la integración de grupos excluidos en varias dimensiones: acceso a oportunidades, relaciones entre grupos y construcciones simbólicas de comunidad.

Sabatini y Wormald (2013) para las ciudades chilenas de Santiago, Talca y Concepción investigan ocho conjuntos residenciales de vivienda social (similares en tamaño, tipología y antigüedad, pero con distintos niveles de segregación) a través de una encuesta con una muestra de casa 1.800 hogares, de unas 30 entrevistas en profundidad por conjunto y una serie de grupos focales, además de horas y notas de trabajo etnográfico realizado en los conjuntos de Santiago de Chile. De la misma manera, Sabatini et al. (2012) para hallar la disposición de los grupos medios y altos a la integración con grupos de extracción popular en algunas ciudades de Chile, se basan fundamentalmente en los datos que produjeron dos investigaciones anteriores, hechas por ellos mismos. Son datos cuantitativos provenientes de encuestas y datos cualitativos derivados de grupos focales y entrevistas, en las ciudades de Santiago, Antofagasta y Temuco. Contemplan que, para interpretar la disposición de los grupos a integrarse, es necesario considerar en el fenómeno de la integración y segregación residencial los siguientes aspectos: i) sus elementos discursivos o valorativos; ii) las actitudes; y (iii) las conductas. Siguiendo que estos tres aspectos permiten desarrollar una concepción menos totalizadora respecto del fenómeno, y abrir espacios para la política pública en el tema.

Wormald et al. (2012) ofrecen una aproximación cualitativa de familias de diferente condición social en la Región Metropolitana de Santiago. Se propone una exploración a la forma en que las clases sociales establecen la convivencia con otros en los diversos espacios que estructuran la vida urbana (barrio, escuela, espacios públicos, trabajo). Se desarrollaron 19 entrevistas en profundidad a jefes de hogar: la muestra se segmentó de acuerdo a una tipología de espacios educativos y barriales, en función de su nivel de homogeneidad y heterogeneidad social y de su nivel socioeconómico (alto, medio y bajo). Fueron familias con hijos en edad escolar ya que éstas toman decisiones importantes barrial y educativamente.

Para la ciudad de Quito, Durán, Martí y Mérida (2016) proponen un acercamiento cualitativo al periurbano del nororiente de la ciudad, concretamente las parroquias Calderón y Cumbayá (barrio Santa Inés, antiguo asentamiento huasipunguero). Usan una triangulación metodológica: información documental, observación y entrevistas semiestructuradas. Con esta metodología los autores analizan las similitudes y diferencias de los dos casos. En cuanto a las similitudes ambas parroquias: comparten las políticas macro que condicionan el desarrollo de estas zonas periurbanas: la reforma agraria y la apertura de grandes vías de conexión a la ciudad; ambas carecen de políticas de ordenamiento territorial significativas; a partir de movimientos migratorios, en ambos casos los habitantes que ocupan los conjuntos cerrados influyen en el desarrollo de políticas sobre el territorio; y la llegada de conjuntos en ambos casos supone un proceso de fraccionamiento de la convivencia. En cuanto a las diferencias: la diferencia de la estructura predial de ambos casos condicionó el modelo de conjuntos cerrados, en ambos casos hay distinta presencia de las políticas públicas, además que se generó desigualmente los procesos migratorios de la élite en su ocupación.

El análisis de Saraví (2008) se basa tanto en datos secundarios, como en información obtenida a partir de entrevistas realizadas con jóvenes residentes en tres colonias populares y altamente estigmatizadas de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

Para California (Estados Unidos), Basolo (2013) señala que la metodología de la investigación fue diseñada para responder a preguntas sobre los hogares con bonos de vivienda y sus elecciones residenciales. Por lo tanto, el estudio requirió datos de nivel doméstico o individual que incluyeran direcciones de los titulares de cupones, preferencias residenciales, características socioeconómicas y otros datos de micro nivel. Así, se seleccionó una muestra representativa de titulares de bonos en el Condado de Orange, se adquirió datos administrativos específicos de las Autoridades Locales de Vivienda y, a través del apoyo de las mismas, se aplicó una encuesta por correo postal a los titulares y se realizaron grupos focales. Adicionalmente, las viejas y nuevas direcciones de los titulares fueron georreferenciadas utilizando SIG. Por último la calidad de la escuela fue medida por el índice de Desempeño Académico producido por el Departamento de Educación de California.

Chaskin y Joseph (2010) basan su estudio acerca de la mezcla social en Chicago sobre 111 entrevistas en profundidad, observaciones de campo y una revisión de datos documentales sobre tres desarrollos de ingresos mixtos (Oakwood Shores, Park Boulevard y Westhaven

Park) que se están construyendo en lugar de complejos de viviendas públicas que han sido demolidas como parte del Plan de Transformación de la Autoridad de Vivienda de Chicago. Afirman que las diferencias socioeconómicas entre los residentes de ingresos altos y bajos en esta muestra son más extremas que en muchas remodelaciones de ingresos mixtos en la ciudad: los primeros poseen mayoritariamente títulos universitarios y más de la mitad ganaba más de 70.000 USD, y los segundos no poseían título y ganaban menos de 20.000 USD.

DeLuca et al. (2012) recopilan diversos estudios que aplican métodos mixtos para describir lo que se aprendió sobre el programa *Moving to Opportunity* (MTO) implementado en diferentes ciudades estadounidenses, el potencial de las intervenciones vecinales y los retos de los programas sociales destinados a mejorar la vida de las familias pobres. Al respecto afirman que la utilización de métodos mixtos y estudios cualitativos para examinar los resultados del programa MTO proporcionan una importante ventana para iluminar y analizar los procesos que pueden explicar algunos de sus resultados inesperados. Igualmente, pueden ilustrar cómo las acciones individuales y las condiciones sociales más amplias refuerzan o limitan el poder de las intervenciones en el vecindario para lograr cambios. Así, la principal destreza de los métodos mixtos es que detalla que en la investigación sobre la mezcla social se debe considerar cómo los efectos del programa (imprevistos o esperados) están condicionados por las desigualdades estructurales existentes (como los mercados de vivienda y la calidad de la escuela urbana) y cómo las condiciones de vida de las familias pobres facilitan o dificultan su capacidad para participar en nuevas oportunidades estructurales.

Rosenbaum, Reynolds y DeLuca (2002) utilizan la investigación cualitativa para identificar procesos y mecanismos en el Programa Gautreaux que incentivó la mezcla e integración social en la ciudad de Chicago, lo cual apunta a que pueden ser probados en investigaciones cuantitativas posteriores. Metodológicamente los autores entrevistan alrededor de 100 madres y niños en el año 1998. La evidencia a partir de esta aplicación demuestra que los comportamientos de los residentes de proyectos de vivienda pública no son capacidades inherentes, ya que el repertorio de capacidades de las personas puede variar según el contexto. A veces las personas adquieren nuevas habilidades, a la vez que se observa que los nuevos contactos sociales, las oportunidades y la información son formas de capital social que sugieren nuevas acciones y brindan apoyo a nuevas acciones.

Skobba y Goetz (2013) exploran las experiencias de vivienda de largo plazo de un grupo de

familias de muy bajos ingresos que viven en Minneapolis y St. Paul, Minnesota. Indagan acerca del patrón de movilidad residencial durante el ciclo de vida. Se entrevistaron a 47 participantes que comprendían dos grupos de estudio: 33 que vivían en viviendas subvencionadas y 14 que estaban en lista de espera; adicionalmente, se consideró su participación si cumplían con este requisito y tenían niños, dominaban el inglés con fluidez y tenían capacidad para recordar la información anterior con relativa exactitud. Ingresos extremadamente bajos desde la edad adulta e historias laborales irregulares (desempleo frecuente) fueron las características más sobresalientes de los entrevistados. Igualmente se articularon indicadores objetivos y censales de vecindario para ayudar a caracterizar la experiencia residencial de los hogares en todas las etapas de su movilidad residencial.

Para las ciudades europeas, Columb (2011) realiza una buena síntesis de cómo se ha venido estudiando los resultados de la mezcla social en distintos países del continente. Guitiérrez y García-Almirall (2014) usan estadísticas descriptivas para dar cuenta de la situación de la población inmigrante en Barcelona en relación al acceso a la vivienda y sus condiciones habitacionales. Kearns et al. (2013) estudian tres condados de posguerra en Glasgow: Castlemilk, Drumchapel y New Gorbals, cada uno de ellos experimentó cambios en la tenencia de vivienda de manera diferente durante los últimos 20 años. Los autores realizaron entrevistas semiestructuradas tanto a *stakeholders* como a *implementers* para comprender cómo ellos evaluaban las políticas. Se usó el método bola de nieve y en total se entrevistaron a 17 profesionales, incluyendo planificadores urbanos, funcionarios, directores de escuelas y presidentes de organizaciones comunitarias. La primera parte de la entrevista consistió en las condiciones anteriores y la historia de reurbanización, y la segunda parte en la operación y contribución de la mezcla de tenencia y las mejoras aún necesarias por hacer.

Diseño de indicadores

La presente investigación se diseña contemplando la aplicación de distintos métodos, por lo que los indicadores aquí construidos abarcan aspectos cualitativos, cuantitativos y espaciales, siguiendo las indicaciones de Gaber y Gaber (1997). Para los autores, la integración de estas metodologías está mediada por cinco propósitos en función de los resultados de los diferentes métodos, ya que con ellos se puede buscar convergencia, desarrollo, expansión, complementariedad o iniciación. Esta investigación se sustenta en estos propósitos, teniendo como objetivo proporcionar una mirada más enriquecida de cómo intervienen las áreas residenciales socialmente heterogéneas en los procesos de integración socioespacial entre

hogares de distinta condición socioeconómica. De la misma manera, integra una mirada multiescalar para entender esta relación. Por un lado, se analiza una escala macro para comprender los cambios en el patrón de segregación en la ciudad a partir de un análisis estadístico a nivel de sector censal. Por el otro, examina una escala meso para aproximarse a las realidades de las áreas heterogéneas a partir de una descripción urbanística y geográfica. Finalmente, se considera una escala micro para explorar desde el conocimiento antropológico la integración social que se produce en estas áreas. A continuación, se describen los indicadores diseñados en esta tesis, los cuales intentan integrar estrategias metodológicas para combinar diferentes métodos para examinar el mismo problema.

Áreas residenciales socialmente heterogéneas

La variable independiente de la investigación se encuentra desagregada en dos dimensiones y cuatro subdimensiones, cada una de ellas con sus respectivos indicadores. Estos últimos se diseñaron pensando en la versatilidad de los datos que puedan ser recogidos aplicando distintos métodos de investigación, aunque la mayor cantidad de información recolectada proviene de los Censos de Población y Vivienda (CPV) realizados en los años 2001 y 2010 en el Ecuador, contemplando exclusivamente los sectores censales urbanos de Quito y de las parroquias de Calderón, Nayón, Cumbayá y Conocoto. No obstante, la riqueza de los indicadores reside, precisamente, en que el conjunto de información que suministra estos censos también puede ser leída a la luz del material levantado a través de trabajo de campo. Así, la heterogeneidad de las áreas residenciales fue medida a través de un total de cuatro indicadores aplicando métodos estadísticos, socioespaciales y cualitativos. Para la primera dimensión se aplicaron los índices de disimilitud y de interacción que permitieron develar el cambio de patrón de segregación en la ciudad y las áreas de contacto potencial. Para la segunda dimensión, se recurrió a ejercicios de observación, análisis de fotografías aéreas y realización de entrevistas. Por último, se normalizó los datos obtenidos de cada una de las fuentes de información para realizar un análisis espacial a través de ArcGIS, para posteriormente someterlos a una interpretación cartográfica que evidenció, por un lado, las áreas heterogéneas de la ciudad y, por el otro, sus fronteras materiales. A continuación, se presenta el diseño de los cuatro indicadores que fueron diseñados.

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flaco Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Áreas residenciales heterogéneas
Dimensión: Proximidad física entre grupos	Subdimensión: Distribución espacial de los grupos
Nombre del indicador: Índice de disimilitud de Duncan	
Definición: Grado de concentración espacial de un determinado grupo social	
Unidad de medida: Porcentaje y variación	Fuente de datos: CPV
Medición	<p>El índice de disimilitud de Duncan se expresa a través de la siguiente fórmula:</p> $D = \frac{1}{2} \sum_{i=1}^n \left \frac{x_i}{X} - \frac{y_i}{Y} \right $ <p>Donde D es el índice de disimilitud de Duncan; xi es la cantidad de hogares de un grupo social a en el área i y X la cantidad total de hogares en la ciudad. En tanto, yi es la cantidad de hogares no pertenecientes al grupo social a en el área i y Y el total de hogares no pertenecientes al grupo social y en la ciudad</p>
Limitaciones	<p>Dos son las limitaciones que presenta este indicador:</p> <ul style="list-style-type: none"> – Los datos del CPV 2001 requieren de normalización para que puedan coincidir los sectores censales con los del año 2010 – La actualización de la información, debido a que los últimos datos disponibles para medir el nivel educativo de la población son del 2010, lo que indica que hay un periodo de siete u ocho años de cambios que no fueron contemplados tanto en este indicador como posteriormente en el índice sintético
Disponibilidad de datos: Se cuenta con información de los CPV 2001 y 2010 a nivel censal de manzana, sector y zona, y parroquial	Información georreferenciada: Se cuenta con los shapfiles de ambos años a nivel censal de manzana, sector y zona

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flaco Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Áreas residenciales heterogéneas
Dimensión: Proximidad física entre grupos	Subdimensión: Composición social de las áreas
Nombre del indicador: Índices de interacción	
Definición: Miden la probabilidad de interacción de un hogar de un determinado grupo con gente diferente o de su misma condición social. Se encuentra representado a partir del índice de aislamiento y el índice de exposición	
Unidad de medida: Porcentaje y variación	Fuente de datos: CPV

Medición	<p>Por un lado, el índice de aislamiento mide la probabilidad de un hogar de un determinado grupo de encontrarse en el área que habita con gente de su misma condición social. Este índice está representado por la siguiente fórmula:</p> $xPx = \sum_{i=1}^n \left(\frac{x_i}{X}\right) \left(\frac{x_i}{t_i}\right)$ <p>Donde xPx es el índice de aislamiento; xi es la cantidad de hogares del grupo social x en el área i y X la cantidad total de hogares de ese grupo en la ciudad y ti es la cantidad total de hogares en el área i</p> <p>Por su parte, el índice de exposición mide la probabilidad de un hogar de un determinado grupo de encontrarse en el área que habita con gente de diferente condición social. Este índice está representado por la siguiente fórmula:</p> $xPy = \sum_{i=1}^n \left(\frac{x_i}{X}\right) \left(\frac{y_i}{t_i}\right)$ <p>Donde xPy es el índice de exposición; xi es la cantidad de hogares del grupo social x en el área i y X la cantidad total de hogares de ese grupo en la ciudad; yi es la cantidad de hogares del grupo social y en el área i y ti es la cantidad total de hogares en el área i</p>
Limitaciones	<p>Dos son las limitaciones que presenta este indicador:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Los datos del CPV 2001 requieren de normalización para que puedan coincidir los sectores censales con los del año 2010 - La actualización de la información debido a que los últimos datos disponibles para medir el nivel educativo de la población son del 2010, lo que indica que hay un periodo de siete u ocho años de cambios que no serán contemplados tanto en este indicador como posteriormente en el índice sintético
Disponibilidad de datos: Se cuenta con información de los CPV 2001 y 2010 a nivel censal de manzana, sector y zona, y parroquial	Información georreferenciada: Se cuenta con los shapes de ambos años a nivel censal de manzana, sector y zona

<p>Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flaco Ecuador</p> <p>Ficha diseño de indicadores</p>	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Áreas residenciales heterogéneas
Dimensión: Fronteras materiales	Subdimensión: Fronteras de la morfología urbana
Nombre del indicador: Presencia de barreras artificiales	
Definición: Se refiere a la existencia de barreras y artificios de distanciamiento del espacio construido que se encuentran en el interior del área residencial	
Unidad de medida: caracterización	Fuente de datos: observación, fotografía aérea y entrevista
Medición	<p>Se considera la presencia de barreras artificiales creadas a partir de:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Trazado vial: vías vehiculares, calles y senderos peatonales - Artificios de distanciamiento: muros, rejas, cercas, etc. - Artificios de seguridad: cámaras y personal de vigilancia, vigilancia comunitaria y presencia policial
Limitaciones	<p>Dos son las limitaciones que posee este indicador:</p> <ul style="list-style-type: none"> - La recolección de datos a partir del trabajo de campo implica un arduo trabajo de reconocimiento del terreno, por lo que se requiere aprender a diferenciar las vías, y los artificios de distanciamiento y de seguridad - A través de la fuente de datos considerada se realiza más una descripción urbanística y geofísica del área residencial. No se profundiza en la entrevista la cualificación que los residentes realizan de la existencia de estas barreras
Disponibilidad de datos: La información se produjo a partir de la observación y entrevistas 2017-2018, y la revisión de fotografías áreas	Información georreferenciada: Es posible mapear con base con los datos derivados de la observación y la revisión de fotografías áreas

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Áreas residenciales heterogéneas
Dimensión: Fronteras materiales	Subdimensión: Fronteras geográficas
Nombre del indicador: Presencia de barreras naturales	
Definición: Hace alusión a las condiciones topográficas del área y a la existencia de elementos naturales del paisaje como quebradas, ríos, arbolado, etc.	
Unidad de medida: caracterización	Fuente de datos: observación, fotografía aérea y entrevista
Medición	Se presta importancia a las condiciones geofísicas y de elementos naturales del paisaje del área residencial, tales como: <ul style="list-style-type: none"> - Montañas y pendientes - Quebradas, ríos y arroyos - Arbolado
Limitaciones	Dos son las limitaciones que posee este indicador: <ul style="list-style-type: none"> - La recolección de datos a partir del trabajo de campo implica un arduo trabajo de reconocimiento del terreno, por lo que se requiere ubicar quebradas, ríos, pendientes, etc. - A través de la fuente de datos considerada se realiza más una descripción urbanística y geofísica del área residencial. No se profundiza en la entrevista la cualificación que los residentes realizan de la existencia de estas barreras
Disponibilidad de datos: La información se produjo a partir de la observación y entrevistas 2017-2018, y la revisión de fotografías áreas	Información georreferenciada: Es posible mapear con base con los datos derivados de la observación y la revisión de fotografías áreas

Integración socioespacial

Para la variable dependiente se han propuesto dos dimensiones y seis subdimensiones con sus respectivos indicadores. Estos últimos tratan de indagar por aspectos principalmente cualitativos de la investigación, como lo son los vínculos de mercado, la interacción social y el sentido de pertenencia al área residencial. En este sentido, la información de los siete indicadores que se plantean para medir la integración socioespacial proviene de la aplicación de métodos de recolección y análisis cualitativo, cuyo uso reside precisamente en adoptar una estrategia que permita develar los procesos de acercamiento social que se generan en el marco de la proximidad espacial. La totalidad de indicadores usa como fuente de datos la aplicación de entrevistas, la observación o el uso de técnicas visuales. Estas fuentes se integran al diseño de la investigación ya que permiten realizar múltiples estrategias dentro de un mismo método para examinar la información. Por último, vale reseñar que los datos producidos pueden ser cartografiados de tal manera que también admita realizar análisis espaciales usando SIG. A continuación, se presenta el diseño de los indicadores para el análisis de esta variable.

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Integración socioespacial
Dimensión funcional: acceso a oportunidades y servicios	Subdimensión: Servicios educativos compartidos
Nombre del indicador: Escuelas a las que asisten los niños	
Definición: Se refiere a la cualificación que realizan las personas entrevistadas sobre el tipo de escuelas a las que asisten los niños de los hogares que habitan el área residencial	
Unidad de medida: Cualificación	Fuente de datos: Entrevistas
Medición	Solamente se consideraron los colegios y escuelas que ofrecen servicios educativos desde grado de educación básica hasta bachillerato. No se consideraron otros grados debido a que estos son en estos donde se desarrollan más los procesos de vinculación. Ahora, la interpretación de las respuestas se hace a partir de estos elementos: <ul style="list-style-type: none"> - Nombre de las escuelas a las que asisten los niños - Identificación de diferencias entre las escuelas del área - Existencia y experiencia en escuelas con niños de diferentes estratos
Limitaciones	Solo es una limitación la que presenta este indicador: <ul style="list-style-type: none"> - Posiblemente las personas entrevistadas desconozcan la experiencia que tienen los niños en las diferentes escuelas
Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando la entrevista	Información georreferenciada: Es posible mapear la ubicación de las escuelas del área residencial

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018 Ficha diseño de indicadores	
Elabora: Cristhian Parrado	Variable: Integración socioespacial
Dimensión funcional: acceso a oportunidades y servicios	Subdimensión: Vínculos de mercado
Nombre del indicador: Vínculos de empleo	
Definición: Hace alusión a la cualificación que realizan las personas entrevistadas sobre las ofertas laborales y los contratos realizados entre miembros de diferente estrato	
Unidad de medida: Cualificación	Fuente de datos: Entrevistas y observación
Medición	Este indicador se mide de la siguiente manera: <ul style="list-style-type: none"> - Ofertas: Cualificación de las ofertas laborales que se dan a causa de información suministrada por miembros de otro estrato - Contratos: Cualificación de los contratos laborales, realizados por medio verbal o escrito, de servicios entre miembros de diferentes estratos
Limitaciones	Dos son las limitaciones que presenta este indicador: <ul style="list-style-type: none"> - Posiblemente las personas entrevistadas desconozcan esta información, y por lo tanto no se pueda acceder a conocer los vínculos de mercado entre los diferentes estratos - Disposición (entiéndase como tiempo, lugar, actitud, etc.) de las personas para realizar la entrevista de la manera más óptima. Se requiere, por tanto, de generar las mejores condiciones para su efectiva realización
Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando la entrevista, aunque se espera que el periodo sea ampliado de acuerdo a la información suministrada	Información georreferenciada: No se contempló mapear este indicador

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flaco Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elabora: Cristhian Parrado	Variable: Integración socioespacial
Dimensión relacional: interacción no- jerárquica entre los grupos	Subdimensión: Interacciones público
Nombre del indicador: Espacios potenciales de interacción	
Definición: Se refiere los espacios públicos y eventos de acceso común en donde miembros de diferentes estratos pueden interactuar en público, medidos a través de su existencia y la cualificación que se desprende alrededor de su interacción	
Unidad de medida: Existencia y cualificación	Fuente de datos: Observación y entrevistas
Medición	<p>Se midió de la siguiente manera:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Existencia de espacios públicos: zonas de recreación pasiva o activa a las que concurren los diferentes estratos, entre semana y los fines de semana - Existencia de espacios y eventos comunes: existencia o no de actividades recreativas (fiestas, bazares, etc.), asambleas, puntos de comida, entre otras, de acceso común donde participan miembros de los diferentes estratos - Manejo del espacio: expresión corporal, acciones conjuntas e intercambio de palabras en los espacios de interacción, durante el periodo de observación - Referencia al espacio: expresión verbal acerca de los encuentros con miembros del otro estrato en los espacios de interacción, sobre las entrevistas aplicadas - Reconocimiento del otro: calificación y referencia a la participación de miembros de otro estrato que asisten a los espacios de interacción, sobre las entrevistas aplicadas
Limitaciones	<p>Dos son las limitaciones que presenta este indicador:</p> <ul style="list-style-type: none"> - La observación debe realizar a diferentes horas del día, tanto entre semana (especialmente en horarios no laborales) como para los fines de semana. Esta técnica requiere adecuar la vista para identificar las personas que pertenecen a los diferentes estratos - Posiblemente las personas entrevistadas no vayan los espacios de interacción, o incluso, si es que asiste a estos lugares, desconozca la existencia del otro estrato en este lugar; estos dos aspectos dificultan clasificar la expresión verbal acerca de los encuentros con miembros del otro estrato en estos lugares
Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando la observación, aunque se espera que el periodo sea ampliado de acuerdo a la información suministrada en la entrevista	Información georreferenciada: Se contempló mapear la ubicación de los espacios de interacción (parques, plazas, etc.) existentes en el área, además de las zonas en donde ocurren los diferentes eventos

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flaco Ecuador Ficha diseño de indicadores	
Elaborada por: Cristhian Parrado	Variable: Integración socioespacial
Dimensión relacional: interacciones entre los grupos	Subdimensión: Lazos de solidaridad
Nombre del indicador: Relaciones de amistad o vecindad	
Definición: Son aquellas relaciones de amistad o vecindad que se realizan en el marco de la proximidad espacial entre miembros de diferentes estratos	
Unidad de medida: Cualificación	Fuente de datos: Entrevistas
Medición	<p>Se midió de la siguiente manera:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Conocimiento de relaciones entre estratos que se rijan por principios de amistad o vecindad, sobre las entrevistas aplicadas

Limitaciones	Dos son las limitaciones que presenta este indicador:	
	<ul style="list-style-type: none"> – Posiblemente las personas entrevistadas desconozcan la información que se busca recolectar con el indicador y la técnica de investigación a implementar, y por lo tanto no se pueda acceder a conocer si existe o no estas relaciones – Disposición (entiéndase como tiempo, lugar, actitud, etc.) de las personas para realizar la entrevista de la manera más óptima. Se requiere, por tanto, de generar las mejores condiciones para su efectiva realización 	
Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando la entrevista, aunque se espera que el periodo sea ampliado de acuerdo a la información suministrada		Información georreferenciada: No se contempla mapear a este indicador

Maestría en estudios urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador Ficha diseño de indicadores		
Elabora: Cristhian Parrado		Variable: Integración socioespacial
Dimensión simbólica: identificación con un territorio común		Subdimensión: Percepción del otro
Nombre del indicador: Calificativos hacia el otro		
Definición: Discursos con los cuales se define a los miembros del otro estrato		
Unidad de medida: Cualificación		Fuente de datos: Entrevistas y técnicas visuales
Medición	Se midió de la siguiente manera:	
	<ul style="list-style-type: none"> – Clasificación discursos: discursos negativos (rechazo), neutrales (indiferencia) o positivos (acogimiento), sobre la información suministrada por las entrevistas 	
Limitaciones	Dos son las limitaciones que presenta este indicador:	
	<ul style="list-style-type: none"> – Posiblemente las personas entrevistadas desconozcan la información que se busca recolectar con el indicador y la técnica de investigación a implementar, y por lo tanto no se pueda acceder a identificar los discursos hacia el otro estrato – Disposición (entiéndase como tiempo, lugar, actitud, etc.) de las personas para realizar la entrevista de la manera más óptima. Se requiere, por tanto, de generar las mejores condiciones para su efectiva realización 	
Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando las diferentes técnicas, aunque se espera que el periodo sea ampliado de acuerdo a la información suministrada		Información georreferenciada: No se contempló mapear este indicador

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador Ficha diseño de indicadores		
Elabora: Cristhian Parrado		Variable: Integración socioespacial
Dimensión simbólica: identificación con un territorio común		Subdimensión: Identidades territoriales
Nombre del indicador: Apego y compromiso con el área		
Definición: Discursos y acciones colectivas con las cuales se definen, cualifican o defienden las distintas zonas del área residencial		
Unidad de medida: Cualificación		Fuente de datos: Entrevistas y técnicas visuales
Medición	Se midió de la siguiente manera:	
	<ul style="list-style-type: none"> – Cualificación discursos: discursos que resalten el sentido de pertenencia hacia el área residencial, sobre la información suministrada por las entrevistas y técnicas visuales – Acciones colectivas: existencia de procesos organizativos (comités, etc.) donde participen miembros de diferentes estratos con el fin de solucionar problemáticas comunes del área – Discursos comunes: referencias de miembros de diferentes estratos hacia problemáticas compartidas que presente el área residencial 	

Limitaciones	Dos son las limitaciones que presenta este indicador: <ul style="list-style-type: none"> – Posiblemente las personas entrevistadas desconozcan la información que se busca recolectar con el indicador y la técnica de investigación a implementar, y por lo tanto no se pueda acceder a identificar los discursos y acciones existentes en el área residencial – Disposición (entiéndase como tiempo, lugar, actitud, etc.) de las personas para realizar la entrevista de la manera más óptima. Se requiere, por tanto, de generar las mejores condiciones para su efectiva realización 	
	Disponibilidad de datos: Datos de 2017-2018 aplicando las diferentes técnicas, aunque se espera que el periodo sea ampliado de acuerdo a la información suministrada	Información georreferenciada: Se contempló mapear las distintas clasificaciones que surjan de los discursos y acciones de los estratos hacia el área residencial socialmente heterogénea

Instrumentos de recolección y análisis de la información

Para realizar la investigación se utilizó distintas fuentes de datos de acuerdo con las dimensiones de las variables y tipo de indicador diseñado, es decir, si fue fundamentalmente cualitativo, cuantitativo o mixto. A continuación, se describen los rasgos de estas fuentes.

Se utilizó del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos las bases de los Censos de Población y Vivienda de los años 2001 y 2010, los cuales se solicitaron directamente en las oficinas del Instituto incluyendo todo al ámbito territorial del Distrito Metropolitano de Quito que permitiera la desagregación por zonas, sectores y manzanas censales. Estos datos tuvieron que estar normalizados para poder realizar la comparación intercensal y de esta manera medir los cambios en el patrón de segregación. Esta normalización se realizó usando el programa estadístico Excel. Luego de este proceso se procedió a generar, en primer lugar, la estratificación de los grupos por nivel educativo, y después se aplicó distintos cálculos y análisis con el apoyo de métodos cuantitativos y técnicas estadísticas que permitieron la aplicación de los índices de disimilitud, aislamiento y exposición en cada sector censal y así medir la heterogeneidad de las áreas residenciales. Finalmente, se aplicó análisis cartográficos con la información final usando los shapefiles de cada censo en el programa ArcGIS.

Asumiendo un enfoque más cualitativo, se diseñaron guías de observación para trabajar en campo cada uno de los indicadores que requirieron información de primera mano.

Consideramos la observación participante y flotante como una técnica que permite hacer una etnografía de la vida cultural del área residencial. La utilización de esta técnica amplía la visión del investigador para visitar u observar el campo de estudio, reconocer sus principales elementos y características, e indagar por las valoraciones simbólicas que tienen los habitantes del sector con la presencia del otro. Asimismo, permite identificar la vida, las dinámicas y los

significados culturales que se producen en el área residencial, entre otras cosas. La observación tuvo como escenarios privilegiados el entramado vial, las viviendas construidas, los lugares de comercio y consumo, y los espacios públicos.

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador Ficha de recolección de datos cualitativos Observación del área residencial		
Área observada:		Fecha de observación:
Hora de inicio:		Hora de finalización:
Antes	De dónde y cómo se ha llegado al área (descripción del [tiempo de] viaje):	
Fronteras	Urbanísticas	<ul style="list-style-type: none"> - Trazado vial del área: Vías vehiculares, calles y senderos peatonales: - Artificios de distanciamiento: Cerramientos, muros, rejas, cercas, otros: - Artificios de seguridad Cámaras y personal de vigilancia, vigilancia comunitaria, presencial policial, otros:
	Geográficas	<ul style="list-style-type: none"> - Condiciones geofísicas y elementos naturales del paisaje Montañas, pendientes, quebradas, ríos, arroyos y arbolado
Funcional	Educación	<ul style="list-style-type: none"> - Escuelas educativas en el área Descripción básica de las escuelas [dónde, cuántas, nombre, nivel de formación]: Relación con el entorno e interacciones a su alrededor:
	Mercado	<ul style="list-style-type: none"> - Establecimientos comerciales en el área Descripción básica del establecimiento [dónde, cuántos, nombre, productos, tendero]: Relación con el entorno y población que ingresa al lugar:
Relacional	<ul style="list-style-type: none"> - Espacios potenciales de interacción Descripción básica de parques, paradas de bus, centros comerciales, plazoletas, zonas de recreación, fiestas, asambleas, otros [dónde, cuántos, cuándo, nombre, características]: Comportamiento en público [expresión corporal, acciones, diálogos, otros]: 	
Área de observación	Ubicar en el mapa: Barrios Fronteras Escuelas Establecimientos Espacios de interacción	

Esta guía de observación tuvo como eje captar hasta el último detalle las formas de medición establecidas en las fichas de indicadores. También se realizó registros fotográficos durante el periodo de observación. Las fotos contaron con una mínima descripción etnográfica del contexto en el que fue tomada. La información recolectada a partir de este instrumento fue fechada y sistematizada para después poder trabajarla en el programa Atlas.ti. Aquí se estableció una categorización de los datos teniendo nuevamente en cuenta los factores de medición anteriormente construidos, además de englobarla para cada una de las dimensiones y subdimensiones de las variables de investigación. Se realizaron un total de 10 ejercicios de observación, los cuales se llevaron a cabo desde abril hasta mayo de 2018 (Tabla 6).

Tabla 6. Ejercicios de observación realizados

#	Área observada	Fecha de observación	Hora de inicio	Hora de finalización
1	Cochapamba	Martes, 3 de abril de 2018	12h30	15h30
2	El Condado	Miércoles, 4 de abril de 2018	12h00	14h00
3	Cochapamba	Viernes, 13 de abril de 2018	10h50	13h35
4	Parque liga deportiva Cochapamba Sur	Sábado, 14 de abril de 2018	14h00	15h15
5	El Condado	Miércoles, 18 de abril de 2018	14h00	16h45
6	Urbanización el Condado	Lunes, 23 de abril de 2018	10h35	12h00
7	Rueda de prensa Revocatoria Rodas	Jueves, 26 de abril de 2018	09h00	10h30
8	El Condado + Condado Shopping	Sábado, 12 de mayo de 2018	15h00	16h30
9	Cochapamba	Martes, 15 de mayo de 2018	11h45	13h00
10	Centro Comercial El Bosque	Sábado, 26 de mayo de 2018	11h20	14h00

Fuente: Trabajo de investigación.

Otro de los instrumentos de recolección fueron las entrevistas, las cuales tuvieron un diseño semiestructurado y fueron aplicadas a partir del método bola de nieve con un muestro evaluado (Gaber 2008). Para la aplicación de las entrevistas semiestructuradas se contempló los diferentes grupos sociales dentro de la misma área residencial. Así, las entrevistas estuvieron destinadas a agentes que se diferenciaron de acuerdo a su estratificación por nivel educativo, teniendo además en cuenta su género, edad, años de permanencia en el sector, su posición relevante en los procesos de integración en el barrio así también si son dueños de negocios, propietarios de inmuebles o inquilinos, etc. El fin de estas entrevistas fue establecer una conversación profunda con los entrevistados, en donde ellos describieron la propia

experiencia de habitar en un área socialmente heterogénea, las experiencias que han tenido con su cercanía con el otro, sus memorias y las prácticas que realizan a diario.

Maestría en Estudios Urbanos 2016-2018, Flacso Ecuador				
Ficha de recolección de datos cualitativos – Entrevista a personas de diferentes estratos				
Presentación técnica: Esta entrevista tiene fines estrictamente académicos, no podrá ser utilizada para otros intereses salvo la persona entrevistada acepte bajo previo acuerdo hacer uso de la información para otros medios o fines. El nombre del informante quedará consignado en la escritura del documento final siempre y cuando exista consentimiento por parte de la persona				
General	Fecha de entrevista:		Lugar de entrevista:	
	Hora de inicio:		Hora de finalización:	
Personal	Seudónimo:	Edad:	Lugar de nacimiento:	Género:
	Nivel educativo:	Ocupación:	Lugar de residencia:	Otro:
Funcional	Escuelas educativas en el área:			
	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿A qué escuela asisten sus hijos o los niños que viven en el barrio? ¿Cómo diría usted que son las escuelas de este barrio? ¿Y las de los barrios de alrededor? 2. ¿A esta escuela van sólo niños de este barrio o asisten de diferentes barrios o estratos? Si ocurre esto último, ¿cómo es la relación entre ambos grupos de niños? Si no ocurre, ¿podría haberlas? ¿Para qué? 			
Relacional	Vínculos de empleo:			
	<ol style="list-style-type: none"> 3. ¿Cómo hace la gente del barrio para conseguir trabajo? ¿Es fácil o difícil conseguir empleo siendo de este barrio? 4. ¿Usted ha compartido información de ofertas laborales con gente de diferente estrato al suyo que viven cerca del lugar donde vive? Si no es así, ¿conoce a alguien que lo haya hecho? ¿Qué tipo de ofertas fueron? 5. ¿Usted ha realizado contratos laborales, ya sea de forma verbal o escrita, con gente de diferente estrato al suyo que viven cerca del lugar donde vive? Si no es así, ¿conoce a alguien que lo haya hecho? ¿Qué tipo de contratos fueron? 			
Relacional	Espacios potenciales de interacción:			
	<ol style="list-style-type: none"> 6. ¿A qué lugares [como parques, centros comerciales, supermercado, ferias, etc.] suele ir solo o en familia para recrearse? ¿A estos lugares también van los habitantes de su propio barrio? 7. ¿En aquellos lugares interactúan o es posible interactuar con gente del barrio de al lado? Si es así, ¿cómo es la relación entre ambos grupos? ¿Le gusta encontrarse con gente distinta con la que suele frecuentar o compartir? 8. ¿Alguna vez ha habido eventos [como asambleas, juntas, etc.] en los que se convocara a la gente que habita en los barrios de alrededor? Si es así, ¿usted ha asistido? ¿Qué temas se trataron? 			
Relacional	Relaciones de amistad o vecindad:			
	<ol style="list-style-type: none"> 9. ¿Conoce a los vecinos de su barrio? Si es así, ¿cómo se lleva con ellos? Si no los conoce, ¿ha tratado de conocerlos? ¿Sería posible mantener relaciones de vecindad con la gente del barrio de al lado? ¿Traerían algún beneficio? 10. ¿Usted conoce a gente o tiene relaciones de amistad con gente que viva en su barrio? ¿Y ser amigos de la gente que viva el barrio de al lado? Si no es así, ¿conoce a alguien que si las tenga? ¿Traerían algún beneficio? 			

Simbólica	<p>Calificativos hacia el otro:</p> <ol style="list-style-type: none"> 11. ¿Qué percepción tiene usted acerca de las personas que viven en el barrio de al lado? En su propio barrio, ¿qué es lo que se dice de estas personas? ¿Se siente usted parecido o diferente a las personas que habitan en su propio barrio? ¿Y de los que viven en el barrio vecino? ¿Por qué? 12. ¿Cómo es la convivencia con la gente del otro barrio? ¿Cómo se comporta usted con estas personas? <p>Apego y compromiso con el área:</p> <ol style="list-style-type: none"> 13. ¿Se siente usted a gusto [orgullosa, feliz, etc.] viviendo en el barrio donde actualmente reside? ¿Qué dice la gente acerca de que usted viva en este barrio? ¿Qué cosas cree que podrían cambiar o mejorar? 14. Tomando en cuenta todos los barrios de alrededor, ¿qué zonas cree que son peligrosas y seguras? ¿Hacia qué zonas en particular usted se siente más atraído? 15. ¿Qué problemáticas existen en el barrio donde usted reside? ¿Dichas problemáticas también afectan a las personas de los otros barrios de alrededor? 16. ¿Existen procesos organizativos [como comités, juntas, asambleas, etc.] donde participen personas que vivan en estos los barrios para solucionar estas problemáticas? 17. ¿Qué actividades han realizado para dar a conocer la problemática? En estas actividades, ¿participan únicamente personas de su barrio o también participan la gente de los demás barrios? 		
Anotaciones y otros			
Adicional	¿Recomendaría a alguien para hacerle esta entrevista?	Énfasis corporales:	Nuevas temáticas aportadas:

El diseño de la entrevista tuvo unas preguntas guías, las cuales tuvieron como objetivo favorecer que la persona entrevistada se sintiera como la protagonista de su realidad y, que a medida que fuera avanzando el transcurso de la entrevista, decantara una reconstrucción genealógica de su permanencia en espacio residencial de composición social mixta. Igualmente, que en la guía de observación, la información que surgió de la aplicación de este instrumento fue fechada, grabada y posteriormente transcrita. Su análisis se hizo a través del programa Atlas.ti, donde se estableció una categorización de los datos teniendo en cuenta los factores de medición construidos para cada indicador, además de englobarla según las dimensiones y subdimensiones que guiaron a esta investigación. Se realizaron 16 entrevistas semiestructuradas, entre grupales e individuales, aplicadas a un total de 33 personas, y las cuales se llevaron a cabo desde abril a mayo de 2018 (Tabla 7).

Tabla 7. Entrevistas realizadas

#	Tipo de entrevista	Fecha y hora	Persona entrevistada	Edad	Nivel educativo	Ocupación	Lugar, tiempo de residencia
1	Individual	Lunes, 16 de abril de 2018. 11h20 -11h50	Greyce	15 años	5to grado	Estudiante	Cochapamba sur, 15 años de residencia
2	Grupal	Lunes, 16 de abril de 2018. 11h55 -14h10	Jaime	52 años	Secundaria	Diseñador gráfico	Cochapamba sur, 46 años de residencia
			José	58 años	Secundaria	Diseñador gráfico	Cochapamba sur, 20 años de residencia
3	Individual	Jueves, 19 de abril de 2018. 15h00 - 16h45	Lothar	40 años	Superior (mecánico automotriz)	Gerente talleres Lothar Ranft	Urbanización el Condado, 10 años de residencia
4	Individual	Sábado, 21 de abril de 2018. 15h00 - 16h25	Rafael	68 años	Superior (abogado)	Jubilado	Urbanización el Condado, 30 años de residencia
5	Individual	Lunes, 23 de abril de 2018. 10h00 - 10h35	Jaqueline	64 años	Superior (economista)	Jubilada	Urbanización el Condado, 32 años de residencia
6	Individual	Jueves, 26 de abril de 2018. 10h30 - 11h40	Patricio	50 años	Superior (odontólogo)	Odontólogo	San José del Condado, 25 años con el negocio
7	Grupal	Viernes, 27 de abril de 2018. 20h15 - 20h50	13 Vecinos afectados por el proyecto Quito Cables, San José del Condado	Diversas edades	Secundaria	Diversas ocupaciones	San José del Condado, todos crecieron en el barrio
8	Grupal	Lunes, 7 de mayo de 2018. 14h10 -16h30	Natalia	85 años	Primaria	Dueña de tienda	San José del Condado, 60 años de residencia
			Grayce	25 años	Superior (diseñadora de modas)	Estudiante de idiomas	San José del Condado, 25 años de residencia
			Sonya	50 años	Superior (odontóloga)	Odontóloga	San José del Condado, 50 años de residencia
9	Grupal	Sábado, 12 de mayo de 2018. 14h10 - 15h00	Jenny	35 años	Superior (ingeniera)	Trabajadora en empresa privada	Urbanización el Condado, 4 años
			Mauricio	45 años	Superior (ingeniero)	Funcionario público	Urbanización el Condado, 4 años

#	Tipo de entrevista	Fecha y hora	Persona entrevistada	Edad	Nivel educativo	Ocupación	Lugar, tiempo de residencia
10	Individual	Martes, 15 de mayo de 2018. 10h45 - 11h45	Daniel	28 años	Posgrado	Estudiante maestría	El Bosque, 5 años de residencia
11	Individual	Miércoles, 16 de mayo 2018. 12h40 - 13h30	Andrés	42 años	Secundaria	Carpintero	Cochapamba sur, 35 años de residencia
12	Individual	Miércoles, 16 de mayo 2018. 15h00 - 15h30	Antonia	56 años	Secundaria	Dueña de tienda	Cochapamba sur, 45 años de residencia
13	Individual	Viernes, 18 de mayo de 2018. 11h00 - 11h45	Carlos	47 años	Superior (ingeniero)	Funcionario público	Urbanización el Condado, 20 años de residencia
14	Grupal	Domingo, 20 de mayo de 2018. 13h00 - 14h15	Verónica	35 años	Superior (arquitecta)	Funcionaria pública	El Bosque, 12 años de residencia
			Gladys	58 años	Superior (economista)	Trabajadora en empresa privada	El Bosque, 12 años de residencia
15	Individual	Martes, 22 de mayo de 2018. 18h00 - 18h35	Mario	33 años	Superior (economista)	Trabajador en empresa privada	El Bosque, 16 años de residencia
16	Individual	Sábado, 26 de mayo de 2018. 10h00 - 10h40	Víctor	46 años	Posgrado (médico)	Médico en clínica	El Bosque, 20 años de residencia

Fuente: esta investigación. Elaboración propia

Los últimos instrumentos que se aplicaron fueron diseñados de acuerdo con los parámetros metodológicos establecidos para las técnicas visuales. Así, se contempló la aplicación de fotografías durante la entrevista con el fin de comprender la dimensión simbólica de la integración y sus construcciones identitarias de la población en el área residencial. El uso de esta técnica consistió en que al entrevistado se les mostró diversas imágenes que evidenciaban la proximidad espacial entre estratos altos y bajos en diversas ciudades del mundo, donde se incluía también una imagen de Quito. Estas imágenes permitieron entender de manera general las percepciones que los entrevistados tenían acerca de la cercanía entre grupos diferentes y, particularmente, cómo interpretaban su experiencia concreta en su área residencial socialmente heterogénea. Se implementó en el transcurso de las entrevistas, durante la realización de las preguntas de la dimensión simbólica de la integración (foto 15).



Foto 15. Aplicación de técnicas visuales durante las entrevistas

Fuente: Fotografías del trabajo investigativo

A su vez, la implementación de esta técnica visual tuvo un protocolo para su realización. La visualización de las imágenes tuvo preestablecida unas preguntas para la discusión con los entrevistados, a la vez que se grabó la conversación y se tomó nota de los gestos que realizaron. Junto a la entrevista, la información que resultó de la aplicación de esta técnica visual fue sistematizada para posteriormente revisarla y categorizarla en el programa de Atlas.ti usando los factores de medición construidos para cada indicador.

En la Tabla 8 se presenta un esquema sintético que permitió analizar los resultados obtenidos con cada uno de los instrumentos de recolección de la información elaborados. Como se puede observar se tuvo en cuenta los indicadores, las dimensiones y subdimensiones de análisis, la fuente de datos y la información georreferenciada.

Tabla 8. Esquema para el análisis de la información recolectada

Variable		Áreas residenciales mixtas				Integración socioespacial					
Dimensión		Proximidad		Fronteras		Funcional		Relacional		Simbólica	
Indicadores*		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
Instrumentos recogida datos	Censos y técnicas estadísticas										
	Observación										
	Entrevistas										
	Técnicas visuales										
Programas análisis datos	Paquetes estadísticos										
	SIG ArcGIS										
	Atlas.ti										
Análisis cuantitativo y espacial	Localización										
	Distribución										
	Asociación										
	Interacción										
	Evolución										
	Resultado del análisis	Mapa áreas heterogéneas		Mapa fronteras		Mapa espacios potenciales de interacción				Mapa calificativos	
Análisis cualitativo	Caracterización										
	Dicotomización										
	Categorización										
	Resultado del análisis	Áreas de encuentro		Posibilidades interacción		Funcionalidades intragrupo		Relaciones intragrupalas		Simbología del otro cercano	
Procesos de triangulación entre métodos											

Fuente: Trabajo investigativo

*Nombre indicadores: 1: índice de disimilitud. 2: índices de interacción. 3: presencia de barreras artificiales. 4: presencia de barreras naturales. 5: escuelas a las que asisten los niños. 6: vínculos de empleo. 7: espacios potenciales de interacción. 8: relaciones de vecindad o amistad. 9: calificativos hacia el otro. 10: apego y compromiso con el área

Lista de referencias

- Acevedo, Ingrid y Hermilson Velásquez. 2008. “Algunos conceptos de la econometría espacial y el análisis exploratorio de datos espaciales”. *Ecos de Economía* 12 (27): 9-34.
- Achig, Lucas. 1983. *El proceso Urbano de Quito*. Quito: CIUDAD.
- Aguilar, Miguel Ángel y Paula Soto. 2013. “Ciudad de interacciones: el cuerpo y sus narrativas en el metro de la ciudad de México”. En *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*, coordinado por Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto, 85-110. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Almonacid, Jhennifer. 2014. “Lógicas contemporáneas de la segregación residencial en tres casos representativos de Bogotá”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia.
- Alonso, Luis Enrique. 1999. “Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa”. En *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, editado por Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez, 225-240. Madrid: Síntesis.
- Amézquita, Lizethe. 2017. “Espacio público y escalas de la segregación socioespacial en Bogotá”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia.
- Ansaloni, Francesca y Miriam Tedeschi. 2016. “Ethics and spatial justice: unfolding non-linear possibilities for planning action”. *Planning Theory* 15 (3): 316-332.
- Arbaci, Sonia e Ian Rae. 2014. “Efecto barrio y desigualdades: evidencias para desmitificar las políticas urbanas de diversificación residencial”. *ACE: Arquitectura, Ciudad y Entorno* 9 (26): 147-176.
- Arfuch, Leonor. 2002. “El espacio biográfico en las ciencias sociales”. En *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, de Leonor Arfuch, 177-202. Buenos Aires: FCE.
- Aymerich, Jaime. 2004. “Segregación urbana y políticas públicas con especial referencia a América Latina”. *Revista de Sociología* (18): 117-130.
- Balarezo, Carlota. 2015. “La incidencia de la inseguridad en la segregación a micro escala: la respuesta de la clase media a los problemas de violencia y delincuencia en la ciudad de Quito”. Tesis de maestría, Flacso Ecuador.

- Basolo, Victoria. 2013. "Examining mobility outcomes in the Housing Choice Voucher Program: neighborhood poverty, employment, and public school quality". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 135-154.
- Bell, Wendell. 1954. "Probability model for the measurement of ecological segregation". *Social Forces* 32 (4): 357-364.
- Bermúdez, Nury, Santiago Cabrera, Andrea Carrión, Santiago del Hierro, Julio Echeverría, Henry Godard y Raúl Moscoso. 2016. "La investigación urbana en Ecuador (1990-2015): cambios y continuidades". En *La cuestión urbana en la región andina: miradas sobre la investigación y la formación*, editado por Pascale Metzger, Julien Rebotier, Jérémy Robert, Patricia Urqueita y Pablo Vega, 117-173. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Bertrand, Jean-René y Jacques Chevalier. 1998. *Logement et habitat dans les villes européennes*. París: L'Harmattan, collection Géographie Sociale.
- Bolt, Gideon, Deborah Phillips y Ronald Van Kempen. 2010. "Housing policy, (de)segregation and social mixing: an international perspective". *Housing Studies* 25 (2): 129-135.
- Bourdieu, Pierre. 1999. "Efectos de lugar". En *La miseria del mundo*, dirigido por Pierre Bourdieu, 119-124. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Brenner, Neil. 2013. "Tesis sobre la urbanización planetaria". *Nueva Sociedad* 243: 38-66.
- Brescianni, Luis. 2016. "De la política de vivienda a la política urbana integración social". *Ciudad y Arquitectura* (152): versión digital.
- Briggs, Xavier de Souza. 2001. "Ties that bind, bridge and constrain: social capital and segregation in the American metropolis". Seminario Internacional *Segregation in the City*, Lincoln Institute of Land Policy, Cambridge, 26-28 de julio.
- Bryman, Alan. 2007. "Barriers to integrating quantitative and qualitative research". *Journal of mixed methods research* 1 (1): 8-22
- Bustamante, Bernardo y Susana Herrero. 2017. "La clase dominante como determinante de la forma de Quito". *Bitácora Urbano Territorial* 27 (3): 81-90.
- Buzai, Gustavo. 2010. "Análisis Espacial con Sistemas de Información Geográfica: sus cinco conceptos fundamentales". En *Geografía y Sistemas de Información Geográfica. Aspectos conceptuales y aplicaciones*, editado por Gustavo Buzai, 163-195. Luján: GESIG – Universidad Nacional de Luján.
- Calavita, Nico y Alan Mallach. 2013. "Vivienda inclusiva, incentivos y recuperación del valor del suelo". En *Políticas del suelo urbano. Perspectivas internacionales para América*

- Latina*, editado por Martim Smolka y Laura Mullahy, 139-148. Estados Unidos: Lincoln Institute of Land Policy.
- Caldeira, Teresa. 2007. *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Carrión, Diego, Alfredo Rodríguez, Fernando Carrión, Handel Guayasamin y Jorge García. 1978. *Quito: renta del suelo y segregación urbana*. Quito: ediciones Quito.
- Carrión, Fernando. 1987. *Quito, crisis y política urbana*. Quito: El Conejo - CIUDAD.
- . 1991. “Estrategias de inserción residencial de los sectores populares en Quito”. *Gaceta Municipal. Órgano del Ilustre Municipio de Quito* (1) 39-43.
- Carrión, Fernando y Jaime Erazo. 2012. “La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias”. *BIFEA - Bulletin de l'Institut français d'études andines* 41 (3): 503-522.
- Castells, Manuel. 1974. *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Chaskin, Robert y Mark Joseph. 2010. “Building “community” in mixed-income developments. Assumptions, approaches, and early experiences”. *Urban Affairs Review* 45 (3): 299-335.
- Colomb, Claire. 2011. “Urban regeneration policies of "social mixing" in British cities: a critical assessment”. *Architecture, City and Environment* 6 (17): 223-244.
- De Mattos, Carlos. 2006. “Modernización capitalista y transformación metropolitana en América Latina: cinco tendencias constitutivas”. En *América Latina: cidade, campo e turismo*, organizado por Amalía Inés Geraiges, Mónica Arroyo y María Laura Silveira, 41-74. Buenos Aires: CLACSO - Universidade de São Paulo.
- . 2016. “Financiarización, valorización inmobiliaria del capital y mercantilización de la metamorfosis urbana”. *Sociologias* 18 (42): 24-52.
- DeFilippis, James. 2013. “On spatial solutions to spatial problems”. *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 69-72.
- DeFilippis, James y Jim Fraser. 2010. “Why do we want mixed-income housing and neighborhoods?”. En *Critical urban studies: new directions*, editado por Jonathan Davies y David Imbroscio, 135-148. Albany: State University of New York Press.
- Delgado, Juan Manuel y Juan Gutiérrez. 1999. “Teoría de la observación”. En *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, coordinado por Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez, 142-173. Madrid: Síntesis.
- Delgado, Manuel. 1999. *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DeLuca, Stefanie. 2012. “What is the role of housing policy? Considering choice and social science evidence”. *Journal of Urban Affairs* 34 (1): 21-28.

- DeLuca, Stefanie, Greg Duncan, Micere Keels y Ruby Mendenhall. 2012. "The notable and the null: using mixed methods to understand the diverse impacts of residential mobility programs". En *Neighbourhood effects research: new perspectives*, editado por Maarten van Ham, David Manley, Nick Bailey, Ludi Simpson y Duncan Maclennan, 195-224. Dordrecht: Springer.
- Di Virgilio, María Mercedes y Mariano Perelman. 2014. "Ciudades latinoamericanas. La producción social de desigualdades urbanas". En *Ciudades latinoamericanas. Desigualdad, segregación y tolerancia*, coordinado por María Mercedes Di Virgilio y Mariano Perelman, 9-23. Buenos Aires: CLACSO.
- Duncan, Otis Dudley y Beverly Duncan 1955. "A methodological analysis of segregation indexes". *American Sociological Review* 20 (2): 210-217.
- Durán, Gustavo, Marc Martí y Juan Mérida. 2016. "Crecimiento, segregación y mecanismos de desplazamiento en el periurbano de Quito". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* (56): 123-146.
- Engels, Frederich. 1845. "Las grandes ciudades". En *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Frederich Engels, 66-131. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>
- Erazo, Jaime 2009. "Los intramuros: ciudad afuera, mercado al centro, vivienda adentro". Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- Espinoza, Elizabeth y Ana Cristina Mena. 2013. *Dinámica de la movilidad social en el Ecuador: impacto del programa*. Quito: Ministerio de Inclusión Económica y Social.
- Fainstein, Susan. 2009. "Spatial justice and planning". *Justice spatiale / spatial justice* (1). <https://www.jssj.org/wp-content/uploads/2012/12/JSSJ1-5en1.pdf>.
- Ferro, Germán. 2010. "Guía de observación etnográfica y valoración cultural a un barrio". *Apuntes* 23 (2): 182-193.
- Flores, Carolina. 2006. "Consecuencias de la segregación residencial: teoría y métodos". En *Metrópolis paulistas: População, vulnerabilidade e segregação*, coordinado por José Marcos Pinto da Cunha, 197-230. Campinas: Universidade Estadual de Campinas.
- Fraser, James, Robert Chaskin y Joshua Bazuin. 2013. "Making mixed-income neighborhoods work for low-income households". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 83-100.
- Gaber, John y Sharon Gaber. 1997. "Utilizing mixed-method research designs in planning: the case of 14th street, New York city". *Journal of Planning Education and Research* 17: 95-103.

- Galster, George y Sean Killen. 1995. "The geography of metropolitan opportunity: a reconnaissance and conceptual framework". *Housing Policy Debate* 6 (1): 7-43.
- Gerring, John. 2007. "What is a case study and what is it good for?". *American Political Science Review* 98 (2): 341-354.
- Giddens, Anthony. 2009. "Las ciudades y la vida urbana". En *Sociología*, de Anthony Giddens, 230-275. Madrid: Alianza.
- Godard, Henri. 1987. "Crecimiento urbano y dinámica de los barrios. Segregación funcional y residencial". En *El espacio urbano en el Ecuador. Red urbana, región y crecimiento*, coordinado por Michel Portais, Juan León, Pierre Peltre, Nelson Gómez y Alba Moya, 197-232. Quito: Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica.
- Goodchild, Michael, Luc Anselin, Richard Appelbaum y Barbara Herr. 2000. "Toward spatially integrated social science". *International Regional Science Review* 23 (2): 139-159.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: PAIDOS.
- Gutiérrez, Blanca y Pilar García. 2014. "Políticas de vivienda e integración socio-espacial en Barcelona". *I Congreso Internacional de Vivienda Colectiva Sostenible*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 25-27 de febrero, 458-463.
- Halbert, Ludovic y Katia Attuyer. 2016. "Introduction: the financialisation of urban production: conditions, mediations and transformations". *Urban Studies* 53 (7): 1347-1361.
- Harvey, David. 2007. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 7ª edición.
- Hernández, Katty, Mónica Maldonado y Jefferson Calderón. 2010. *Entre crisis y crisis: el proceso migratorio internacional en los barrios populares del noroccidente de Quito y sus impactos en el desarrollo*. Serie de Avances de Investigación No. 46, Madrid: Fundación Carolina CeALCI.
- Higuera, Dayana. 2016. "Micro segregación socio-espacial o mezcla social en Bogotá. Identificación de factores morfo-tipológicos que la explican". *Revista Ciudades, Estados y Política* 3 (1): 27-46.
- Hyra, Derek. 2013. "Mixed-income housing: where have we been and where do we go from here?". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 123-134.
- Iconoclastas. 2013. *Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*. Buenos Aires: Tinta limón.

- Imbroscio, David. 2012. "Beyond mobility: the limits of liberal urban policy". *Journal of Urban Affairs* 34 (1): 1-20.
- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2001. Censo de Población y Vivienda. Consultado en: <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/base-de-datos-censo-de-poblacion-y-vivienda-2001/>
- . 2010. Censo de Población y Vivienda. <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/base-de-datos-censo-de-poblacion-y-vivienda-2010/>
- . 2011. Encuesta de estratificación del nivel socioeconómico. <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/encuesta-de-estratificacion-del-nivel-socioeconomico/>.
- Janoschka, Michael. 2002. "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 28 (85): 11-29.
- Joseph, Mark. 2006. "Is mixed-income development an antidote to urban poverty?". *Housing Policy Debate* 17 (2): 209-234.
- . 2013. "Cityscape Mixed-Income symposium summary and response: implications for antipoverty policy". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 215-222.
- Joseph, Mark y Robert Chaskin. 2010. "Living in a Mixed-Income development: resident perceptions of the benefits and disadvantages of two developments in Chicago". *Urban Studies* 47 (11): 2347-2366.
- Katzman, Rubén. 1999. *Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructuras de oportunidades*. Montevideo: Cepal.
- . 2001. "Seducidos y abandonados: el aislamiento de los pobres urbanos". *Revista de la Cepal* (75): 171-189.
- Katzman, Rubén y Alejandro Retamoso. 2005. "Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo". *Revista de la Cepal* (85): 131-148.
- Kearns, Ade, Martin McKee, Elena Sautkina, George Weeks y Lyndal Bond. 2013. "Mixed-tenure orthodoxy: practitioner reflections on policy effects". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 47-68.
- Kingman, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: Flacso Ecuador.
- Lefebvre, Henri. 1969. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

- Levy, Diane, Zach McDade y Kassie Bertumen. 2013. "Mixed-Income living: anticipated and realized benefits for low-income households". *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 15-28.
- Link, Felipe, Felipe Valenzuela y Luis Fuentes. 2015. "Segregación, estructura y composición social del territorio metropolitano en Santiago de Chile. Complejidades metodológicas en el análisis de la diferenciación social en el espacio". *Revista de Geografía Norte Grande* (62): 151-168.
- López, Carlos. 2017. "Movilidad residencial de la élite. Pasado y presente de la élite quiteña, Urbanización Jacarandá 1970-2016". Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- López, Noemí. 2012. "Nayón, entre lo rural y lo urbano: segregación socio espacial y conflictos entre pobladores". Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- López-Morales, Ernesto. 2015. "Suelo urbano y segregación residencial: hacia una agenda de integración social para zonas centrales metropolitanas chilenas". *Ciudades* 18 (1): 197-213.
- Low, Setha y Kurt Iveson. 2016. "Propositions for more just urban public spaces". *City* 20: 10-31.
- Marcuse, Peter. 2009. "Spatial justice: derivative but causal of social injustice". *Justice spatiale / spatial justice* (1). <https://www.jssj.org/wp-content/uploads/2012/12/JSSJ1-4en2.pdf>.
- Márquez, Francisca. 2003. "Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile". *Psicología em Revista* 10 (14): 35-51.
- Martí-Costa, Marc, Gustavo Durán y Alejandra Marulanda. 2016. "Entre la movilidad social y el desplazamiento. Una aproximación cuantitativa a la gentrificación en Quito". *Revista INVI* 31 (88): 131-160.
- Martori, Joan y Karen Hoberg. 2008. "Nuevas técnicas de estadística espacial para la detección de clusters residenciales de población inmigrante". *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* 12 (263). <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-263.htm>
- Massey, Douglas y Nancy Denton. 1998. "The dimensions of residential segregation". *Social Forces* 67 (2): 281-315.
- Molinatti, Florencia. 2013. "Segregación residencial e inserción laboral en la ciudad de Córdoba". *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 39 (117): 117-145.

- Morandé, María de los Angeles. 2007. “Integración social en el espacio y posibilidades de convivencia entre grupos de bajos y altos ingresos. El caso de el Bosque de la Villa en Las Condes”. Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Musterd, Sako y Win Ostendorf. 2006. “Segregation, concentration and integration. Critical reflexions on policies and perceptions”. *The Indian Geographical Journal* 81 (2): 81-84.
- Naranjo, Marcelo. 1999. “Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito”. En *Antigua modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad*, editado por Ton Salman y Eduardo Kingman, 327-335. Quito: Flacso Ecuador.
- Ospina, Óscar Raúl. 2010. *Dolarización y desarrollo urbano. Mecado de vivienda nueva en Quito*. Quito: Abya-Yala; Flacso Ecuador.
- Park, Robert. 1999. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Serbal.
- Prévôt-Schapira, Marie-France. 2002. “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”. *Perfiles Latinoamericanos* (19): 33-56.
- Rasse, Alejandra. 2015. “Juntos pero no revueltos. Procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 41 (122): 125-143.
- Regalado, Fabián. 2015. “Origen estructural de la segregación espacial en Quito: una hipótesis”. *Cuestiones Urbanas* 3 (1): 73-91.
- Rodríguez, Jorge. 2000. “Segregación residencial: un acercamiento sociohistórico”. *Anos 90* (14): 231-252.
- . 2001. *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, Cepal.
- Rodríguez, Jorge y Camilo Arriagada. 2004. “Segregación residencial en la ciudad latinoamericana”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 29 (89): 5-24.
- Ron, Juanita. 2012. “El impacto de las megaestructuras del capital: el caso del mall Condado Shopping”. Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- Ron, Karolina. 2017. “La producción social del espacio en el periurbano del Distrito Metropolitano de Quito: Calderón de lo rural a lo urbano”. Tesis de maestría, Flacso Ecuador.

- Rosenbaum, James, Lisa Reynolds y Stefanie DeLuca. 2002. "How do places matter? The geography of opportunity, self-efficacy and a look inside the black box of residential mobility". *Housing Studies* 17 (1): 71-82.
- Rosenmann, Igor. 2017. "El muro: una significación de 'clase social' segregada en la ciudad". *Revista de Urbanismo* (36): 82-96.
- Ruiz-Tagle, Javier. 2013. "A theory of socio-spatial integration: problems, policies and concepts from a US perspective". *International Journal of Urban and Regional Research* 37 (2): 388-408.
- . 2016a. "La segregación y la integración en la sociología urbana: revisión de enfoques y aproximaciones críticas para las políticas públicas". *Revista INVI* 31 (87): 9-57.
- . 2016b. "La persistencia de la segregación y la desigualdad en barrios socialmente diversos: un estudio de caso en La Florida, Santiago". *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 42 (125): 81-108.
- Ruiz-Tagle, Javier y Ernesto López-Morales. 2014. "El estudio de la segregación residencial en Santiago de Chile: revisión crítica de algunos problemas metodológicos y conceptuales". *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 40 (119): 25-48.
- Sabatini, Francisco. 2006. *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Santiago de Chile: Banco Interamericano de Desarrollo.
- . 2015a. "La ruptura del patrón de segregación y su significado teórico y práctico". En *Segregación urbana y espacios de exclusión: ejemplos de México y América Latina*, coordinado por Miguel Ángel Porrúa e Irma Escamilla, 25-46. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- . 2015b. "Transformación de la periferia urbana popular: entre el estigma y la devolución espacial". En *La periferia metropolitana: entre la ciudad prometida y un lugar para habitar la Ciudad de México*, editado por Alicia Lindón y Cristobal Mendoza, 57-91. Ciudad de México: Gedisa y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Sabatini, Francisco, Alejandra Rasse, Pía Mora e Isabel Brain. 2012. "¿Es posible la integración residencial en las ciudades chilenas? Disposición de los grupo medios y altos a la integración con grupos de extracción popular". *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 38 (115): 159-194.
- Sábatini, Francisco, Gonzalo Cáceres, y Jorge Cerda. 2001. "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos

- de acción”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 27 (82): 21-42.
- Sabatini, Francisco, Guillermo Wormald, Carlos Sierralta y Paul Peters. 2010a. “Segregación residencial en Santiago: tendencias 1992-2002 y efectos vinculados con su escala geográfica”. En *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas*, editado por Francisco Sabatini, Rodrigo Salcedo, Guillermo Wormald y Garín Cáceres, 19-41. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sabatini, Francisco, Gonzalo Edwards, Gonzalo Cubillos, Isable Brain, Pía Mora y Alejandra Rasse. 2010b “Dispersión espacial de vivienda económica como vía de integración social urbana”. En *Camino al Bicentenario. Propuestas para Chile*, editado por el Gobierno de Chile, 247-274. Santiago de Chile: Concurso Políticas Públicas.
- Sabatini, Francisco, María Pía, María Polanco e Isabel Brain. 2013. “Conciliando integración social y negocio inmobiliario: seguimiento de proyectos integrados (PIS) desarrollados por inmobiliarias e implicancias de política”. Documento de Trabajo del Lincoln Institute of Land Policy.
- Sabatini, Francisco y Guillermo Wormald. 2013. “Segregación de la vivienda social: reducción de oportunidades, pérdida de cohesión”. En *Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca*, editado por Francisco Sabatini, Guillermo Wormald y Alejandra Rasse, 12-31. Santiago de Chile: Colección Estudios Urbanos UC.
- Sabatini, Francisco e Isabel Brain. 2008. “La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 34 (103): 5-26.
- Sabatini, Francisco y Rodrigo Salcedo. 2007. “Gated communities and the poor in Santiago, Chile: Functional and symbolic integration in a context of aggressive capitalist colonization of lower-class areas”. *Housing Policy Debate* 18 (3): 577-606.
- Sánchez, Landy. 2012. “¿Viviendo cada vez más separados? Un análisis multigrupo de la segregación residencial en la Ciudad de México, 1990-2005”. *Estudios Demográficos y Urbanos* 27 (1): 57-93.
- Santillán, Alfredo. 2015a. “Quito: materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible”. *Cuestiones Urbanas* 3 (1): 93-115.
- . 2015b. “Imaginario urbano y segregación socioespacial. Un estudio sobre Quito”. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo* 8 (16): 246-263.
- . 2017. “El sentir frente a la estigmatización territorial”. *Revista INVI* 32 (91): 189-210.

- Santillán, Alfredo y Marialina Villegas. 2016. “Imágenes para repensar las urbes latinoamericanas. Reflexiones a propósito de las postales sobre Quito”. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación* (130): 107-126.
- Saraví, Gonzalo. 2008. “Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 34 (103): 93-110.
- Scolano, Severino. 2007. “La medida de la segregación residencial urbana: análisis multiescala mediante índices de lagunaridad”. *GeoFocus* (7): 216-234.
- Simmel, Georg. 2005. “Las metrópolis y la vida mental”. *Bifurcaciones* (4).
<http://www.bifurcaciones.cl/2005/09/la-metropolis-y-la-vida-mental/>.
- Skobba, Kimberly y Edward Goetz. 2013. “Mobility decisions of very low-income households”. *Cityscape: A Journal of Policy Development and Research* 15 (2): 155-172.
- Soja, Edward. 2014. *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Solano, Gabriela. 2010. “Recuperación de la Quebrada San Isidro y Centro de apoyo a la agricultura urbana”. Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Squires, Gregory. 2012. “Beyond the mobility versus place debate”. *Journal of Urban Affairs* 34 (1): 29-33.
- Stearns, Linda y John Logan. 1986. “Measuring trends in segregation: three dimensions, three measures”. *Urban Affairs Quarterly* 22 (1): 124-150.
- Torres, Eduardo. 2015. “Estudio del fraccionamiento urbano-social producido por urbanizaciones cerradas y conjuntos privados en la ciudad de Quito: caso Urb. El Condado”. Tesis de pregrado, Universidad Central del Ecuador
- Urrutia-Mosquera, Jorge, Héctor López-Ospina, Francisco Sabatini y Alejandra Rasse. 2017. “Tolerancia a la diversidad y segregación residencial. Una adaptación del modelo de segregación de Schelling con tres grupos sociales”. *EURE – Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 43 (130): 5-24.
- Vásquez, Hector. 2016. “‘No en mi jardín trasero’, la vivienda inclusiva en Chile. La discusión urbana que viene”. *Ciudad y Arquitectura* (152). <http://revistaca.cl/portada-revista-ca-152/articulos-portada/no-en-mi-jardin-trasero/>.
- Velásquez, Claudia. 2012. “Vivienda social y ordenamiento territorial en Medellín durante el periodo 2006-2011. Pasos hacia la segregación residencial socioeconómica”. *Territorios* (27): 181-197.

- Veliz, Guido. 1976. "Interpretación básica del espacio quiteño". *Revista Geográfica* (84): 103-131.
- Verdesoto, Luis. 2009. *Quito, un caleidoscopio de percepciones. Midiendo la calidad de vida*. Quito: Instituto de la Ciudad.
- Vergara, Luis y Alan Garín. 2016. "Vivienda social y segregación socioespacial en una ciudad pequeña: el caso de Angol, Chile". *Polis, Revista Latinoamericana* 15 (44): 457-486.
- Wacquant, Loïc. 2007. *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wacquant, Loïc, Tom Slater y Virgilio Borges. 2014. "Estigmatización territorial en acción". *Revista INVI* 29 (82): 219-240.
- Wilson, William. 1996. *When work disappears: the world of the new urban poor*. New York: Knopf.
- Wirth, Luis. 2001. "Leer la ciudad. Ensayos de antropología urbana. El urbanismo como modo de vida". *Revista de Estudios Sociales* (10): 110-115.
- Wormald, Guillermo, Carolina Flores, Francisco Sabatini, María Paz Trebilcock y Alejandra Rasse. 2012. "Cultura de cohesión e integración en las ciudades chilenas". *Revista INVI* 27 (76): 117-145.